

Selecta

Priscila Serrano

*Ámame ahora
y siempre*

Ámame ahora y siempre

Priscila Serrano

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Prólogo

Peter llegó como cada día a su Instituto Puente Marco, llamado así por estar ubicado al otro lado del puente que separaba España de Portugal, apenas a unos pocos kilómetros. Al llegar vio a su mejor amigo, Carlos, que estaba con su novia Alba. Era una chica delgada y bajita, pero con una cara muy linda. Carlos vivía en España y Peter en Portugal, pero eran amigos desde la infancia, casi hermanos.

—Hola, chicos —saludó Peter al llegar. Carlos se separó de Alba y saludó a su amigo.

—Hola, ¿qué te pasó ayer? ¡Me dejaste tirado en la fiesta de Arturo! —exclamó Carlos.

Peter sonrió con picardía. El día anterior estuvieron en una fiesta que dio su amigo Arturo. La fiesta la hizo sin motivo aparente, el lema de Arturo era que si tenías ganas de fiesta, ¿por qué no hacer una? Peter dejó tirado a Carlos porque se fue con una chica. Estuvo con ella toda la noche. Así se divertía él, no tenía compromiso con ninguna, si le gustaba alguna iba a por ella sin más.

—Me fui con Melody —respondió alzando las cejas.

—¿Me dejaste tirado por esa? Estás perdiendo facultades, hermano.

—Anda, cállate y vamos a entrar, que ya falta poco para terminar la tortura del instituto.

Les faltaba poco para terminar y coger vacaciones. Aunque en realidad ya se graduaban. Segundo de bachillerato había sido muy duro para ambos. Entraron

en la primera clase de Física. Al entrar lo primero que dijo la profesora es que tenían un examen. Peter bufó, se olvidó por completo del examen que tenían, menos mal que era un chico que atendía en clase y pocas veces le hacía falta estudiar.

Después de una hora haciendo el examen, salieron de clase y se fueron a la cafetería. Se sentaron en una de las mesas que había cerca de la ventana. Carlos y Alba estaban todo el rato besándose y no hablaban con Peter, que llegaba a tal punto de levantarse e irse, no los aguantaba.

Se levantó como cada día para dejarlos tirados. Fue hasta la salida y, al llegar, chocó con una chica rubia que jamás había visto.

—Lo siento —se disculpó ella.

Peter la miró y se quedó sin habla. Era preciosa, tenía el pelo largo y sedoso, los ojos verdes más bonitos que había visto y una boca tan perfecta como ella misma.

—No, lo siento yo —respondió Peter. La chica lo miró y le sonrió. A Peter casi le da un micro infarto al ver esa sonrisa.

—No, por favor, iba distraída, todavía no conozco bien el edificio.

—¿Eres nueva? —preguntó Peter. Ella asintió sonriendo.

«Joder, espabila Peter», pensó.

—Perdón, ni siquiera me he presentado. Me llamo Bibiana —se presentó extendiendo la mano.

—Encantado. Soy Peter. —Cogió la mano de la chica.

Escucharon una tos que provenía detrás de ella. Eran unos chicos que querían entrar en la cafetería y como ellos estaban en medio no podían pasar. Bibiana se apartó y los dos rieron al darse cuenta. Peter le dijo a Bibiana que fuera con él, le iba a presentar a sus amigos, así por lo menos conocería a alguien más. Llegaron hasta donde estaban Carlos y Alba y estos dos seguían en la misma postura de minutos atrás cuando Peter los dejó.

—Carlos, para de una vez que te la vas a tragar —habló Peter haciendo reír a Bibiana.

Inconscientemente, se quedó mirándola embobado cómo reía. Carlos paró de besar a Alba y miró a Peter para luego pasar la mirada a Bibiana, lo que provocó que se quedase mudo al verla.

—Carlos, esta es Bibiana, es nueva —la presentó Peter. Este se levantó y le dio dos besos. Eso a Alba no le hizo mucha gracia.

—Ella es Alba, la novia de Carlos —mencionó Peter al darse cuenta cómo su amigo la miraba.

Quería marcar territorio, él la vio primero. Bibiana no borraba la sonrisa de la cara. Era una chica muy simpática y risueña y tenía a los dos amigos completamente hipnotizados.

Cuando acabaron las clases Peter se ofreció a acompañar a Bibiana a su casa y ella aceptó. Por el camino iban hablando de sus familias y conociéndose. Ella era andaluza, concretamente de Cádiz, pero por motivos de trabajo de su padre se mudaron a Badajoz y ahí estaba. La vida de los dos era muy parecida, puesto que Peter era de Francia y se mudaron a Portugal por los mismos motivos que ella. Se les hizo el camino muy corto para seguir hablando, pues ya habían llegado a su casa.

—¿Te gustaría salir conmigo? —preguntó él.

—Claro, estaría bien —aceptó nerviosa.

Se despidieron y quedaron para salir. Por la tarde la recogería para llevarla a una cafetería del centro de Portugal donde hacían las mejores tortitas del mundo, según él.

Al caer la tarde Peter llegó a su casa sobre las seis. Bibiana salió y nada más verlo se le iluminó la cara. Él le sonrió marcando los hoyuelos que le salían en la cara y haciendo que ella se derritiera por completo. Se montaron en el coche y emprendieron camino hacia la cafetería. Después de unos cuarenta minutos, llegaron a su destino. La cafetería por fuera se veía moderna, pero luego al entrar era rústica y antigua. A Bibiana le encantó la decoración. Todo era de madera oscura y lo único que resaltaba eran las cortinas de color azul claro. Era muy acogedora.

Pasaron la tarde comiendo tortitas y tomando batidos de chocolate. Lo estaban pasando genial. Sin embargo, Peter se sentía raro, él jamás había hecho eso con una chica, pero con ella era diferente. No sabía el motivo, lo único que sentía era que con ella debía de ir despacio, con ella quería ir despacio. Le gustaba mucho. Se dio cuenta nada más al verla sonreír. Porque al ver esa sonrisa sabía que quería verla por el resto de su vida.

Capítulo 1

Año 1990

Dos semanas después

Ya habían terminado el instituto. Peter se graduó con honores, en cambio a Bibiana le quedaba un último año para acabar.

Ellos cada vez estaban más unidos, aunque aún no eran nada, solo amigos, de hecho ella, Peter y Carlos se habían convertido en los mejores amigos, a todos lados iban juntos.

Carlos llevaba una semana de soltería, su novia Alba lo había dejado porque al graduarse se fue a Nueva York con sus abuelos, ya que siempre había querido estudiar periodismo y allí tendría más oportunidades que en Europa.

Peter iba a estudiar arquitectura y Carlos quería ser piloto y la manera más fácil para conseguir eso era metiéndose en las Fuerzas Armadas. Ya lo tenía más que decidido, en unos meses Carlos se iría.

Bibiana estaba metida en el conservatorio, ella quería ser bailarina y cuando terminara el instituto se metería de lleno en lo que era su pasión.

La tercera semana había pasado muy rápido y en un pueblo que había cerca de Badajoz empezarán las fiestas, las que los chicos no se perdían por nada del mundo y esta vez llevarían a Bibiana que estaba como loca por ir.

Peter estaba en la cocina preparándose para comer algo antes de recoger a sus dos amigos, cuando su padre entró y lo saludó con la mano, antes de sentarse a su lado.

—Hola, hijo, ¿cómo estás? Hace días que no hablamos —expuso su padre.

Este era un hombre muy estricto que estaba chapado a la antigua. Él era arquitecto, de ahí que Peter estudiara eso.

—No digas eso, papá, ya sabes que estamos en vacaciones y comienzan las fiestas. Y sabes que pronto se me acabará la libertad y no podré disfrutar tanto. —Su padre asintió. Peter tenía razón, pronto tendría que ir a la universidad y se le acabaría todo.

—¿Irás a la universidad de Francia? —preguntó su padre. Su hijo se quedó mudo, él no quería ir a esa universidad, quería quedarse en Portugal, no iba a dejar de ver a Bibiana.

—Estudiaré aquí —respondió muy seguro.

Su padre le echó una mala mirada, no estaba de acuerdo, según él tenía que ir a la misma universidad a la que fue él, pero Peter había cambiado de parecer. En un primer momento sí pensó ir a Francia, pero después de conocer a Bibiana, todo eso cambió y ya no estaba seguro de querer marcharse.

—De eso nada, irás a Francia y no hay más que hablar —sentenció su padre levantándose para irse.

—Lo siento, papá, pero no voy a ir a Francia, ya soy mayorcito para poder decidir por mí mismo, ¿no crees? —Se levantó y se fue, dejándolo con la palabra en la boca. Estaba harto de tener que hacer lo que su padre quería.

—¡Esta conversación no ha acabado, Peter! —gritó antes de que este saliera por la puerta.

Miró a su padre y negó con la cabeza. Salió de casa con un cabreo monumental. Se metió en su coche y fue primero a por Bibiana. Al llegar le dio al claxon para que supiera que había llegado. Ella no se hizo esperar y salió de la casa directa hasta su coche. Cuando la vio con ese vestido verde que llevaba se le cayó la baba. Estaba preciosa. Entró en el coche y Bibiana

iba a darle un beso en la mejilla, pero la necesitaba tanto que le viró la cara para que el beso llegara hasta sus labios, conectando así todos sus sentimientos, haciendo que sus corazones latieran a un ritmo infernal. Bibiana al principio se quedó estática, no sabía qué hacer, no se lo esperaba, pero después no pudo más que corresponder ese beso que había deseado tanto desde el día que se conocieron.

Cuando se separaron ella estaba roja como un tomate y Peter le sonrió y acarició su mejilla.

—Estás preciosa —expuso con su mano aún en su mejilla.

—Gracias, tú también estás muy guapo —respondió echa un manojito de nervios. Estaba tan nerviosa que pronto se desmayaría. Peter lo notó y le cogió la mano para luego besarle los nudillos.

—¿Preparada para pasarlo bien? —preguntó él. Ella asintió y este arrancó.

Fueron a recoger a Carlos. Este al llegar ya los esperaba en la puerta con cara de cabreo.

—Joder, ¿por qué habéis tardado tanto? —se quejó.

—Por nada —contestaron los dos a la vez. Se miraron y soltaron una carcajada. Su amigo los miró y frunció el ceño.

—No hay quién os entienda. Vamos ya que tengo ganas de fiesta, esta noche me voy a emborrachar. —Volvieron a reír, pero en este caso se les unió Carlos que ya se le había pasado el cabreo.

Después de más de media hora de camino, llegaron al pueblo. Aparcaron por fuera de donde se encontraba la verbena. Al salir del coche vieron a mucha gente, la mayoría eran alumnos del instituto. Algunos se acercaron a ellos para saludarlos. Cuando terminaron de hablar con varios de los alumnos se metieron en una caseta para comer y beber algo, estaban sedientos.

La música estaba tan alta que los tímpanos explotarían en cualquier momento, pero aun así lo estaban pasando en grande. Peter se levantó y fue hasta la barra para pedir otra jarra de cerveza y Carlos aprovechó ese momento para sentarse al lado de Bibiana para hablar con ella.

—¿Lo estás pasando bien, Bib? —preguntó este. Bibiana asintió nerviosa, él ya estaba un poco bebido y no quería tener ningún problema con él. Se acercó más a ella y quedaron solo a milímetros—. ¿Te gustaría pasarlo mejor? Conmigo lo pasarías genial —susurró en su oído. Bibiana se separó de él, pero la agarró del brazo para evitar que se levantara.

—¡Suéltame, Carlos! —respondió en un hilo de voz, pero este no le hizo caso y la fue atrayendo hasta él haciéndole daño en el brazo.

Peter, que ya volvía con la jarra en sus manos, vio lo que estaba pasando y fue directo a su amigo. No podía creer que se estuviera pasando con ella, con Bibiana. Ellos tres eran amigos y no podían hacerse daño, no así, no porque sí.

—Carlos, suelta a Bibiana. —Tiró de él. Carlos lo miró con odio y se le rio en la cara.

—Claro, cómo no, así la dejo para ti, ¿no? —preguntó Carlos borracho.

Peter le pegó un puñetazo que lo tiró al suelo. Bibiana estaba muy asustada, no quería que pasara eso, se sentía culpable, ella debía haberle parado los pies a Carlos desde el primer día, pero no lo hizo. No se esperó jamás que pasase esto y mucho menos que Peter golpeará a su amigo por ella.

—Sí, la quiero para mí, porque la quiero, estúpido —declaró Peter.

Carlos lo miró negando con la cabeza. Se levantó y se fue, estaba muy enfadado. Se sintió traicionado por su amigo por no haberle contado sus sentimientos hacia Bibiana, aun sabiendo que a él le gustaba. Peter se dio la vuelta y miró a Bibiana que estaba llorando. Se acercó a ella y la abrazó fuerte, tan fuerte que quería estar así siempre.

Al separarse se miraron y Peter le seco las lágrimas con sus pulgares. Luego miró sus labios y la besó, esta vez sí era un beso esperado, un beso deseado, pero sobre todo un beso apasionado. Se habían dado cuenta de que se querían, no sabían desde cuándo, pero pasó. Para Peter era todo muy nuevo, él jamás se había enamorado de nadie y de ella estaba enamorado hasta tal punto de pelear con su padre para no tener que irse a Francia a estudiar.

Salieron de la caseta y fueron a buscar a Carlos, pero no lo encontraron.

Bibiana se había quedado muy preocupada por él, le cogió cariño y no quería perder su amistad. Como no lo encontraron se montaron en el coche y se fueron a dar un paseo, ya estaban cansados de la música tan alta.

Y como no podían acabar en otro lugar, fueron al puente y Peter aparcó el coche. Salieron de este y se echaron en el capo para ver las estrellas; todo era muy romántico, Peter era muy romántico para ser tan inexperto.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Peter. Bibiana entrelazó su mano con la de él y él la apretó suave.

—Bien, pero no me gusta que tú y Carlos hayáis peleado y menos por mi culpa —respondió Bibiana en un susurro.

—Que los dos nos hayamos enamorado de ti no te convierte en la culpable. —Bibiana se levantó y lo miró.

—Peter, yo también estoy enamorada de ti.

Él se incorporó también y la besó, deseaba tanto besarla, le gustaba tanto sus besos y solo la había besado tres veces, no quería ni imaginar cuando llevaran más tiempo. Al separarse Peter la miró con ternura, una ternura que jamás había visto. Bibiana estaba en una nube de amor, que no quería que acabara.

—Te quiero, Bibiana —susurró nervioso. Y volvió a besarla sin dejar que contestara.

Pasaron toda la noche allí viendo las estrellas hasta que amaneció. Se levantaron del capo del coche y entraron en él para que Peter la llevara a casa. Condujo con cuidado por el campo hasta que llegó a la carretera que daba acceso a la casa de Bibiana. Al llegar Bibiana le dio un beso de despedida y, cuando se iba a bajar, Peter la detuvo.

—Somos novios, ¿verdad? —preguntó Peter con una sonrisa.

—Sí, buenas noches —respondió Bibiana al salir del coche.

—Dirás buenos días —exclamó Peter riendo antes de arrancar.

Arrancó y se fue a su casa. Cuando llegó, entró e iba a dirigirse directo a su habitación, no quería encontrarse con su padre, ya eran las siete de la mañana y seguro que estaba levantado para irse a trabajar, pero no tuvo suerte y se lo

encontró en la puerta de la cocina, parecía que lo estaba esperando.

—Es por una chica, ¿verdad? —preguntó este nada más al verlo.

—¿El qué? —preguntó Peter. No sabía a qué venía esa pregunta.

—El que no quieras ir a Francia. ¿Es por una chica? —volvió a preguntar.

—Mira, papá, estoy muy cansado y no tengo ganas de discutir ahora contigo. Me voy a la cama.

Peter se dispuso a subir las escaleras, pero su padre se lo prohibió. Estaba cansado de todo, de tanta exigencia, ya era mayor de edad y él elegía qué hacer, pero su padre era demasiado hijo de puta para dejar que su hijo fuera feliz, pues ni él mismo lo era. Peter se dio la vuelta y lo miró con ese odio que llenaba su corazón.

—Responde a mi pregunta y te vas a donde te dé la gana. —Peter bufó exasperado.

—Sí, es por una chica, ¿contento? —respondió cabreado.

Su padre le echó una mala mirada, pero la ignoró, ya estaba acostumbrado a las miradas de su padre cuando se cabreaba.

—Te prohíbo que la veas —dijo su padre de pronto. Peter abrió los ojos sorprendido y cabreado a la vez. ¿Qué se había creído?

—¿Perdón? Tú a mí no me prohibes nada, papá, como te dije ayer. Ya soy mayorcito.

—Me da igual que seas mayorcito, yo soy tu padre y te prohíbo que la sigas viendo o me vas a conocer, Peter.

Ignoró las amenazas de su padre y se metió en su habitación, no quería escuchar ni una tontería más, estaba demasiado cansado. Se quitó la ropa y se acostó. Se quedó mirando al techo un rato y se le vino a la cabeza la sonrisa de Bibiana.

—Mi padre está loco si piensa que voy a dejar de verla —se habló a sí mismo.

Se quedó pensando en ella por un buen rato hasta que le venció el sueño y se quedó dormido. Seguro que soñaría con un amor, con una rubia preciosa de

ojos verdes.

Capítulo 2

Peter se encontraba desayunando en la cocina, y su padre estaba en el comedor. La madre, que estaba un poco preocupada porque no se hablaban, fue a hablar con su hijo para mediar entre ambos, no le gustaba verlos así peleados y mucho menos le gustaba la frialdad con la que su marido trataba a su hijo, pero ¿qué más podía hacer ella? Si él era así.

—Peter, ¿por qué no desayunas con nosotros? —preguntó su madre preocupada.

Su hijo la miró y sonrió decaído. Él la quería mucho a su madre, esta aguantaba muchas cosas de su padre que no debía, pero él no podía hacer más de lo que ya hacía, porque todo lo hacía por ella, por respeto a su madre, y estaba harto de aguantar a su padre con tal de verla a ella feliz.

—No pienso sentarme con él —respondió cortante.

No quería hablar más del tema. Estaba harto de tanta tontería, simplemente se había enamorado y no quería ir a Francia, ¿qué problema había en eso? Su padre no aceptaba esa decisión, siempre había que hacer lo que él quería y Peter esta vez no le haría caso.

—Hijo, por favor, ya sabes cómo es. Dale tiempo, ¿sí?

Ella siempre intentaba tapar a su padre, pero no se puede tapar el sol con un solo dedo, ¿no? Eso es imposible y su madre lo sabía, pero solo con tal de tener a su gran esposo feliz hacía lo que él quisiera. Peter eso ya no lo aguantaba y si su padre seguía así se iría de casa, aunque no volviera a ver a

su madre nunca más.

—No pienso darle más tiempo ni más oportunidades, él no me las da a mí, ¿por qué habría de dárselas yo a él? —La madre asintió y salió de la cocina para volver a sentarse al lado de su cascarrabias marido.

—¿Qué te dijo? —preguntó John, el padre de Peter. Su madre comenzó a llorar. Peter estaba viendo toda la escena desde la puerta del comedor sin que ninguno se diera cuenta—. Habla de una vez —insistió.

—Dice que no te dará ninguna oportunidad, que está harto —afirmó Madeleine.

Ella sí estaba sufriendo mucho con esa situación en la que se encontraba su marido y su hijo. Es difícil convivir con una persona a la que ni siquiera miras a la cara por miedo de querer romperla, eso mismo le pasaba a Peter.

—Mamá, no llores más por favor —suplicó Peter entrando en el comedor. Se sentó al lado de su madre para consolarla, no le gustaba verla así. Su madre era la mujer más buena y comprensiva que había conocido y no iba a dejar que su padre la humillara más.

—¡Madeleine, deja ya el berrinche de niña pequeña! —gritó su marido. Peter le echó una mala mirada a su padre.

—Deja de tratarla así. No te mereces a la mujer que tienes —escupió su hijo cabreado.

El padre se levantó y le dio una bofetada. Peter no se lo esperó en ningún momento. Volvió la cara y lo miró con odio. Odiaba a su padre y en ese momento más que nunca.

—No vuelvas a ponerme una mano encima.

—Harás lo que yo te diga, irás a Francia y no hay más que discutir.

Peter se dio la vuelta y salió del comedor importándole muy poco que su padre lo estuviera llamando a puro grito. Su madre fue tras él y lo paró en medio de la rotonda que había delante de su casa.

—Hijo, ¿a dónde vas? —preguntó entre sollozos y él la abrazó.

—Si él va a seguir así me iré de casa, mamá. —Su madre comenzó a negar

con la cabeza. Eso no podía estar pasando solo por una universidad.

—Hijo, no te vayas por favor.

—¡Déjalo que se vaya, cuando se canse de la novia que se ha echado volverá con el rabo entre las piernas! —gritó su padre desde la puerta.

Peter lo miró y negó. Le dio un beso en la mejilla a su madre y se montó en su coche para salir de esa casa que lo asfixiaba. Arrancó mirando a su madre. Lo que más le dolía era que su madre pagaría todo el problema, porque su padre se encargaría de eso. Siempre la utilizaba para conseguir cosas con Peter, su padre sabía que para él ella era su debilidad. Condujo por más de dos horas sin saber adónde ir. Con Carlos estaba cabreado así que no podía ir ahora a buscarlo como si nada y a Bibiana no quería aburrirla con sus problemas, así que lo único que pensó fue ir a casa de Melody, por lo menos hablaría con alguien. Fue hasta la urbanización donde vivía. Su familia era adinerada y vivían en una de las urbanizaciones más caras de Portugal. Al llegar aparcó el coche y salió de este. En la puerta estaba la hermana de esta, pero la verdad no recordaba su nombre. Subió las escaleras y ella lo saludó.

—Hola, Peter, ¿cómo estás? —preguntó.

—Hola...

—Martina —respondió ella.

—Eso, Martina. ¿Está tu hermana? —preguntó Peter.

Martina asintió y los dos entraron en la casa. Pasaron por el pasillo y por consiguiente cruzaron la cocina hasta llegar a la puerta que daba al jardín, salieron y a lo lejos vio a Melody nadando en la piscina. Melody era una chica morena muy guapa, tenía los ojos negros y los labios carnosos y Peter, antes de conocer a Bibiana, salía con ella, pero siempre era sexo, nada más que eso.

Esta al ver a Peter salió de la piscina contoneando sus muy pronunciadas caderas. A Peter le gustaba bastante, pero ahora no había ido a eso, sino a hablar con una amiga. Él solo tenía ojos para Bibiana o eso pensaba.

—Hola, Peter, cariño, no te esperaba —saludó Melody al llegar a él. Le dio un beso en los labios que Peter no se esperó, pero que tampoco rechazó.

—Hola, Melody.

Melody miró a su hermana con mala cara echándola de ahí, quería estar a solas con Peter.

—¿Por qué tardaste tanto en buscarme? Creía que la última vez que nos vimos lo pasamos bien —susurró sentándose en sus piernas.

Peter no quería que ella hiciera eso, que lo provocara, pero en ese momento se sentía muy agobiado y tampoco era de piedra. Melody, que sabía lo que provocaba en él, abrió sus piernas para sentarse justo encima de su erección. Sonrió con malicia y le pegó un mordisco en su labio inferior. Peter pegó un gruñido de lo excitado que lo había puesto. Ella era una chica muy caliente.

—Aquí nos pueden ver —susurró Peter en su oreja, lo que hizo que esta gimiera. Ya estaban más que excitados y él ya quería hacerla suya, quería entrar en ella.

—Ven, vamos a la cabaña, ahí no entrará nadie —propuso Melody.

Se levantó y tiró de Peter para llevarlo hasta una cabaña que tenía lejana a su casa. Entraron en ella y al cerrar la puerta, Peter la cogió en brazos y Melody enroscó sus piernas alrededor de su cintura. Le arrancó la parte de abajo del bikini y metió dos dedos para saber qué tan húmeda estaba. Melody pegó un grito por la intromisión en su interior sin previo aviso.

—Peter, ya por favor, hazme tuya —insistió Melody entre jadeos. Peter bajó sus pantalones y el bóxer y entró en ella, lo que provocó que esta chillara de placer.

—Sí... te he echado de menos.

Peter siguió a un ritmo frenético. Eso era puro sexo, aunque para Melody era más que eso, ella quería más que solo sexo, pero sabía que con Peter era complicado. Estaban totalmente excitados, gimiendo como locos. Él entraba en ella de una manera alocada, ella no paraba de gemir y apretar las piernas para atraerlo aún más a su interior, pero eso cambiaría de un momento a otro, pues Peter tenía en su cabeza a otra persona.

—Bibiana —dijo Peter al terminar.

Melody, al escuchar el nombre de otra, se zafó de su agarre sin haber terminado ella. ¿Para qué seguir? Si ya le había cortado el rollo. Se sentía humillada y eso no lo iba a perdonar.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó sorprendida.

Peter no se había dado cuenta, estaba avergonzado. Tanto por haber llamado a Melody Bibiana como por haber engañado a su novia. Se sentía la peor mierda de este mundo.

—Lo siento, Melody. Yo... tengo que irme. —Estaba muy nervioso y no era para menos. Se vistió y salió de la cabaña y dejó a Melody completamente destrozada.

—¡Maldito seas, Peter Jones! —gritó como una posesa.

Cuando llegó hasta su coche, entró y arrancó, tenía que salir de allí, no podía más con todo lo que estaba pasando. Ahora sí que se sentía más perdido que nunca sin saber adónde ir. A casa de Bibiana no podía, ¿cómo la miraría a la cara después de lo que acababa de hacer? Si él mismo se sentía fatal. No pudo más que ir a casa de Carlos, tenía que hablar con alguien y ese alguien tendría que ser su mejor amigo. Llegó a casa de su amigo, Carlos tenía una casa enorme. Bajó del coche y fue hasta la puerta. Toco el timbre y la madre de Carlos abrió.

—Hola, señora, ¿está Carlos? —preguntó Peter.

—Hola, Peter. Sí, sube, está en su habitación.

Subió las escaleras y cuando llegó hasta la puerta de la habitación de Carlos no sabía si tocar o no. La noche anterior le había pegado un puñetazo a su amigo y no sabía cómo iba a reaccionar al verlo. Pensó y pensó hasta que toco la puerta. Escuchó un “pasa” y abrió la puerta. Carlos al verlo le echó una mala mirada, él sabía que Peter iría, pero también sabía que no quería volver a verlo.

—Carlos, por favor, ¿sigues cabreado conmigo? —dijo Peter al entrar en la habitación.

La habitación estaba completamente a oscuras, Carlos ni siquiera se había

levantado de la cama para recoger un poco. Estaba todo hecho un lío. Ropa, por un lado, una botella de cerveza por el otro. Al parecer cuando llegó a su casa siguió bebiendo. Con lo grande que era la habitación y estaba más desordenada que nunca. Carlos siempre tenía todo en orden por eso era raro ver todo así. ¿Sería que se había enamorado de Bibiana de verdad? Y si era así, ¿qué harían ahora? Las cosas entre ellos estaban mal y todo se había salido de control.

—Vete a la mierda, Jones —escupió Carlos.

Peter entró y buscó la silla del escritorio para poder sentarse. Esta estaba debajo de una montaña de papeles y ropa. Cuando la encontró se sentó y arrastró con las ruedas hasta llegar a la altura de Carlos que seguía sin inmutarse en la cama.

—Carlos, sé que estás cabreado, ¿pero que querías que hiciera? Me enamoré como un gilipollas y eso no se puede remediar. Además, tú te estabas pasando —habló Peter en su defensa. Carlos lo miró, pero esta vez suavizó un poco la mirada.

—Tú sabías que yo también me había enamorado de ella —declaró su amigo. Peter suspiró. Si su amigo supiera lo que había hecho antes de ir a su casa seguro lo mataría.

—Lo sé, pero ella me quiere a mí, Carlos, no puedes obligar a alguien a amarte. —Carlos se sentó en la cama poniéndose justo delante de su amigo.

—Ya lo sé, sé que ella te quiere a ti, eso se nota, pero yo tenía la esperanza de que te cansarás de ella, siempre lo haces, nunca te quedas con la misma más de dos semanas.

Peter ahora se sentía mucho peor que antes. Carlos tenía razón, era un hijo de puta con las chicas y no merecía el amor de Bibiana, ella era la chica más sincera y dulce que había conocido en toda su vida y Carlos la haría feliz, pero ¿cómo se separaría de ella? Simplemente no podía, estaba enamorado de ella. Aunque la haya cagado de esa manera acostándose con Melody. Ese había sido el peor error que había cometido y solo podía pedir que Bibiana

nunca lo supiera, porque ahí sí la perdería para siempre y sería su fin.

Capítulo 3

Después de tres días en los que la relación de Peter y Carlos había mejorado, los chicos decidieron irse una semana a una cabaña en el lago para pasarla juntos y relajarse, pero sobre todo sin problemas y sin chicas que los volvieran locos.

Peter en esos tres días no buscó a Bibiana, se sentía demasiado culpable, ¿cómo miraría sus ojos azules y no sentiría que la había cagado? La conciencia la tenía muy sucia y sabía que si Bibiana se enteraba de que la engañó con otra al siguiente día de ser novios, lo odiaría por el resto de su vida y eso no se lo perdonaría jamás.

El padre de Peter estaba más tranquilo, pero todo era porque sabía que su hijo no volvió a buscar a su novia y eso en cierto modo era lo que él quería. Ya tenían todo preparado para irse y Peter tenía que recoger a Carlos por su casa. Eran las once de la mañana y bajó a desayunar antes de salir de ese infierno de casa por una semana completa. Mientras estaba en la cocina tocaron el timbre de su casa. Su madre lo escuchó y fue ella a abrir. Minutos después Peter se percató de la tardanza de su madre, así que se levantó de su silla y se dirigió hasta la puerta para ver quién había llegado y por qué no entraba.

—Mamá, ¿quién es? —preguntó respondiéndose a sí mismo—. Bibiana. ¿Qué haces aquí?

Bibiana estaba en la puerta hablando con su madre. Peter se quedó de piedra

y bajó la mirada, no sabía con qué cara mirarla y no sentirse culpable por haberla abandonado durante esos tres días, pero es que no quería verla, quería que ella se olvidara de él, aunque por dentro se estuviera muriendo por besarla y abrazarla.

—Hola, Peter. Perdona por venir hasta aquí, ¿podemos hablar? —preguntó Bibiana en un hilo de voz.

La madre se despidió de ella y entró en la casa para dejarlos a solas. Peter salió y fueron a sentarse en unos de los bancos que había fuera de su casa. Al sentarse Peter seguía sin mirar sus ojos azules como el cielo y ella se dio cuenta.

—Peter, mírame, joder, mírame. ¿Qué te pasa?

Estaba nerviosa, no sabía el motivo de por qué Peter estuvo tres días sin llamarla ni buscarla. Sabía que algo muy fuerte había pasado, y quería saberlo, necesitaba saberlo. No lo estaba pasando nada bien, sin saber de él, después de haberse hecho su novia. ¿Cuándo se había jodido tanto todo?

—Yo... lo siento, sé que estos días no te llamé, pero estuve ocupado —mintió Peter.

Bibiana negó con la cabeza. Ella habló con Carlos y sabía que esos días estuvieron preparando todo para irse al lago. Y por eso mismo sabía que el motivo era otro.

—Peter, no me mientas. Joder, ¿te crees que soy estúpida? Sé que algo ha pasado para que ni siquiera puedas mirarme a la cara. No he tenido ninguna relación con nadie antes de ti, pero no soy tonta y sé que el motivo es otra chica, ¿me equivoco? —afirmó convencida de que eso era.

Peter levantó la vista y por increíble que pareciera tenía lágrimas en los ojos. A Bibiana se le partió el alma en dos de verlo así, pero eso fue lo que le dio la respuesta a su pregunta. Se levantó para marcharse, no podía seguir ahí delante de una persona que no la quería. No después de entregarle su corazón y dejar que lo rompiera.

—Mejor me voy, no sé ni para qué vine. Que lo pases muy bien, Peter —dijo

levantándose del banco.

Peter le agarró la mano para evitar que se fuera y Bibiana se dio la vuelta. Estaba llorando, la abrazó fuerte y se sintió como en casa, esos brazos pequeños que le rodeaban la cintura eran los que quería tener por el resto de su vida. Pero sabía que no sería posible, ella no lo iba a perdonar. Se quedaron así minutos. Peter aspiraba su olor a jazmín de su cabello dorado. Le acarició la espalda y Bibiana poco a poco se calmó entre sus brazos. Solo se conocían desde hacía tres semanas, pero se amaban como si llevaran años de relación. Bibiana se separó de él y lo miró con los ojos entreabiertos esperando una respuesta. Peter la llevó hasta el banco y suspiró antes de hablar, no sabía cómo contarle lo que había pasado, lo que lo llevó a cometer el peor error de su vida.

—Habla de una vez, Peter. No seas cobarde —exclamó Bibiana.

—Bibiana, yo... joder, no sé qué me pasó. Yo no quería, pero ese día me sentía como una mierda. Mi padre me quiere obligar a irme a Francia a estudiar allí y me prohibió verte. Por eso fui a casa de Melody y... y de verdad no sé... yo lo siento, Bibiana. Yo te quiero de verdad. Soy una mierda, no merezco que ninguna chica me quiera, no me merezco ser feliz —explicó Peter con un nudo en el estómago.

No sabía si realmente lo que le había dicho era lo que ella quería escuchar, pero Bibiana lo entendió todo a la perfección, tanto que se acercó a él y le dio una bofetada. Se levantó y ahí sí que se iba, no quería escuchar ni una palabra más de esos labios que le habían dado su primer beso. El primer beso amargo de su vida.

—¡Bibiana, espera! Por favor, perdóname. Soy un estúpido, pero antes de ti jamás me había enamorado, tú me has enseñado lo que es el amor y no quiero perderte. —Las lágrimas de Peter se hicieron más fuertes y aunque para Bibiana era doloroso verlo así, no podía perdonar lo que había hecho.

—Tú también me has enseñado lo bonito del amor, pero también me has enseñado la parte amarga de este. Así que prefiero que sigas con tu vida,

Peter. Tú y yo no tenemos nada que ver, somos muy diferentes. Que seas feliz, Peter Jones.

Se fue dejándolo destrozado, se fue para siempre. La perdió por estúpido, perdió a la mujer que había amado por primera vez y a la que seguiría amando por el resto de su vida. Porque una cosa sí tenía clara, jamás la olvidaría. Peter, destrozado, entró de nuevo en su casa y subió a su habitación para coger las maletas, ahora más que nunca necesitaba irse, aunque sea por una semana. Aunque ya se estaba planteando el irse a Francia, tendría que pensarlo muy bien, eso no era una decisión que se tomara a la ligera. Una vez que cogió la maleta volvió a bajar. Su madre lo esperaba en la puerta.

—Hijo, ¿estás bien? —preguntó preocupada.

Peter agachó la cabeza y lloró como un niño pequeño, su madre lo abrazó para consolar su destrozado corazón, destrozado por su maldita culpa, por ser un niño que no sabía enfrentar los problemas cuando la vida se los imponía y es ahí donde la cagaba y en este caso la había cagado, perdiendo lo que él más quería, a su rubia, a su Bibiana.

—Hijo, ya verás que te perdona. Esa chica te ama, solo hay que verla.

—No lo creo, mamá, no me perdonará jamás. Soy un capullo.

Su madre le dio un beso de despedida y Peter salió de allí con el corazón en un puño. Entró en su coche y fue a recoger a Carlos. Minutos después, ya estaba en casa de Carlos y este lo esperaba en la puerta. Carlos metió la maleta en el maletero del coche y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Qué pasa, Peter?

A su amigo le extrañó verlo así, tan decaído, pues siempre que se iban a la cabaña, iban más animados, con ganas de pasarlo bien, pero esta vez era diferente, él era diferente. Peter negó con la cabeza, aunque sin mirarlo, no quería hablar del tema, sabía que Carlos también lo odiaría.

—No me pasa nada. ¿Preparado para desconectar? —preguntó Peter con una sonrisa falsa, pero a Carlos no lo engañaba, lo conocía demasiado bien y sabía que Bibiana tenía mucho que ver.

—¿Has llorado? Peter, cuéntame, sabes que te conozco y no puedes engañarme. —Peter bufó desesperado, sabía que Carlos tenía razón.

—Bibiana y yo ya no estamos juntos. Me ha dejado.

Carlos frunció el ceño, sabía que Bibiana estaba cabreada, pero no sabía que el problema fuera tan grave como para dejar a Peter. Se notaba el amor que sentía por él, ella se había enamorado de Peter de verdad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carlos.

Peter seguía en silencio, no estaba preparado para contarle a Carlos lo que había hecho. Seguía conduciendo sin responderle. Carlos se dio cuenta de que Peter no le respondería, así que no le insistió más, ya tendrían tiempo de hablar del tema.

Después de una hora de camino, llegaron a la cabaña que tenía la familia de Carlos a las afueras de Portugal. Peter aparcó y salieron del coche. Cogieron las maletas y entraron en la cabaña.

Esta estaba completamente amueblada con muebles de madera, el sofá era de piel de color negro y los sillones en blanco. Las habitaciones eran de colores muy apagados entre grises y tonos café. Cada uno eligió una habitación y después de eso cogieron una cerveza para sentarse en el porche y relajarse. Ese momento sería el que eligiera Carlos para volver a preguntarle a Peter lo que había pasado.

—¿Me vas a decir ya qué ha pasado? —preguntó Carlos.

—Me he acostado con Melody —respondió de pronto Peter, lo que hizo que Carlos escupiera la cerveza y provocara que casi se ahogara.

—¿Cómo has dicho? ¿Tú eres gilipollas? ¿Cómo se te ocurre? Ves lo que te decía, nunca duras con una chica más de dos semanas —afirmó cabreado.

Peter lo miró y asintió, sabía que lo que su amigo decía era verdad y en cierto modo él siempre lo supo. Bibiana no se merecía lo que él por inconsciente le hizo, porque no tenía excusa, él podría haber ido a hablar con ella de primera para desahogarse, pues antes de ser novios, eran amigos y para eso estaban.

—Lo siento, no sé lo que me pasó. Mi padre me ha prohibido verla y quiere que me vaya a Francia. Eso me hizo joderme ese día y no sé por qué fui a casa de Melody, pero si te sirve de consuelo, Melody también me odia.

Carlos le dio una palmada en el hombro y comprendió que se sentía mal por todo y, aunque era increíble, se dio cuenta de que estaba arrepentido, por primera vez Peter se había enamorado y la falta de costumbre fue la que hizo que cometiera ese error.

—¿La quieres? —preguntó Carlos.

Peter viró la cara para mirarlo. Asintió con los ojos aguados. Nunca había llorado tanto como en ese día.

—No la quiero, la amo. Me enamoré como un chiquillo y la perdí como un gilipollas.

—No te preocupes, yo te ayudaré a que te perdone.

Carlos quería ayudar, quería que fuera feliz, aunque de esa felicidad dependiera su tristeza por no tener a la mujer que él amaba. Ella se enamoró de Peter y eso era una cosa que Carlos debía aceptar. Si le importaba la felicidad de sus amigos, tenía que ayudarlos para que volvieran a estar juntos.

Cuando comenzó a anochecer, entraron en la cabaña y cenaron. Los dos ya estaban más relajados, esa conversación les había servido de mucho. Peter miró el reloj y este marcaba la una de la madrugada, así que dio por terminado ese día y se fue a su habitación para dormir algo o por lo menos intentarlo.

No dejaba de pensar en ella, en sus ojos, en sus labios. La amaba como nunca amó a ninguna y comprendió que tenía que luchar por ella, tenía que luchar por su perdón. Y aunque su padre se opusiera, estaría con ella siempre y si se dejaba lo estaría por el resto de su vida.

Capítulo 4

Los chicos llevaban tres días en la cabaña, tres días en los que Peter no paró de pensar ni un momento en Bibiana y en cómo iba a hacer para que ella lo perdonara. Él quería pedirle perdón, pero ¿cómo hacerlo?, le había sido infiel al segundo día de novios, ¿qué mujer perdonaría eso?, creo que ninguna o una muy tonta.

Todas esas cosas las pensaba Peter a todas horas y se daba cuenta de que, si Bibiana lo perdonara, sería porque lo amaba de verdad y tendría que hacer hasta la imposible para que ella volviera a confiar en él, pero ¿cómo hacer eso? Preguntas sin respuesta.

—Peter, ¿vienes a pescar? —preguntó Carlos entrando en la habitación de Peter. Este negó, no tenía ganas de nada, solo de ir a buscar a Bibiana y traerla al lago con él.

—Carlos, me voy —habló de pronto. Este frunció el ceño preocupado. A Peter se le vino a la cabeza una locura y la haría realidad.

—¿A dónde vas? —preguntó Carlos.

Peter se había vuelto loco, el amor lo había vuelto loco. Se levantó, se colocó una camiseta simple y salió de la casa a toda prisa. Cuando entró en el coche miró a Carlos y antes de arrancar le dijo:

—Ahora vuelvo, voy a secuestrar al amor de mi vida.

Luego arrancó y dejó a Carlos soltando carcajadas.

Peter condujo hasta la casa de Bibiana, había tardado una hora en llegar,

pero no salió del coche, no quería que supiera que estaba allí, quería pillarla desprevenida.

A la hora, como vio que nadie salía de casa, decidió ir a buscar a otro sitio donde seguro que ella estaría. Fue hasta el puente y como si el destino hubiera jugado a su favor, allí estaba la mujer que amaba. En silencio se bajó del coche y se acercó a ella sigilosamente. Bibiana notó una presencia y se dio la vuelta encontrándose con la sonrisa de Peter.

—Peter, me has asustado, ¿qué haces aquí? creía que estabas en la cabaña.
—La seriedad de Bibiana no asustó a Peter. Él la miraba fijamente, sin borrar la sonrisa de sus labios, cosa que puso a Bibiana nerviosa.

«¿Por qué me mira así?», pensó Bibiana.

Peter, sin previo aviso, se acercó y la besó sin dejar que reaccionara para apartarlo, ella en un principio forcejeó, pero pronto se dejó hacer, se dejó besar por el hombre al que amaba. Estuvieron besándose unos minutos, hasta que Bibiana aprovechó que se separaron para respirar, ella le sonrió y sin que se diera cuenta le soltó una bofetada a Peter.

—Pero ¿qué te pasa, Bibiana? —preguntó Peter sin borrar la sonrisa. A Bibiana más coraje le daba que no dejara de sonreír como un bobo.

—Deja de sonreír, joder, y no vuelvas a besarme, anda y ve a besar a la tal Melody —escupió cabreada.

Peter tenía que actuar rápido o no conseguiría nada de ella. Se acercó a ella de nuevo y ella pensaba que la iba a besar, cuando de pronto Peter la cogió en brazos y la sentó en el coche y le puso el cinturón de una forma que Bibiana no podía escapar. Se sintió apesada y su nerviosismo cada vez era más grande. No podía creer lo que Peter estaba haciendo.

—Suéltame, Peter, ¿estás loco? —Los gritos de Bibiana le hacían gracia, pero no la soltaría, no ahora que había conseguido su cometido. Entró en el coche y arrancó en silencio sin responder a ninguna de las preguntas que ella hacía.

—¡Peter, suéltame ahora mismo! —Siguió a puro grito.

—No —respondió sin dejar de sonreír, ganándose la peor de las miradas.

A Peter toda esa situación le estaba haciendo gracia, sabía que Bibiana lo perdonaría y lo sabía por cómo le correspondió al beso, aunque después le diera una bofetada, él sabía que ella aún lo amaba.

—¿Cómo que no? Déjame en mi casa, Peter, no hagas que te denuncie por secuestro, porque esto se llama secuestro, ¿lo sabías?

Todo era muy cómico y Peter seguía sin dar explicaciones, pero sabía que tenía que hablar con ella, para convencerla y que después llamara a sus padres para que no se preocuparan, pues no la dejaría volver hasta que no lo hicieran ellos. La quería, quería estar con ella todo el tiempo y conseguir que ella volviera con él, aunque con ello conllevara tenerla retenida toda la vida.

—Tú te vienes conmigo al lago —afirmó Peter mirándola por el rabillo del ojo. Bibiana lo miró asombrada por lo que había dicho.

—Ahora sí que te has vuelto loco, yo no iré contigo a ningún lado, Peter —respondió.

—Sí que vendrás y por favor deja de gritar que harás que me duela la cabeza.

Peter en ese momento tenía la sartén por el mango y lo sabía, sabía que ella iría con él hasta el fin del mundo si él se lo pedía, aunque él también haría en ese momento lo que ella quisiera, como si le dijera que se tirara en paracaídas, él lo haría por ella, por su amor, porque la amaba.

—Peter, por favor, déjame en mi casa, ¿sí? —habló más calmada.

—No.

Peter bufó desesperado, ella ya le estaba pidiendo por favor que la dejara, pero no podía hacer eso, tenía que convencerla de que sí la amaba y que, aunque la engañara, ella era la única en su vida y su corazón.

—Bibiana, por favor, solo quiero hablar contigo y si después de eso sigues sin querer verme lo entenderé y te dejaré en paz para siempre —propuso Peter intentado que se tranquilizara, ya que su respuesta la volvió cabrear.

—Está bien, te escucharé, pero luego me llevas a mi casa, Peter. No creo

que lo nuestro tenga arreglo. Yo no perdono un engaño, no soy tan estúpida.

Peter la miró con los ojos vidriosos, esas palabras le hicieron daño, pero no podía decirle nada ya que ella tenía razón en todo. Condujo hasta la cabaña y sin que Peter se lo pidiera, Carlos se había ido para dejarlos solos, pero no sin antes haberle preparado un picnic, su amigo había estado en todo.

Bajaron del coche y Bibiana suspiró al ver la manta tirada en el césped cercano al lago. Carlos les puso unos refrescos y sándwiches, pero lo que le llamó la atención a Bibiana fue que había puesto unas rosas amarillas, eran sus favoritas y ese detalle no lo pasó por alto. Peter agarró su mano y ella dejó que la llevara hasta la manta para sentarse. Cuando llegaron se sentaron uno frente al otro. Bibiana lo miró incómoda, Peter no le quitaba la vista de encima.

—Peter, deja de mirarme así y habla de una vez —pidió.

Estaba menos cabreada, pero no podía dejar que él lo notara o iba a conseguir de ella lo que quisiera. Peter la miraba sin encontrar las palabras adecuadas, antes de ir a buscarla tenía claro todo lo que tenía que decirle, pero ahora que la tenía frente a él no sabía que decirle, estaba completamente bloqueado.

—Bibiana, tengo muchas cosas que decirte, pero no sé cómo empezar.

Bibiana lo miró, pero luego agachó la cabeza, no quería mirarlo, sentía que caería en sus brazos de nuevo y tenía que ser fuerte.

—Empieza por el principio —propuso ella sin mirarlo. Él suspiró. Empezar por el principio suponía contar cosas de su vida, pero ¿estaría preparado para eso?

Se quedó pensando qué palabras usar para comenzar a narrar su vida, una amarga vida que lo tenía marcado. Nunca le contó a nadie y a ella sería a la primera que lo haría. La miró y sintió que podía hacerlo, que ella era esa persona en quien podía confiar, así que a ella sería a quien le contaría su vida.

—Cuando yo era pequeño, me enteré de que mi padre le era infiel a mi madre. Imagínate un crío de ocho años pillando a su padre en su despacho con

su secretaria. Ella era muy joven, casi una cría y ahí estaban en el sillón — comenzó a contar.

Bibiana al escucharlo levantó la vista y pudo ver que Peter estaba con la mirada perdida en el lago, se sentía avergonzado por contar algo de su vida, ni siquiera su mejor amigo Carlos sabía lo que estaba punto de contarle a ella.

—Después de eso, yo no sabía qué hacer, siempre había tenido a mi padre en lo más alto, pero ese día se me cayó y con eso mi respeto hacia él. ¿Cómo se suponía que yo miraría a mi madre sabiendo lo que sabía? No pude, así que se lo dije, le dije lo que había visto. Qué ingenuo fui, pensé que mi madre no le diría a mi padre nada, pero sí lo hizo y ese día... —Hizo una pausa. Respiró profundo y las lágrimas comenzaron a salir inundando sus mejillas. Por instinto Bibiana se acercó a él y lo abrazó para que se tranquilizara, pero era imposible—. Déjame seguir, por favor —pidió Peter. Bibiana tenía un nudo en el estómago que no la dejaba respirar con tranquilidad.

—Ese día mi madre había salido y mi padre llegó a la casa con su secretaria. Al ver que mi madre no estaba, se fueron con toda la tranquilidad del mundo a la habitación que compartían ellos. Mi padre no me vio, él no sabía que yo me había quedado en casa con la niñera. Al rato llegó mi madre y enseguida me preguntó si mi padre había llegado, yo no sabía qué decirle, pero no hizo falta, ya que los gemidos de esa mujer se escuchaban por toda la casa. —Peter calló de nuevo. Estaba a punto de llegar a la peor parte y era muy fuerte.

—Peter, si no quieres seguir, para, hablemos de otra cosa, hablemos de nosotros mejor —susurró ella intentando tranquilizarlo, pero Peter negó, quería seguir, quería que Bibiana entendiera porque él era así antes de que ella llegara a su vida.

—Mi madre cogió una pistola que mi padre guardaba en su despacho y subió las escaleras, estaba totalmente ida y yo fui tras ella, no podía consentir que ella cometiera la locura que se le estaba pasando por la mente en ese momento, no podía dejar que ella acabara con la vida de alguien. Le dije que

yo la apoyaría si se divorciaba de mi padre, pero no me escuchó. Fue hasta la habitación y sin que mi padre se diera cuenta, apretó el gatillo y mató a la secretaria de mi padre.

Peter comenzó a llorar, recordar ese suceso dolía demasiado. Eso no se lo había contado a nadie, pero, aunque pareciera una locura, se había quitado un gran peso de encima. Pero todo no acabó ahí.

—Tranquilo, Peter, ya pasó, mi amor —susurró abrazándolo fuerte.

—Espera que... aún no he terminado... Si creí que eso era lo último que pasaría en mi vida, estaba muy equivocado. Yo pensé que mi padre llamaría a la policía, pero no lo hizo, en cambio llamó a un psiquiatra y encerró a mi madre durante cinco años, me separó de mi madre todo ese tiempo y lo peor fue que a mí me mandó interno a un colegio en Francia, se deshizo de los dos. Yo sabía que mi madre había actuado mal, pero yo, ¿por qué lo hizo? Estuve tres largos años en ese sitio como si fuera un preso, ni me llamaba ni me venía a visitar. Por todo eso odio a mi padre con todas mis fuerzas y jamás le perdonaré lo que nos hizo —escupió cabreado. Había pasado del llanto al cabreo en menos de dos segundos y eso hizo que Bibiana se preocupara. Lo abrazó fuerte y logró que se calmara.

—Ya, no te hagas más daño. Eso es el pasado, Peter —hablaba Bibiana mientras acariciaba su espalda

—Lo siento, Bibiana, yo te amo con toda mi alma, pero jamás lo había hecho, nunca me enamoré de nadie. Tú eres la primera, eres mi primer amor y no quiero perderte. Sé que fui un capullo, pero estoy muy arrepentido, créeme por favor —suplicó con lágrimas en sus ojos.

Bibiana lo miró y acercó sus labios a los suyos y lo besó con amor. Ella también lo amaba con toda su alma y aunque le costaría volver a confiar en él, le daría otra oportunidad. Al separarse, pegó su frente a la de él y suspiró.

—Peter, te perdono, pero recuerda, no voy a dejar que me vuelvas a engañar —sentenció reteniendo las lágrimas que peleaban por salir.

—No volverá a pasar, te lo prometo —respondió Peter.

Volvió a besarla. Era un amor tan fuerte el que sentían el uno por el otro, que creían que, aunque pasaran mil años, seguirían amándose con esa intensidad con la que se amaban. Después de pasar la mejor noche de amor que jamás habrían imaginado, tuvieron que volver a casa y con ello a la realidad, una realidad que los marcaría por siempre, pues el padre de Peter lo estaba esperando con ganas y sobre todo lleno de odio, porque se lo llevaría, se llevaría a su hijo a Francia para estudiar y aunque su hijo se opusiera, obligado se lo llevaría. Cuando Peter dejó a Bibiana en su casa, los besos no paraban y ya tenía que entrar, pero la amaba tanto que no tenía ni fuerzas y mucho menos voluntad para dejarla ir, pero al final tuvo que hacerlo y ese fue el último día que se vieron y último que se dijeron te quiero.

Capítulo 5

Año 1997

Años después

Peter Jones y Bibiana González se encontraban a escondidas en el puente El Marco, que es el puente internacional más pequeño haciendo frontera entre Portugal y España. Peter seguía viviendo cerca de allí, pero en Portugal, y Bibiana vivía en España. Aunque se conocían desde años atrás, pues habían sido novios en el instituto, la marcha de Peter dejó desolada a Bibiana y se aferró en Carlos, quien consiguió “enamorarla” o eso pensaba él. Unos años después Bibiana se casó con Carlos. Cuando Peter volvió, ellos llevaban dos años casados y Peter también se había casado con Antonella, una mujer que conoció en París y con la que creyó sería feliz. El reencuentro al principio fue extraño, pero pronto las dos mujeres se hicieron amigas y consiguieron afianzar una gran amistad entre las dos parejas. Pero el amor que sentía Peter por Bibiana no había muerto, al contrario, se hizo más fuerte con el paso de los años y fue hasta después, que Peter se enteró que ella lo seguía amando.

—Peter, estoy embarazada —susurró Bibiana. Él se quedó mudo, no sabía qué decir, iba a ser padre.

—¿Es mío? —preguntó indeciso. Ellos estaban juntos a escondidas, llevaban viéndose un año, un año lleno de amor.

—Claro que es tuyo, yo hace meses que no me acuesto con Carlos —respondió convencida.

—¿Y qué vamos a hacer?

Bibiana resopló, eso se les estaba yendo de las manos y no querían hacer sufrir a sus parejas.

—Lo voy a tener y le diré a Carlos que es suyo, aunque para eso tenga que acostarme con él —afirmó Bibiana al borde del llanto.

Peter se acercó a ella y la abrazó fuerte, la amaba y lo único que quería era escapar con ella sin mirar atrás, pero no podía hacer eso, no podía abandonar a su hijo. Había tenido un hijo con Antonella, el pequeño tenía ya un año y era su príncipe.

—Te quiero y mientras yo viva no le faltará nada —prometió Peter.

Bibiana asintió muy triste. Ese día juraron no decir nada, ese sería su mayor secreto, tendrían un hijo, pero nadie podía saber que era de los dos. Peter volvió a su casa con su mujer y su pequeño Nicolás. Ella volvió a su casa con su marido Carlos.

Ese día dejaron ahí su amor enterrado, bajo el puente y juraron que nunca más se verían a escondidas, cada uno haría su vida.

Dos años después

—Bibiana, ¿llamaste a Peter y Antonella? —preguntó Carlos a su mujer.

Bibiana negó con la cabeza. Hoy celebrarían el primer año de su hijo Marcos y harían una celebración por todo lo alto. Carlos y Bibiana eran una familia adinerada al igual que Peter y Antonella. Cada uno vivía en un estado diferente como años atrás. Bibiana cogió el teléfono y marcó el número de la casa de Peter.

—Hola, Peter, soy Bibiana —dijo al teléfono.

Se puso muy nerviosa, siempre se ponía así cuando hablaba con Peter, aunque sabía disimular muy bien.

—Hola, Bibiana, ¿cómo estás? —preguntó este en un susurro casi audible.

—Bien, os llamaba porque haré el cumpleaños de Marcos esta tarde, ya sabéis que estáis invitados.

—Bien, qué bueno, ya le compré su regalo a mi pequeño guerrero —habló Peter feliz por ver a su hijo.

Bibiana, al escuchar eso, se le escapó una pequeña lágrima, pero la achacó a que estaba embarazada de dos meses. De nuevo estaba embarazada, pero esta vez de su marido Carlos.

—Bueno, os espero luego, ¿vale?

Antes de colgar escuchó un “te quiero” que le llegó hasta lo más profundo de su corazón, ese te quiero lo guardaría por siempre. Al colgar, su marido Carlos se acercó a ella. La vio llorar y quería consolarla.

—¿Por qué lloras, mi amor? —preguntó Carlos.

Bibiana se dio la vuelta secándose las lágrimas y abrazó a su marido. Ella lo quería, era un buen hombre, pero no lo amaba, ella solo podía amar a Peter.

—Nada, es solo las hormonas —respondió con una sonrisa fingida.

Al llegar la noche todos estaban en la fiesta, lo estaban pasando muy bien, pero el destino y el amor les jugaron una mala pasada a Peter y Bibiana. Un familiar de Carlos comenzó a decir que Marcos se parecía mucho a Nicolás, el hijo de Peter. Bibiana se puso tensa al oír eso.

—Es verdad, ahora que me doy cuenta son idénticos —afirmó Carlos mirando a su mujer.

La cara de Bibiana era de completo horror, eso hizo que Carlos se diera cuenta. Ese hijo no era suyo sino de su mejor amigo Peter. Carlos se levantó como un loco y le pegó un puñetazo a su mejor amigo.

—¡Para Carlos, no es solo culpa suya! —gritó Bibiana. Los familiares al ver el espectáculo comenzaron a irse, debían dejarlos solos.

—Me has engañado con él, ¿cuánto tiempo llevas burlándote de mí, Bibiana?

—preguntó Carlos hecho una furia. Antonella no sabía qué hacer, nunca se dio cuenta de nada, jamás sospechó.

—Carlos, escúchame, por favor —suplicó Peter acercándose a su mejor amigo.

—No quiero escuchar ni una palabra más y ahora mismo te largas de mi casa, no quiero volver a verte, has muerto para mí —sentenció Carlos.

—Yo, yo... Lo siento, Carlos, de veras que lo siento, tú sabías que nos amábamos, pero yo me fui y cuando volví estaba contigo.

Luego miró a su mujer que lo miraba dolida, muy dolida, se acercó a ella para pedirle perdón, pero esta se apartó, se levantó y le dio una bofetada a su marido para luego salir de esa casa para siempre.

—Lo siento, Bibiana, no quería que esto pasara —se disculpó Peter apenado.

—Da igual, Peter, las mentiras tienen las patas muy cortas, solo era cuestión de tiempo —respondió entrando en la casa.

Lo dejó solo en el jardín, pero se marchó, tenía que irse. Así fue cómo las dos familias se enemistaron. Peter y Antonella se fueron a vivir a Francia. Mientras que Carlos y Bibiana se quedaron allí. Carlos no se divorció de Bibiana por la hija que tuvieron, aunque en un principio creyó que no era de él, pero luego al verla recién nacida se dio cuenta de que sí, era su hija, así lo sintió al cogerla entre sus brazos. Aunque Marcos no era su hijo, él lo crió y trató como si lo fuera, después de todo ya lo quería, para él era su hijo y nació creyendo que lo era.

Después de unos meses bautizaron a su hija, poniéndole el nombre de Alison Morgan, ese era el apellido de Carlos, pues su familia no era española. Pasaron los años y la mentira pasó a un segundo plano, pero no fue olvidada por lo menos no por parte de Carlos que, aunque siguió con su mujer a la cual amaba y respetaba, no lo olvidó. Y juró que jamás sus familias volverían a unirse, no quería saber nada de la familia Jones. Para él nunca existieron.

Capítulo 6

Año 2016

En la actualidad

— ¡Alison, hija, baja, llegó Vanessa! —gritó su padre desde el piso de abajo.

Alison estaba vistiéndose, su amiga fue a recogerla, ya que irían a una fiesta que hacía Laura por su cumpleaños. Alison, Vanessa y Laura eran muy buenas amigas, las mejores de hecho. Ella tenía diecisiete años y la dejaban ir a la fiesta porque su hermano Marcos también iría. Él era mayor que ella por solo dos años, pero era bastante para sus padres. Se miró en el espejo antes de bajar. Se puso unos vaqueros ajustados de color negro con una blusa blanca y unas plataformas, aunque a ella no le hacían falta ya que era bastante alta. Bajó las escaleras y escuchó un silbido.

—Vaya, hermanita, qué guapa, espero no tener que pelearme hoy con ningún niño —piropeó Marcos al ver a su hermana. Se adoraban, estaban muy unidos.

—No seas exagerado, Marcos, si solo me puse unos vaqueros —afirmó Alison roja. Su amiga le dio un beso y ya se iban, pero su padre la paró.

—Alison, no bebas y sobre todo no llegues tarde —exclamó dándole un abrazo. Luego miró a su hijo—. Marcos, cuida de tu hermana, no dejes que ningún moscón se acerque —sentenció riéndose.

—Sí, papá, no te preocupes, la cuidaré.

Salieron de su casa, no tenían que coger el coche puesto que solo tenían que cruzar el puente que separaba los dos estados, su amiga Laura vivía allí y ellos estaban cerca del puente. Alison cada vez que pasaba por ese puente sonreía, le encantaba, siempre decía que era algo mágico.

Iban caminando hasta que escucharon la música, ya estaban cerca.

—¡Vamos, chicas, sois muy lentas! —gritó Marcos alejándose de ellas.

—Eso lo dice el que va con deportivas —respondió Vanessa burlándose de Marcos—. Qué difícil es ser mujer —aseguró haciendo reír a ambos.

Iban por el camino sin parar de reír por las ocurrencias de Vanessa. Al llegar había muchísima gente, la mayoría eran del instituto, aunque también había universitarios y familiares de Laura. Era una fiesta por todo lo alto.

—¡Por fin! —gritó Laura al ver a sus amigas.

Llegó hasta ellas y se abrazaron. Al separarse Laura vio a Marcos, se acercó a él y lo besó en los labios. Ellos eran novios desde hacía un año.

—Hola, gordo —saludó Laura al separarse de él.

—Hola, canija —respondió con cara de bobo.

Alison y Vanessa al presenciar eso se miraron con cara de asco. A veces eran demasiado melosos. Alison fue hasta la mesa donde estaban las bebidas. Cogió una cerveza y bebió un sorbo.

—Un día es un día, ¿no? —se dijo a sí misma. Un chico que la vio desde que entró se acercó a ella.

—¿Hablando sola? —La pregunta hizo que Alison se asustara.

—Dios, me has asustado —dijo al darse la vuelta. Alison lo miró y se quedó embobada. Era un chico alto y bastante guapo. Además, su cara le era conocida, pero jamás lo había visto antes.

—Perdona, no quería asustarte. Soy Nicolás —se presentó.

—Alison —respondió dándole dos besos.

—Se me olvidaba lo efusivos que sois los españoles —exclamó con una sonrisa que provocó que Alison se pusiera roja como un tomate.

—Lo siento, ¿no eres de aquí? —preguntó Alison.

—Sí, la que no eres de aquí eres tú.

Alison lo miró y soltó una carcajada, era verdad, ella era española y ahora estaban en Portugal, a veces se le olvidaba el camino tan corto que había entre ambos países. Mientras hablaban se acercó Laura con Vanessa.

—Alison, ¿ya conoces a mi primo Nicolás? Acaba de volver con mi tío Peter. Estaban en Francia —afirmó Laura colgándose del hombro de su primo.

—Sí, ya nos conocemos —contestó Alison mirándolo con una sonrisa. Después llegó hasta ellos Marcos, que al ver a Nicolás se quedó mirándolo.

—Hola, soy Marcos, el novio de tu prima —se presentó.

Nicolás le extendió la mano y este se la estrechó. Se miraban extrañados, como si se conocieran, era una sensación rara la que sentían. Las chicas los miraban y Vanessa, que no podía quedarse callada, dijo:

—Chicos, joder, parecéis hermanos, os parecéis un montón —soltó de pronto.

Alison los miró y era cierto, tenían algo de parecido, pero era imposible que fueran hermanos. Después de eso, cada uno se fue por su lado, pero Nicolás no dejó a Alison en ningún momento y se pasaron la noche bailando, lo estaban pasando muy bien, aunque con la atenta mirada de su hermano Marcos, ya que Nicolás tenía veintiuno y le llevaba cuatro años a Alison, su hermano era muy protector. A las cuatro de la madrugada, Alison ya quería irse, pero Marcos no.

—Marcos, yo me voy contigo o sin ti, pero me voy —sentenció cansada.

Su hermano intentó convencerla, pero le fue imposible, era muy testaruda y cuando decía que no, era un no rotundo. Nicolás, que lo escuchó todo, se acercó hasta ellos.

—Alison, si me lo permites yo puedo acompañarte a casa —se ofreció Nicolás detrás de ella. Marcos lo miró y le dijo que sí con la cabeza dándole permiso para acompañar a su hermana. Alison se dio la vuelta nerviosa y buscó con la mirada a Vanessa, pero no la encontraba—. Si buscas a tu amiga, se fue hace media hora con un chico —comentó él con una sonrisa ladeada.

Alison resopló desesperada, no quería quedarse a solas con él, se sentía muy pequeña y ridícula a su lado—. ¿Vamos? —preguntó Nicolás.

Alison asintió y salió de la casa de Laura. Nicolás iba detrás. Comenzaron a caminar metiéndose en el campo que daba al puente. Caminaban en silencio, no sabían qué decir. Al llegar al puente Alison se sentó en las escaleras. Nicolás hizo lo mismo sentándose a su lado.

—Lo siento, estoy un poco cansada —susurró.

Nicolás le sonrió e hizo que ella por un momento se perdiera en esa perfecta dentadura blanca como la nieve.

—No importa, yo también estoy cansado —contestó sin borrar la sonrisa.

Por un momento se quedaron en silencio, parecía una auténtica locura, pero entre ellos no hacían falta las palabras, solo con una mirada podían entenderse. Eso solo les pasa a las personas que están destinadas a estar juntas.

—¿Sabes? A veces vengo aquí y me siento en este mismo escalón, como si estuviera esperando a alguien —confesó Alison en un susurro.

Le daba un poco de vergüenza contarle sus pensamientos a Nicolás, más que nada porque lo acababa de conocer.

—A lo mejor es que lo estás esperando o puede que ya haya llegado y no te diste cuenta —afirmó Nicolás cerca de ella.

Alison sintió su respiración cerca de su cuello al escuchar su susurro y por instinto se le erizaron todos los vellos de su cuerpo. Era como si su cuerpo reaccionara a él, como si su cuerpo lo conociera. Alison no sabía cómo actuar, nunca se vio en esa tesitura con ningún otro chico y estaba bastante nerviosa. Nicolás le gustaba y mucho.

—Creo que ya es hora de irnos —dijo Alison.

Nicolás asintió. Se levantó y le extendió la mano para ayudarla a levantar. Cuando se levantó quedó muy cerca de él. Nicolás le tenía la cintura agarrada y no quería soltarla, no sabía por qué se comportaba así, pero estaba como atontado por ella, por esos ojos oscuros tan oscuros que parecían negros. Los

ojos de Alison tenían un brillo especial. Nicolás comenzó a acercarse, quería besarla, quería probar esos labios, pero unos segundos antes de que sus labios chocaran, Alison se apartó nerviosa.

—¿Vamos? —preguntó nerviosa.

—Vamos —respondió sin evitar sonreír.

Cruzaron el puente y en solo diez minutos estaban en la cancela de la casa de Alison. Nicolás se acercó para ver bien el nombre de la villa. En esta ponía familia Morgan.

—Vaya, tienes una casa grande —habló Nicolás silbando. La casa de Alison era grande, pero no tan grande como la casa de Nicolás—. Alison, me gustaría invitarte a salir algún día —dijo de pronto. Ella sonrió y asintió mientras se encogía de hombros nerviosa.

—Me gustaría.

Estuvieron hablando un rato más, cuando estaban juntos se les iba el tiempo volando. Quedaron para salir al día siguiente. Nicolás la invitó al cine. Alison le dio un beso en la mejilla que duró más tiempo de la cuenta, Nicolás viró su cara para besarla, y la besó, pero en la comisura de sus labios. Alison sintió los labios de Nicolás cerca de los suyos y su corazón dio un brinco y comenzó a latir desbocado. Al separarse se miraron y ella entró en su casa.

Nicolás se fue con la mayor de las sonrisas hasta su casa. Al llegar todo estaba oscuro, su padre estaba dormido. Subió las escaleras y entró en su habitación. Esa noche dormiría como un bebé.

Alison, cuando entró en su habitación, se tiró en su cama suspirando. No sabía el porqué, pero estaba feliz. Se levantó y fue al baño a ducharse, no le gustaba acostarse sudada. Se desnudó y entró en la ducha. Abrió el grifo y el agua caliente cayó calentando su cuerpo. Cuando terminó de ducharse salió del baño y miró la hora que era, abrió los ojos como platos, ya casi eran las siete de la mañana.

—Dios, cómo pasó el tiempo —exclamó con una sonrisa.

No podía borrar la sonrisa de la cara. Cuando se iba a acostar escuchó unos

toques en la puerta. Su madre entró al escuchar la voz de su hija dejándola pasar.

—Vaya horas —dijo su madre con una sonrisa.

—Lo siento, me entretuve con el primo de Laura. —Su madre la miró extrañada, su hija jamás hablaba de chicos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal es? —preguntó su madre con sorna.

—Mamá, no seas cotilla, pero solo te diré que se llama Nicolás y que es encantador, guapo, divertido —decía Alison suspirando.

—¿Nicolás? —se preguntó Bibiana—. Vaya, parece que mi hija está enamorada.

—Claro que no, lo acabo de conocer.

Alison estuvo hablando con su madre de la noche que pasó con Nicolás. Bibiana, por una parte, estaba feliz por su hija, pero por otra preocupada, ese nombre le sonaba de algo. A las siete y media Alison se quedó dormida, su madre la arropó y salió de su habitación.

Alison había tenido un flechazo.

Aunque nunca había creído en el amor a primera vista, ahora sí creía.

Capítulo 7

Al día siguiente Alison se levantó y seguía teniendo esa sonrisa boba en la cara. Bajó a desayunar y su padre estaba en la cocina. Se acercó a él para darle un beso en la mejilla.

—Mi pequeña princesa se levantó feliz hoy —exclamó su padre. Alison soltó una carcajada y su padre la siguió. En ese momento entró en la cocina un resacoso Marcos.

—Buenos días —saludó este al entrar.

—Buenos días, jueguista —respondió su padre. Marcos lo fulminó con la mirada, pero luego le sonrió. Su padre les sirvió a los dos un zumo de naranja y unas tostadas, estaban hambrientos—. Bueno, ¿y cómo lo pasaron anoche? —preguntó su padre. Marcos y Alison se miraron y rieron. Luego negaron con la cabeza, no le contarían nada a su padre—. Está bien, me rindo, ya sé que no me contarán nada.

—Papá, es que eres muy cotilla —afirmó Alison.

—Sí, es verdad, lo soy, pero por lo menos dime por qué estás tan feliz.

Su padre seguía siendo cotilla, daba igual lo que le dijeran. Marcos lo miró con una sonrisa maliciosa.

—Bueno, pero eso te lo puedo decir yo —dijo Marcos haciendo que su padre pusiera toda su atención en él. Su padre le instó a que siguiera—. Alison conoció a un chico —declaró en el mismo instante en el que pegó un grito por el pellizco que Alison le dio bajo la mesa. Su padre se dio cuenta de lo que su

hija hizo y soltó una carcajada.

—Hija, ¿quién es ese chico? —preguntó.

—Ves, Marcos, lo que consigues —regañó a su hermano por ser tan bocazas —. Papá, solo es un amigo, ¿vale?

Su padre la miró, su hija nunca hablaba de chicos. Bueno, en realidad, es que nunca había salido con chicos y esa era su preocupación.

—¿Cómo se llama? —preguntó Carlos. Alison suspiró derrotada por su padre.

—Nicolás, es el primo de Laura. —Su padre se puso nervioso, ese nombre le resultaba familiar.

—Quiero conocerlo.

—Papá, por favor, solo voy a ir al cine con él, no a casarme —aseguró convencida.

—Me da igual, quiero saber quién es ese tal Nicolás, no voy a dejar que mi hija salga con cualquier chico —sentenció e hizo que Alison se cabreara.

Bufó y salió de la cocina. Subió a su habitación, se vistió y volvió a bajar. Necesitaba salir, necesitaba desconectar. A veces su padre era muy exagerado. Al salir su madre entraba. Esta estaba trabajando, era profesora de ballet y tenía su propia academia.

—¿Dónde vas, Alison? —preguntó.

—Ya sabes adónde voy, mamá —contestó.

Su madre comprendió, siempre iba a ese sitio cuando se sentía abrumada por algo y en ese momento Carlos se puso pesado con el tema de Nicolás.

—¿No vas a comer por lo menos, hija? —preguntó Bibiana preocupada.

Esta negó con la cabeza, le dio un beso a su madre en la mejilla y se fue. Caminó hasta su lugar favorito y ese era el puente. Al llegar se sentó en el escalón que se sentaba siempre, necesitaba pensar.

—¿Por qué se puso así? —se preguntó.

Su padre nunca le pedía explicaciones de con quién salía, pero sí notó que se puso tenso al oír el nombre de Nicolás.

Después de llevar un rato sentada, cogió su móvil y puso música, puso *Halo* de Beyoncé. Se levantó y cuando comenzó a sonar la melodía su cuerpo, por instinto, comenzó a moverse al ritmo de la música. Al ser su madre profesora le enseñó desde pequeña, aunque Bibiana siempre le dijo que tenía madera de bailarina, que eso se llevaba en la sangre y así era.

Alison se movía de una forma especial. Bailaba con los ojos cerrados, se metió tanto en la música que no notó que alguien la estaba mirando. Nicolás, desde el otro lado del puente, la miraba impactado, embobado. El corazón de Nicolás latía frenético al verla así, tan concentrada en lo que hacía, era admirable y una delicia contemplarla.

Cuando la música terminó, Alison se sentó para descansar, seguía sin ver a Nicolás.

Estaba tan absorta en lo que hacía que no se había dado cuenta de que alguien la observaba.

—Te dije anoche que a lo mejor ya había llegado a quien esperabas — susurró Nicolás acercándose a ella sin querer asustarla, pero aun así Alison se asustó, no lo esperaba.

—Dios, me has asustado. ¿Siempre me vas a estar asustando? —preguntó divertida.

Nicolás sonrió y le dio un beso en la mejilla mientras se encogía de hombros. Alison, al recibir ese beso, un cosquilleo sintió en su estómago y sobre todo ahí, donde él había pegado sus labios.

—Lo siento, no quería interrumpirte —afirmó avergonzado.

Se puso roja al darse cuenta de que podía haberla visto bailar y le dio un poco de vergüenza.

—¿Me has visto bailar? —preguntó un poco nerviosa.

Ella nunca bailaba delante de nadie, no le gustaba, decía que eso solo lo quería disfrutar ella y pese a que estaba en el conservatorio, siempre pensó que regalarles a personas que no conocía de nada su talento o como ella le llamaba, su amor por la música, lo hacía, pues lo adoraba.

—Sí y he de decirte que lo haces increíble. —Alison sonrió por su comentario.

Estuvieron hablando un rato. Alison cada vez cogía más confianza con él y ya estaba perdiendo un poco la vergüenza que tenía al principio. Nicolás era un chico muy divertido, atento y podían hablar de cualquier cosa, tenían mucho en común.

A las cinco de la tarde, ella ya se tenía que ir. Se levantó y Nicolás lo hizo con ella, quería acompañarla para que no se fuera sola.

Alison lo dejó que la acompañara, así aprovecharía el viaje para que su padre conociera a Nicolás y la dejara en paz para salir con él.

—Nicolás, ¿puedo pedirte un favor? —preguntó nerviosa sin saber si se negaría.

—Lo que tú quieras, preciosa —respondió él.

—Veras, es que mi hermano es un bocazas y le dijo a mi padre que iba a salir contigo. Dios, qué vergüenza. En fin, que mi padre quiere conocerte. Entenderé si dices que no, en realidad no nos conocemos de nada y no tienes por qué hacerlo. Perdona, olvida lo que he dicho, ¿sí? —Alison no paraba de hablar.

—Para, Alison. Me encantaría conocer a tu padre, no tengo ningún problema, al contrario, lo prefiero así porque quiero salir contigo, solo contigo — declaró Nicolás acercándose a ella.

Le cogió las mejillas con sus manos. Alison estaba muy nerviosa, sabía que iba a besarla y en realidad quería que la besara, deseaba que la besara, pero Nicolás no creía que fuera el momento y la besó en la frente quedándose unos segundos ahí aspirando el olor de su pelo. Deseaba besarla, pero esperaría. Alison se decepcionó, ella esperaba ese beso.

«A lo mejor es que no le gusto», pensó Alison.

Al separarse Nicolás la miraba de una forma especial y ella se dio cuenta.

«¿Por qué no me besó?», seguía pensando.

Le dolió mucho no sentir el beso de Nicolás, pero intentó olvidarlo y seguir

caminando como si nada. Al llegar a su casa, Alison llamó a su padre para que saliera al porche. Este, al escucharla, salió.

—Papá, él es Nicolás, el chico del que te hablé esta mañana —presentó Alison avergonzada.

Su padre se quedó mirando a Nicolás, le recordaba a alguien. Nicolás le extendió la mano para que este la estrechara y así lo hizo.

—Encantado, señor —respondió Nicolás.

Carlos asintió dándole una oportunidad al chico, pues vio cómo su hija lo miraba, nunca la vio mirar a nadie así.

—¿Te importa si te hago algunas preguntas? —preguntó su padre.

—Papá, por favor, querías conocerlo y aquí está, nada más —regañó Alison desesperada.

—No pasa nada, Alison, estaré encantado de responder a las preguntas de tu padre, pero si no le importa, ¿puede ser en otro momento? Ya tengo que irme —se excusó Nicolás. El padre de Alison notó el acento francés de este y eso no le gustó.

—Está bien, pero solo una cosa, ¿eres francés? Es que noté tu acento.

A Nicolás le extrañó esa pregunta, pero él era un chico muy educado así que le respondería.

—Sí, soy francés, al igual que mis padres, los únicos que son portugueses son mis abuelos —expuso Nicolás. El padre de Alison asintió nervioso. Iba a entrar en la casa, pero Nicolás lo paró.

—Señor, me gustaría pedirle permiso para llevar esta noche al cine a Alison.

Eso en cierto modo a Carlos le gustó y más la educación que empleó al hablar con él, así que no pudo negarse. Se despidieron y Carlos entró dejándolos solos.

—Vaya, te ganaste a mi padre, eso es bastante complicado —afirmó Alison con una sonrisa.

Solo esa sonrisa hacía que Nicolás quisiera besarla. No sabía en qué

momento ella se metió en su mente tan rápido, pero desde anoche no paraba de pensar en ella y mucho menos, podía borrar las ganas de basarla.

—Ahora solo falta ganarme a la hija —contestó Nicolás.

Alison se puso roja y Nicolás sonrió, le dio un beso en la mejilla y se fue diciéndole que la recogería a las ocho.

Alison asintió y entró en la casa con la mayor de las sonrisas. Desde que conoció a Nicolás la noche anterior estaba así, no cabía en ella de felicidad y no sabía el porqué, lo que sí sabía era que él tenía mucho que ver con esa felicidad. Subió a su habitación, tenía que mirar qué se pondría para esa noche, quería dejar impactado a Nicolás.

Al subir escuchó discutir a sus padres. Puso un poco la oreja, le resultó raro escucharlos pelear, ellos nunca lo hacían.

—Él está aquí, ¿verdad? —preguntó Carlos a Bibiana.

—¿Él? —se preguntó Alison—. No sé, sabes que no sé nada desde aquel día, jamás supimos nada —decía su madre llorando.

—¿Y cómo explicas que ese tal Nicolás se parezca tanto y encima sea francés? Es mucha casualidad, ¿no crees?

Alison a cada cosa más extrañada estaba.

—¿De quién estarán hablando? ¿Y qué tiene que ver Nicolás con todo esto? —se preguntó confundida. Alison escuchó a su hermano y pegó un rebote, la había asustado.

—¿Qué haces espiando tras la puerta? —preguntó Marcos. Sus padres, al escucharlos en el pasillo, salieron para ver qué estaban haciendo.

—¿Chicos, qué hacéis aquí? —preguntó su padre.

Marcos iba a decir que la vio espiando y Alison, como siempre, le pegó un pellizco, así podría responder ella.

—Yo venía a pedirte ayuda, mamá, y Marcos llegó cuando iba a tocar la puerta —dijo Alison con la sonrisa más falsa que tenía. No había mentido del todo, sí iba a buscar a su madre antes de escucharlos discutir.

—¿Ayuda? —preguntó su madre. Alison asintió y se acercó a ella para

agarrarla del brazo y llevársela.

—Sí, ya sabes que tengo una cita esta noche y no sé qué ponerme —exclamó tirando de su madre.

Su madre sonrió y entró con ella en su habitación. Estuvieron una hora eligiendo lo que se pondría y al fin se decidió. Su madre al terminar salió de su habitación para dejarla que se arreglara.

Alison entró en el baño y se duchó, necesitaba relajarse, esa noche prometía bastante y ya estaba nerviosa. Al salir se secó y se puso la ropa que eligió. Luego maquilló sus ojos y boca y arregló su pelo dejándolo completamente suelto, lo tenía bastante largo. Alison era una chica de tez blanca, pero su pelo era negro al igual que sus ojos. No sabían a quién había salido, pues su madre era rubia con ojos verdes al igual que su hermano Marcos y su padre era castaño con ojos azules. Siempre le dijeron que se parecía a su abuela, ella era morena con ojos negros.

Cuando ya estuvo lista se miró en el espejo. Se puso unos vaqueros ajustados claros, una camisa ajustada negra y sus botines de tacón. Iba bastante guapa.

Salió de su habitación y bajó las escaleras. Al bajar se quedó muda, no sabía que Nicolás la esperaba en el umbral de la puerta. Nicolás se quedó sin habla al verla. Cuando la tuvo cerca le dio un beso en la mejilla y le sonrió.

—Estás preciosa. —Alison asintió y salieron. Esa noche era muy especial para ambos. Era el principio de una bonita amistad o a lo mejor de algo más.

Capítulo 8

Cuando llegaron al cine, Nicolás se bajó primero del coche, quería abrirle la puerta él mismo a Alison, a ella le gustó mucho ese acto y se puso roja al no esperarse eso de parte de él.

—Gracias —dijo Alison cuando salió del coche.

Nicolás le mostró la mejor de sus sonrisas.

—Todo por una bella dama como tú —dijo cerca de su oído.

Eso hizo que se le erizara toda la piel, el sentir su aliento con olor a menta cerca de ella. Era simplemente apetecible y le encantaría sentir ese frescor en su propia boca, si es que al fin conseguía que la besara como ella quería.

Fueron hasta las taquillas para comprar las entradas de la película que verían. Alison sonrió al ver que Nicolás había comprado entradas para ver *Antes de ti*. Era una película de drama con mucho amor, sobre un muchacho que se queda en silla de ruedas por un accidente que había tenido. Alison estaba como loca por ver esa película y el detalle de que Nicolás comprara entradas para ver esa misma, le hacía ganar muchos puntos.

¿A qué mujer no le gusta un chico que le gusten las películas románticas?

—¿En serio te gustan estas películas o simplemente es para complacerme?
—preguntó Alison riendo.

Nicolás la miró y le sonrió, cada vez que le sonreía era como si rompiera una piedra más que había en el muro que ella se había creado para no enamorarse.

—La verdad, no, no me gustan, pero solo el hecho de verte sonreír me compensa el subidón de azúcar que me va a dar al ver esta película —dijo Nicolás.

Alison soltó una risita nerviosa. Todas las cosas que él decía, todas las cosas que él hacía simplemente para verla sonreír, si él esperaba ganarse a Alison, ya lo había conseguido.

Se sentaron en la última fila, pues según Nicolás desde ahí se veía mejor la pantalla del cine.

Ya sentados y con las luces apagadas, Alison se puso nerviosa, la película estaba a punto de empezar y ella ni siquiera estaba atenta a la pantalla, ella solo quería sentir el tacto de la piel de Nicolás al agarrarle la mano.

Cuando la película comenzó Nicolás miró a Alison que ya estaba metida en la pantalla pendiente de la película, eso le sirvió para poder contemplar su belleza.

Alison, al sentirse observada, viró la cabeza y miró a Nicolás que al darse cuenta miró hacia la pantalla, creyendo que ella no se había dado cuenta de que la estaba mirando. Cuando se dio cuenta de que ella sí lo pilló con las manos en la masa, los dos se miraron y sonrieron.

Los dos se quedaron mirando, por un momento fue como si en el cine no hubiera nadie más que ellos dos, Nicolás se acercó a ella y besó su mejilla. Alison sintió un cosquilleo, pero resopló al ver que ese tampoco fue directo a sus labios. Nicolás, que la estaba mirando, se rio e hizo que ella se sonrojara.

—¿De qué te ríes? —preguntó Alison. Nicolás negó aún riendo y ella lo miró con cara de cabreo—. ¿Te estás riendo de mí?

—Sí —contestó Nicolás si poder parar.

Es que era muy cómico ver a Alison frustrada por querer recibir un beso de Nicolás y él, aun sabiéndolo y queriéndolo tanto o más que ella, no se lo daba, por el simple hecho de que no quería ir rápido con ella.

—Pues a mí no me hace ni pizca de gracia —escupió cabreada.

—Anda, ven aquí —susurró atrayéndola hacia él y dándole ese beso tan

esperado por los dos.

Alison se puso nerviosa, pues no esperaba ese beso, ella pensaba que simplemente no le gustaba y que jamás tendría un beso de sus labios, pero qué equivocada estaba. Porque tanta espera mereció la pena, fue el beso más dulce que le habían dado nunca. Cuando se separaron, Nicolás pegó su frente a la de ella y suspiró.

—Si supieras las ganas que tenía de besarte, mi cisne —afirmó Nicolás rozando sus labios de nuevo.

No sabían lo que estaban sintiendo, pero cada vez que estaban juntos no había nadie más que ellos dos y sus corazones latieron al unísono creando la melodía más bonita jamás creada.

—¿Cisne? —preguntó con las mejillas ardiendo de tan rojas que las tenía.

Nicolás la hizo callar con otro beso. Ella no sabía que al pegar sus labios por primera vez lo hizo adicto a sus labios y ya jamás podría separarlos.

—Por favor, Ali, me estás distrayendo y no me entero de la película —dijo Nicolás en voz alta para que la gente los mirara.

—Oye, serás —susurró avergonzada.

Terminaron de ver la película y solo eran las once de la noche. Alison tenía permiso hasta la una, así que fueron a tomar un granizado. Estaba siendo una noche perfecta y Alison estaba en una nube. Cuando terminaron de tomarse los granizados, se fueron, aunque todavía no la llevaría a su casa, sino que se fueron al puente. Ahí estaban tranquilos y podían hablar de todo sin que nadie los interrumpiera.

—Alison, quería decirte una cosa —dijo Nicolás mirándola a los ojos.

Alison lo miró con ternura y él se derritió por completo, lo que hizo que olvidara lo que le tenía que decir.

—Dime, Nicolás —instó a que hablara.

Nicolás suspiró nervioso, quería decirle que sí, que quería besarla, pero tenía miedo de sentir lo que estaba sintiendo, que él sabía que una vez que la besara ya no podría estar sin ella, que se estaba convirtiendo en alguien

necesario en su organismo para poder respirar, que podría ser una locura, pero que se estaba enamorando como un estúpido de ella, de sus ojos negros, de su cabello largo y sedoso, de sus labios. Que se estaba enamorando de ella al completo y que no sabía si lo trataría como si estuviera loco, pues sí estaba loco, pero loco por ella.

En vez de decirle con palabras lo que sentía, pensó que lo mejor sería decirselo con actos, así que se acercó a ella y la besó con ternura, como si le fuera la vida en ello, la besó como deseaba besarla desde que le dio el primer beso en la sala de ese cine que jamás olvidaría.

Alison le correspondió de la misma forma, haciéndole sentir que ella sentía lo mismo por él, porque si él estaba loco, ella no se quedaba atrás, pues ella también se había enamorado de él, de su acento francés que la volvía loca, de sus besos tan deseados y tan complicados de olvidar, de sus ojos azules y de él al completo.

Siguieron besándose por un largo tiempo ya que no podían estar separados por mucho tiempo, cada vez que sus labios se iban a separar porque necesitaban respirar, no pasaba ni un minuto que ya estaban de nuevo con sus labios pegados.

La alarma de Alison que avisaba que ya tenía que volver a casa sonó y los dos se separaron sobresaltados.

—¿En serio pusiste una alarma para que te avisara? —preguntó Nicolás con una sonrisa sarcástica.

Alison asintió roja. Puso la alarma para que pudieran estar tranquilos sin tener que estar mirando el móvil cada diez minutos para no pasarse de la hora que su padre le había puesto para que llegara a casa.

—No quería que tuviéramos que estar pendiente de la hora —dijo Alison.

—Eres tan organizada, mi cisne —contestó Nicolás.

—Todavía no me has dicho por qué me llamas cisne.

Nicolás la miró con los ojos achinados, hacía como que pensaba la respuesta.

—Porque cuando te vi bailar, fue como si estuviera viendo el cisne más hermoso bailando sobre el agua, para mí fue espectacular y para mí eres mi cisne —dijo Nicolás.

«Dios, ¿por qué me tiene que decir esas cosas?», pensó Alison.

—¿Nos vamos? —preguntó Nicolás ofreciéndole la mano para ayudarla a levantar.

Alison se acordó del día que se conocieron, ese día pasó lo mismo y él besó su frente, con la diferencia que ahora besaba sus labios.

Entraron en el coche y Nicolás puso camino hacia la casa de Alison. Al llegar todo estaba oscuro, Alison suspiró, pensó que su padre la estaría esperando en la puerta para comprobar que no llegaba tarde, aunque pensó mal, su padre no la esperaba en el porche, pero sí estaba asomado en la ventana a oscuras para que su hija no pudiera verlo.

—Bueno, ya hemos llegado, sana y salva, como tu padre me dijo —expuso Nicolás.

Alison sonrió al recordar lo que su padre le dijo a Nicolás cuando fue a recogerla: “La quiero aquí a la una y pobre de ti como se retrase un minuto o no llegue sana y salva”.

Su padre tan protector como siempre, pero ¿por qué no podría ser igual de protector con Marcos?

Alison miró el reloj y eran la una menos cinco.

—Justo a tiempo —dijo con una sonrisa.

Se disponía a salir del coche, pero Nicolás la paró para besar sus labios, solo llevaba unos minutos sin besarla y ya sentía la necesidad de volver a hacerlo.

—¿Te veo mañana? —preguntó Nicolás con sus labios aún pegados.

—Vale, pero ya sabes que tendrás que pedir permiso al ogro de mi padre —contestó Alison una vez que sus labios se separaron.

Alison lo miró a los ojos y suspiró, no quería separarse de él esa noche, quería estar con él toda la noche. Antes de bajar volvió a darle un beso fugaz

de despedida y bajó de su coche.

—¡Alison! —gritó Nicolás.

Alison se dio la vuelta con una sonrisa. Si no se iba ya, entraría de nuevo en el coche y se iría con él, lejos de todos.

—Dime —contestó.

—Somos novios, ¿verdad? —preguntó Nicolás.

Alison le sonrió, no podía parar de sonreír, eso era lo que Nicolás provocaba en ella, solo sonrisas en su cara.

—Sí, somos novios —contestó Alison que provocó que Nicolás bajara corriendo del coche para darle el mayor beso que jamás había dado.

La besó tan apasionadamente que sus cuerpos se calentaron como si estuvieran avivando una hoguera. Cuando se separaron los dos estaban agitados, ese beso había calentado tanto sus corazones que sintieron que iban a arder en cualquier momento.

—Buenas noches, mi cisne —se despidió Nicolás.

—Buenas noches.

Alison se fue hasta su casa y Nicolás, hasta que no la vio entrar, no se fue.

—Dios, papá, me asustaste —dijo al entrar.

Su padre la esperaba justo en la puerta de la cocina.

—¿Qué tal con el francés? —preguntó su padre con sarcasmo.

Ella frunció el ceño, no sabía a qué venía esa pregunta, después se dio cuenta de que probablemente su padre la había visto cuando se estaba besando con Nicolás y por eso le hacía esa pregunta.

—Papá, no sé a qué viene esa pregunta, me lo he pasado muy bien.

—Tanto que le has dejado meter su lengua hasta tu garganta —soltó de pronto.

Alison, al escuchar eso, se cabreó y miró a su padre con la frente arrugada. No le gustaba que le recriminaran cosas y menos sin haber hecho algo malo.

—¿Me has espiado, papá? —preguntó indignada.

—Y si así fuera, ¿qué? —contestó con chulería.

Alison no daba crédito a la actuación de su padre desde que Nicolás llegó a su vida, pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué se ponía así?

—Papá, ¿cuál es tu problema con él? ¿Por qué te pones así?

—Porque eres mi princesa y no quiero que un chulito de Francia venga a enamorar a mi hija y luego la destroce como hizo Peter con tu madre —gritó cabreado.

Y de pronto se puso tenso, había hablado más de la cuenta y sabía que eso le costaría caro.

—¿Peter? ¿Quién es Peter? —preguntó ella confundida.

Su padre comenzó a subir las escaleras para ir hasta su habitación, ya era tarde y estaba cansado.

—Papá, espera, no me has respondido, ¿quién es ese Peter y qué tiene que ver con Nicolás? —preguntó agarrándolo del brazo.

—No es nadie, olvídale y vete a la cama, ya es tarde —contestó serio.

Carlos entró en su habitación dejándola con la duda de quién era ese tal Peter y por qué dijo que él le hizo daño a su madre.

Alison se metió en su habitación con las ideas muy claras, al día siguiente le preguntaría a su madre y no iba a parar hasta que le dijera quién era Peter y tendría que contárselo todo.

Capítulo 9

Esa noche Alison no durmió pensando en lo que su padre le había dicho. ¿Por qué simplemente no podía ser feliz al ver a su hija dichosa? Jamás Alison se enamoró de alguien y de Nicolás se había enamorado como nunca creyó hacerlo.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue buscar a su madre para preguntarle por ese tal Peter que su padre le mencionó la noche anterior.

—¿Mamá? —preguntó Alison entrando en la habitación de su madre.

“No sabía que estabas aquí. No, no me pidas que me calme. ¿Cómo se te ocurre volver? Hace ya muchos años de eso, Peter. ¿Tu hijo vino contigo? Porque creo que es el muchacho que está con mi hija Alison”.

Alison estaba escuchando a su madre hablar por teléfono, ella estaba en el baño y por eso no se dio cuenta de que su hija había entrado.

—¿Mamá? —preguntó de nuevo Alison, pero esta vez entrando en el baño.

Bibiana, al darse cuenta, colgó enseguida. Miró a su hija y esta la miraba con el ceño fruncido, la miraba como si estuviera intentando sacar todo de su mente.

—Cariño, ¿qué pasa? —preguntó Bibiana nerviosa.

Alison cambió su gesto preocupado a uno de cabreo, no sabía el porqué, pero en ese momento estaba casi segura de que ese tal Peter era con quien hablaba su madre por teléfono.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Alison.

Bibiana se puso muy nerviosa. ¿Qué le diría a su hija? ¿Que estaba hablando con el amor de su vida? No, no podía decirle eso, no podía hacerle creer a su hija que ella no quería a su padre, eso no podía hacerlo.

—Eh, yo... Estaba hablando con tu tía Lucía —mintió.

Lucía era la madre de Vanessa, pero como se criaron juntas Alison le decía tía, al igual que Vanessa le decía tía a Bibiana.

—Mamá, ¿por qué me mientes? Acabas de decir Peter —aseguró Alison.

Bibiana se tensó, no sabía que su hija la había escuchado.

—Hija, Peter es un viejo amigo, pero por favor no le digas a tu padre que me oíste hablar con él —suplicó.

—Pero si es un viejo amigo, ¿por qué debería de ocultárselo a papá? —preguntó confundida—. Mira, mamá, no sé quién es ese Peter, pero papá anoche me dijo que él te había hecho daño y por culpa de eso no le gusta que yo salga con Nicolás, así que por favor arreglen eso porque yo no voy a dejar de ver a Nicolás —sentenció cabreada.

Estaba harta de que siempre quisieran planear su vida y por primera vez haría lo que ella quería, saldría con Nicolás y si a su padre le molestaba le daría igual.

—¿Eso te dijo tu padre?

Alison asintió saliendo del baño y se sentó en la cama de su madre, sabía que esa conversación iba a ser larga.

—Hija, a ver cómo te cuento esto. —Suspiró mientras pensaba cómo contarle la historia—. Peter fue mi novio cuando yo tenía tu edad, pero después él se marchó y tu padre y yo comenzamos a salir hasta que nos casamos. El problema aquí es que tu padre y Peter, antes de que yo llegara, eran los mejores amigos y ahora no lo son. Ese es el motivo por el cual tu padre no quiere saber nada de Peter —dijo su madre.

Alison la escuchaba atenta. Peter había sido el primer amor de su madre, pero él no supo valorarla, eso es lo que pensaba ella en ese momento.

—¿Y qué tiene que ver Nicolás con todo esto, mamá? —preguntó.

Alison no quería pensar que Nicolás fuera el hijo de Peter, eso sería un problema y su padre no lo aceptaría. Eso para Alison sería desastroso.

—Creo que Nicolás es el hijo de Peter, pero no estoy segura. Por eso lo llamé, hija. Si tu padre se entera de que Nicolás es hijo de Peter no va a dejar que lo veas, por eso ninguna dirá nada de esto, ¿de acuerdo? Yo seré tu cómplice —le dijo su madre.

Alison vio un rayo de esperanza en esas palabras, si Nicolás era el hijo de Peter no los separaría nadie porque su madre la ayudaría a que eso no pasara.

—Gracias, mamá. La verdad no quiero separarme de él. Yo, yo me enamoré de él, mamá —susurró Alison apenada.

Nunca habló con ella de chicos, pero en ese momento era diferente, tenía el apoyo de su madre, un apoyo que jamás creía que tendría y eso era lo que importaba en ese momento.

Su madre estuvo hablando por más de media hora con ella. Luego se fue, había quedado con Peter en el mismo lugar de siempre, tenía que enterarse de por qué había vuelto y si Nicolás era su hijo.

Alison se fue a casa de Vanessa, hacía un par de días que no veía a su amiga y tenía que contarle todo lo que había pasado con Nicolás.

Cuando Bibiana llegó al puente, su mente se llenó de muchos recuerdos, recuerdos malos, pero muchos más buenos, los mejores recuerdos de su vida. Se sentó en el escalón del puente para esperar a Peter.

Después de unos minutos escuchó pasos tras ella y se dio la vuelta. Cuando eso pasó sus ojos conectaron y sus corazones comenzaron a latir frenéticos. Ese reencuentro tan esperado por los dos por fin se hacía realidad, se habían echado mucho de menos. Se amaban aún.

—Peter —dijo Bibiana levantándose.

Peter se acercó a ella y la abrazó fuerte para retenerla entre sus brazos todo el tiempo que fuera posible. Bibiana metió su cabeza en el hueco de su cuello y Peter se impregnó del olor que desprendía el cabello de Bibiana.

—Te he echado de menos —susurró él en su oído, lo que hizo que Bibiana

sintiera escalofríos por sentir su aliento cerca de su cuello.

Cuánto habían deseado estar así, pero la vida a veces es injusta y separa a las personas que más llegan a amarse.

—Yo también te eché de menos, pero ¿por qué desapareciste tanto tiempo?
—preguntó Bibiana aún entre sus brazos.

Peter se separó de ella y le cogió la mano para luego besarle los nudillos, tiró de ella y se sentaron en el escalón donde Bibiana lo esperaba segundos antes.

—Antonella murió —dijo Peter.

Bibiana abrió los ojos sorprendida, su amiga había muerto y ella no estuvo con ella. Aunque por otra parte ella no la hubiera dejado acercarse.

—¿Cómo? —preguntó Bibiana.

Peter resopló, era muy duro tener que recordar cómo murió su mujer de un cáncer y que él no pudo hacer nada para salvarla.

—Tenía cáncer —contestó con un nudo en el estómago.

Peter sufrió mucho con la enfermedad de su esposa. No la amaba, pero llevaban muchos años juntos y tenían un hijo en común. Aunque también tenía un hijo en común con su primer amor, con Bibiana. Ellos tenían a Marcos.

—Eso es terrible. Lo siento mucho, Peter, no sabía nada, si lo hubiera sabido, habría ido o llamado —dijo Bibiana desolada.

Peter la miró y le echó su brazo por los hombros para luego darle un beso en la mejilla. Estaba que se moría por dentro por besarla y acariciar toda su piel.

—No te preocupes, fue todo muy rápido y no me dio tiempo de llamar a nadie. De todas maneras, Carlos no hubiera ido, ¿no?

Bibiana se sentía feliz de estar en sus brazos una vez más, aunque no fuera como su pareja, sino como una amiga.

—Peter, yo te cité aquí por mi hija Alison.

Él suspiró, sabía que su hijo salía con Alison, pero no quiso decirle nada, él no quería prohibirle nada a su hijo a menos que Carlos se opusiera por el odio que sentía hacía él. Los chicos no tenían la culpa de los problemas de sus

padres y no tenían por qué pagar el odio que sentían. Aunque Peter no odiaba a Carlos, al contrario, él echaba de menos a su mejor amigo, a su hermano, pero las cosas no salieron bien y acabaron enamorados de la misma mujer.

—Ya lo sé, mi hijo sale con tu hija y eso no podemos pararlo. ¿Sabes que mi hijo volvió a sonreír? Cuando murió Antonella, él sufrió mucho y, desde que volvimos, se lo ve feliz y eso supongo que es por tu hija —afirmó con una sonrisa.

Bibiana se sintió orgullosa de que Nicolás se sintiera así por estar con Alison, eso le hacía ver que estaba enamorado de ella.

—Mi hija también está muy feliz y me dijo esta mañana que lo quiere.

Así estuvieron por mucho rato hablando de sus hijos, de cómo los veían y de que estaban felices por ellos, aunque sabían que Carlos no iba a estar de acuerdo. Peter quería preguntar por Marcos, pero no se atrevía, no sabía si Bibiana se molestaría.

—Bib, y... Marcos, ¿qué tal? ¿Cómo es? —preguntó en un susurro casi audible.

Bibiana se puso nerviosa, no sabía si debía hablarle de él. Aunque por otra parte se sintió feliz de que su padre preguntara por él.

—Es, es igual a ti, en todos los sentidos, tanto físicamente como el carácter —expresó.

Los dos soltaron una carcajada enorme. Peter estaba feliz de saber que su hijo era igual a él, pero también estaba mal porque quería conocerlo, abrazarlo y decirle que él era su padre y que estaría para él siempre.

—Bueno, Peter, yo ya me tengo que ir, se está haciendo tarde —dijo levantándose.

Peter se levantó con ella y la abrazó de nuevo, se separaron y sus miradas se quedaron clavadas. Bibiana estaba ansiosa por que la besara y Peter estaba igual. Nunca la olvidó y la amaba incluso más que antes. Se acercó a ella y la besó, sus labios se unieron creando chispas en todo su ser. Todos los recuerdos agolpados, tantas veces que se vieron en ese mismo lugar, en el

punto donde se besaron por última vez y donde volvieron a mezclar sus corazones para crear uno solo.

Se separaron y Bibiana estaba sonrojada, ella y Alison eran idénticas hasta para enamorarse, las dos eligieron igual a dos hombres de la misma familia.

Se despidieron y cada uno se fue a su hogar, pero como siempre dejando su amor y su corazón bajo ese puente enterrado.

Bibiana llegó a su casa y ya era por la tarde, Carlos la esperaba desde hacía ya una hora y no sabía por qué, pero tenía la sensación de que había estado con Peter.

—Por fin llegas —dijo Carlos al ver a su mujer.

—Eh, sí, lo siento, estuve dando un paseo, ya sabes que a veces me gusta desconectar —dijo Bibiana nerviosa.

Carlos la miraba con los ojos entreabiertos, no se creía ni una sola palabra de la mujer que amaba.

—Estuviste con él, ¿verdad? —preguntó alzando la voz.

Últimamente estaba más celoso que nunca y con la llegada de Peter era peor.

—¿Qué dices, Carlos, a qué viene esa pregunta?

—¿Te crees que soy idiota, Bib?

Carlos le gritaba a su mujer, estaba totalmente ido, nunca se había puesto así. Bibiana se asustó, Carlos se estaba poniendo agresivo y eso no lo iba a consentir.

—Carlos, cálmate por favor, yo no estuve con nadie, solo fui a dar un paseo —suplicaba Bibiana.

Pero Carlos no escuchaba ninguna palabra de su mujer, esa mujer que lo dejó todo por estar con él, porque para ella hubiera sido fácil escaparse con Peter cuando él se lo pidió, pero aun así no lo hizo. Carlos se acercó a ella y le dio una bofetada que la tumbó de la fuerza que empleó.

En ese momento su hijo entraba por la puerta de su casa y vio la escena de su madre cayendo al suelo por culpa de su padre.

—Papá, pero ¿qué haces? —gritó Marcos empujándolo.

Carlos se volvió loco, aunque enseguida se dio cuenta de lo que había hecho y le pidió perdón a su mujer, ella no quiso escucharlo, él nunca le puso una mano encima y esa había sido la primera y la última vez que lo haría porque si no controlaba esos impulsos, se quedaría solo.

—Bib, por favor, perdóname, yo, yo no quise hacerlo —suplicó arrodillado ante su mujer.

Bibiana lo miró y se dio la vuelta para subir las escaleras.

—Esta noche ni se te ocurra entrar en la habitación, no, mejor ni esta noche ni ninguna noche más, Carlos —exigió Bibiana antes de subir por completo las escaleras. Se metió en su habitación y dio un portazo.

Carlos se acercó a su hijo y este le dio la espalda, no quería hablar con su padre, no le perdonaría que le pegara a su madre.

—Papá, no me toques y jamás vuelvas a tocar a mi madre —dijo dejándolo solo en el salón.

Bibiana se metió en su cama llorando sin consuelo, lo que le acababa de pasar con su marido le abrió los ojos y no lo iba a tolerar. Tendría que pensar muy bien las cosas, pero no seguiría con él, no después de eso.

Capítulo 10

Cuando Alison llegó a su casa, todo estaba oscuro. A ella le extrañó ya que solo eran las diez de la noche. Ese día no había visto a Nicolás y ya lo echaba de menos, estuvo con Vanessa, que la volvió loca de tantas preguntas que le hizo en referencia a su francés. Esas eran las palabras textuales de Vanessa.

—¿Qué tal con tu francés? —Sonrió Alison al recordar la primera pregunta que le hizo su mejor amiga.

Cuando Alison entró en la cocina y encendió la luz, pegó un grito, su padre estaba sentado en un taburete totalmente a oscuras.

—Papá, cualquier día me matas de un susto —expuso Alison acercándose a su padre.

Le dio un beso y se sentó en el taburete que había justo al lado. Su padre ni siquiera la miró, estaba con la mirada perdida en un punto fijo y como no estarlo, si lo que hizo horas antes marcaría un antes y un después en su matrimonio, y eso, aunque le doliera, era un hecho.

—Papá, ¿qué te ocurre? —preguntó preocupada.

Su padre negó sin mirarla y una lágrima hizo de las suyas cayendo sin previo aviso. Alison lo miró extrañada, jamás vio a su padre llorar.

—Eh, eh, papá. ¿Por qué lloras?

Alison lo abrazó y Carlos dejó que su hija lo acunara entre sus brazos, aunque estaba muy avergonzado, no sabía cómo ella lo miraría una vez que se enterara de que golpeó a su madre.

—No es nada, lo siento —dijo su padre aún con lágrimas cayendo por sus mejillas.

Alison fue hasta la entrada, donde había una cajonera, la abrió y buscó un paquete de pañuelos para dárselos a su padre, una vez que la encontró volvió a la cocina y se los extendió. Este agarró el paquete de pañuelos que su hija le había dado.

Una vez que Carlos estuvo más tranquilo, Alison quería preguntar qué había pasado para que estuviera así y se extrañó de que su madre no se encontrara allí, así que prácticamente ya sabía más o menos qué había sucedido.

—Papá, ¿me dirás ahora qué ha pasado? —preguntó Alison con media sonrisa.

Carlos la miró y negó, no quería contarle a su hija lo que había hecho, porque sabía que lo odiaría y eso no lo iba a soportar.

—Ya te dije que no es nada —contestó cortante.

Alison lo miró con cara de cabreo, estaba harta de que le ocultaran siempre las cosas como si fuera una niña pequeña, ya casi tenía dieciocho y sus padres no se daban cuenta de que ya era toda una mujer.

—Está bien, no me digas nada si no quieres. ¿Dónde está mamá? —preguntó Alison algo más seca.

—Está en la habitación.

Alison abrió los ojos. Si su madre estaba en la habitación y su padre abajo a oscuras, eso solo podía significar una cosa. La pelea fue más fuerte de lo normal.

—Está bien, voy a subir, papá —dijo levantándose del taburete.

Fue hasta las escaleras y las subió despacio, estaba muy preocupada por sus padres, ellos nunca habían peleado así.

Cuando Alison llegó hasta la puerta de la habitación de su madre, tocó despacio, no quería despertarla si es que estaba dormida. Como vio que su madre no contestaba, entró sin avisar.

—¿Mamá? —preguntó Alison una vez dentro.

Alison la buscaba con la mirada, la habitación estaba oscura y se veía a duras penas.

—Dime —contestó su madre bajito.

Alison se acercó a la cama y se acostó al lado de su madre abrazándola por detrás.

—¿Estás bien? —preguntó.

De pronto su madre comenzó a llorar y Alison la apretó a ella, quería que lo que fuera que le pasaba a su madre se lo pegara a ella para que no sufriera, no le gustaba verla así. Su madre era una mujer muy alegre y divertida, aunque de unos años para acá estaba un poco más triste y ya no reía tanto como cuando ella era pequeña.

—Mamá, sea lo que sea que pasó con papá yo estoy aquí, ¿sí? Pero ya no llores más que se me parte el alma —susurró Alison en su oído.

Su madre se dio la vuelta para estar cara a cara con su hija, aprovechando la oscuridad de la habitación para que no viera su cara coloreada de un tono morado, pronto estaría tan oscuro que ni con maquillaje podría borrarlo, aunque eso era lo de menos, ya que lo que no podría borrar con nada era el dolor que sentía dentro en su corazón.

—Estoy bien, no te preocupes —dijo su madre intentando calmar a su hija.

Pero Alison no le creyó, se olía que lo que había pasado era grave. Sus padres discutían, pero como todas las parejas y por eso mismo le extrañaba que estuviera así, puesto que cuando discutían su padre iba a buscarla después de diez minutos.

—Mamá, no mientas, no sé qué ha pasado, pero sé que es algo grave.

Bibiana comenzó a llorar de nuevo, se sentía una basura y en ese momento necesitaba más que nunca a Peter, él era el único que sabía cómo quitarle ese dolor tan fuerte que le oprimía el pecho y le impedía que respirara con tranquilidad.

—No, no... es nada, solo discutimos, eso es todo —aseguró con la voz entrecortada.

Alison no le creía y sabía que si su hermano estaba en casa él le diría todo. Se levantó de la cama y encendió la luz para poder ver mejor.

Todavía no había visto a su madre. Se dio la vuelta para decirle que ya volvía y se quedó muda, su madre tenía la cara inflamada y morada.

Lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Alison y su madre se levantó de la cama para abrazarla.

—Dime que no te golpeó, dímelo —gritó Alison.

Bibiana cayó, no sabía cómo decirle que solo había sido una bofetada y nada más, no quería que odiara a su padre como ya lo hacía Marcos.

—Dímelo —volvió a gritar Alison.

Bibiana comenzó a llorar y asintió avergonzada, pero ¿por qué debería estar avergonzada ella si era la víctima de todo? Esa pregunta rondó la mente de Alison.

Se separó de su madre y salió de la habitación, iba a buscar a su padre para pedirle una explicación, pero cuando bajó no lo encontró por ningún lado, en cambio, en la cajonera de la entrada, había un sobre que decía “Para mi familia”.

Alison, con manos temblorosas, lo agarró, abrió el sobre y sacó la carta que había dejado su padre cuando ella subió. Su padre, antes de irse, había escuchado todo lo que su hija dijo y le dolió en el alma y por eso mismo se fue, no podía soportar lo que había hecho y que su familia lo odiara como ya hacía.

“Familia, bueno, si aún puedo llamaros así. Siento muchísimo lo que hice, no me lo perdono y por eso mismo decidí irme para aclarar mis ideas y dejar que las cosas se refresquen, sé que no tenía por qué hacerlo, pero los celos me cegaron y no pude controlarlo. Hace ya mucho tiempo que esto ha ido creciendo en mi interior, pues la presencia de Peter siempre estuvo entre vuestra madre y yo, y también sé que eso era culpa mía. Lo único que os pido es que no me odiéis, no podría cargar con eso, me moriría si llegara a sentir odio por vuestra parte. A ti, Bibiana, solo puedo decirte que estoy muy

avergonzado y arrepentido de mi comportamiento y te pido perdón, tú ya sabes que te amo con toda mi alma y que odio no haber podido llegar a tu corazón y echar de una patada el recuerdo de Peter.

Os amo a los tres y espero que algún día volvamos a encontrarnos”.

Alison lloraba desconsoladamente, su padre se había marchado y eso no lo soportaba; él era su héroe y no aguantaba la idea de que también estuviera sufriendo tanto.

—Hija —dijo Bibiana bajando el último escalón.

Alison la miró y le extendió la carta. Bibiana la agarró y comenzó a leerla, pronto se puso a llorar, sabía que eso pasaría y también sabía que el motivo sería justo el que estaba pasando, pero tenía la esperanza de que no ocurriera nunca. Ella, después de todo, quería a Carlos, solo que no lo amaba como amaba a Peter y eso era lo que a Carlos le dolía, no haber conseguido el amor de su esposa.

Bibiana y Alison se abrazaron, estaban muy tristes. Volvieron a subir las escaleras y fueron hasta la habitación de Marcos.

Tocaron la puerta y Marcos abrió enseguida, al verlas a las dos llorando se acercó preocupado de que su padre la hubiera golpeado otra vez.

—¿Qué pasó? —preguntó Marcos.

Alison le dio la carta y este la leyó, pero no mostró ningún tipo de dolor, él en ese momento no sentía por su padre más que odio y no quería volver a verlo.

Marcos se metió de nuevo en su habitación y dio un portazo, ya solo, comenzó a llorar. ¿Cómo puede cambiar tu vida de un día para el otro? ¿Cómo un hombre podía hacerle eso a la mujer que supuestamente ama? Estaba claro que Marcos era el que más dolido estaba, pues él no sería capaz de golpear a una mujer y menos si la amaba tanto como él amaba a Laura.

Alison y su madre se metieron en su habitación y se acostaron a dormir, esa noche sería la más larga de su existencia y sabían que dormirían muy poco.

—Buenas noches, mamá —dijo dándole un beso en la mejilla a su madre.

Bibiana le correspondió al beso y cada una se puso en un lado de la cama, esa noche Alison dormiría con su madre, necesitaban estar juntas.

Después de dar muchas vueltas, Alison se quedó dormida, en cambio Bibiana seguía sin pegar ojo, tenía una presión en el pecho que no la dejaba tranquila.

Cuando estaba a punto de quedarse dormida, sonó el teléfono de la casa.

Bibiana se levantó extrañada, ¿quién sería a esa hora? Pero enseguida se preocupó, no era normal recibir una llamada a las tres de la madrugada y si sonaba a esa hora no era para nada bueno, seguro serían malas noticias.

Se acercó al teléfono y lo descolgó para llevarlo hasta su oreja.

—Diga —dijo Bibiana.

—¿La señora Morgan? —preguntó una voz desconocida.

—Sí, soy yo.

—La llamamos del hospital, su marido tuvo un accidente de tráfico y... venga en cuanto pueda —anunció.

Bibiana comenzó a llorar y se le cayó el teléfono de las manos, lo que provocó que su hija se despertara por el ruido que hizo este al chocar contra el suelo.

Alison se levantó y cogió el teléfono, su madre se había quedado en *shock*.

—Hola, ¿quién es? —preguntó Alison.

—Sí, soy la doctora López. El señor Morgan tuvo un fuerte accidente de tráfico y está en este momento en quirófano. Vengan cuando puedan.

—Está... bien... gracias, en seguida estamos ahí —dijo Alison con la voz entrecortada y colgó.

Abrazó a su madre que seguía sin reaccionar.

—Mamá, vamos, tenemos que irnos —dijo con el corazón encogido por el llanto.

Como su madre no reaccionaba, salió de la habitación y fue hasta la de su hermano, pero este no estaba, había salido sin avisar.

Alison volvió a la habitación y se encontró con su madre que ya estaba vistiéndose. Alison no sabía a quién llamar, pero enseguida pensó en Nicolás y lo llamó, este le cogió el teléfono al segundo tono y le respondió en un tono preocupado.

Le pidió que las recogiera para ir hasta el hospital, su madre no estaba en condiciones de conducir. Nicolás le dijo que estaría en su casa en menos de veinte minutos y así fue.

Alison y su madre ya lo esperaban en la puerta de su casa. Cuando Alison vio el coche, tiró de su madre para entrar en él, pero se quedó muda al ver que del coche de su novio salía un hombre alto muy guapo que corrió hasta su madre.

Alison supuso que era Peter por cómo la apretaba entre sus brazos y ella se dejaba.

Nicolás salió del coche y se acercó a Alison, le cogió las manos y besó sus labios con dulzura.

Pero Alison no podía parar de mirar a Peter y a su madre. Se trataban con un amor que jamás había visto con su padre. Peter la miraba con una dulzura que haría que un corazón congelado se derritiera en solo un segundo.

Eso a Alison por una parte la tranquilizó, pero por otra entendió la frustración de su padre y eso hizo que por un momento odiara a Peter.

Capítulo 11

Iban en el coche y Alison no dejaba de mirar cómo Peter acariciaba a su madre y esta, ni corta ni perezosa, se dejaba, sin importar que su padre estuviera en un quirófano debatiéndose entre la vida y la muerte.

—¿Cómo pueden ser tan descarados? —se preguntó.

Nicolás la miró, él sí había escuchado lo que ella dijo y la comprendió, pero por otra parte no podían decirles nada, después de todo ellos se amaban y eso ninguno de sus hijos podría borrarlo.

—Tranquila, mi cisne, pronto pasará todo —aseguró Nicolás apretando su mano con suavidad.

Alison lo miró, pero luego volvió a perder su mirada en la carretera, estaba muy intranquila y ansiosa por llegar al hospital.

Estuvo llamando por una hora a su hermano, pero parecía que se lo había tragado la tierra, pues no daban con él. Alison no pudo hacer más que dejar un mensaje en el buzón de voz informándole de la situación, todo con la esperanza de que su hermano lo escuchara y fuera al hospital, porque por muy cabreado que pudiera estar con su padre, no podía dejar de ir, era su padre y estaba muy grave, podría morir y lo último que vivió con él fue una terrible bronca en la cual su padre golpeó a su madre.

Eso era algo que no podrían borrar, pero ella quería estar con él.

El camino hasta el hospital se hizo muy largo y Alison ya estaba desesperada, no quería que al llegar le dijeran que su padre ya había muerto,

eso no lo soportaría.

Su madre todo el camino se mantuvo callada, aunque Peter siempre intentaba hablar con ella, era inútil. Por más que ella no amara a su esposo no podía evitar sufrir por lo que estaba pasando.

Cuando llegaron al hospital, bajaron del coche y Marcos ya las esperaba en la puerta.

Directamente, sin decir ni media palabra, fue al mostrador para preguntar por su padre.

Peter y Nicolás fueron a aparcar el coche.

—Buenas noches, señorita. Me llamaron porque mi padre tuvo un accidente —dijo Alison.

La chica del mostrador la miró y con voz de pito le preguntó el nombre del paciente.

Alison le dijo su nombre; su padre aún estaba en quirófano.

Fueron hasta la sala de espera y ahí se sentaron a esperar que alguien saliera e informara, estaban desesperados. En ese momento llegaban hasta ellos Nicolás y Peter.

Bibiana le hizo una señal a Peter hacia su hijo Marcos. Él, al verlo, se quedó mudo, era como estar viéndose a él mismo cuando era adolescente. Era la primera vez que veía a su hijo y no sabía si acercarse o no.

Bibiana, que lo vio dudar, se levantó y se acercó a su hijo.

—Marcos, quiero presentarte a un viejo amigo —dijo Bibiana.

Su hijo la miró y se levantó para que lo llevara hasta Peter.

—Marcos, él es Peter, un antiguo amigo.

Peter sintió cómo el pecho se le escogía, eran tal las ganas que tenía de abrazar a su hijo por primera vez que si no hubiera sido por el sitio donde estaban y el motivo, habría saltado de alegría.

—Mucho gusto, Marcos.

Peter le extendió la mano y Marcos se la agarró sintiendo el mismo desconcierto de cuando conoció a Nicolás.

—El gusto es mío —contestó.

Una vez que se presentaron, Marcos saludó a Nicolás, pero por pura cortesía ya que por algún motivo que desconocía se sentía extraño cerca de él y ahora sentía lo mismo al estar cerca de Peter.

Alison vio toda la escena desde su asiento y totalmente callada, juraría que Marcos era idéntico a Peter, pero no podía ser, ella no creía capaz a su madre de engañar a su padre con Peter. Luego una tontería pasó por su mente.

«¿Y si yo soy hija de Peter?».

—No, imposible —se dijo.

Nicolás la miró, estaba muy extraña y él se dio cuenta de que no le quitaba la vista de encima a su padre.

—Cisne, ¿te pasa algo?

Alison lo miró y forzó una sonrisa para no preocuparlo, pero no le salía, ella estaba mal por su padre y encima veía las cosas tan extrañas, que sintió la necesidad de hablar con su madre y preguntar algo que sonaba raro hasta para ella.

—Mientes fatal —dijo Nicolás.

Alison ahí sí sonrió, Nicolás tenía el poder de hacerla reír hasta en el peor momento.

—Lo siento, solo estoy preocupada por mi padre —contestó.

Y en cierto modo así era, pero también su cabeza daba vueltas alrededor de su madre, Peter y el parecido tan increíble con su hermano.

Bibiana miró a su hija y fue hasta ella para sentarse a su lado, en todo ese tiempo solo estuvo con Peter sin darse cuenta de que su hija lo estaba pasando mal también.

—Hola, cariño, ¿puedo sentarme? —preguntó señalando la silla de al lado.

Alison asintió, pero estaba cabreada, no le gustaba que su madre estuviera tan pegada a Peter en ese momento, era su padre el que se debatía entre la vida y la muerte en un quirófano.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó Bibiana.

Su hija no la miraba, tenía la cabeza agachada mirando sus pies nerviosos.

—Alison.

Levantó la vista y a Bibiana no le gustó cómo su hija la miraba, era como si la estuviera juzgando y eso no podía ser así.

—Es por él, ¿verdad?

—Mira, mamá, no seré yo la que te diga lo que tienes o no que hacer en tu vida privada, pero hoy sí deberías respetar a mi padre —sentenció cabreada.

Su madre asintió no muy convencida, pero en parte su hija tenía razón, no era momento de estar con Peter, ya habría tiempo para eso.

—Lo siento, tienes razón.

Alison, después de eso, suavizó la mirada, a ella no le gustaba enfadarse con su madre.

—No te preocupes, es normal y te entiendo, pero creo que no es ni el momento ni el lugar.

Bibiana nunca pensó tener una conversación así con su hija y mucho menos si Peter estaba involucrado.

Llevaban más de una hora en esa sala esperando inútilmente, nadie salía para decir nada. Alison ya estaba atacada e iría de un momento a otro a poner un reclamo, pero en ese momento un doctor con mono verde salía de una de las puertas de quirófano.

Alison no esperó a que los llamaran y directamente fue hasta él.

—Doctor, ¿usted operó a mi padre? Se llama Carlos Morgan —preguntó Alison desesperada.

El médico la miró y asintió, pero a Alison esa mirada no le gustó y ya notaba cómo las lágrimas comenzaban a salir de sus ojos.

—Sí, yo operé a tu padre, pero... —El médico no sabía cómo decirles, pues ya estaban todos rodeándolo—. Tu padre está grave, el accidente fue muy fuerte y no sabemos si saldrá de esta.

Alison lloraba sin consuelo y Nicolás la abrazó.

—Tranquila, cisne, ya verás que sale de esta —susurró Nicolás en su oído para que solo pudiera oírlo ella.

Era tan cariñoso con ella, que a veces pensaba que estaba en un sueño y que algún día se acabaría ese amor que decían tener.

—No sé qué pensar, tengo la sensación de que lo estoy perdiendo y no puedo hacer nada para que eso no pase.

Nicolás la apretó más, mientras que el médico y su madre seguían hablando de su padre.

Ella no estaba para hablar más de nada, estaba totalmente destrozada y lo único que en ese momento la calmaban eran los brazos de Nicolás.

Cuando su madre terminó de hablar con él médico, fue a buscar a su hija, tenía que decirle todo acerca del estado de su padre.

—Alison, ¿podemos hablar? —preguntó su madre mientras tocaba su hombro.

Ella todavía seguía en los brazos de Nicolás escondiéndose de todo lo que pasaba a su alrededor y eso incluía a su madre.

—Alison, por favor, tengo que hablar contigo, eres la única que puede salvar a tu padre.

Cuando escuchó eso, la miró.

«¿Cómo que soy la única que puede salvarlo?».

—¿Qué quieres decir con eso, mamá? —preguntó.

—Tú y él tenéis el mismo tipo de sangre y necesita una transfusión.

Alison, por un momento, no sabía qué hacer, se había quedado bloqueada, pero después comprendió que si ella le daba de su sangre podría salvarlo y eso era una esperanza.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer? —preguntó decidida.

Nicolás la miró y sonrió orgulloso de su chica. Alison era una persona excepcional y todo gracias a su familia que la crió de la mejor manera.

—Vamos, tienes que irte con el médico.

Se fueron acercando al médico y Nicolás seguía mirándola embobado.

—¿Tu eres Alison? —preguntó el médico.

Ella asintió con el ceño fruncido.

«¿Cómo sabe el médico mi nombre?».

—No te asustes, es que tu padre no ha parado de llamarte.

Alison volvió a sentir sus lágrimas caer por sus mejillas.

—¿Él está consciente? —preguntó.

El médico asintió con media sonrisa y Alison lo siguió, estaba feliz de que al menos siguiera vivo y hubiera una pequeña oportunidad para él.

—Vamos por favor, quiero verlo —dijo ella.

El médico le indicó que lo siguiera y los dos desaparecieron por las puertas del quirófano.

Alison tenía el corazón latiendo a mil por hora, estaba asustada, no sabía cómo iba a encontrar a su padre y eso era algo que la tenía preocupada.

Cuando llegaron, el médico abrió las cortinas que separaban a todos los pacientes recién operados.

Pasaron y Alison se quedó muda, su padre estaba completamente destrozado.

Se acercó a él. Su padre dormía en ese momento y no quería despertarlo.

Alison lo miraba de arriba abajo, observando que todo estuviera en su sitio, pero cuando llegó a sus piernas soltó un suspiro desgarrador, su padre había perdido una pierna en el accidente.

El médico la escuchó y se acercó a ella.

—Lo siento, pensé que tu madre te lo había dicho —se disculpó.

Alison negó, eso era muy fuerte y muy doloroso.

—¿Él lo sabe? —preguntó.

—Aún no.

Alison asintió apenada, cuando su padre lo supiera iba a sufrir mucho y ellos tendrían que estar con él para ayudarlo a superar ese palo tan fuerte.

El médico preparó todo para pasar sangre desde Alison hasta su padre. Carlos seguía sedado y no sabía que su hija lo estaba devolviendo a la vida, él

había perdido mucha sangre y moriría si no hacían eso.

Una hora después Alison salió de quirófano, ya habían terminado y ahora solo tocaba esperar más, todo era esperar y esperar.

Cuando Nicolás la vio, fue hasta ella y la recogió entre sus brazos, solo así los dos estaban bien, solo así se sentían en paz.

Alison miró a ambos lados buscando a su madre y a su hermano, pero no los vio.

—Fueron con mi padre a la cafetería a comer algo y tú, cisne, harás lo mismo en este momento —pidió con una sonrisa.

Alison negó, no tenía apetito.

—Oh sí, vendrás conmigo a comer y no voy a dejar que te niegues.

—¿Vas a obligarme? —preguntó coqueta.

Nicolás entrecerró los ojos comprendiendo su juego.

La atrajo hasta él y pegó sus labios en un beso apasionado, sus labios eran adictivos y cada ocasión que tenía los probaba con ansias.

Sin poder parar, seguían besándose, no sabían cuánto tiempo había pasado, lo que sí sabían es que no podían y no querían parar y no lo harían jamás

Capítulo 12

Estaban en la cafetería, ya que Nicolás obligó a Alison a ir porque debía comer algo. Le habían sacado sangre y no podía estar sin comer o se sentiría mal.

Alison seguía sin quitar la vista de su madre junto a Peter, estos estaban a dos mesas más alejados de ellos.

Ella no quiso sentarse con su madre y menos con Peter, sería el padre de su novio, pero a ella no le caía nada bien.

—Cisne, ¿en qué piensas? —preguntó Nicolás tocando su mano.

Alison lo miró y negó agachando la cabeza, no quería decirle lo que sentía cada vez que veía a su padre abrazar a su madre, no podía decirle lo mal que le caía, pero lo que ella no sabía era que Nicolás sabía lo que ella pensaba, se le notaba.

—Sé que es por mi padre y te pido disculpas si te molesta su presencia —dijo apretando su mano.

—Tú no tienes que pedir nada por él, es mi madre la que debe comportarse, ella es la que está casada, no tu padre —expresó con tristeza.

Nicolás asintió, él pensaba lo mismo, pero es que se les veía, se notaba el amor que sentían el uno por el otro, como si el tiempo no hubiera pasado entre ellos.

—Lo siento, es que no puedo seguir aquí viéndolos y pensando en que mi padre está en una cama con una pierna menos —dijo levantándose de la silla.

Nicolás se levantó con ella, no la dejaría sola ni un segundo.

Alison, antes de irse, pasó por la mesa donde su madre seguía con Peter.

—Voy a ver cómo sigue papá y creo que tú deberías hacer lo mismo, ¿no crees, mamá? —preguntó de mala manera.

A Peter no le gustó la forma en que le habló a su madre, pero no se metería, ya sería el colmo y Alison le odiaría de por vida.

—Alison, ¿te pasa algo? —preguntó su madre confundida.

No sabía por qué su hija estaba tan tirante con ella, si se suponía que ya habían hablado sobre el tema Peter y quedó todo claro, o por lo menos eso pensaba Bibiana.

—¿Tú qué crees, mamá?

Nicolás comenzó a tirar de Alison, no quería que dijera algo de lo que después se podía arrepentir y de seguro eso es lo que le iba a pasar.

—Nicolás, espera, por favor —dijo soltándose de su agarre.

—Alison, no entiendo por qué estás así.

Bibiana no entendía a su hija, ella pensaba que no estaba haciendo nada malo, simplemente estaba cenando acompañada de un antiguo amigo.

—¿De verdad no entiendes, mamá? No me lo puedo creer. Soy yo la que no entiende qué haces con él mientras mi padre te necesita. Joder, ¿es que no eres capaz de darte cuenta? Eres....

Bibiana se levantó y le dio una cachetada a su hija, a ella le dolió más que a Alison, pero no iba a dejar que le faltara el respeto.

Alison posó su mano en la mejilla y lágrimas comenzaron a caer por ellas, su madre jamás le había pegado y en ese momento le echaba la culpa a Peter. Para Alison la llegada de Peter había sido lo peor que les había pasado, pero después pensaba que sin Peter no habría conocido a Nicolás, que era lo único verdadero y bueno que tenía.

—Tú tienes la culpa, si no hubieras vuelto seguiríamos unidos, como siempre —dijo mirando a Peter.

Nicolás cogió a Alison del brazo para sacarla de la cafetería, tampoco iba a

dejar que le faltara el respeto a su padre.

—¿Te volviste loca? —preguntó Nicolás—. ¿Cómo se te ocurre hablarle así a tu madre?

Alison lo miraba confundida, se suponía que él debía de estar de su parte, pero en ese momento le estaba demostrando todo lo contrario.

—Tú no lo entiendes, Nicolás. Yo no puedo estar tranquila viendo cómo mi madre y tu padre se hacen arrumacos, mientras mi padre está ahí dentro mal, no lo soporto y lo siento por tu padre, pero a él tampoco lo soporto —declaró y se fue.

No quería seguir hablando con él sobre ese tema, porque sabía que iban a discutir y no se pondrían de acuerdo.

Cuando llegó hasta la sala de espera, se sentó en el mismo lugar donde se había sentado cuando arribó horas antes. Estaba muy confundida, ella sabía que su madre y su padre tenían problemas, pero hasta ese punto no.

Tenía la mirada puesta en un punto fijo y en total silencio, metida en sus pensamientos, hasta que sintió cómo alguien pasaba por su lado, pero no le importó, así que tampoco miró para ver quién era.

—¿Un mal día? —Escuchó que le preguntaba, pero ella seguía sin contestar, solo quería estar sola, pero al parecer esa persona no se daba cuenta.

—Está bien, si no quieres contestar lo entiendo, pero ¿qué haces aquí sola? —volvió a preguntar.

Alison, harta de quien fuera que estaba intentando hablar con ella, lo miró. Era un chico más o menos de su edad, que llevaba un pijama del hospital, tenía la cabeza rapada y llevaba consigo la percha con el suero colgado.

—Solo quiero estar sola —contestó mirando al suelo.

—Nadie debería querer estar solo, ¿no crees? Yo no quiero, pero lo estoy.

Y como si el muchacho hubiera conseguido lo que se proponía, Alison volvió a mirarlo.

—¿Estás solo aquí? —preguntó apenada.

Pensando que si ella estuviese enferma y no tuviera a nadie, lo pasaría muy

mal y ahí es cuando pensó en lo que el chico le acababa de decir, nadie debería querer estar solo.

—Sí, solo, pero como suelen decir, mejor solo que mal acompañado, ¿no?

Asintió con una sonrisa, cosa que al muchacho le hizo gracia y le devolvió el gesto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Alison, ¿y tú?

—David, encantado —dijo extendiéndole la mano.

Alison se la estrechó y como si se conocieran de toda la vida, comenzaron a hablar de sus problemas.

David estaba en el hospital porque tenía cáncer y cuando le contó a Alison que no tenía a nadie, porque la única familia que tenía era su abuela y murió meses atrás, eso a Alison le dolió en el alma, y para colmo una semana después de la muerte de su abuela le diagnostican cáncer en la sangre. Todo eso hizo pensar a Alison y darse cuenta de que era muy afortunada por la familia que tenía y que sabía que jamás la dejarían sola en un momento así.

Después de llevar más de media hora hablando, llegó hasta ellos Nicolás, que al ver a David por un momento sintió celos, por cómo hablaban estos dos, pero luego cuando Alison lo vio y le sonrió con ese brillo en los ojos que tenía al verlo a él, se le pasó todo el cabreo, pensando solo en ella y en el amor que se tenían.

Pero había algo en la mente de Nicolás, algo que aún no le había dicho a Alison, algo que haría que su relación tambalease, sabía que se lo tenía que decir, pero no era el momento.

—Mira, Nicolás, te presento a David, acabo de conocerlo. Él es mi novio Nicolás, David —presentó Alison.

David se levantó y le estrechó la mano a Nicolás y, como si sintiera que sobraba, David se despidió de ellos y se fue, no sin antes hacerle prometer a Alison que iría a verlo a su habitación.

Cuando se fue y estuvieron completamente solos, Nicolás la abrazó y besó

sus labios con dulzura.

—Lo siento —dijo con los labios semiseparados.

Alison lo apretó fuerte a su cuerpo, cada vez necesitaba más de su contacto y sabía que no aguantaría mucho más sin sentir sus manos tocando toda su piel.

—Yo lo siento más, me he comportado como una niña estúpida y consentida —dijo haciendo reír a Nicolás.

Pero Nicholas negó, él no pensaba que fuera una niña consentida y mucho menos estúpida, para él era la chica más guapa e inteligente que había conocido en toda su vida.

—Te quiero —declaró Nicolás de pronto.

Y a Alison se le llenaron los ojos de lágrimas, además de estar muy sensible por todo lo que estaba pasando con su padre, Nicolás le acaba de decir “te quiero”.

Nicolás secó sus lágrimas con la yema de sus dedos y besó su mejilla en cada parte en la que la lágrima había rodado, para borrar todo rastro de tristeza; era todo un romántico.

—Espero que no estés llorando, porque si me adelanté y tú no sientes lo mismo, prefiero que la tierra me trague —dijo divertido.

Alison le sonrió y besó sus labios, ella sentía lo mismo, pero en ese momento lo que quería era besarlo y demostrarlo con hechos. Al separarse Alison seguía mirándolo con ese brillo tan especial.

—Yo también te quiero, mi francés.

Y cuando escuchó eso, la apretó aún más, como si quisiera meterla bajo su piel, porque ya más dentro no podía, ya la tenía por todo su organismo y de ahí no saldría jamás.

—Eres perfecta y...

No pudo terminar, pues él también se había emocionado. Alguna que otra lágrima rodó por su mejilla y Alison hizo lo mismo que él había hecho cuando lloró ella.

—Pero no llores, porque me harás llorar a mi otra vez —dijo ella.

—Lo siento, es que eres tan perfecta y esto es tan perfecto, que me da miedo a que acabe.

Alison negó, eso no pasaría, porque su amor era tan grande que sería imposible dejar de sentirlo, ese día sería el día que murieran.

—Hasta que el camino se acabe, estaremos juntos.

—¿Aunque alguno de los dos tenga que irse sin saber cuándo volverá? — preguntó Nicolás con las palabras atascadas.

Esa pregunta a Alison la tomó por sorpresa, pero no le dio importancia y sabía cuál era la respuesta.

—Si eso pasa, me encontrarás de nuevo o te encontraré, pero seguro que nos volveremos a encontrar.

Y con esa declaración de amor volvieron a unir sus labios, hasta que se vieron interrumpidos por sus padres, que prácticamente lo habían oído y visto todo.

Capítulo 13

Peter sabía a qué se refería su hijo con esa pregunta, y sabía que su hijo ese día iba a sufrir mucho. Pero a Bibiana no le gustó que estuvieran tan enamorados, porque eso sería muy complicado, no por ella, porque a ella le daba igual con quién estuviera su hija, pero su padre, cuando supiera quién era él, se opondría y haría que Alison se separara de Nicolás.

—Chicos, ¿por qué lloráis? —preguntó Peter.

Alison y Nicolás conectaron sus ojos y sus padres seguían sin entender el motivo de tanta llantina.

—Pues, porque le pedí a Alison que se casara conmigo, y me dijo que sí, ¿no es genial? —anunció Nicolás con una gran sonrisa, marcando unos hoyuelos en sus mejillas que lo hacían ver encantador.

Alison soltó una carcajada al oír tremenda mentira, y sus padres se pusieron serios, no les gustó esa broma, si es que lo era.

—Pero ¿qué dices, Nicolás? Eso no es cierto —contestó Alison sin parar de reír.

—¿Y por qué no hacemos que sea real? —preguntó.

Y de pronto Alison se calló, no podía estar hablando en serio, ni siquiera llevaban juntos ni un mes, además de que ella era menor de edad y si ponemos más cosas, si ella decía que sí, su padre la mataría.

—¿Te volviste loco? —preguntó Peter.

Bibiana no sabía qué hacer ni qué decir, solo podía fijarse en la cara de su

hija, pensando en la posibilidad de ser la esposa de Nicolás, y eso le aterraba.

—Sí, pero loco por ella y la amo más que a mi propia vida, ¿qué hay de malo en que quiera que sea mi esposa? ¿Tú no harías lo mismo con Bibiana si tuvieras la ocasión?

Nicolás estaba siendo lo más claro posible con su padre y la que en ese momento era su suegra, y los tenía a los dos muy cabreados por lo último que dijo, pero a él le daba igual, en ese momento no pensaba nada más que en estar con la mujer que amaba y que no dejaría de amar jamás.

—Hijo, no seas loco y piensa antes de hablar. ¿Tú sabes lo que pasará cuando te vayas? —preguntó bajito.

Pero no lo suficiente y Alison lo escuchó, se acercó a Nicolás confundida por lo que su padre había dicho.

—¿De qué está hablando tu padre? —preguntó Alison con los ojos llorosos.

Ya estaba sintiendo que pronto sus lágrimas le jugarían una mala pasada y borrarían todo rastro de felicidad.

—Lo siento, Alison, pero no es el momento —contestó cortante.

Pero enseguida se dio cuenta de cómo le había contestado y se acercó a ella, pero se alejó, en ese momento quería volver a estar sola.

Alison se dio cuenta del porqué de la pregunta que le hizo, él se iría en algún momento y no se lo dijo.

Salió a la calle y se sentó en un banco que había en un jardín justo delante del hospital. Se quedó mirando el cielo estrellado en esa noche oscura, todo había pasado muy rápido, su relación con Nicolás, las peleas de sus padres, la llegada de Peter a la vida de su madre, y lo peor de todo, el accidente de su padre.

Sin darse ni siquiera cuenta, comenzó a llorar, no pudo contener más las lágrimas, pero esas, sí eran de tristeza.

Su hermano Marcos, que llegaba en ese momento, la vio y se acercó a ella corriendo.

—Enana, ¿qué te pasa? —preguntó asustado.

Pues no sabía si su padre había empeorado, ya que él había salido para ver a su novia. Alison lo miró y se aferró a él, Marcos la escudó con su cuerpo de todo lo malo que le pasara, era su hermana pequeña, su enana, y todo el que le hiciera daño a ella, también se lo haría a él.

Besaba su frente y acariciaba su cabello, intentando calmar el dolor de su corazón, pero como si estuviera destrozado, no lo conseguía. Entonces Marcos recordó lo que le hacía cuando eran pequeños para sacarle una sonrisa cuando ella lloraba sin consuelo.

Miró alrededor y justo al lado de él, había unos arbustos que contenían margaritas, se levantó, dejó a su hermana mirando al suelo y cogió tres margaritas, dos de ellas se las puso en la oreja como si fuera una chica adornando su cabello de flores. Volvió a sentarse al lado de su hermana e hizo que lo mirara.

Cuando Alison levantó la vista y vio a su hermano con las flores colgando de sus orejas, sin querer soltó una carcajada.

—Eso quería yo, preciosa —afirmó Marcos.

Alison lloraba y reía, todo a la vez, es que su hermano era todo un teatrero y le encantaba disfrazarse de cualquier cosa y actuar, y todo lo hacía por ella, por hacerla reír.

—Quítate eso, anda —dijo Alison quitando una de las flores.

—¿No me veo linda? —preguntó en tono burlón.

Y Alison negó riendo, su hermano era el mejor y el único que la entendía. Marcos se quitó las flores y se las puso a ella.

—Así la más bella flor florece día a día. —Acarició su mejilla.

Esta lo abrazó y besó su mejilla.

—Te quiero, grandullón.

—Y yo, enana.

Luego Marcos le preguntó el motivo por el que estaba así, y Alison se lo contó todo, y seguía llorando, necesitaba desahogarse de tanto estrés acumulado. Luego se hizo la fuerte, secó sus lágrimas y juró que nunca más iba

a llorar, pero su hermano sabía que eso no pasaría, era muy llorona.

Ya estaba sintiendo el frío de la noche calando sus huesos. Marcos se levantó y le dio la mano para hacer que se levantara y entrar en el hospital, ya que conociéndola como la conocía, sabía que querría quedarse fuera mirando al cielo y contando estrellas, que es lo que hacía de pequeña, cuando se sentía sobrepasada.

De la mano entraron al hospital y fueron hasta la máquina de café, Marcos sacó dos cafés para poder mantenerse despiertos, ya que la noche iba a ser muy larga y pronto iba a amanecer.

Iban tomándose el café de camino a la sala de espera y cuando llegaron no había nadie, a los dos les extrañó, pero pensaron que estarían en la cafetería.

—¿Vas a entrar a ver a papá? —preguntó Alison.

Su hermano aún no había entrado a verlo, pero es que no quería, ya que la última conversación que tuvieron fue muy fea y no sabía si su padre estaría enfadado por las palabras que él le dijo, palabras que por otro lado merecía; era todo muy complicado.

—No sé, quiero entrar, pero no sé qué reacción tendremos los dos —contestó tranquilamente.

Marcos era mayor que Alison, pero a veces parecía más pequeño y Alison era la que tenía que darle uno que otro consejo.

—Yo si fuera tú entraría. Marcos, no sabemos lo que va a durar, sé que suena muy duro, pero es la realidad y tenemos que aceptarla —mencionó más para ella que para su hermano.

Pero ¿cuánta verdad había en esa aclaración? Su padre estaba grave, pero era un hombre fuerte y sabía que se pondría bien, lo único peor iba a ser cuando viera que le faltaba una pierna, eso no le iba a gustar y lo pasaría muy mal.

—Lo sé, pero...

—No hay peros ni excusas, ve a verlo —exigió tajante.

Marcos se levantó y asintió dándole un beso a su enana, para luego

desaparecer por la puerta que daba a cuidados intensivos.

Alison se quedó un momento mirando hacia la puerta, como si esperara que su hermano se arrepintiese y volviera con el rabo entre las piernas, pero no fue así y lo agradeció.

—¿Puedo sentarme? —Escuchó de pronto.

Nicolás estaba parado mirando a la chica que había robado su corazón en tan poco tiempo, esperaba que le dijera que sí, que podía sentarse.

—El hospital es libre y puedes sentarte donde quieras —susurró.

Nicolás se sentó y casi por inercia cogió su mano, por un momento pensó que ella lo rechazaría, pero no lo hizo y suspiró tranquilo.

—Cisne, lo siento, yo...

No sabía cómo decirle lo que estaba a punto de pasar, lo que pasaría en unos meses.

—No digas nada, Nicolás, no ahora —contestó cortante.

En ese momento no quería escuchar nada más, ya habría tiempo de aclarar todo, y si después de eso su amor acababa, pues nada, habría que seguir para adelante como se pudiera, aunque eso conllevara sufrir por el resto de sus vidas.

Capítulo 14

Seguían en el hospital esperando, la espera mataba y encima estaba el hecho de que Nicolás intentaba acercarse a Alison, pero ella no quería y no podía en ese momento hablar con él, ya era muy doloroso enterarse de que se iba, y aunque no supiera ni a dónde ni por qué, le dolía demasiado, no quería perderlo, lo amaba más que a nada en el mundo.

Estaban sentados en las mismas sillas y en la misma posición sin percatarse de que ya habían pasado más de cuatro horas. Nicolás volvió a intentar hablar con ella, pero volvió a negarse, se levantó y se fue, otra vez fue al jardín que había delante del hospital, necesitaba pensar y con Nicolás a su lado no podía.

Media hora después, sintió a alguien sentarse a su lado, miró a esa persona y no se esperó que fuera él quien se sentara con ella. Peter miraba hacia el cielo, ya estaba amaneciendo, entonces Alison se dio cuenta de algo que había pasado por alto, pero antes de decirlo, tenía que hablar con su madre.

—¿Te importa si te acompaño? —preguntó Peter.

Alison negó levantando la mirada para hacer lo mismo que él estaba haciendo, ver cómo el cielo despertaba ante sus ojos.

—No me importa, pero supongo que habrás venido para algo más que ver el cielo —dijo Alison cortante.

Peter sonrió, pues ese temperamento le recordaba mucho al de Bibiana, eran muy parecidas.

—Chica lista —contestó y Alison sonrió.

Después de todo consiguió sacarle una sonrisa a esa chica de carácter fuerte que le había declarado la guerra.

—Alison, primero que nada, quiero pedirte disculpas. —Eso hizo que lo mirara, sus disculpas llegaban como un balde de agua fría, porque eso significaba que él intentaba ganarse su confianza, y ella era una chica fácil de convencer.

Daba igual que ella odiara a alguien con todas sus fuerzas, si esa persona iba y le pedía disculpas, ella perdonaba, así de simple.

—¿Por qué?

—Por no respetar el sitio donde estamos y mucho menos el momento, sé que no lo estamos haciendo bien, pero solo quiero decirte que amo a tu madre con toda mi alma y que si ella es feliz con tu padre la respetaré, pero si no lo es, siento decirte que lucharé por ella —confesó Peter.

Alison asintió entendiendo lo que él le decía, pero como buena Morgan que era, contestaría.

—Lucha por ella —pidió sin más.

Peter suspiró, no tenía en mente que Alison le dijera eso, aunque en realidad no tenía en mente nada.

Alison había comprendido que su madre no sería feliz con su padre nunca, y aunque Peter tuviera mucho que ver en eso, no quitaba que su padre jamás la había hecho feliz.

—Gracias.

Ella negó, no tenía que agradecer nada, ya era adulta para darse cuenta quién sí haría feliz a su madre y ese, por mucho que le molestara, era Peter.

—Todo lo hago por ella —contestó sin mirarla, no podía.

Estuvieron en silencio por un tiempo bastante incómodo, pero ninguno dijo nada, entonces Peter pensó que debía ser claro con ella, después de todo su hijo la amaba.

—Alison —llamó su atención y lo miró—. No odies a Nicolás, él no tiene la culpa de tener que irse —dijo, pero ella le volvió la cara.

Ese tema era algo privado, que solo ellos tenían que resolver.

Una vez dicho eso, Peter se levantó y se dio cuenta de que Alison estaba muy cabreada y que él no iba a conseguir nada.

Alison vio cómo se marchaba y lo agradeció, quería estar sola, tenía que pensar y con él ahí no podía, solo su presencia le molestaba.

¿Por qué todo se tenía que complicar tanto? Estaba claro que ella amaba a Nicolás y que aceptaría cualquier decisión que tomara, pero él no tuvo el valor de decirle el motivo de su partida ni tampoco adónde se iba.

Seguía sentada en el banco mirando cómo el cielo despertaba y escuchando cómo los pájaros cantaban. La mañana se veía preciosa y cualquiera podía decir que ese iba a ser un buen día, pero Alison no estaba tan segura de eso.

De pronto volvió a sentir cómo alguien se sentaba a su lado y ya se iba a cabrear, ya que se suponía que quería estar sola y con sus constantes interrupciones no la dejaban en paz. Se dio la vuelta para ver quién era y se le dibujó una sonrisa.

—Hola, David, ¿cómo estás? —preguntó mirándolo sonriente.

Ese chico, desde que se conocieron el día anterior, tenía una gran facilidad de hacer que ella sonriera y eso solo con verlo.

—Muy bien, gracias por preguntar —contestó sonriendo de vuelta—. Espero no molestar.

Alison negó, no se sentía molesta con la compañía de David, con él sentía esa paz que esos días había desaparecido de su vida.

Estuvieron hablando y riendo por un buen rato y todo bajo la atenta mirada de Nicolás, que ya sentía celos de David. Él quería ser quien arrancara cada sonrisa de Alison, pero en ese momento ella no quería verlo.

Lo pensó mucho hasta que se dio cuenta de que tenía que hablar con ella, tenía que decirle el motivo de su partida, tenía que decirle que, aunque se fuera, él la seguiría amando y que no la iba a olvidar nunca.

Se acercó hasta ellos y se puso delante del campo visual de Alison. Esta lo miró para luego agachar la mirada, no podía mirarlo a la cara, se sentía

traicionada.

—Alison, mírame, por favor —suplicó Nicolás.

David, sabiendo que su presencia en ese momento no era grata, se levantó, se despidió de Alison y se fue para dejarlos solos, ya era la segunda vez que tenía que irse, y él no quería.

—¿Qué quieres? —preguntó borde.

Ella no era así, pero seguía muy cabreada con él y no iba dejar que la manipulara con su acento francés que la volvía loca.

—He venido a contarte todo, si tú me dejas, claro. —Se lo notaba preocupado, pero todo era porque no quería que Alison sintiera que la había engañado, porque no era así. Sin que Alison le contestara, se sentó a su lado. Sentía unas ganas locas de besarla, pero sabía que se impondría.

—Como quieras, pero digas lo que digas no hará que te crea. Me has mentido —dijo duramente.

Sabía que estaba siendo dura, pero en ese momento estaba muy cabreada y encima él iba a contarle supuestamente todo, ¿para qué? Si se iba a ir igualmente, por eso simplemente no quería escuchar.

—No te he mentido...

—Me has ocultado cosas, que es peor —terminó la frase ella.

Estaba cansada de todo, esos días habían sido muy duros y encima tenía que soportar enterarse de que el chico del cual ella estaba enamorada, le ocultó que se iba, sin saber si iba a volver en algún momento. ¿Qué hacía ella con el amor que sentía? No podía hacer como si no hubiera existido, ya no era posible.

—Alison, por favor, escúchame —suplicó mientras intentaba agarrar su mano, pero ella se apartó.

Se levantó del banco y miró al suelo mientras ya las lágrimas hacían su aparición, ¿por qué tenía que ser tan débil?

Nicolás la siguió y abrazó su cuerpo por detrás aspirando el aroma que desprendía su cabello. Olía como flores silvestres, era un olor tan

embriagador que podría quedarse horas aspirándolo. Alison echó la cabeza hacia atrás, reposándola en el pecho de Nicolás. Este la apretó a su cuerpo, necesitaba de su contacto.

—Alison... yo, yo te quiero más de lo que imaginé que podría querer a alguien. Por eso, cuando vine, no sabía que me iba a enamorar y...

Se quedó un momento en silencio, no sabía cómo contarle a Alison el motivo de su partida, no sabía cómo se lo tomaría, ¿y si después de decírselo lo dejaba? Eso no lo iba a poder soportar.

—Nicolás, cuéntamelo, necesito saberlo —susurró.

Este suspiró, hacía de todo por atrasar lo que le tenía que decir, pero no podía evitar lo que era inevitable.

—Soy militar —dijo de pronto.

Alison se tensó y se dio la vuelta para estar cara a cara, lo que le había dicho era muy duro de procesar. El amor que ella sentía en ese momento estaba pendiendo de un hilo muy fino, un hilo que estaba a punto de romperse.

—¿Militar?

Nicolás asintió y escondió su cara en el hueco de su cuello, se sentía mal por tener que contarle eso. Hacerse militar había sido una decisión muy equivocada, una decisión que tomó cuando su madre murió, fue una forma de evadirse de la realidad de la pérdida. Había sido muy duro irse al mes de la muerte de la mujer que él más amaba y a la que todavía no había llorado por terco.

—Cuando mi madre murió lo pasé muy mal, no quería salir de casa, no podía salir de mi habitación. Quería morirme e irme con ella, pero un día decidí que allí, encerrado, no lo iba a conseguir.

Las palabras eran muy duras, todo lo que Nicolás le estaba contando era lo que sentía, se estaba desahogando con ella, con la mujer que amaba. Nadie sabía nada de eso, jamás le dijo a nadie el motivo de por qué eligió meterse en el mundo de los militares.

—Me fui a Afganistán. Allí sería un blanco fácil para morir, que era lo que

yo buscaba. —Las palabras ya salían entrecortadas—. Una de las veces salí herido y tuvieron que sacarme de allí para no morir desangrado, esa fue la última vez que estuve en aquel lugar.

Alison no podía creer todo lo que estaba escuchando y lo peor, no podía dejar que se marchara de nuevo, eso sería un suicidio. ¿Y si no volvía a verlo? Se moriría si eso pasaba, pero claro, ella no era la única que tenía eso en mente, pues Nicolás sabía que volver a ese sitio, donde estaba en peligro en todo momento, podría ser su final, el final de ambos, de su amor, de un amor para siempre, porque estaban seguros de que no volverían amar a nadie como se amaban, que no iban a entregar su corazón de nuevo. Si Nicolás no volvía, Alison iba a morir con él, iba a desaparecer con él y su amor quedaría enterrado en el fondo de su alma.

—Nicolás —dijo para que la mirara—. No quiero que te vayas.

Este negó, eso era imposible, tenía que irse. Era obligatorio, tenía un contrato de tres años y le quedaban dos por cumplir.

—Tengo que ir, no puedo simplemente no ir, tengo un contrato y si no voy me busco un lío —contestó acariciando su mejilla.

Ese simple contacto hizo a su corazón brincar. Se amaban, pero los dos eran muy orgullosos y no dirían nada, no por el momento. Alison cerró los ojos, pensando en qué momento de su vida, su corazón hizo de las suyas enamorándose de alguien como él, de un chico tan hermoso, por dentro y por fuera.

—Cisne. Lo siento, te quiero, pero me voy en una semana. —Alison negó, eso no quería escucharlo, no quería saber nada más de eso.

En una semana se acabaría todo, los besos, las caricias, los te quiero. ¿Quién le diría cisne ahora? No podía soportarlo, era difícil de procesar lo absurdo de la situación.

Además, estaba asustada, Nicolás podría morir en el campo de batalla y se iría para siempre. ¿Cómo iba a vivir sin él? Ella ya no sabía cómo hacerlo. No estaba preparada para eso.

—Lo siento, pero no puedo con esto —susurró y se separó de él.

Sin mirar atrás se fue hasta el interior del hospital. Nicolás se quedó destrozado, sufriendo por ella, por los dos. Se había dado cuenta de que Alison realmente lo amaba como él a ella, pero debía irse, no podía dejarlo todo atrás, era su obligación acabar con lo que por inconsciente empezó.

Se sentó en el banco y lloró como nunca lo hizo, necesitaba desahogarse de alguna manera y pensó que esa era la mejor forma. Por fin lloraba después de un año y todo ¿por qué? Por el amor de un cisne que lo enamoró volando en el aire como si fuera una pluma, bailando de una forma inolvidable que hizo que por un momento dejara de respirar.

Al recordar el día que la vio bailar al cruzar el puente, suspiró. Ese día había sido el mejor que había pasado después de la muerte de su madre, fue el día que sonrió por primera vez después de todo lo que había pasado y todo gracias a un cisne precioso del cual estaba enamorado hasta lo más profundo de su corazón y el cual tenía que abandonar por culpa de su mala cabeza, pero ya no había marcha atrás, tenía que cumplir con su equivocación.

Pero algo tenía muy claro y eso era que costara lo que costara iba a volver y se casaría con ella, la haría su esposa y nadie podría evitarlo.

—Lo prometo, mi cisne...

Capítulo 15

Semanas después

Tantos días, tantas horas, tantos segundos sin saber de él. Nicolás se había ido hacía más de dos semanas y aunque recibía cartas de él, aún no las había leído. Y diríamos, ¿por qué cartas? Pues porque al llegar le quitaban el móvil y los permisos al mes para contactar con sus familiares, las cartas era lo único que podía utilizar para poder decirle a su amada que seguía vivo y que iba a luchar para salir de ese sitio sano y salvo.

La despedida fue desastrosa, Alison no quería despedirse, no podía hacerlo. Saber que no volvería a verlo en dos años, dos malditos años que podía acabar con todo. Un día antes de su marcha, Nicolás la raptó, pues Alison no quería verlo, pero era la única manera de poder estar a solas con ella. Besarla hasta el cansancio y amarla hasta que ella se lo permitiera. Primero discutieron, Alison seguía cabreada y era una chica de un gran temperamento, pero pronto, con su amor, Nicolás la fue calmando, tanto que ese día le hizo el amor por primera vez. Ese día la amó, la acarició, sus manos recorrieron todo su cuerpo e hizo que vibrara bajo el suyo, pues para Alison era la primera experiencia y había sido con él. Después de pasar la mejor noche de sus vidas, Nicolás la llevó a su casa y con un beso en los labios, se puso de rodillas.

—¿Qué haces? Levántate —habló ella con voz temblorosa.

—Lo siento, pero no lo haré, no antes de decirte lo que llevo días pensando —respondió nervioso—. Alison, sé que somos muy jóvenes, pero no puedo

vivir sin ti. Te amo, te amo demasiado, me encantaría y te pido que seas mi esposa. No ahora, sino cuando vuelva. Sé mía, mi cisne, por favor —suplicó con lágrimas en los ojos.

Desde el día que lloró después de mucho tiempo, Nicolás ya lo hacía con tanta facilidad que abrumaba a Alison. Ella se agachó y secando sus lágrimas con la yema de sus dedos, se acercó a él y lo besó asintiendo. Nicolás la apretó entre sus brazos y ahora más que nunca le dolía su marcha, tenía la esperanza de que ella le dijera que no, pero no porque no quisiera casarse con ella, sino por el miedo de tener que dejarla después de ese sí tan esperado. Al separarse, ambos estaban llorando. Se levantaron y ahí, en la puerta de su casa, se abrazaron fuerte, como si quisieran meterse en el otro, como si quisieran que ese día no acabara nunca más.

—Te amo y sí, claro que te esperaré y me casaré contigo, mi francés — declaró ella.

Horas después Nicolás se fue de allí y a la mañana siguiente se marchó a la base de Afganistán y sus vidas se vieron sumergidas en recuerdos de todo lo que habían pasado juntos. Se amaban, sí, pero no podían evitar pensar que la posibilidad de no volver a verse estaba ahí.

Esa mañana Alison bajó las escaleras y entró en la cocina, donde su padre estaba sentado en su silla de ruedas. Ya hacía unos días que había vuelto a casa y aunque estaba mal, porque no podía soportar lo que le pasó, también se encargaba de amargarle la vida a todos los presentes en esa casa. Seguía en sus trece en lo que a Bibiana se refería, no la dejaba vivir, aun sabiendo que ella amaba a Peter y que ella le pidió el divorcio. Se negaba a dárselo, se negaba a dejar que su mujer se fuera con otro y menos en ese momento en el que él estaba tan mal.

Su hijo Marcos no quería ni verlo, aunque los motivos ya no eran solo por

haberle pegado a su madre, como hizo, sino también estaba el hecho de ese secreto que ambas familias tenían que no se atrevían a decirle a ninguno. ¿Qué era? ¿Cuál era ese secreto tan importante y que ni él ni Alison podían saber? Lo preguntó en su momento, pero recibió silencio por respuesta y ya estaba cabreado de tanto preguntar, pero se prometió que lo averiguaría.

—Buenos días, papá —saludó Alison al entrar en la cocina.

Su padre la miró con despotismo y volvió a clavar su mirada en sus piernas, bueno, en su pierna. Todos los días lloraba por su pierna, esa pérdida incluía la pérdida de su vida también y le jodía, odiaba que pasara eso, aunque sabía que había sido su culpa.

—¿No piensas hablarme?

—¡No! —gritó y Alison al ver cómo había amanecido ese día, salió de la cocina y se dirigió al porche a sentarse en el banco de madera.

Al salir, dos cartas más había en el buzón. Ya eran cinco cartas que no había leído. Lo único bueno de recibir esas cartas, era que aún seguía vivo y que estaba bien. Las cogió con manos temblorosas y leyó el dorso. Sus lágrimas no tardaron en hacer su aparición al ver “Para mi cisne”. Era muy doloroso y no sabía si leer o no. La miró por muchos minutos, incluso podría decir que había pasado ya una hora desde que la sacó del buzón y aún no se decidía, así que sin más abrió la última, solo leería esa.

“Hola, mi cisne... No sé cómo comenzar esta carta y viendo que no has respondido a ninguna de las otras que te mandé, casi prefiero que sigas sin hacerlo. Lo estoy pasando realmente mal, el saber que tú estás allí y que no eres feliz por mi culpa, no me hace ver salida, no me hace mirar hacia el futuro y pienso que no deberías esperarme”.

Al leer eso, se le encogió el corazón y apretó la carta ahí, donde dolía, donde latió dolorido aún más. Volvió a poner sus ojos, aguados ahora, en la carta para seguir leyéndola. Ya se arrepentía de haberlo hecho.

“Siento que estoy amarrando tu vida a mí y que no sé si saldré algún día

de aquí. Sé que puede sonar duro, pero es la realidad y es mejor que ambos la aceptemos de una vez y comiences a hacer una vida sin mí, que vivas tu vida y cumplas tus sueños, aunque yo no esté en ellos. No quería escribirte esta carta, incluso estuve pensándola una maldita semana, intentando buscar una solución o salida, pero no hay. No hay salida para esta mierda de vida que por inconsciente elegí y que ahora me tiene atrapado durante dos malditos años. Mi cisne, eres la mujer más hermosa, valiente e inteligente que he conocido y espero que seas muy feliz, muy dichosa. Consigue tu propósito en la vida y deja de pensarme y yo intentaré hacer lo mismo. Dejaré de pensarte, aunque no de amarte.

Tu francés que te ama por siempre y para siempre...”.

—No puedo creer esto. ¿Por qué ahora? —susurró en un hilo de voz y corrió, salió a toda prisa de su casa, y dejó la carta en aquel banco de madera, no quería volver a verla jamás.

Minutos después llegó al puente, ese maldito puente en donde comenzó todo y donde también acabaría con todo, pues ¿qué haría ahora? No podía quedarse ahí, no sería feliz jamás, así que no le quedaba más que irse, salir de ese lugar en donde cada rincón le recordaría su amor por él. Ella quería ser bailarina profesional y había llegado el momento de salir de su hogar y vivir su vida lejos de todos. Había llegado el momento de ver el mundo, sola.

De pronto alguien se sentó a su lado, ni siquiera había oído quién era, pues sus lágrimas no la dejaban ver con claridad y su corazón desbocado no la dejó escuchar los pasos. Miró hacia su derecha y su madre la miraba con el corazón en un puño, al verla, Alison se aferró a ella y posó su cabeza en las piernas de su madre para sentirse protegida como cuando era pequeña.

—Sé por lo que estás pasando, hija —habló su madre con la voz entrecortada, pues las lágrimas que retenía estaban a punto de salir y no quería llorar para que su hija no se sintiera peor.

—No, mamá, no sabes cómo mi corazón sangra por la herida abierta. Mi amor por Nicolás es más fuerte que yo misma y nunca podré olvidarlo y mucho

menos entregarle mi corazón a otro que no sea él. —Sus lágrimas no cesaban y su madre no sabía qué hacer para que no llorase más.

Esos días estuvo pensando hacer algo para que su hija pudiera olvidar con más facilidad a Nicolás, era algo que tenía hablado con Peter y ambos estaban de acuerdo en hacerlo, pero al verla ahora le daba pena hacerlo, porque la vida de Alison se vería arruinada del todo y no levantaría cabeza. Su madre solo buscaba su bienestar y si para eso tenía que mentirle a su hija, lo haría, haría lo que estuviera en su mano para que todo el dolor que su pequeña estaba pasando, lo pudiera pasar ella misma.

—Alison, hay algo que tengo que decirte y que no sé por dónde comenzar —dijo su madre llamando su atención. Alison se levantó y la miró con el ceño fruncido—. Es algo que no puedo seguir escondiendo y que creo que llegó el momento de que lo sepas, aunque puede que sea algo tarde y podía habértelo dicho antes, pero tienes que entender que no es fácil para mí decirte esto, hija.

—Mamá, habla de una vez, por favor.

—Es sobre ti y Peter —susurró nerviosa Bibiana.

—¿Peter y yo? ¿Qué pasa con nosotros, mamá? —Alison preguntó sabiendo la respuesta, pero no quería pensar en que su madre le dijera eso que tanto miedo le tenía y que siempre pensó que era con su hermano Marcos y no con ella.

—Peter es tu padre, Alison —declaró su madre con lágrimas en los ojos.

En ese momento Alison se quedó bloqueada y no podía pensar con claridad, no podía creer eso, era una mentira de su madre para hacerle ver que podía olvidar a Nicolás, pues si ella era hija de Peter, ellos eran hermanos. Se levantó negando y llorando a la vez. Sentía un gran nudo en el estómago, un nudo que sabía que no se le quitaría en mucho tiempo.

—Eso es mentira. ¡Eso es mentira! Una maldita mentira vuestra —gritó desesperada y se fue de allí, huyó de su madre.

—¡Alison, espera! ¡No te vayas, por favor! —Su madre gritaba y corría tras ella, pero no la alcanzó y su hija entró en su casa y por consiguiente en su

habitación, encerrándose en ella, en su mundo, en su gran dolor de sentirse engañada y utilizada por su madre y su supuesto padre.

—Hermanos, somos hermanos. Me enamoré de mi hermano —decía una y otra vez y no lo podía creer.

Se recostó en su cama y hundió la cabeza en su almohada para llorar desesperadamente. Pensó en la carta de Nicolás y ató cabos. ¿Y si a él también le dijeron esto? Puede que por eso mismo él le dijo todo lo que leyó en esa maldita carta. No podía pensar en nada más, su cabeza iba a explotar de dolor y no era para menos. Escuchó unos toques en la puerta y ella sabía que era su madre, pero no estaba preparada para hablar con ella y mucho menos hablar de... ni siquiera podía decirlo.

—Él no es mi padre y nunca lo será —susurró autoconvenciéndose.

—Hija, abre la puerta, por favor. Siento mucho todo esto, pero no podía callarlo más. —Escuchó decir a su madre y tocó su corazón, presionándolo fuertemente para que le doliera menos, pero no servía de nada y ese dolor perduraría por siempre.

Capítulo 16

Los días más dolorosos de su vida, sin duda, habían sido esos. Amanecía día a día con algo en su cabeza y eso era que estaba enamorada de su hermano, al cual se había entregado por primera vez. Su madre estuvo todos los días intentando hablar con ella, incluso su padre, pero ese padre que la crió y a ninguno le hacía caso, con ninguno quería cruzar ni la mirada. Esa mañana se levantó temprano y fue hasta su conservatorio, debía hablar con el director, pues quería pedir plaza en otro lugar, fuera de Badajoz, lejos de todo y de todos. Cuando llegó, sus compañeras, incluida su amiga Vanessa, esa con la que no hablaba desde hacía meses, estaban allí y todas quisieron hablar con ella, pero también recibieron lo mismo, una negativa. Fue hasta el despacho del director y después de tocar la puerta y escuchar el permiso para entrar, lo hizo y este se sorprendió al verla allí, pero la hizo sentarse frente a él para que le contara lo que fuera a lo que había ido.

—¿Tienes algún problema, Alison? —preguntó el director.

—Quiero irme de aquí, pedir plaza en otro conservatorio. Necesito salir de aquí —suplicó.

El director se la quedó mirando con la boca abierta, aunque él siempre supo que Alison, al ser una de sus mejores alumnas, llegaría a querer más en su carrera como bailarina y se merecía estar en cualquier escuela de danza del mundo entero. El director recordó el interés de un conservatorio en particular por Alison, en el recital del año anterior, pero nunca se lo dijo, pues no quería

perderla. Pero al ver que era ella la que pedía el traslado, se lo diría y le pediría la plaza para cuando ella quisiera marcharse. Abrió los cajones de su escritorio y sacó esos papeles que tenía preparados solo por la confirmación de Alison. Los puso delante de sus ojos y Alison los cogió para comenzar a leerlos.

—¿Está de broma? Es de la Escuela de Ballet de la Ópera de París. ¿A qué viene esto? ¿Quiere decir que tengo aquí una plaza? —Le hizo tantas preguntas que no sabía a cuál de todas quería que le respondiera, aunque si le respondía a todas mejor.

—Sí, Alison. Tienes una plaza en esta escuela y solo me falta llamarlos para confirmarles de tu interés. Después alguien se pondrá en contacto contigo y te dirá cuándo deberás presentarte allí —declaró—. Me da mucha pena que te marches, pero si es tu decisión, la respeto y te deseo todo el éxito de este mundo y enséñales a los parisinos tu talento y déjalos con la boca abierta. — Las palabras del director la alentaban a tomar esa dura decisión, pero al final aceptó y el director llamó a la escuela delante de ella para que confirmaran todo.

Ya era mayor de edad y podía irse, podía marcharse sin que su madre se opusiera y lo haría, se iría para siempre. Al salir del conservatorio después de despedirse de todas y cada una de sus compañeras, salió de allí con una pequeña sonrisa, pero pronto fue borrada cuando llegó a su casa y en ella había un militar condecorado que hablaba con su madre. Se extrañó, algo le dijo que algo malo había pasado. Llegó hasta ellos y lo único que alcanzó a escuchar fue: “Nicolás Jones murió en el campo de batalla”. Dolor, más dolor, no podía parar de sufrir. Cuando veía una pequeña luz al final del túnel, esta volvía a apagarse dejándola en una oscuridad permanente. Alison cayó al suelo de rodillas y su madre se agachó con ella para acunarla y consolarla. Le dolía como si le arrancaran el corazón ver a su hija, tan joven, sufrir así por amor. En ese momento llegó corriendo hasta ellas Peter, que por supuesto ya sabía la noticia. Estaba destrozado y, sin pensarlo, se agachó junto a ellas y las

abrazó con fuerza. No quería separarse de ellas nunca más. Alison, al darse cuenta, lo miró con odio y se separó de los dos.

—¡No volváis a tocarme nunca más! ¡Dejadme en paz de una maldita vez! — gritó llorando a mares y con la garganta apretada que le prohibía respirar con facilidad.

Corrió hasta su habitación, dejó a sus padres y al militar abajo. Ella solo pensaba en una cosa, irse, largarse de allí para siempre y esta vez sí, no iba a volver jamás. Comenzó a preparar la maleta con toda la rapidez que sus pies pesados le permitían, y su madre entró. Al ver lo que su hija estaba haciendo, se abrazó a ella. No quería que su hija se fuera, no quería perderla.

—No te vayas, por favor, Alison. No puedes irte, hija —suplicó su madre entre sollozos.

—Déjame, mamá. Ya nada me retiene aquí, ya todo está perdido — respondió mirando al suelo. Sus lágrimas caían en gran cantidad y siempre pensó que las lágrimas servían para limpiar todo el dolor que tuviera cada persona, pero no, eso no era verdad, pues en ese momento lloraba y se sentía aun peor y sabía que no estaría bien nunca más.

—¿A dónde irás? —La voz de su madre sonaba atascada, no podía siquiera hablar.

—Nunca lo sabrás, ni tú, ni nadie, mamá —susurró y después de terminar de arreglar la maleta se fue, salió de su habitación y buscó a su hermano para pedirle que la llevara al aeropuerto.

Lo tenía todo pensado y menos mal que tenía dinero ahorrado, por lo menos para vivir un tiempo en París hasta encontrar un trabajo mientras terminaba sus estudios.

—Marcos —llamó desde el otro lado de la puerta.

Su hermano vivía encerrado en su habitación y al escuchar a su hermana llamarlo, se levantó de la cama y abrió la puerta. Al verla en el estado en el que se encontraba, la abrazó dándose cuenta de la maleta. Se temió lo peor y no se equivocaba, su hermana se iba de casa.

—¿Qué pasa, pequeña? ¿Dónde vas? —preguntó su hermano preocupado.

—Necesito que me saques de aquí. Por el camino te lo cuento. —Y dicho y hecho.

Su hermano y ella salieron de su casa y Alison no se despidió de nadie, simplemente se fue para no volver jamás. Por el camino le contó a su hermano su decisión y este la apoyó y, aunque Alison no le dijo a él tampoco cuál era el destino de su nueva residencia, él quería irse con ella y Alison lo esperaría con los brazos abiertos, pero no por ahora. Ella necesitaba soledad, necesitaba vivir feliz o por lo menos intentarlo. Por eso mismo se iba.

—Te echaré de menos, renacuaja —dijo su hermano con cariño.

Habían llegado al aeropuerto y Alison, mientras que Marcos iba a la cafetería, compró el pasaje a París, donde la esperaba una nueva vida. Estaba aferrada a los brazos de su hermano y sentía que su mundo se terminaba de romper, aunque ya estuviera roto de antes. Lo único que tenía en mente era: ¿quién la ayudaría a recomponer los pedazos rotos? Esperaba hacerlo sola y sola vivir en paz y tranquilidad, pero sabía que así no sería feliz jamás.

—Yo también te echaré de menos, grandullón, y espero que algún día volvamos a vernos —declaró aferrándose a él.

Había una parte de su alma que le decía que no se fuera, que perdonara a todos, incluso a sus supuestos padres, pero no podía, su corazón estaba tan dañado que no podía y encima estaba el hecho de que había perdido toda esperanza de volver a ver al amor de su vida, pues este había muerto como ella siempre pensó que pasaría, porque siempre lo tuvo en su mente y aunque no quería pensar así, no podía evitar hacerlo.

Después de despedirse de su hermano, se acercó a facturar las maletas y pasó por todos los controles hasta que llegó a la puerta de embarque. Al avión aún le quedaban unos minutos para despegar, así que se sentó en el sillón y ahí, mirando a sus pies nerviosos, lloró como jamás pensó que haría, como su corazón pedía, como su alma necesitaba.

Minutos, largos minutos de espera y aún el avión no estaba preparado para

salir. Alison estaba muy nerviosa, más que de costumbre, pues le picaba el cuerpo por salir de allí de una vez. Cuando se levantó, se chocó con un muchacho castaño que se paró justo delante de ella, mirando hacia la puerta de embarque.

—¡Joder! —exclamó tocando su trasero por la caída.

El chico se acercó a ella y le tendió la mano para ayudarla a levantar y, al hacerlo, sus ojos conectaron y así se quedaron algunos minutos hasta que el altavoz sonó, dando el aviso a todos los pasajeros del vuelo a París que se acercaran para entregar sus pasajes.

—Lo siento —se disculpó con acento francés.

«Otro francés», pensó.

—No pasa nada —respondió y se dirigió hasta la puerta de embarque, dejándolo completamente descolocado y mirándola.

Alison lo ignoró y entregó su pasaje para luego entrar por la rampa que daba hasta el avión. El chico hizo exactamente lo mismo y, aunque lo hizo más despacio que ella, no paraba de observarla en la lejanía.

Alison entró en el avión, buscó su asiento y después de guardar su maleta de mano, se sentó en el sillón que daba justo a la ventanilla. Menos mal que había tenido suerte, por lo menos le había tocado la ventanilla. Cuando ya estuvo sentada, perdió su mirada en el paisaje del aeropuerto, pues aún no habían despegado, así, comenzó a recordar momentos, esos bellos momentos que pasó junto al que había sido el amor de su vida. Recordó el día que lo conoció o el día que la pilló bailando en el puente; habían sido unos hermosos momentos.

Flashback

Estaba bailando tan absorta en lo que hacía que no se había dado cuenta de que alguien la observaba.

—Te dije anoche que a lo mejor ya había llegado a quien esperabas — susurró Nicolás acercándose a ella sin querer asustarla, pero aun así

Alison se asustó, no lo esperaba.

—Dios, me has asustado. ¿Siempre me vas a estar asustando? — preguntó divertida.

Nicolás sonrió y le dio un beso en la mejilla mientras se encogía de hombros. Alison, al recibir ese beso, un cosquilleo sintió en su estómago y sobre todo ahí, donde él había pegado sus labios.

—Lo siento, no quería interrumpirte —afirmó avergonzado.

Se puso roja, al darse cuenta de que podía haberla visto bailar y le dio un poco de vergüenza.

—¿Me has visto bailar? —preguntó un poco nerviosa.

Ella nunca bailaba delante de nadie, no le gustaba, decía que eso solo lo quería disfrutar ella y pese a que estaba en el conservatorio, siempre pensó que regalarles a personas que no conocía de nada su talento o como ella le llamaba, su amor por la música, lo hacía, pues lo adoraba.

—Sí, y he de decirte que lo haces increíble. —Alison sonrió por su comentario.

Después de ese recuerdo, vino otro más y otro y así estuvo, recordando hasta que llegó a su favorito.

Los dos se quedaron mirando, por un momento fue como si en el cine no hubiera nadie más que ellos dos, Nicolás se acercó a ella y besó su mejilla. Alison sintió un cosquilleo, pero resopló al ver que ese tampoco fue directo a sus labios; Nicolás, que la estaba mirando, se rio e hizo que ella se sonrojara.

—¿De qué te ríes? —preguntó Alison. Nicolás negó aún riendo y ella lo miró con cara de cabreo—. ¿Te estás riendo de mí?

—Sí —contestó Nicolás si poder parar.

Es que era muy cómico ver a Alison frustrada por querer recibir un beso de Nicolás y él, aun sabiéndolo y queriéndolo tanto o más que ella, no se lo daba, por el simple hecho de que no quería ir rápido con ella.

—Pues a mí no me hace ni pizca de gracia —escupió cabreada.

—Anda, ven aquí —susurró atrayéndola hacia él y dándole ese beso tan esperado por los dos.

Alison se puso nerviosa, pues no esperaba ese beso, ella pensaba que simplemente no le gustaba y que jamás tendría un beso de sus labios, pero qué equivocada estaba. Porque tanta espera mereció la pena, fue el beso más dulce que le habían dado nunca. Cuando se separaron, Nicolás pegó su frente a la de ella y suspiró.

—Si supieras las ganas que tenía de besarte, mi cisne —afirmó Nicolás rozando sus labios de nuevo.

El chico con el que se había chocado la observaba aun cuando entró en el avión. La vio llorar y secar sus lágrimas con fuerzas, dándole a entender que esas lágrimas dolían, dolían demasiado, pero es que así era, esas lágrimas eran por el recuerdo de ese gran amor que tuvo, del amor que aún sentía y que sabía que seguiría sintiendo, pero ¿sería que la vida en París la ayudaría a rehacer su vida? ¿Tendría que ver algo ese chico que tan embelesado la miraba? No se sabe, nunca se sabe que nos depara el futuro y aunque en su futuro solo cabía el ballet, también estaba la posibilidad de que alguien le hiciera ver que en la vida puedes volver a ser feliz, después de tanto sufrimiento, y que con amor y sobre todo con mucha paciencia se puede salir de todos los baches que el camino te ponga.

Alison solo tenía en ese momento una cosa en mente, solo una rondaba su cabeza: hasta que el camino se acabase, seguiría amando a Nicolás Jones...

Capítulo 17

Un año después

Alison, después de llegar a París, buscó trabajo y consiguió uno como camarera en una cafetería. No era el trabajo de sus sueños, pero le daba para pagarse un estudio pequeño. Total, vivía sola, ¿para qué alquilar algo más grande? Ese año para ella fue el peor de toda su vida. Las noches las pasaba en vela y los días, entre estudiar en la escuela de ballet y el trabajo, no le daban para pensar mucho, por eso no dormía. Eran las únicas horas que elegía para pensar en él, en su francés, en ese chico de ojos azules que le demostró su amor y la llamaba cisne. Ese hombre que la amó antes de partir y que no volvió a ver.

Se sentía mal y aunque quería pasar todas las horas ocupadas para no tener tiempo a nada más que no fuese eso, no quería llorar y no quería sufrir más.

En el avión que la llevó hasta la ciudad del amor, conoció a Edgar, un hombre guapo que bebía los vientos por ella y que con su cariño de “amigo” la ayudaba a pensar menos en el pasado. Ese pasado que su familia intentaba recordarle en todo momento, pues las llamadas de su madre eran constantes. Su “supuesto” progenitor nunca se puso en contacto con ella y eso daba mucho que pensar, en cambio su padrastro, sí, Carlos, ese hombre con el que creció y que sería su padre siempre. Él sí la llamaba y con él era con el único que hablaba a veces, pero un tiempo después, dejó de hacerlo para no sufrir más. Con su hermano sí siguió en contacto. Bueno, su hermano estaba a punto de ir a

París a vivir con ella. Estaba harto de estar con sus padres, ya que ellos prácticamente no estaban juntos, pues su madre ya le había pedido el divorcio a Carlos y quería rehacer su vida con el hombre que amó y amaría siempre, ese era Peter.

Marcos seguía sin saber el motivo tan grave que tuvo su hermana para escapar de su hogar e irse a París y con el viaje hasta ella, intentaría por todos los medios saber cuál fue ese motivo.

Alison estaba en el aeropuerto esperando a que llegara su hermano. Edgar la llevó a recogerlo. Estaba muy nerviosa, pues un año hacía que no lo veía y se moría de ganas por abrazar a su grandullón. Estaban sentados en una cafetería y Edgar la miraba embelesado. Se había enamorado de ella, aunque sabía que enamorarla era una tarea difícil, lo intentaba constantemente y se había convertido en un gran punto de apoyo para ella. Salían a diario y había veces que él le robaba un beso y ella se dejaba. La falta de cariño estaba ahí y él lo sabía.

—¡Deja de mirarme así, me pones nerviosa! —exclamó Alison tomando un sorbo de su refresco y mirando por encima de sus gafas a Edgar.

Este le sonrió y miró de nuevo hacia la pantalla que ponía la hora de llegada de los vuelos. Todavía faltaba una hora para que Marcos llegara. Tenía ganas de conocerlo, era el hermano de la chica que él amaba y pretendía ganarse su confianza. Las intenciones de Edgar eran pasar el resto de su vida con Alison, si ella lo dejaba, claro.

—¿Y cómo se supone que te estoy mirando? —preguntó con una sonrisa ladeada.

Alison lo siguió con la sonrisa y achicó los ojos en forma graciosa. Se le arrugaba la nariz cuando hacía eso y Edgar babeaba aún más por ella si podía. Estuvieron por una larga hora en aquella cafetería donde se tomaron más de dos refrescos. No eran de hablar mucho, pues Alison siempre se perdía en sus pensamientos, esos pensamientos que solo la llevaban a un lugar. A ese puente lleno de amor y recuerdos, ese puente que quería volver a ver, pero que no se

atreví por miedo a darse cuenta de que él no estaría nunca más.

Minutos después, escuchó que alguien la llamaba. Levantó la mirada y ahí estaba. Su hermano Marcos corría a su encuentro. Ella se levantó y fue hasta él y cuando llegaron al punto neutro, se abrazaron fuertemente. Un año sin verse había sido demasiado y aunque hablaban casi a diario, no era lo mismo. Alison había necesitado a su hermano mucho, demasiado diría ella.

—Te eché de menos, pequeña —susurró Marcos en su oído y Alison, al oír eso, lloró.

Había necesitado tanto a su hermano y ahora que lo tenía con ella, abrazándola y sabiendo que ya no se separarían más, la hacía más feliz, por lo menos un poquito más feliz.

—Yo también, mi “grandullón”.

—No llores, pequeña.

Se separaron y se miraron para ver los cambios que habían sufrido en un año. Alison ahora estaba un poco más alta. Se había cortado el pelo, dejándolo por los hombros, estaba preciosa. Llevaba puestas unas gafas de visión, cosa que tenía desde hace muy poco y se la veía perfecta. Sin embargo, Marcos no había cambiado tanto, solo que era un poco más fuerte. Espalda ancha y cuerpo fibroso.

—Estás preciosa y voy a tener que dejar de llamarte pequeñaja. Has crecido mucho. ¿Qué es lo que comes aquí? —se burló Marcos ganándose uno de sus pellizcos.

Los había echado tanto de menos, que ni le dolió. En cambio, se rio y contagió a Alison que soltó una gran carcajada. Era la primera vez que reía desde que había llegado a esa preciosa ciudad.

—Mira quién habló, el musculito grandullón. —Siguieron riendo hasta que Alison se percató de que aún no le había presentado a su amigo Edgar—. Quiero presentarte a alguien. Ven.

—¿Tu novio? —preguntó levantando las cejas sugestivamente. Alison volvió a reír y negó, no quería que su hermano se llevara falsas ilusiones.

Camaron en direcci6n a Edgar que los esperaba al otro lado del aeropuerto y, cuando llegaron, Marcos lo mir6 de una manera extraña. ¿Qué le pasaba? Lo repas6 con la mirada y Alison se dio cuenta de cómo su hermano observaba a su amigo. Pasaron unos minutos en los que ya los había presentado y Alison tenía que volver, pues eran las doce del mediodía y no quería perder más horas de clases. Era muy estricta a la hora de sus estudios de ballet. Ella quería convertirse en la mejor, aunque ya lo era.

Su vida había cambiado tanto, que a veces no se lo creía. ¿Se daría cuenta alguna vez de que el pasado era solo eso, pasado? No sabía si iba a poder borrar todo lo que pasó, todo lo que sufrió y seguía sufriendo. Solo esperaba que la llegada de su hermano le ayudara a poder vivir un poquito más en paz, pero ¿conseguiría olvidar?

Un año después

Esa semana estaba llena de una locura inminente. Alison estaba muy nerviosa, pues en dos días tenía su primera actuación profesional. El estreno era en el Palais Garnier y es ahí donde tenía esos nervios que no la dejaban comer. Ese teatro era uno de los más famosos que había en París y esa noche era muy importante, pues, aunque ya había actuado otras veces, esta no era como la de otras noches, estaban los mejores jurados para convertirlas en bailarinas mundialmente conocidas y a eso es a lo que aspiraba Alison.

Desde que su hermano llegó, la vida le era un poco más fácil. Se sinceró con su hermano y le contó todo, lo que su madre le dijo antes de marcharse y el motivo por el cual se había ido de Badajoz. Su hermano no podía creer todo eso. Su madre le había mentido seguro, pues Alison no se parecía a Peter y mucho menos a Nicolás, pero si le dijo eso sería por algo, aunque de igual forma ya daba igual lo que pasara, Nicolás no estaba y no iba a volver.

Alison se encontraba en la cocina preparando algo para almorzar, cuando su hermano llegó hasta ella y le dio un beso en la mejilla. Se sentó en la silla y esperó a que su hermana le sirviera la comida.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó Alison preocupada.

Su hermano llevaba unos días sin dormir y aunque ella sabía lo que le pasaba, estaba a la espera de que él le confirmara sus sospechas. Marcos se había hecho muy amigo del hermano de Edgar, era un chico muy guapo y era de la misma edad que él. Desde que Edgar le presentó a su hermano Tony, Marcos no había dejado de hablar con él a diario, pero desde unos días atrás estaba raro y Alison sabía que algo había pasado entre ellos.

—Bien. ¿Por qué lo preguntas? —respondió Marcos desviando el problema.

—No sé. Hace días que no te veo salir con Tony y pensé que habías discutido con él —expuso y Marcos la miró sorprendido por esa aclaración—. Marcos, ¿puedo preguntarte algo? —Alison se sentó y Marcos se encogió de hombros a modo de respuesta—. ¿Te gusta Tony?

En ese momento Marcos bebía un sorbo de coca cola y la escupió por la pregunta. No se la esperaba y mucho menos por parte de su hermana. ¿A que venía esa pregunta? Pensó mientras miraba al suelo nervioso. Cosa que no pasó desapercibida por su hermana. Verlo así tan nervioso le respondía su pregunta.

—¿De dónde sacaste semejante tontería? Yo no soy gay. Ya sabes que tuve novia y me gustan las mujeres —afirmó muy convencido.

—Está bien, como tú digas. Es solo que pensé que vuestra relación era algo así, como “más que amigos”. Perdona si soy tan sincera... Marcos, puedes confiar en mí. ¿Lo sabes, verdad? —Marcos asintió y después de esa conversación terminaron de almorzar.

Alison estaba esperando a que Edgar la recogiera para ir al conservatorio, pues se pasaría varias horas ensayando para la actuación. Era muy importante y ella era la protagonista. Harían *El lago de los cisnes*. Cuando supo eso,

recordó a Nicolás, pues sería la primera vez que realmente se vería como un cisne y él no estaría con ella para verla bailar delante de miles de personas.

Alison fue hasta su habitación para coger su maleta y terminar de arreglarse, pues en solo unos minutos, Edgar estaría abajo recogéndola. Cuando Marcos llegó y encontró un trabajo como monitor en un gimnasio, buscaron un apartamento con dos habitaciones y pagaban los gastos a medias. Salió de su habitación, le dio un beso a su hermano y bajó las escaleras hasta la calle. Cuando cruzó el portal, vio en la acera, echado en la puerta de su coche a Edgar, se acercó a él y le dio un beso en los labios. Ellos se habían hecho novios meses atrás y Edgar intentaba hacerla feliz, pues Alison había pasado por tanto que no sabía qué significaba esa palabra. La felicidad estaba sobrevalorada para ella y nada la hacía sonreír. Hasta que Edgar llegó a su vida, él se la hacía más fácil, más llevadera.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás? —preguntó besando su cuello.

—Muy nerviosa. En dos días es la actuación y estoy que no me lo creo —respondió y ambos sonrieron.

Después se montaron en el coche de él y arrancó. Edgar la llevaría hasta el conservatorio y después iría a recoger a su hermano, pues también quería hablar con él el tema de Marcos. Alison lo habló con su novio y entre los dos averiguarían cuál había sido el problema entre ambos.

Mientras conducía, hablaban animadamente sobre la función y Alison cada vez se ponía más nerviosa. Edgar paró en un semáforo y Alison se quedó mirando la acera del lado izquierdo. Algo había visto o a alguien, pero ¿a quién? Sus ojos se achicaron para intentar hacer más nítida la visión, pues no llevaba las gafas y aún no se había puesto las lentillas.

—¿Dónde miras? —preguntó Edgar llamando su atención. Alison cada vez se ponía más blanca, había comenzado a sudar y se puso muy nerviosa—. Eh, eh. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Eh, sí. Creo que sí —respondió en un hilo de voz—. Creí haber visto a alguien que... Olvídalo, serán los nervios. —Se autoconvenció.

A Alison le pareció ver alucinaciones y lo achacó a los nervios, pues era imposible. Después de unos minutos en los que no dejó de darle vueltas a la persona que pensó ver, llegaron al conservatorio. Edgar le tocó la mejilla con cariño y ella..., ella no sentía nada, pero lo intentaba. Él era un buen hombre y lo único que quería era que ella fuera feliz, daba igual con quien.

—Estás extraña —expresó él.

—No te preocupes, son solo los nervios.

—Tengo muchas ganas de verte vestida de cisne. Te convertirás en mi cisne por una noche —dijo inocentemente. Alison lo miró y su expresión, al oír eso, cambió por completo. Se había cabreado.

—¿Tu cisne? No, Edgar, no seré tu cisne y, por favor, espero que sea la última vez que me digas eso. Te prohíbo que ni siquiera lo menciones. Yo solo fui un cisne una vez y no era tuyo —respondió y salió del coche.

Los recuerdos la habían marcado con solo esas palabras. ¿Por qué seguía doliendo? Ella no lo entendía, solo intentaba rehacer su vida, pero cada vez le era más difícil conseguirlo. Edgar se quedó mudo, la vio marcharse y no la buscó, no quería agobiarla, pero... ¿Por qué se puso así? Él no entendía nada. Arrancó cuando la vio entrar y se fue de allí, tenía que recoger a su hermano.

Cuando Alison entró en la primera clase, el profesor no estaba, aunque sí había llegado su amiga Sophie. Era una chica que conoció desde que llegó a París y de la que se hizo muy amiga. Por ella conoció a Edgar, pues ellos eran amigos desde pequeños y aunque Sophie estaba enamorada de ese chico que bebía los vientos por Alison, ella había comprendido que nada podía hacer y no se interpuso en su camino, pero sí le dijo a Alison que no le hiciera daño.

—Hola, Ali —saludó Sophie besando su mejilla.

—Hola, So. ¿Cómo estás? —respondió Alison y ambas se sentaron en los bancos a esperar. El profesor jamás se retrasaba y ese día sería el primero en hacerlo.

—Estoy bien. ¿Y tú? No tienes buena cara. ¿Te pasó algo? —Alison la miró y se quedó pensando. No sabía si contarle a su amiga lo que había visto, no

quería que la tachara de loca.

—Creo que vi un fantasma... No me hagas caso, seguro que son los nervios.

—¿Un fantasma? Estás loca. Sí, seguro que es por eso. No te preocupes que todo saldrá bien.

En ese momento llegó el profesor y como cada día comenzaron las clases. Ya estaba harta de asistir a clases que se suponía que le enseñaban lo que ya sabía y por eso era importante la actuación pues pasaría de ser alumna a bailarina profesional. Dos horas después, había acabado la clase con el profesor Murphy, ese hombre era muy, muy aburrido y cansaba a todos los alumnos. Alison y Sophie se fueron hasta la clase de ensayos para el estreno y ahí pasaron bastantes horas. Sin descansar ni comer, estaban tan metidas en el ensayo, que se les iban las horas y no se daban cuenta. Varias horas después, Alison paró cansada, se sentó en el suelo y terminó tumbada en el mismo. Sophie la imitó y se recostó justo a su lado. Ambas estaban agitadas y sudadas.

—¿Cómo va tu relación con Edgar? —preguntó So de pronto. Alison la miró y ya sabía ella el porqué de esa pregunta.

—Bueno... bien, ya sabes que no estoy enamorada de él. Es muy bueno y me cuida mucho, aunque a veces me siento mal por no poder corresponderle como se merece. Intento olvidar y centrarme en lo nuestro, pero a veces me cuesta, a veces me pasa como hoy, que creo que lo he visto.

—¿A quién?

—A Nicolás. —Suspiró Alison dejando caer una lágrima de su ojo derecho—. Nos paramos en un semáforo y un hombre muy parecido a él pasó por la acera de enfrente. Llámame loca, pero podría jurar que era él... Pero eso es imposible, Nicolás está muerto —susurró apenada.

Su amiga se incorporó e hizo que ella lo hiciera para poder abrazarla. Solo ella sabía lo mal que Alison lo pasó y seguía pasándolo, ni siquiera Edgar lo sabía. Bueno, ahora sí, pues Edgar estaba en la puerta a punto de entrar cuando ellas comenzaron la conversación. Quiso irse y dejarla en paz, pero su corazón

no se lo permitía, la amaba demasiado y eso lo convertía en un ser egoísta, queriéndola solo para él, pero... ¿Alison podría aguantar eso? No le gustaba que la manipularan y en cierto modo Edgar a veces lo hacía, pero antes de ser pareja eran amigos y para Alison aún lo eran. Solo amigos y nada más.

Minutos después, Alison se levantó y dio por terminada la hora de dolor. Por un día había sido suficiente y desde hacía meses intentaba no pensar más en su pasado, dejando a Nicolás en sus más bellos recuerdos, aunque, ¿qué pasaría si el pasado quería volver a su vida? ¿Cómo afrontaría eso? Alison a veces pensaba, o más bien soñaba, con que eso pasara algún día. Que una mañana se despertara y Nicolás la buscara hasta el cansancio, que la encontrara y pudieran ser felices, pero luego ese sueño tan perfecto se veía turbado por varias cosas. Una: Nicolás estaba muerto. Dos: eran hermanos. Esas cosas la tenían muerta en vida y por eso no podía rehacer su vida. La sensación de pérdida y sobre todo de mentira la tenían agotada, pero, aunque ella intentaba olvidar, no podía. Su corazón no la dejaba hacerlo.

Recogió sus cosas, cogió una toalla y se secó la cara y el cuello, en el mismo instante en el que Edgar decidió al fin entrar en el aula. Alison lo miró reprimiendo una mueca de disgusto ya que en ese momento no se sentía con ganas de verlo, bueno, no quería ver a nadie. Simplemente quería desaparecer, perderse del mapa y no volver jamás, no mirar atrás, así como hizo hacía dos años cuando se fue de su hogar. Ese que la asfixiaba y el que a veces echaba de menos. Echaba de menos a sus padres, las horas que pasaba en aquel puente que la vio enamorarse por primera vez, echaba de menos a Nicolás.

«¡Joder! ¿Cuándo te voy a olvidar mi francés?», pensó cabreada.

Edgar pasó cerca de Sophie y esta parecía abstraída mirándolo embobada. Alison la miró y sonrió, tenía que hacer que Edgar saliera con ella, su amiga se lo merecía más que ella misma y aunque perdiera a su amigo por juntarlo con Sophie, le daría igual. Ella solo quería que ambos fueran felices y sabía que ellos eran el uno para el otro.

—Hola, chicas. ¿Estáis muy cansadas? —preguntó Edgar acercándose a

Alison y dándole un beso, este fue recibido en la mejilla, pues Alison le volvió la cara. No quería que su amiga se sintiera incómoda.

Edgar la miró con el ceño fruncido por ese acto, no se lo esperaba, aunque en parte después de haber escuchado la conversación, algo sospechaba. Alison lo miró y abrazó, luego se separó y agarrando su mano, tiró de él para salir de allí de una vez. Antes de salir, se dio la vuelta y miró a Sophie.

—¿Te vienes, So? Iremos a tomar unas cervezas —propuso Alison y ella agachó la mirada al suelo mientras negaba. Alison le dio un golpe con el codo a Edgar para que reaccionase y este habló.

—Vente con nosotros, So. Lo pasaremos bien. Vendrá también mi hermano y Marcos —insistió él y así, dijo que sí.

Sophie cogió su bolsa y los tres salieron a la noche de París. La ciudad del amor era una preciosidad y aunque Alison ya llevaba dos años viviendo allí, todavía el tiempo no la había dejado conocerla a fondo. Ni siquiera subió a la Torre Eiffel y no porque Edgar no lo hubiera intentado, pero para ella subir ahí arriba, en donde tantas parejas se juraban amor eterno, era como engañar a su propio corazón y solo subiría con su amor verdadero, pero... ¿Quién sería esa persona que la haría subir hasta lo más alto?

Capítulo 18

Dos días antes en Badajoz

Bibiana estaba en su casa, ese día había llegado temprano de la academia y todo porque la chica que cuidaba de Carlos en su ausencia tenía que irse antes. Estaba harta de esa vida, ella no iba a abandonar al padre de su hija, pero a veces necesitaba ese espacio que él intentaba quitarle, sabiendo que ella lo ocupaba con el hombre al que amaba.

Estaba en la cocina y Carlos entró en ella despacio, lo que la silla de ruedas le permitía. Miró a su mujer con media sonrisa. Tenía la sensación de estar consiguiendo su atención, pues él solo quería que llegaran a ser la familia que fueron en un pasado, pero era eso, pasado, y todos, excepto él, sabían que el pasado nunca vuelve. ¿O sí?

—Hola, Bib —saludó Carlos. Ella lo miró y sonrió despacio, haciendo una pequeña mueca.

—Hola. ¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Estoy bien, aunque estaría mejor si pasáramos más tiempo juntos, como antes, ¿te acuerdas?

Bibiana se sentó en el taburete de la cocina, frente a él. Esa conversación no era la primera vez que la tenían, pero a Carlos parecía que se le olvidaba. En el mismo momento en el que Bibiana le iba a responder, sonó el timbre de la casa.

—Perdona un momento —se disculpó y fue hasta la puerta de la casa.

Bibiana abrió y cuando lo hizo y vio al hombre que tenía ante ella, abrió los ojos desencajados, tanto que se le saldrían de las orbitas. Su boca formó una “O” exagerada y sorprendida. No lo podía creer. No, no era él... no podía ser él. Lo miraba sin poder creerlo. Los muertos no reviven, ¿o sí?

—¡Nicolás! —habló en un hilo de voz

—Hola, Bibiana —saludó Nicolás. Sí, era él.

Nicolás estaba vivo y frente a la que era su suegra. ¿Cómo era posible eso?

—¿Puedo pasar?

—Claro, pero ¿cómo? Estabas muerto... Esto no puede estar pasando, esto no es real. Cuando Alison lo sepa... —Las palabras salían de su boca sin pensarlas y se arrepintió al instante el haber mencionado a su hija.

Ella y Alison no tenían buena relación desde aquel día en el que decidió mentirle. Se arrepentía, pero sabía que, si le decía ahora la verdad, sería peor. Pero con la llegada de Nicolás, las cosas habían cambiado y no sabía qué pasaría ahora.

Bibiana se apartó y dejó pasar a ese chico de ojos claros que enamoró a su hija y que tanto le recordaba al Peter adolescente del cual ella se enamoró hacía más de veinte años.

Carlos salió de la cocina para ver quién había llegado.

—¿Quién es, Bib? —preguntó, pero al ver la visita, se calló de inmediato y cambió su expresión a una de disgusto.

Para Nicolás no era un secreto que Carlos lo odiaba, pero también estaba seguro de que no era a él a quien odiaba, sino el hecho de que él era hijo del hombre que tenía el corazón de su mujer.

—¿Cómo está, señor Morgan? —preguntó Nicolás con esa educación que tanto lo caracterizaba.

—Bien. —Fue lo único que Carlos le pudo responder. Estaba igual de sorprendido que su mujer, pero ¿cómo no estarlo? Se suponía que Nicolás estaba muerto.

Dos años habían pasado ya desde que llegaron a su casa, buscando a Alison

Morgan para decirle que su novio había muerto en el campo de batalla. Afganistán había sido muy duro y esos días habían sufrido una emboscada en las que se llevaron a Nicolás y a varios militares más secuestrados. Lo había pasado mal, lo torturaron, lo tuvieron sin comer por días e incluso semanas, pero no lo mataron, no hasta conseguir que todos los militares se fueran.

Bibiana invitó a Nicolás a pasar al salón y ahí los dos se sentaron. Carlos no quiso acercarse y se fue a su habitación. Le habían acondicionado el que había sido su despacho, pues al estar en silla de ruedas la subida a su habitación en el primer piso era muy complicada y más con la ausencia de sus dos hijos para ayudarlo.

Al sentarse, Bibiana no sabía cómo comenzar, era raro hablar con ese chico, con un hombre “muerto”. Solo pensaba en Alison. ¿Qué pasaría cuando su hija se enterase de que Nicolás estaba vivo? Y sobre todo, ¿qué haría cuando supiera que no eran hermanos, que todo fue una mentira programada por su madre y Peter? De seguro su hija la iba a odiar de por vida. Todo el sufrimiento ocasionado. El haber cambiado de residencia solo por el simple hecho de no estar con su familia, con su madre. Por ¿odio? Tal vez, pero lo que estaba claro es que su hija se enteraría y ese día la perdería de por vida.

—¿Dónde está mi cis... digo Alison? —preguntó con un nudo en la garganta.

Bibiana se encogió de hombros sin saber. Ella no tenía idea de dónde estaba su hija, nunca se lo dijo y ahora que Marcos también se fue, tampoco sabía dónde encontrarla. Sus hijos estaban en cualquier lugar del mundo y ella no tenía idea. Podrían estar muertos o perdidos y ella no tendría constancia de nada. Su familia se había ido al traste con la llegada de Peter y Nicolás, sus mundos se pusieron patas arriba.

—Lo siento, pero no tengo respuesta para eso, mis hijos se fueron. Alison se fue hace dos años, no tengo idea de a dónde y Marcos la siguió un año después, lo único que sé es que seguro están juntos —respondió apenada.

El dolor que sentía por la pérdida de sus hijos, por la pérdida de su familia, no era comparable con nada... bueno, sí, su hija Alison había sufrido más que

ella, de eso estaba segura.

—¿Cómo es eso posible? ¿Cómo es posible que no sepas dónde están tus propios hijos? —Nicolás hablaba incrédulo y solo tenía en mente una cosa: ¿dónde estaba su cisne? La mujer que amaba se había ido y ella creía que él estaba muerto. ¿Cómo se pondría ahora ante ella? ¿Qué pensaría? Nicolás tenía miedo a eso, al reencuentro y sobre todo miedo a que ella hubiera rehecho su vida y la hubiera perdido para siempre.

—No sé qué decirte... Solo puedo comentarte que ella se fue a vivir su vida. —Suspiró Bibiana reteniendo las lágrimas—. Ella lo pasó muy mal con tu pérdida y un día antes, recibió tu última carta en donde le decías que no te esperase.

«¿Por qué le mandaste esa carta, Nicolás? ¿Qué fue lo que te pasó?».

Nicolás se quedó pensando cómo contarle el infierno que vivió durante estos dos años. Miró a Bibiana y su semblante se endureció. Bibiana lo miraba con algo de miedo, pues con la frente arrugada y la mandíbula tensada, daba la sensación de que iba a pelear con alguien. No era el mismo chico dulce de hacía dos años. Nicolás había cambiado, su mundo había cambiado, solo le hacía falta una cosa para volver a ser él y tenía que encontrarla. Se levantó y caminó hasta el mueble del salón, ahí, en un cuadro pequeño, había una foto de su chica. Retuvo las lágrimas, pero no sabía por cuánto tiempo podría hacerlo. La necesitaba, necesitaba a esa chica risueña de la que se enamoró. A esa mujer que, al bailar, parecía estar flotando en el agua... Era la más hermosa. Sus ojos oscuros, su cabello negro hasta la cintura. No era bajita, más bien era una mujer alta para la edad que tenía. Sus labios, cuánto los echaba de menos, necesitaba besarlos. Nicolás recordó la última noche que pasó con ella, esa noche que le hizo el amor por primera vez, esa noche fue la más maravillosa y perfecta de todas y, durante esos dos años, recordarla a ella fue lo que lo mantuvo con vida. Con la esperanza de encontrarla de nuevo. Él prometió una cosa, prometió que hasta que el camino se acabase la amaría y si la perdía, la encontraría de nuevo para volver a amarla y eso mismo era lo que quería,

encontrarla.

—Tengo que irme —dijo de pronto.

—¿A dónde irás?

—A encontrarla. No sé por dónde comenzaré, pero la encontraré y la amaré hasta que nuestro camino se acabe —respondió seguro de sí mismo.

Nicolás comenzó a caminar en dirección a la salida y Bibiana salió corriendo hasta él. Tenía que decirle la mentira que le hizo creer a su hija. Tenía que decirle por qué lo hizo. Antes de que Nicolás cruzara el umbral de la puerta, Bibiana cogió su brazo.

—Tienes que saber algo antes, Nicolás —espetó nerviosa.

—¿El qué?

—Sois hermanos. —Volvió a mentir y no sabía si estaba haciendo lo correcto.

Por alguna razón que desconocía quería seguir protegiendo a su hija, quería seguir con esa mentira que tanto daño le hizo, pero que estaba segura le sirvió para que olvidara a Nicolás. Y qué equivocada estaba, Alison lo seguía amando e incluso más que antes. No lo olvidaba y sabía que nunca podría ser feliz con nadie que no fuera él, su francés.

—¡Eso es imposible! Mi padre me lo habría dicho —gritó furioso.

Nicolás salió corriendo como alma que lleva el diablo. Tenía que hablar con su padre y que le explicara todo con más detenimiento. Quería que le confirmara esa desfachatez.

Mientras volvía a su casa, iba pensando en lo absurdo de la situación.

—¿Hermanos? —susurró para sí mismo.

Llegó hasta su casa en menos de media hora. Había corrido demasiado, ni siquiera se detuvo en ese lugar hermoso donde la vio bailar por primera vez, donde hablaron de amor, donde se besaron y donde se despidieron. El puente, ese lugar favorito para ambos y que sabían que volverían, pero juntos. Al llegar, su padre no hacía más que dar vueltas, pues que te llame tu hijo diciendo que está vivo y que lo primero que haría sería ir a buscar a la mujer

que amaba, no era normal.

Nicolás cruzó la puerta de su casa y miró todo con detenimiento. Los recuerdos de los años vividos entraron en su mente y le hicieron pensar en su madre. Una lágrima estúpida salió de su ojo derecho y se la borró con fuerza. Peter, al escuchar la puerta, corrió hasta ella y vio a su hijo parado en la entrada. Se miraron y su padre fue el que se acercó para abrazarlo, pero Nicolás no hacía nada. Estaba tan cabreado con la vida, con su padre, con el mundo, y todo por no saber de ella, por ser engañado. Porque no se creía eso de que eran hermanos, ni siquiera se parecían.

—¡Nic, hijo! ¡Estás vivo! —habló Peter con el corazón encogido.

Peter apretaba a su hijo con fuerza, como si no quisiera que se le escapara, como si fuera un maldito espejismo. Pero Nicolás no hacía nada, no podía abrazar a su padre, no después de que Bibiana le dijera esa estupidez. Nicolás se separó de su padre casi empujándolo y Peter frunció el ceño perdido. No entendía nada, su hijo estaba bien, parecía él, pero no del todo.

—¿Alison es mi hermana? —preguntó antes de que su padre siquiera pronunciara palabra.

Este último tragó saliva sin poder creer lo que su hijo estaba diciendo, y pensó, ¿por qué Bibiana siguió con la mentira? ¿Qué haría él? No sabía si decirle la verdad a su hijo, pero tampoco entendía a Bibiana. Su hijo había vuelto, su hija lo amaba y él también a ella. ¿Por qué darles más amargura?

—¡Responde, papá! —gritó Nicolás con los ojos aguados.

Estaba a punto de llorar. Todos esos meses en los que se sintió solo, no se permitió derramar ni una lágrima, pues quería ser fuerte, sentirse fuerte para volver con vida y casarse con la mujer que amaba. Ahora que había vuelto, ella no estaba. ¿Dónde la buscaría? ¿Por dónde comenzaría? La quería, la necesitaba... Sí, lo pensaba a cada instante, cada vez que su nombre se cruzaba en su mente, cada vez que escuchaba la canción con la que la vio bailar y brillar a la vez. La añoraba y la encontraría, de eso estaba seguro.

Capítulo 19

Ya en el bar, Alison, Sophie y Edgar se sentaron en la misma mesa de siempre, cerca del billar. Después de tomarse todas las cervezas que su cuerpo aguantase, jugarían hasta que el dueño del bar, el señor Osman, los echara por la hora y cerrara. Menos mal que eso pasaba sobre las cuatro de la madrugada. El bar París Love era uno de los bares que más tarde cerraba y donde trabajaba Alison, pero estaba de vacaciones. Unas vacaciones que les debían desde hacía meses atrás. Trabajaba demasiado y su jefe lo sabía, así que le dio dos semanas de descanso. Alison ese día se lo agradeció infinito ya que, al ser la protagonista de la actuación, tenía que ensayar mucho para que todo saliera perfecto y que los jurados la mirasen con buenos ojos para convertirla en bailarina profesional.

—¡Eh, Ali! —llamó Marcos alzando la voz desde la entrada del bar.

Se acercó hasta ellos y no se dio cuenta de que Tony también había llegado. Ambos se miraron y Alison sonrió como una tonta. Su hermano estaba enamorado de ese chico y no lo reconocía, aunque lo entendía. Tenía que ser difícil decirle a un familiar, ya sea padre, madre u hermana, “soy gay”.

—Hola, grandullón —saludó Alison dándole un beso a su hermano.

Este la apretó entre sus brazos y después caminaron con sus manos entrelazadas hasta la mesa y se sentaron. Marcos saludó a Sophie y Edgar y se quedó mirando a Tony por unos minutos, pero al final le extendió la mano y lo saludó. El camarero llegó con la primera ronda de cervezas y animadamente

comenzaron la noche. Hablaron, bebieron, rieron y todo eso junto a las miradas entre Marcos y Tony, más las de Sophie hacia Edgar, pero este último solo la miraba a ella. Era todo tan complicado.

—Marcos, ¿podemos hablar? —preguntó Tony dejándolos a todos en silencio.

Alison miró a su hermano, esperando a que reaccionara. Le dio un pellizco y este la miró con cara de cabreo, pero observó de nuevo a Tony, asintió y se levantó. Ambos salieron a la calle para poder hablar, pues en el bar estaba la música alta y no se escuchaban entre ellos. En ese momento, una canción nueva de Beyoncé comenzó a sonar. Esa cantante era la favorita de Alison y nada más oír su voz, se levantó para bailar *Running*.

Estas cuatro solitarias paredes han cambiado la forma en que me siento.

Estoy paralizada, y ahora que tú no estás aquí, ninguna otra cosa importa.

Entonces, ¿dónde estás?

Te he estado llamando, te estoy echando de menos.

¿A qué otro lugar puedo ir?

¿A qué otro lugar puedo ir?

Persiguiéndote, persiguiéndote, los recuerdos se convierten en polvo.

Por favor, no nos entierres.

Te tengo (o te entiendo) te tengo.

Corriendo, corriendo, corriendo...

Ya no voy a escapar más de mí misma.

Juntos, lo ganaremos todo.

No correré, correré, correré...

Ya no voy a escapar más de mí misma.

Estoy preparada para afrontarlo todo.

Si me pierdo a mí misma, lo pierdo todo.

Alison bailaba y todos la miraban. Era digna de ser admirada... Ella volaba mientras danzaba, lo disfrutaba tanto que te podías enamorar de ella con solo observarla. Alguien la miró desde fuera, desde la noche de París. Alison sintió la presencia y se dio la vuelta, pero ya no había nadie. Su ceño se frunció y como si algo la atrajera, salió corriendo a la calle para buscar algo o a alguien. Se estaba volviendo loca. Al salir, su hermano la miró con la frente arrugada y ojos sorprendidos, él también vio a esa persona. ¿Quién era?

—¿Lo viste? —preguntó Alison. Marcos asintió y ella, sin pensarlo, comenzó a correr calle abajo, hacia donde su hermano le indicó que esa persona caminaba a toda prisa. La mente de Alison especulaba y sentía que se volvería loca en cualquier momento.

Corrió y corrió durante más de media hora, pero no encontró a nadie o a ese alguien que creyó ver, pero esta vez no había sido solo ella, esta vez su hermano también lo vio. ¿Qué pasa si el pasado quiere volver? ¿Qué pasará cuando esa persona que creías que no estaba vuelve? Alison no podría creerlo y mucho menos él.

De pronto escuchó la voz de Edgar llamarla desde bastante lejos. Alison se dio la vuelta y su “novio” corría hacia ella. Cuando la alcanzó, llegó muy preocupado por ella. No entendía que le pasó para que saliera corriendo del bar. Cogió sus mejillas y sin que Alison pudiera reaccionar, la besó, pegó sus labios y a ella, no le quedó más que dejarse besar. Estaba muy nerviosa, pues seguía sintiendo que alguien la observaba. ¿Sería que el subconsciente quería decirle algo? No estaba segura de eso. Al separarse, Edgar la miró y sonrió, pero Alison, sin decirle nada, comenzó a caminar de regreso al bar.

Ese alguien que ella creyó ver, vio todo. Cómo ella corrió en su busca, cómo un hombre que él no conocía besaba esos labios que le pertenecían. Quiso acercarse y partirle la cara a ese desgraciado que se tomó esas confianzas con su cisne, pero no podía, no podía llegar después de dos años en los que ella creyó que estaba muerto y hacerle eso, así que no le quedó otra que, con la cabeza gacha, caminar hasta su casa.

Ya en el bar, Marcos se acercó a su hermana y la abrazó. Él sabía lo que ambos habían visto y tenían que llamar a sus padres para ver si ellos sabían algo, pues de ser así y ninguno les informó, se cabrearían, aunque después de todo no podían enfadarse con sus padres. Ellos no sabían ni siquiera dónde estaban sus hijos. ¿Cómo hablaría con ellos?

—¿Estás bien? —preguntó Marcos.

Alison tenía la cabeza agachada, miraba sus pies nerviosos y negó encogiéndose de hombros. Desde la mañana que lo había visto estaba así y ahora que lo veía otra vez y que no pudo alcanzarlo para comprobar que fuera él, en realidad estaba peor, pero ¿qué haría? Seguramente era alguien parecido, alguien que ni siquiera conocían. Marcos, preocupado, se sentó a su lado y Edgar quiso ponerse al otro lado, pero su hermano no lo dejó. Tony se dio cuenta de que Edgar la atosigaba demasiado y Alison en ese momento no se encontraba bien.

Minutos después, Alison decidió dar por terminada la noche. Aún era temprano y esa no era su intención. La noche se le fue al traste. Se levantó junto con su hermano Marcos y, sin despedirse, salió del París Love para volver a su apartamento. Necesitaba descansar, necesitaba pensar. Edgar la vio marcharse y se agobió al darse cuenta de que ahí acabaría su relación con la mujer que amaba.

—No puede ser él, no puede ser real. Nicolás está muerto, Marcos —decía Alison al borde de un ataque.

Hacía ya media hora que habían llegado a su casa y aún seguían dándole vueltas a la cabeza. Marcos le estaba preparando una taza de té para que se relajara. Alison se ponía muy nerviosa y le podía provocar un ataque de ansiedad o algo peor. Cuando lo tuvo preparado, se acercó a su hermana y lo puso en la mesa, justo delante de su cara.

—Tómatelo, te vendrá bien —propuso Marcos—. Voy a llamar a mamá y tendrá que decirme lo que sepa. No te preocupes, pequeña, todo se arreglará.

—Yo no estoy tan segura de ello. —Cogió la taza y le dio un sorbo—. Si él está vivo, ¿qué haremos ahora? Dos años, Marcos, dos malditos años pensando en el hombre que amo, pensando que estaba muerto y ahora aparece de la nada y se supone que es mi hermano. ¡Joder!

La ansiedad estaba haciendo su aparición y Marcos tuvo que coger un abanico del cajón del mueble y abanicarla.

—Tranquila, Ali... Por favor, no me asustes —habló con voz temblorosa.

—No puedo con esto, necesito saberlo ya. —Se levantó y sacó de su bolso el móvil.

Sabía que era ya tarde para llamar a sus padres, pero le daba igual. Necesitaba saberlo. Marcó el número del móvil de su madre y este comenzó a sonar. Segundos después una Bibiana soñolienta descolgó el teléfono.

—¿Quién es?

—*Mamá. Soy yo... Alison.*

Cuando Bibiana escuchó la voz de su hija, se levantó de la cama como un resorte y comenzó a respirar con dificultad. Dos años habían pasado, dos años sin hablar con su hija y sin saber dónde estaban los dos.

—*Mamá, ¿sigues ahí?* —La voz de Alison sonó temblorosa. Las lágrimas no tardarían en salir.

—*Eh, sí. Lo siento, es que no esperaba tu llamada... Alison, cariño.* — Bibiana no podía hablar.

Comenzó a llorar desesperada. Quería saber dónde estaban sus hijos, necesitaba verlos, saber que estaban bien. Necesitaba abrazarlos, besarlos y hacerles ver que tenían a su madre, pero ¿ellos sentían lo mismo? Alison no.

—*Mamá... Solo llamo para saber una cosa.*

—*Vale, cielo, pero por favor, dime que estáis bien... Necesito veros.*

—*No, mamá... Solo dime una cosa y después colgaré. Es sobre Nicolás.*

Bibiana se tensó al escuchar eso. Ella sabía que en cualquier momento su

hija la llamaría para saber sobre Nicolás, pero tenía la esperanza de que él no la encontrara nunca. Peter se encargó de hacerle creer a su hijo lo que Alison pensaba. Ya ambos creían que eran hermanos y pensaron que, con eso, Nicolás no la buscaría, pero parece que no, al final la buscó y la encontró.

—¿Qué pasa con tu hermano?

—*Deja de decir eso. Él no es mi hermano. ¡Joder!* —Alison comenzó a dar vueltas de un lado a otro en su salón, bajo la atenta mirada de Marcos que estaba a punto de quitarle el teléfono a su hermana para hablar él mismo con su madre.

—¿Nicolás está... vivo? Y espero que me digas la verdad, *mamá*.

—*Sí... Él está vivo, Alison.*

Solo quería escuchar eso, así que sin más le colgó a su madre después de confirmarlo. Nicolás... estaba vivo. El hombre que ella amaba, al cual se entregó, al cual le prometió amor eterno y que lo esperaría por siempre. No lo podía creer, ¿cómo lo enfrentaría? Necesitaba verlo, tocarlo, besarlo.

«No. ¡Joder! No puedo besarlo. Es mi hermano», pensó.

Con lágrimas en los ojos, se sentó de nuevo en el sofá y su hermano hizo lo mismo, sentándose a su lado. Cogió a su hermana por los hombros y la aferró entre sus brazos para poder consolarla. No le gustaba ver llorar a su hermana, no le gustaba verla sufrir.

—¿Está vivo? —Alison asintió entre hipidos.

Las lágrimas no la dejaban hablar y su hermano las secó con sus dedos. Minutos después, en los que consiguió que su hermana se calmara, agachó la mirada y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Tocó su mejilla roja por las lágrimas y, aun así, dormida, seguía llorando. Marcos se moría de pena por ella, la cogió en brazos y la llevó hasta su habitación, la recostó en su cama y la arropó con una manta que tenía doblada a los pies de la misma. Le dio un beso en la mejilla y se dispuso a salir de la habitación.

—Marcos.

—Dime, preciosa.

—¿Te quedas conmigo esta noche?

—Claro... Déjame un lado, pequeña.

Marcos se acostó a su lado y Alison echó su cabeza en el pecho de su hermano. Este comenzó a acariciar su cabello largo y así se quedaron dormidos, abrazados y tranquilos. Solo así Alison pudo descansar, solo así pudo dormir con tranquilidad, aunque mientras dormía..., en su sueño se metieron unos ojos azules que la hicieron soñar con algo bello, con lo más precioso que podría soñar.

Capítulo 20

Por la mañana Alison se despertó y vio que su hermano seguía ahí con ella. Si no fuera por él, esa noche no habría dormido nada, pensando en cómo mirar a Nicolás y no desear besarlo hasta que sus labios pidieran clemencia. Se levantó de la cama sin hacer el mínimo ruido y fue hasta el baño para ducharse. Tenía que ir a ensayar para la prueba de mañana, y entre lo de Nicolás y la actuación, no podía. Estaba demasiado nerviosa y en parte eso le preocupaba, porque si no se podía concentrar, ¿cómo le saldría? Ese momento era muy importante para ella, con él, su futuro estaba más que hecho.

Cuando terminó de ducharse, se vistió y salió del baño. Su hermano ya no estaba en la cama, así que fue a buscarlo. Cuando llegó a la cocina, encontró a su hermano, con la música puesta y moviendo el culo graciosamente. Alison soltó una risita graciosa y su hermano se dio la vuelta avergonzado.

—Vaya que nos hemos levantado de buen humor hoy —refirió Alison.

—Eh, yo... ¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —preguntó Marcos agachando la cabeza mientras se rascaba por detrás de la misma.

—Poco, pero suficiente para ver ese movimiento. ¿Cómo era? —Alison comenzó a mover las caderas y su hermano se rio—. Enséñame.

—Pero qué tonta te pones a veces.

—Tú lo eres más y lo sabes —respondió acercándose a él y depositó un beso en su mejilla—. Me voy... Te dejo tiempo y espacio para tus movimientos —se burló Alison mientras caminaba hacia la puerta.

—¡Ali, espera! —llamó su hermano su atención. Se acercó a ella e hizo que se diera la vuelta—. ¿Estás bien? —Alison asintió y sin decirle nada se marchó.

Su hermano estaba preocupado por ella, pero Alison no decía nada, ni siquiera hablaba del tema. Se suponía que Nicolás le pidió que la esperara, quería casarse con ella y ahora que después de pensar que estaba muerto, volviese, no sabía qué hacer. Era normal que estuviera así, lo que le resultaba raro a Marcos, es que aún no hubiera ido a buscarla.

Cuando llegó a la escuela, su amiga Sophie la esperaba justo en el umbral del portón de madera maciza de la entrada. Caminó hasta ella sin ganas, pues los recuerdos seguían atormentándola y saber que lo tenía tan cerca y a la vez tan lejos, no ayudaba en nada.

—Buenos días, So —saludó Alison al llegar hasta ella.

—Buenos días. ¿Qué te ocurre? No tienes buena cara —preguntó su amiga preocupada.

Alison se encogió de hombros mientras un suspiro se le escapaba de lo más profundo de su alma. Entraron y en silencio, caminaron hasta el aula. Tenían mucho que ensayar, mañana era el gran día y aunque estaban más que preparadas, nunca estaba de más seguir con el ensayo. Tenía que salir todo perfectamente, solo así, Alison cumpliría su sueño y con ello, su viaje tan esperado a Nueva York.

Los ensayos cada vez eran de más tiempo, más horas de lo que estaban acostumbradas y acababan agotadas. Si le incrementaban el trabajo en el bar, Alison caía rendida en la cama todos los días al llegar la noche, pero no le quedaba otra que seguir con ese ritmo, por lo menos, hasta que su situación se arreglara. Sophie paró un momento y se sentó en las bancas que había justo al lateral del aula. Alison la miró y negó, ella no descansaría, no hasta que ella no se quedara completamente conforme y confiada de que saldría todo como esperaba.

—¿De verdad te vas a sentar? —preguntó Ali, reprimiendo una sonrisa al

ver a su amiga sobarse las piernas. La verdad es que ella también se sentía agotada.

—Sí y tú deberías hacer lo mismo. Si no descansas, mañana no podrás darlo todo y creo que estás más que preparada, si es eso lo que te preocupa —dijo esto último en un susurro.

—Tienes razón —respondió caminado hasta ella para sentarse a su lado. Alison entendía a Sophie, ella no tenía las mismas ambiciones y por eso se lo tomaba con más calma.

—Deberíamos ir al París —propuso Sophie.

Alison se quedó mirándola sopesando la propuesta y la verdad no tenía muchas ganas, pero pensó que, si iba, a lo mejor él también y podría verla, así que asintió con ganas. La verdad que además de tener ganas de que Nicolás la buscara, también le vendría bien un descanso y sobre todo una buena cerveza para despejar la mente. Se levantaron y cogieron sus bolsas. Por el camino, Alison le mandó un mensaje a su hermano.

“Marcos, Sophie y yo vamos al París, así que allí te espero”.

Esperó unos segundos y su hermano no respondía. Segundos después, ya estaban de camino al coche de Alison. Antes de arrancar le sonó el móvil y lo cogió para ver si era su hermano, pero no, no era él.

“Hola, cisne, dirás cómo es que conseguí tu número, te diré que fue gracias a tu hermano”.

El corazón de Alison comenzó a bombear deprisa, muy deprisa. Sophie, al ver la cara pálida de esta, se preocupó y le puso la mano en el hombro para ver si estaba bien. Alison la miró, mientras que las estúpidas lágrimas volvían para martirizarla aún más. Volvió a mirar el móvil, ya que no había terminado de leer el mensaje.

“Quiero verte. Necesitamos hablar y... te quiero”.

Eso fue lo último que leyó y lo único que gravó en su mente. Ese te quiero llevaba esperándolo dos años y llegaba ahora, en el peor momento. No sabía si Nicolás tenía constancia de que sus padres habían confesado su parentesco.

De igual manera, ella sí que lo sabía y eso era algo que los separaba. Lo amaba, claro que lo amaba, pero no podían estar juntos, no así, nunca podrían y era el peor castigo que una persona podía recibir.

Llegaron al bar en completo silencio. Alison no pudo explicarle nada a su amiga, no lo entendería. En realidad, nadie en su sano juicio entendería que dos hermanos se amaran. ¿Cómo hacerlo? Ni ella misma lo aceptaba y aunque el amor que sentía era cada vez más fuerte, no podía.

—¿Me vas a decir de una vez qué te pasa? Desde que recibiste el mensaje en el coche estás así, ¿le pasó algo a tu hermano? —repuso Sophie.

—Lo siento, So, pero no puedo contártelo.

—¿No confías en mí?

—No es eso y lo sabes. Es que... es algo muy complicado y no lo entenderías —se defendió Alison.

—Ahora me llamas tonta. Desde luego que lo estás arreglando —replicó su amiga.

Alison no quería que su mejor amiga se sintiera excluida de su vida, pero había cosas que era mejor dejarlas guardadas. Se acercó a Sophie y la abrazó. ¿Algún día podría contárselo a alguien? No lo creo. Cuando se separaron, Sophie le dio un puñetazo en el hombro y comenzaron a caminar hacia al bar. Segundos después llegaron y el corazón de Alison latía sin previo aviso, como si entrar allí le fuera a doler, como si en ese lugar, en donde ella trabajaba, la esperara alguien, esa persona, Nicolás. Se quedó parada frente a la puerta y su amiga le instó a que entrara, pero no podía, no se atrevía.

—¿Por qué no entras? —preguntó Sophie.

Alison se quedó con la mirada perdida, se encogió de hombros y asintió con pesar. Entraron y miró hacia ambos lados. Suspiró al darse cuenta de que no estaba. O no había llegado aún. Fueron a la misma mesa, la misma desde que

se conocieron. Su jefe siempre la guardaba para que nadie se la quitara, pues era la más cercana a la mesa de billar.

—Hola, Ali —saludó su jefe cuando la vio entrar.

—Hola, Damien. —Se acercó a la barra para pedir las cervezas—. Qué, ¿me echas de menos? —preguntó con una sonrisa socarrona.

—Ya sabes que sí. Eres mi mejor camarera.

—Uy, no mientas o te crecerá la nariz como a Pinocho —refirió Alison haciéndolo reír.

Ambos soltaron una carcajada, en el mismo momento en el que entraba por la puerta del bar Edgar. Este, al verla, se acercó a ella por detrás y besó su cuello. Alison se dio la vuelta y le dio un guantazo sin pensarlo. No sabía quién había sido el descarado que le dio el beso y en esos momentos, lo único que podía hacer, era defenderse de cualquier abusador. Edgar posó la mano en su mejilla y la miró con el ceño fruncido, no se lo esperó en ningún momento. Alison se iba a disculpar, pero no pudo, pues su mirada de pronto se clavó en unos únicos ojos, en una sola persona, en la persona que quería ver y a la vez la evitaba. Ambos se miraban y Edgar, al darse cuenta, miró hacia la puerta y vio cómo un hombre alto, con cabeza rapada al igual que un militar, se acercaba a ellos. Se fijó en cada uno de los detalles de este desconocido, que tenía hipnotizada a su “chica”. Alrededor de su cuello, tenía las típicas placas que se ponían los militares y es ahí donde se dio cuenta, de que sí, era justamente eso, pero... ¿Qué tenía que ver él con Alison?

—Hola —susurró cuando estuvo todo lo cerca que podía de ella pues Edgar estaba en medio de los dos. Alison se puso delante de su “amigo” para quedar cara a cara con él.

—Hola —respondió temblorosa.

Nada más salió de sus labios, nada más podía decirle en ese momento y agradeció enormemente que su hermano llegara hasta ellos y la rescatara. Parecía que Nicolás había llegado con Marcos y si era así, tendría una charla seria con él.

—¡Vaya! Que ya os habéis visto —ironizó Marcos.

—Así es y me gustaría hablar con ella... Contigo, a solas, Alison —propuso Nicolás mirándola a los ojos.

Alison no sabía qué hacer, si hablar con él ahora o esperar a que ella estuviera más tranquila. Estaba segura de que este era el peor momento para hacerlo, no quería discutir, no quería recordar, no quería hacer nada en este instante. Solo desaparecer, únicamente esconderse para siempre. Agachó la cabeza y sin responderle, caminó hasta la salida. Nicolás fue tras ella y antes de salir, Marcos lo cogió del brazo y este se dio la vuelta.

—Nicolás, no quiero que sufra —pidió rascándose la nuca, nervioso.

—No lo haré, te lo prometo. —Y con esa respuesta, salió en busca de su cisne.

Al salir, se dio cuenta de que ella lo esperaba sentada en un banco frente al bar. Cruzó la carretera y se acercó a ella sigiloso, pues Alison miraba al suelo, nerviosa, cohibida. ¿Qué pasaría en este momento? ¿De que podrían hablar dos personas que se amaban y que resultaron ser hermanos? Nicolás se sentó a su lado y posó su mano izquierda en la derecha de Alison. Ella lo miró y no pudo retener las lágrimas por mucho más tiempo y terminó a moco tendido. Era demasiada presión, eran demasiados recuerdos, era demasiado amor lo que sentían.

—Te extrañé, mi cisne —susurró Nicolás atrayéndola hasta su pecho.

En ese momento, Alison se sentía protegida, en casa. Nicolás acariciaba su cabello negro, ese cabello que tanto amaba y que ahora estaba más corto, pero aun así era la mujer más hermosa. Ella... no podía hacer más que dejarse acariciar, dejarse amar. En ese instante no sentía más, no podía más y lo único que su corazón le gritaba era que lo amara, que lo abrazara, que lo besara y eso era lo que haría. Alison levantó la cabeza y cruzó su mirada con él. Nicolás tragó saliva y cogió sus mejillas que aún estaban mojadas por las lágrimas derramadas. Se fueron acercando, estaban a milímetros el uno del otro, pero, antes de pegar sus labios, Alison se separó bruscamente

recordando el motivo por el cual no podían volver a estar juntos, porque eran hermanos.

Capítulo 21

Seguían en ese banco, cada uno miraba hacia el lado contrario. No podían hacerlo, ni siquiera una mirada podían regalarse. Alison se levantó y puso distancia entre los dos. No podía respirar cerca de él, le dolía pues su olor, ese que tanto recordaba, entraba en sus fosas nasales llenando su alma por completo. No quería amarlo como lo hacía, no quería desearlo como una autentica loca, pero ¿qué podía hacer para no sentir lo que sentía? ¿Cómo podría olvidar a alguien que no quería olvidar? Nicolás se levantó para acortar ese distanciamiento que ella se empeñaba en poner entre ambos, porque a él le daba igual esos rumores que sus padres se empecinaban que creyeran, pues él no lo creía. Algo dentro de él, dentro de su corazón decía que no, que ella, su cisne, no era su hermana.

—¿Por qué huyes de mí? —preguntó Nicolás en un hilo de voz—. No lo hagas, te quiero, Alison —confesó acercándose aún más a ella.

—No lo hagas. No me digas eso, cuando sabes perfectamente que no podemos. —La voz de Alison salía temblorosa y necesitaba sentarse o se caería en cualquier momento—. Tú y yo somos...

—¿Hermanos? ¿Eso ibas a decir? —respondió Nicolás sin dejarla terminar.

Nicolás no apartaba la mirada, cosa que sí hizo ella. Agachó la cabeza, observando sus pies, nerviosa, afligida, cansada. Entonces, levantó la cara y se dio cuenta de que Nicolás no la veía igual. Una vez pensó que, si un hombre te contemplaba con el mismo amor con el que la miraba Nicolás dos años

atrás, ese amor sería para siempre, hasta que sus caminos acabaran.

—Me miras como si fuera una extraña y en cierto modo lo soy... —susurró reprimiendo las ganas locas de llorar de nuevo—. No soy la misma, esa que te esperaba cada día en aquel puente, esa que soñaba cada noche por tener un beso tuyo, esa que, día a día, ha recordado todos los momentos vividos. Esa... no soy yo, esa ya no existe, esa murió el mismo día que te fuiste —confesó y no pudo más, derrumbándose en el suelo, cayendo de rodillas.

Nicolás corrió hasta ella y la cogió entre sus brazos, cobijándola como siempre soñó durante esos dos malditos años en los que estuvo apartado de ella, en los que no dejó ni un instante de soñarla, pensarla, amarla. Caminó con ella entre sus brazos, como debía mantenerse, hasta el mismo banco, donde minutos antes estaban sentados. La acunó, la besó en la frente, la apretó en su pecho y la amó aún más al verla así, frágil. Al ver a esa chica de diecisiete años que lo enamoró con solo una simple sonrisa aquella noche, en aquella fiesta. Luego la vio bailar en ese puente que tanto amor guardaba, que tantos recuerdos escondía bajo sus tablas de madera antigua.

—Lo siento, perdóname. No quise llegar tan tarde, dos años es mucho tiempo —susurró con los labios pegados a su frente.

Alison recordó ese escalofrío que sintió cuando lo conoció. Su cuerpo se estremeció al sentir sus labios de nuevo, aunque no los hubiera rozado aún. Moría por un beso suyo, moría por ser suya. Levantó la cabeza chocando su nariz con esa barbilla. Nicolás tenía barba, pero solo de no haberse afeitado en tres días, de esas que tan atractivo lo hacía. Sus ojos se cruzaron, embelesados, enamorados. Entonces, solo unos segundos bastaron para sentir esa punzada que logró que ambos se fueran acercando, rozando al fin sus labios, pegándolos con todo el amor que sentían, uniéndose en uno. Besando sus labios.

En ese mismo momento, Edgar los miraba muy de cerca y sintió cómo su corazón se rompía en mil pedazos, pero entonces pensó que tenía que hacer que ella volviera, que ese hombre que había llegado de pronto tenía que

dejarla en paz y él se encargaría de ello. No iba a perder a la mujer que amaba. Alison sería suya, costara lo que costara.

Alison y Nicolás estaban perdidos en este momento, perdidos en ese beso que los transportaba a un tiempo pasado. A ese bonito tiempo que podían amarse con total libertad, a ese en el que desconocían lo que sus padres guardaban. Entonces se separaron y se miraron. Ambos lloraban, estaban en silencio, sin saber qué decir.

—No puedo hacerlo —expresó Alison secándose las lágrimas con el puño de su camiseta.

—¿El qué?

—Esto —respondió señalándose a ambos—. No podemos hacerlo. No podemos amarnos, Nicolás, no debemos.

—Exacto, no debemos, pero sí podemos. No me digas que no puedes hacer algo que desees tanto como yo —replicó él agarrando su barbilla para hacer que lo mirase a los ojos—. Dime que no sientes nada por mí y me iré para siempre. Mírame y dímelo, Alison, pero dime la verdad —propuso nervioso. No quería escuchar un no, no quería siquiera pensarlo.

Alison lo miró achicando sus oscuros ojos. ¿Qué le respondería? Si le decía que no, que no lo quería, él lo iba a saber, pues ella no sabía mentir y se daría cuenta y si le decía que sí, que lo amaba incluso más que antes, todo sería un caos, una locura, algo que deberían mantener en secreto, algo que nadie iba a aceptar, pero... ¿Ella lo aceptaba? No lo sabía, realmente no sabía si su amor por él sería tan fuerte como para soportar que estaba con su hermano.

—Por favor, Ali, mi cisne... dime algo o creo que moriré aquí y ahora —suplicó reprimiendo las lágrimas y ese fue el detonante para que ella reaccionara de sus pensamientos. Lo miró y asintió.

—Sí, te quiero, te amo y es algo que, aunque he intentado borrar, no he podido y el saber que eres mi hermano, no ayuda en nada. —Suspiró exasperada—. No sé cómo hacerlo, Nicolás, no sé cómo soportar el saber esto...

—Yo no me creo esa patraña que nuestros padres han inventado —respondió él haciendo que ella lo mirara aún más atenta—. Pero ¿sabes qué? —preguntó y ella negó—. Que me da igual, que te quiero y que ni eso ni nada hará que te olvide, que deje de amarte como te amo. —La besó—. Déjame amarte, Alison, deja que te haga feliz.

—Ámame. —Nicolás sonrió complacido y se acercó a ella para besarla de nuevo.

Ya en el bar, Alison se acercó a su hermano y lo abrazó por detrás, este, al sentirla, pegó un repullo y al darse la vuelta sonrió. Nicolás iba con ella y a su hermano le gustó, pero a Edgar no le hizo mucha gracia la situación y Alison se dio cuenta. Entonces pensó que sería bueno hablar con su “amigo” y aclarar las cosas de una vez por todas, no quería estar mal con su único amigo, ese que la ayudó cuando llegó a París.

—Edgar, ¿podemos hablar un momento? A solas. —Edgar la miró y asintió mientras se levantaba de su silla.

Al pasar por al lado de Nicolás, cruzó una mirada con él, que no le gustó a Alison. Ella salió del bar, pues en el interior no se escuchaba nada con la música tan alta. Alison se sentó justo en el bordillo de la acera y Edgar la imitó sentándose a su lado. Al hacerlo, cogió su mano derecha y Alison la apartó bruscamente.

—¿Qué ocurre, Ali? Ni siquiera dejas que coja tu mano. ¿Qué ha cambiado entre nosotros? —preguntó Edgar, sabiendo la respuesta.

—Todo, ha cambiado todo, Edgar —respondió Alison entre suspiros—. Nicolás es a quien siempre amé. Lo siento —se disculpó y Edgar asintió fingiendo una sonrisa.

—No tienes que darme explicaciones. Está más que claro que lo quieres y que... bueno, él te quiere... supongo —susurró esto último para provocar a

Alison y ella frunció el ceño.

Edgar nunca le habló así. Alison comprendía que se enfadara, pues supuestamente él estaba enamorado de ella, pero en el corazón no se manda y ella siempre intentó quererlo como él le pedía y no pudo hacerlo. Nunca llegó a enamorarse de él y no entendía por qué Edgar actuaba así, déspota, si ella jamás lo engañó.

—No entiendo por qué te pones así, pero da igual. Solo quería aclararlo contigo —expresó levantándose para volver al interior del bar, en donde un Nicolás muy preocupado la miraba desde la ventana.

No se fiaba del amigo de Alison y algo le decía que iban a tener problemas con él. En uno de los momentos, Edgar lo miró desde fuera y le sonrió con malicia. Estaba provocándolo, claramente, y no quería perder los estribos con alguien como él, pues de pasarle eso, no iba a poder controlarlo y tendría un problema con Alison.

Nicolás había pasado demasiadas cosas en el ejército y ahora que estaba con ella, con su cisne, quería dejarlo todo atrás, deseaba comenzar una nueva vida con ella.

Alison se levantó y miró hacia donde miraba Edgar y sus ojos se cruzaron con los del hombre que amaba. Le sonrió y se encogió de hombros mientras negaba. No quería que Nicolás se preocupara y tuviera una pelea con su “amigo”. Sin más que decir, caminó hasta la puerta del bar y Edgar fue tras ella, la agarró del brazo para obligarla a darse la vuelta y pegó sus labios a los de ella. Sabía que Nicolás seguía mirando y quería conseguir su cometido y eso era que se enfrentara a él, que le enseñara a Alison lo que un militar podría llegar hacer, aunque le costase la vida a él, la separaría del amor de su vida

Nicolás, al ver lo que Edgar estaba haciendo, salió del bar a toda prisa, aunque Marcos fue tras él. Se acercó al supuesto amigo de Ali y lo tomó del brazo obligándolo a separarse de ella. Lo cogió del cuello de la camisa y lo pegó en la pared con bastante fuerza. Edgar soltó un gemido de dolor y Alison

entró en pánico.

—¡Como vuelvas a acercarte a ella, te mato! ¡¿Me oyes?! —gritó Nicolás enfurecido.

Alison lo cogió por los hombros con ambas manos e intentó tranquilizarlo, pero no podía con él. Nicolás estaba completamente ido. En su mente solo pasaba el cruzarle la cara a ese gilipollas con un puñetazo y Edgar lo sabía, por eso lo hizo.

—¡Suéltalo, Nic! —gritó Alison agarrándolo con la ayuda de su hermano.

—Déjame en paz. Le estás demostrando lo que yo quería —susurró Edgar haciendo que Nicolás se cabreara aún más. Lo tiró al suelo y comenzó a golpearlo en la cara.

Alison no sabía qué más hacer, no sabía cómo conseguir que Nicolás entrara en razón y soltara a su amigo. Su hermano Marcos le pidió ayuda Damien y juntos pudieron separar a Nicolás de Edgar. Cuando los separaron, Alison se puso delante de Nicolás, agarró su cara con ambas manos e hizo que solo la mirase a ella, que solo pensara en ella.

—Nic, Nic, mírame, mírame a mí, solo a mí —sollozó Alison.

Nicolás la miró y soltó un bufido, mientras que sus lágrimas salían a borbotones de sus bonitos ojos. Abrió sus brazos y Alison se escondió entre ellos, aferrándose en su pecho, escuchando los latidos de su corazón. Él besó su cabeza y Marcos aprovechó ese momento para llevarse a Edgar lejos de ellos, lejos de todos. Su hermano tenía que hablar con el “amiguito”, pues se dio cuenta de que Edgar lo había planeado todo y no le gustó que lo hiciera, porque si Alison decidía no estar con Nicolás, que fuese por su propia voluntad, no porque un estúpido se lo impusiera.

Capítulo 22

Esa noche, después de la pelea, decidieron irse de aquel lugar. Alison sentía la necesidad de que Nicolás le contara todo lo que vivió, lo que le pasó. No quería que cargara con esa amargura por el resto de su vida y si contándoselo a ella le servía de algo, pues mejor. Nicolás le pidió a Alison que lo acompañara a su casa. Por un momento lo dudó, pero después asintió con ganas de pasar la noche con él, aunque eso la tuviera nerviosa.

Caminaron hasta el coche de Nicolás y después de abrirle la puerta a Ali, como todo un caballero, entró él. Arrancó sin quitar la mirada de ella, pues no podía dejar de contemplarla, era como si tuviera un maldito imán y con solo ver su sonrisa o simplemente cómo arrugaba la nariz, lo enamoraba aún más y también le traía muchos recuerdos.

—¿Estás mejor? —preguntó Alison preocupada.

—Sí, gracias... Lo siento, no quise que me vieras así. Perdóname —se disculpó y Alison negó encogiéndose de hombros.

Nicolás, durante el trayecto, puso la música para Alison y ella se lo agradeció. El camino era largo ya que vivía a las afueras de París. Se estaba hospedando en la gran casa familiar, aunque él hubiera preferido mil veces quedarse en un hostel de mala muerte, antes que en ese lugar donde había tan malos recuerdos, recuerdos que lo atormentaban y que jamás le contó a Alison. ¿Podría algún día sincerarse con ella y contarle el pasado de su familia? No sabía si podría, no sabía si después de eso ella lo rechazaría y él

moriría. Ya casi estaban llegando a la casa, cuando una canción que Alison escuchaba mucho comenzó a sonar: *Ya me enteré*, de Reik.

*Ya me enteré
que hay alguien nuevo acariciando tu piel.
Algún idiota al que quieres convencer.
Que tú y yo somos pasado.
Ya me enteré
que soy el malo y todo el mundo te cree.
Que estás mejor desde que ya no me ves.
Más feliz con otro al lado.
¿A quién piensas que vas a engañar?
Sabes bien que eres mi otra mitad.
Olvídate de ese perdedor.
Y repítele
que yo soy mejor,
que no le eres fiel
con el corazón.
Que eres mía y solo mía, amor.*

Esa canción era muy importante para ella, pues la primera vez que la escuchó fue el mismo día de su aniversario, del aniversario que jamás pudieron celebrar. Alison se secó una lágrima tonta que se le había escapado y Nic la vio, puso su mano en su rodilla y le dio un apretón.

—Estoy bien, no te preocupes —susurró ella apenada.

—No quiero que vuelvas a llorar, Alison.

—Eso es imposible. A veces llorar es bueno, te ayuda a desahogarte y a olvidar.

—Eso no es cierto y lo sabes. ¡Llorar para olvidar! Eso es una tontería —repuso él un poco alterado. Alison lo miró extrañada—. No me mires así. Yo hace tiempo que dejé de llorar para olvidar, no sirve para nada y no olvidas,

al contrario, recuerdas aún más, sufres mucho más y te martirizas por ser tan estúpido.

—¿Crees que soy estúpida? —preguntó ella notablemente cabreada.

—Yo no he dicho eso, cisne.

—Pues deja de tratarme como si lo fuera. Yo he llorado demasiado y no por eso soy estúpida. Todas y cada una de mis lágrimas son justificadas y casi todas fueron y son por ti —escupió harta de esa conversación.

En ese momento llegaron a la casa y Alison no pudo decir más, pues se quedó impresionada por la gran mansión que tenía ante sus ojos. Era una casa antigua, de piedra oscura. Nicolás salió del coche y le abrió la puerta, quiso ayudarla a salir, pero se negó y bajó por sí sola. Todavía podía caminar, tenía piernas para hacerlo. Él la miró y se le escapó una sonrisa que provocó que Alison se enfadara aún más, pero no contento con eso, corrió hasta ella que ya casi estaba subiendo el primer escalón del porche y la cogió en brazos, haciendo que ella soltara un grito por la impresión. No se lo esperaba y aunque tenía que seguir manteniendo su fría mirada y su ceño fruncido por el enfado, no podía negar que lo que hizo Nic le encantó.

—¡Suéltame! —gritó.

—Eso jamás. Nunca más te soltaré, nunca más te dejaré, mi cisne —sentenció besando sus labios con ternura.

Así, besando su boca mientras la apretaba entre sus brazos, subió las escaleras del porche, como pudo sacó la llave de su pantalón y abrió la puerta. Era bastante complicado besarla, desearla como un maldito demente mientras la tenía así, entre sus brazos y tener que abrir la puerta. Cuando entraron, Nic cerró la puerta con la pierna y con maestría hizo que Alison enroscara sus piernas alrededor de su cintura, la pegó a la pared y ahí quiso dar rienda suelta a lo que sentía por ella. Ese beso que comenzó dulce, delicado, lleno de amor, se convirtió en un beso lleno de deseo, pasión, que lo volvería loco en cualquier momento. Pero no sabía si ella querría, no sabía si ese cuerpo seguía siendo suyo, si él fue el único que lo tocó y lo amó y eso comenzó a

atormentarlo, provocando que la dejara en el suelo y separara sus labios de ella descolocándola.

—¿Qué pasa? —preguntó Alison agitada.

—Nada —respondió serio.

Alison no entendía nada y quiso saber, tenía que decirle por qué se separó de ella si tanto la deseaba. ¿Acaso no era así? Se acercó a él por atrás y metió sus brazos por su cintura, rodeándolo. Nicolás soltó un suspiro y Alison notó su nerviosismo.

—Dime qué te pasa. ¿Por qué paraste? ¿Acaso no te gusto? —habló con un hilo de voz.

—Jamás digas eso —respondió dándose la vuelta. La miró a los ojos y esa mirada decía mucho más de lo que ella esperaba—. Te amo, te deseo como un loco, pero no quiero..., no puedo hacerlo sin saber antes algo. —Alison frunció el ceño y arrugó la nariz provocando a Nicolás—. Te pones tan hermosa cuando tu nariz se arruga. Cuando tu expresión se endurece.

—Dime de una vez, ¿qué es eso que quieres saber?

—¿Ha habido más hombres en tu vida? —soltó con voz temblorosa.

Alison cerró la boca y sonrió de lado, dándose cuenta de que lo que tenía Nicolás eran celos. Estaba celoso de cualquier hombre que la hubiese tocado después de él. Pero lo que él no sabía, era que no hubo ninguno más. Que él fue el único que la tocó, que le hizo el amor. El único hombre en su vida, pues ella no quiso estar con nadie más. Los recuerdos de aquella noche la atormentaban día a día, porque fue la mejor noche de toda su vida y la última que pasaron juntos. Le hizo el amor, la hizo suya por primera vez y consiguió meterse tan adentro de su piel que, aunque pasaran mil años, nunca nadie podría borrar la huella de Nicolás Jones.

—*Te amo y te recordaré todos los días* —susurró en su oído.

Esa era la última noche que pasarían juntos y estaban en el puente, en ese lugar especial que tanto adoraban. Su escondite, una tienda de campaña que

pusieron para pasar esa noche allí. Nicolás la besó dulcemente después de haberle susurrado cuánto la amaba. Alison no podía seguir reteniendo las lágrimas, pues sabía que después de esa noche no volvería a verlo, no hasta después de dos años, y eso la estaba matando. Él se dio cuenta de sus lágrimas, separó sus labios de los de ella y besó cada una de las gotas que rodaban por las mejillas sonrojadas. Alison era preciosa, la chica más hermosa que había conocido en toda su vida y era suya.

—No llores, mi cisne. Se me parte el alma verte así —sollozó acariciando su mejilla—. Quiero que olvides que mañana me voy, quiero que pienses que esta noche es especial y que mañana será otro día más, por favor. Hazlo, mi amor —suplicó y ella asintió.

—Está bien, lo haré —respondió con la voz entrecortada.

En aquel momento, estaban recostados en unas esterillas de playa que Nic había encontrado junto con la tienda. Él pasó su brazo por debajo de la cabeza de Alison y ella, con sus manos libres, comenzó a desabotonar la camisa azul marico que ese día Nic llevaba puesta. Él se puso nervioso, pues cuando decidió pasar la noche con ella, en ningún momento pensó en lo que estaba a punto de pasar. Con su mano derecha, cogió la de ella y la aprisionó encima de su cabeza.

—Déjame quitarte la camisa... quiero sentirte, Nicolás —pidió ella con súplica.

—No quiero que lo hagas si no quieres. Tenemos toda la vida por delante —aseguró no muy convencido de ello.

Porque, aunque él quería dejar de pensar en que se iría a la mañana siguiente, era inevitable pensar en ello. Saber que, si la amaba esa noche, no podría dejarla nunca más, saber que, si ella se lo pedía, se escaparía lejos con ella, pero no podía, eso solo eran sueños. Nicolás dejó de aprisionar sus manos y Alison acarició desde su cuello hasta que llegó de nuevo a los botones de la camisa.

—Quiero hacerlo, Nicolás.

Pensar en aquella noche le puso los vellos de gallina y algo recorrió su cuerpo entero. Alison volvió a acercarse a él y lo abrazó. Nicolás besó su cabeza poniendo sus manos en las mejillas de ella, la obligó a mirarlo.

—No me has respondido —repitió.

—No, no ha habido más hombres que tú en mi vida, Nic —respondió y él soltó todo el aire que estaba reteniendo.

Alison se rio por ello y él la cogió en brazos y la besó bruscamente, la alzó y ella volvió a enroscar sus piernas alrededor de su cintura. Así, en esa posición, caminó hasta que llegó a la mesa del salón, la sentó ahí y separó sus labios. Se veía hermosa así, con los labios hinchados por sus besos. Sus mejillas rojas, su pecho subiendo y bajando agitado. Alison se mordió el labio inferior y Nicolás soltó un gruñido desde lo más hondo de su garganta.

—¿Sabías que eres la mujer más maravillosa de este mundo?

—Deja de hablar y bésame, Nic —respondió ella y él sonrió con malicia.

Alison tragó saliva y él se aprovechó de su nerviosismo para poder volverla loca. Se acercó a ella despacio, como a cámara lenta y comenzó a besar su cuello con amor. A ella se le escapó un sollozo ahogado, su cuerpo ya ardía deseoso de tenerlo, deseoso de ser acariciado y amado. Necesitada y con manos temblorosas, comenzó a quitarle la camiseta simple que llevaba, obligando a Nic a subir los brazos para facilitarle el trabajo. Solo unos segundos se separó de ella y ya su cuerpo pedía a gritos tenerla de nuevo cerca. Lo miró, observó cada musculo, cada herida de su pecho y entonces se dio cuenta. Nicolás tenía una gran cicatriz en el costado, una cicatriz que le respondía a alguna de sus preguntas. Ella la tocó despacio y él suspiró nervioso, no quería que lo tocara ahí.

—¿Cómo? —preguntó ella preocupada.

—Después, ¿vale? Ahora déjame amarte, déjame hacerte olvidar todos los malos recuerdos y ayúdame a olvidar los míos —pidió con la voz rota y ella asintió apenada.

—Está bien... Ámame, Nicolás, hazme el amor. —La voz de Alison sonó

frágil, pero a la vez llena de deseo.

Nicolás la cogió de nuevo en brazos y con ella subió las escaleras hasta la primera planta donde estaban las habitaciones. Cada segundo era una tortura, no podía pasar ni uno sin probar sus labios, sin tocar su piel. Cuando llegaron a la habitación, Nicolás la posó en su cama y se subió encima de ella para poder besarla a su antojo. Los besos rodaban desde sus labios hasta su cuello, bajando hasta su pecho. Nicolás le abrió la camiseta con fuerza rajándola por la mitad, dejando ver sus bonitos pechos tapados por un sujetador de deporte. El nerviosismo de ella cada vez se hacía más presente, pero la batalla la ganaba el deseo, así que levantó su pelvis provocándolo, pidiendo a gritos que la desnudara de una vez y Nicolás no se hizo esperar. Bajó sus mallas y la dejó con el tanga de algodón que llevaba. Dos años hacía que no veía su cuerpo y era como si realmente no hubiera pasado tanto tiempo. Su cuerpo no había cambiado, seguía siendo el más hermoso que había visto jamás.

—Eres hermosa —susurró acercándose de nuevo a ella para besarla.

Bajó sus manos, acariciando sus costados por el camino, hasta llegar a sus caderas. Las apretó y ella soltó un gemido. Ahí, con sus manos cerca de su tanga, lo bajó para dejarla desnuda al fin. Luego, subió sus manos y rajó también el sujetador deportivo. Los pechos de Alison se quedaron a su vista y Nicolás no esperó ni un segundo en bajar su boca hasta ellos. Lamió, besó y mordió despacio, arrancando unos preciosos gemidos, mezclados con suspiros, desde la boca de su cisne.

Alison lo necesitaba ya y bajó sus manos para quitarle el pantalón a Nicolás. Comprendiéndola, la ayudó y se bajó los pantalones junto con el calzoncillo, hasta que quedó completamente desnudo para ella.

—Te deseo, Nic, te adoro —sollozó.

Se puso justo en la entrada de su intimidad y poco a poco fue penetrando en ella como si fuera la primera vez y, en cierto modo, así era, pues después de dos años sin mantener relaciones, parecían primerizos de nuevo.

La amó, la besó, la deseó, así le hizo el amor durante toda la noche.

Demasiado tiempo separados y demasiadas cosas los separaban, pero algo tenían claro, lucharían por su amor, lucharían por tener un futuro juntos.

Capítulo 23

A la mañana siguiente, Alison se despertó, miró a su izquierda y sonrió. Nicolás dormía plácidamente. Le gustó la sensación de despertar a su lado y no quería que eso acabase nunca. Lentamente se levantó de la cama, caminó descalza hasta una puerta que había en la habitación, que supuso que era el baño, así que abrió y así era. Un gran baño se puso frente a ella. Se despertó acalorada y una ducha le venía de miedo. Se desnudó y entró en la ducha, abrió el grifo y el agua cayó por sus hombros, relajando cada músculo. Ahí se dio la libertad de pensar en todo lo que había pasado en menos de veinticuatro horas. Al principio no quería verlo para no sufrir, pues, aunque quisieran taparlo, esconderlo, enterrarlo en lo más profundo, eran hermanos y eso era algo que no podían olvidar, por lo menos ella.

—Dios, ¿qué voy hacer? —se preguntó—. Me he acostado con mi hermano... Por favor, esto lo cuento y me tachan de loca. —Su voz sonaba afligida, pues ella pensaba que lo que estaban haciendo estaba mal, pero tampoco podía negar que lo amaba y que se enamoró de él sin saber que eran hermanos. ¿Qué harían con este amor que sentían?

Al salir de la ducha, se acercó a una estantería de madera blanca, cogió una toalla para su cuerpo y la otra la enrolló en su pelo. Se miró al espejo, la mujer que se reflejaba no era ella, esa que ahí se veía feliz no lo merecía, ella no era digna de él y de nadie... Alison se sentía mal, muy mal. De pronto, unas malditas lágrimas aparecieron en sus ojos y mojaron sus mejillas.

—No lo merezco, no lo merezco —susurró para ella misma.

Echó su espalda en la pared y por la misma, arrastró su cuerpo hasta quedarse sentada en el suelo, escondió su cabeza en el hueco de sus piernas y ahí sintió cómo su cuerpo se entumecía por el frío que estaba sintiendo. No sabía lo que le pasaba, pero su cuerpo entró en una agitación inesperada que la tumbó en el suelo de golpe. Entonces, Nicolás entró al baño y se la encontró así, convulsionando, con la cara pálida y los labios morados.

—¡Alison! —gritó agachándose a su lado para tomarla entre sus brazos.

Al cogerla se dio cuenta de que estaba congelada, su cuerpo estaba frío, demasiado frío y Nicolás se temió lo peor. Salió del baño con ella en brazos y la recostó en la cama. Tenía que llevarla al hospital o que viniera una ambulancia lo antes posible. Decidió llevarla él mismo, así que se puso lo primero que pilló en el ropero y con ella hizo lo mismo, pues estaba desnuda. Alison estaba inconsciente y, poco a poco, su cuerpo estaba volviendo a su temperatura normal. Unos segundos después, la cogió en brazos y bajó las escaleras a toda prisa, pero con cuidado para no caerse. Antes de salir, escuchó cómo alguien lo llamaba, se dio la vuelta y Aurora, la empleada que llevaba la casa en su ausencia, estaba en el umbral del salón.

—Nicolás, ¿qué pasó? ¿Quién es ella? —preguntó la mujer de mediana edad.

—Es mi novia y se puso mal. Después te cuento —respondió rápidamente y salió de la casa.

Corrió hasta su coche y subió a Alison en el asiento delantero para así poder estar pendiente de ella en todo momento hasta llegar al hospital.

Conducía a toda prisa, loco por llegar lo antes posible e incluso saltándose los semáforos que pillaba en rojo, no quería perder tiempo. En el camino, llamó a Marcos poniendo el móvil en manos libres; este lo cogió al tercer tono.

—*Hola, Nicolás* —saludó este ajeno a todo lo que estaba pasando.

—*¡Marcos, es Alison! ¡Voy de camino al hospital!* —explicó agitado.

—¿¡Cómo!? ¿¡Qué le pasó a mi hermana, Nic!?

—*¡No lo sé, pero estaba muy mal!* —La voz sonó quebrada. Este momento era el más duro que había vivido en mucho tiempo, ni estando en el ejército a merced de otros había sufrido tanto como ahora.

—*¡Voy enseguida!*

Sin más que decirle, colgó y ya quedaba apenas minutos para llegar al Hospital Saint-Louis. Nicolás seguía mirándola, pero ella seguía inconsciente. La preocupación estaba llegando a un punto de sus pensamientos que no era bueno, los recuerdos de personas heridas y muertas entraban en su mente para arruinarlo todo y hubo un momento en el que Nicolás perdió el control del coche. Por suerte, el coche que iba tras él se dio cuenta y le pitó para que despertara de su trance. El conductor de atrás no sabía lo que le estaba pasando a él, pero si no fuera porque él reaccionó rápidamente, estarían ahora estrellados.

Nicolás se desesperó y le pegó un golpe al volante, mientras un gruñido salía de lo más profundo de su garganta.

—*¡Joder!* —gritó.

Minutos después llegó al hospital, salió del coche a toda prisa y cogió en brazos a Alison que seguía sin responder. Un enfermero que los vio se acercó hasta ellos con una camilla, recostaron a Alison y este se la llevó sin un mínimo de información. Nicolás corrió tras él, pero el enfermero la introdujo por unas puertas y ahí no podía pasar, no sin autorización. No le quedó más remedio que esperar a que alguien saliera a informarle del estado de Alison. Se sentía mal, agobiado, deprimido, todos esos sentimientos afloraban en su cuerpo tensando todo a su paso y no sabía cómo podría responder a eso, no sin la ayuda de ella, de la única mujer que él había amado en su vida, la única que lo comprendía, que lo amaba de verdad.

Unos minutos después, llegó Marcos junto con Sophie. Su hermano le avisó y no se lo pensó, tenía que ver a su amiga y hasta que eso no pasara, no estaría tranquila. Nicolás, al verlos, se levantó de esa silla que lo tenía anclado, los

saludó y volvieron a sentarse.

—¿Se sabe algo? —preguntó Marcos y Nicolás negó reprimiendo esas putas lágrimas que se negaba a soltar, pero que tan difícil se le estaba haciendo.

—Nicolás —llamó Sophie y Nicolás la miró—. Alison estuvo ensayando demasiadas horas y su cuerpo estaba agotado... Le dije que no forzara, pero se negaba. La prueba de esta noche es muy importante para ella y no se lo va perder por nada del mundo —expuso Sophie y Nic comenzó a negar cabreado.

—Ni de coña... Alison no saldrá de aquí para irse a una prueba y menos estando mal de salud. Está loca si piensa que voy a dejar que lo haga —sentenció.

Marcos asintió, pues pensaba lo mismo que Nicolás. No quería ver mal a su hermana, quería que se cuidara y no forzara tanto, ya que se podía quedar sin nada. Sophie no dijo nada más, pero ella estaba segura de que Alison no le haría caso e iría a la actuación. Su pasión por el baile estaba por encima de todo, pero ¿también del amor de su vida?

Los segundos, minutos y horas pasaban y aún nadie salía a decirle nada. La preocupación que estaba sintiendo Nicolás era bastante notable. Sus suspiros eran cada vez más fuertes y Marcos ya no sabía qué hacer para calmarlo, ya que él tampoco lo lograba.

—¿Por qué coño tardan tanto? —La voz de Marcos salió agitada y Nicolás se acercó a él para ver si entre los dos conseguían estar serenos.

Desde que se vieron en París, los dos estuvieron muy unidos y realmente no sabían por qué. Ellos creían que era por Alison, porque ambos querían lo mejor para ella y por eso hablaban tanto. Pero la relación de ellos cada vez era más fuerte y no se daban cuenta de lo que pasaba.

—Marcos, ¿te contó tu hermana lo que pasó con nuestros padres? Digo, el secreto que guardaban —habló Nicolás intentando despejar la mente, aunque el tema que estaba a punto de tocar también era un poco preocupante. Porque... ¿cómo puedes estar con la persona que amas aun sabiendo que es tu hermano? ¿Se puede vivir así? ¿Se puede tapar eso por amor? Todo eso pasaba por la

mente de Alison a todas horas y, aunque Nicolás dijese lo contrario, él también lo pensaba, pero no quería decírselo a ella para no perderla, se moriría si eso pasaba.

—¿Lo de que sois hermanos? —Asintió Nic—. Lo supe por Alison, aunque ella no me habla de eso y lo prefiero así, porque la verdad... Sufre demasiado y yo no creo que seáis hermanos y pienso que tenéis que ir a haceros las pruebas de ADN —confesó Marcos.

—Yo también lo había pensado, pero tu hermana está tan metida en eso, que ni siquiera piensa en esa posibilidad. Se creyó la mentira, porque es una vil mentira de nuestros padres. Lo único que no logro comprender es cuál es el motivo para querer separarnos. ¿Por qué les molesta tanto?

—No lo sé y por eso Alison huyó de la familia. Supuestamente el hombre que ella quería odiar resultó su padre y el que hundió el matrimonio de mis padres. Ella estaba muy apegada a nuestro padre y saber que no lo era, la hundió, aunque nada comparado con saber que el hombre del que estaba enamorada era su hermano. —Suspiró—. Fueron demasiadas cosas en pocos días. Tu muerte la mató a ella también.

En ese momento, un médico salió por la misma puerta que habían metido a Alison. Los chicos se levantaron incluso antes de que el médico los llamara. Se acercaron a él y lo acosaron a preguntas. El médico no sabía qué hacer ante esos dos desesperados y si no fuese por Sophie, que fue y los tranquilizó, no sabría qué pasaría.

—Cálmense, por favor —suplicó titubeando. Los chicos pararon y se callaron para que el doctor pudiera explicarse—. Bien, gracias. —Agachó la mirada al informe y volvió a levantarla—. La señorita Morgan en este momento está estable, le hicimos varias pruebas y si no fuera porque ella nos contó lo que le pasó, no lo hubiéramos sabido.

—¿Usted cree normal eso? O sea que, si se hubiera muerto, no habríamos sabido por qué. ¿No es así? —escupió Nic cabreado.

—No es eso. Le hicimos todas las pruebas posibles y no encontramos

ninguna anomalía, pero la señorita Morga tuvo convulsiones. ¿Provocado por qué? No lo sabemos. Lo único que podemos decirle es que estaremos al pendiente de ella y le haremos más pruebas —afirmó el doctor un poco apenado.

Nicolás estaba preocupado por ella y encima ahora no sabían si le estaba pasando algo grave, algo que pudiera poner en peligro la vida de su chica. Si algo le llegaba a pasar, no se lo perdonaría, pues él fue quien la encontró tirada en el baño, él podía haber estado más pendiente de ella, pero algunas cosas pasan por algo y esta era una de ellas.

—¿Podemos verla? —preguntó su hermano y el médico asintió.

—De momento, solo de uno en uno. No queremos que se ponga nerviosa o haya algo que le vuelva a provocar la convulsión. —El doctor se fue y Marcos tras él, sería el primero en ver a Alison, pues Nicolás así se lo pidió.

Cuando Marcos llegó a la habitación, su hermana estaba mirando por la ventana y no se percató de su presencia hasta que este no estuvo lo más cerca posible de ella. Le agarró la mano y miró a su hermano con una tierna sonrisa, pero también una sonrisa llena de dolor que a Marcos no le gustó ver. Se sentó en el colchón y acarició su mejilla para luego decirle:

—¿Cómo te sientes? —habló Marcos, preocupado.

—Como si un camión me hubiera arrastrado por todo el asfalto —respondió en un hilo de voz—, pero tengo que salir de aquí ahora mismo —expresó alterándose—. Tengo la prueba esta noche y no puedo dejarlo así como así, después de todos los meses incansables de trabajo para estar lo bastante preparada...

—Estás muy equivocada si piensas que dejaré que lo hagas —dijo una voz desde la puerta. Alison lo miró y frunció el ceño cabreada. Nicolás no le iba a prohibir nada, era su vida y la viviría como le diera la gana y ni él ni nadie se lo iban a impedir.

Capítulo 24

Nicolás entró en la habitación y se acercó a Alison con paso decidido. Cuando estuvo lo más cerca posible de ella y dándole igual la mirada asesina de ella, posó sus labios en los de Alison, besándola con desesperación. Marcos se levantó y se fue, pues no quería estar en medio de besos y mucho menos de broncas porque Ali y Nic la iban a tener y muy grande.

Estaban en una burbuja de amor, pasión y deseo, tanto que se habían quedado solos y no se habían dado ni cuenta. Era tal el desespero que sentían, que incluso podríamos decir que gracias al cabreo que tenían en ese momento el uno por el otro, incrementada su pasión, su deseo. Alison jadeó al sentir los dientes de Nic aprisionar su labio inferior. Se separó de ella y esta volvió a mirarlo igual, cabreada y no iba a dejar que Nicolás le prohibiese nada.

—No me mires así —expresó Nicolás.

—¿Y cómo se supone que tengo que mirarte? —preguntó—. ¡Me estás prohibiendo algo que sabes que es importante para mí, muy importante! ¿Y me dices que no te mire así!? —replicó cabreada.

Se quedó callado, pensando qué decirle para convencerla de que era una locura. Su salud era lo primero y tenía el presentimiento de que, si iba a la prueba, algo le pasaría o era simplemente miedo a que pasara algo con lo que tendría que vivir para siempre. Alison esperaba una respuesta, algo con lo que poder explotar, algo con lo que poder decirle sus pensamientos de futuro, algo que marcara un antes y después en la relación.

—Alison, yo solo quiero que estés bien y creo que irte a una actuación el mismo día que tienes convulsiones es una locura. No sabes por qué te dan o si te darán de nuevo. ¿Qué harás si te pasa en medio del escenario? —Se quedó callada, esa pregunta no se la esperaba y no tenía respuesta—. Lo que me temía. No tienes respuesta para eso, porque sabes que tengo razón.

—Te equivocas. Sí que tengo respuesta y es que no me darán más convulsiones. Estaré perfectamente y voy a ir, te pongas, como te pongas —sentenció levantándose de la cama. Al hacerlo, sintió un mareo que casi hace que se caiga de culo y Nicolás corrió hasta ella, cogiéndola de la cintura para evitar la caída.

El estar tan cerca de ella y estar enfadados era una tortura, pues se moría de ganas de besarla hasta que sus terminaciones se durmieran, hasta que pidieran clemencia. Sus ojos conectaron por unos segundos. ¿O quizás fueron minutos? No lo sabían, pero Alison no quería mirarlo, no sabiendo que lo estaba utilizando para convencerla de algo de lo que ya estaba más que convencida. Ella agachó la mirada y se soltó de sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí.

—Alison, ¿por qué te apartas de mí? Solo quiero que estés bien. Me preocupo por ti porque te quiero. ¿Es que no lo ves? —La voz de Nicolás sonó temblorosa y no era para menos, se estaba dando cuenta del distanciamiento que Alison estaba tomando con él. ¿Ya no lo amaba? Esa pregunta rondó su cabeza y sintió un escalofrío que lo partió en dos.

—No huyo, pero sí quiero espacio, Nic. Tengo que ir a esa prueba y tú solo haces lo posible para que no asista. ¿Tú sabes la importancia que tiene? Es mi vida, la que yo deseé de pequeña, la que estoy a punto de alcanzar. Estoy a solo un paso de convertirme en la mejor bailarina. —Suspiró—. Estoy tocándolo con la yema de mis dedos y tú quieres arrebatármelo —expresó ofendida.

Nicolás estaba nervioso, aterrado. Su cuerpo se tensionaba y daba vueltas

por toda la habitación. ¿Qué haría Alison? El miedo era cada vez mayor y el hecho de poder perderla, su pesadilla, de ahí no saldría con vida, porque sin ella no era nada ni lo sería jamás. Alison se acercó y tocó su mejilla, sintiendo las cosquillas por la fina barba que Nicolás llevaba perfilada. Estaba guapo, muy guapo y ella lo amaba, pero más amaba su profesión, esa que la ayudó a recuperarse de todo su pasado, de la muerte del hombre que amaba, de enterarse que era su hermano. Eso la tenía muy mal, pero, aunque se amaban, seguían sin darse cuenta de la realidad y esa era que no podían estar juntos, que era imposible.

—Yo no hago eso. No quiero que renuncies a tus sueños, pero... ¿Y yo? ¿En qué punto de tu vida de ensueño entro yo, Alison? —preguntó y se quedó callada, con la mirada en un punto fijo, sin saber qué decirle—. Lo que me temía, no entro, ¿no es así? No me respondas, no hace falta... Me ha quedado muy claro todo. —Se dio la vuelta para salir de esa habitación. No podía estar más frente a ella y saber que la estaba perdiendo, que ya la había perdido.

—¡Nicolás, espera! —gritó entristecida, se le notaba en su voz. Nicolás se paró, pero no se dio la vuelta—. No te vayas así, no quiero que lo nuestro acabe así.

—¿Eso es lo único que te importa? Déjalo, Alison, vive esa maravillosa vida. No quiero ser quien te la quite. —Sin más que decir, salió de la habitación pegando un portazo tras de sí.

Alison cayó al suelo de rodillas pues, aunque había sido su culpa, no quería que pasara así, no quería perderlo, pero ya no se podía hacer nada. Alison había tomado una decisión, pero ¿había sido la acertada? No lo sabía. Lo único que tenía en mente era salir de ese hospital sin que nadie la viera e ir a esa actuación y que cambiara su vida de una vez. Quería vivir en Nueva York, que los jueces la vieran bailar era su propósito y lo que la llevaría a vivir esa vida, la que eligió y en la que Nicolás no entraba.

Se acercó a la ropa que Nic le había dejado y se quitó el camisón que le habían puesto en el hospital. Cuando se vistió, sintió un estremeciendo en el

fondo de su alma, la ropa olía a él y ahora su aroma quedaría impregnado en su cuerpo. Minutos después, abrió la puerta con sigilo y miró hacia ambos lados para comprobar que nadie rondara por allí y poder salir sin ser vista. Al salir, caminó despacio, silenciosa y hubo un momento en que casi la pillaron, pero pudo esconderse. Estando cerca de la salida, escuchó cómo Marcos la llamaba, miró hacia atrás y salió corriendo de aquel lugar. En la puerta del hospital había un taxi y dio gracias a Dios por tener tanta suerte. Entró en él y le dijo la dirección de su apartamento. Su hermano ya estaba al lado, pero el taxi ya había arrancado, llevándosela lejos de él, lejos de todos.

—Señorita, señorita.

—Eh, sí.

—Ya hemos llegado —dijo el taxista.

—¿Puede esperar un momento aquí? Voy a por dinero y le pago —explicó Alison.

—Claro, pero no tarde. Tengo que seguir mi ruta.

—Vuelvo enseguida.

Salió del taxi y corrió hasta su apartamento para coger el dinero. Cuando llegó, abrió y se acercó al cajón donde lo guardaba, cogió lo que necesitaba y volvió a bajar a toda prisa para pagarle a taxista, pero este ya no estaba. ¿Dónde se había metido? Miró a ambos lados, pero a la única persona que vio fue a Edgar. Alison frunció el ceño y se dio la vuelta para volver a su casa. Edgar la cogió del brazo y se dio la vuelta enfurecida.

—¿Qué coño quieres? ¿No tuviste bastante ayer? —preguntó cabreada.

—Perdóname por lo de ayer. No quise estropear nuestra amistad, pero el amor que siento por ti me cegó y no pude remediar ponerme celoso y tener ganas de matar a ese militar —se disculpó y Alison le creyó—. Fue verte con él, ver cómo te besaba y abrazaba, algo que me moría por hacer yo y no podía. No le deseo a nadie ese sufrimiento.

—Nunca te di esperanza, Edgar. Siempre fui clara contigo en lo que respecta a mis sentimientos hacia ti. —Se dio la vuelta y entró en su edificio. Edgar fue

detrás como un perrito faldero.

Ya en casa, se sentó y recostó su espalda en el sofá, se sentía mareada, pero no se lo diría a nadie, no la dejarían ir a bailar. Su amigo se sentó a su lado y agarró su mano, besó los nudillos y suspiró. Alisó lo miró y había algo que le hacía desconfiar de él, pues Edgar era un hombre transparente que con solo mirarlo sabías qué pensaba, pero en ese momento no era él, su mirada era oscura, sin esa luz que lo hacía brillar por completo. Su amigo había cambiado y tendría que despacharlo pronto, no quería tener más contratiempos con nadie o que alguien más se metiera en su vida.

—Edgar, estoy cansada —habló sobándose las sienes con los dedos. Le estaba doliendo la cabeza y el mareo no se iba.

—¿Me estás echando?

—No es eso, es que estoy muy cansada y me acostaré un rato. No quiero que te quedes aquí solo.

—Está bien, pero si necesitas algo, llámame. —Se levantó, le dio un beso en la frente y se fue.

«Por fin sola», pensó.

Se levantó del sofá temblorosa. Sus piernas parecían gelatina y el mareo incesante, junto con el dolor de cabeza, la tenían mal, muy mal, pero ella era muy cabezota y no dejaría que nada le destrozara el día más importante de su vida. Llegó como pudo a su habitación, se metió en el baño para ducharse y se desnudó. Cada roce de esa camiseta la hacía recordarlo, su olor seguía ahí, incluso después de horas.

Terminó de ducharse y se arregló el pelo de manera que pudiera ponerse la diadema, se maquilló poco, muy suave y se vistió con unos vaqueros y una sudadera ancha. Después de cogerlo todo y llenar su maleta, salió de su casa, con la mala suerte de que su hermano entraba en el edificio. La miró de arriba abajo cabreado y ella, en vez de disculparse, bajó las escaleras y pasó por su lado como si nada.

—¿En serio irás? ¿Te da igual ponerte peor? —preguntó su hermano

agarrándola del brazo con fuerza. Alison se soltó y bufó desesperada. Estaba harta de que todos repitieran lo mismo. ¿Acaso no se daban cuenta de que la decisión ya estaba tomada?

—Marcos, déjame en paz —escupió y su hermano negó sin entender.

—Estás loca y lo peor es que lo sabes, sabes que esto es un error, pero eres tan cabezota que no te das cuenta —explicó mirándola fijamente—. Eres igual que papá.

—¿De qué papá estamos hablando? —Sonrió sarcásticamente—. Ves, esto es lo único que me mantiene viva. Ni siquiera sé realmente quién es mi padre. ¿Qué harías si mamá te dijera que tu novia en realidad es tu hermana? La quieres tanto que lo darías todo por ella, pero... ¿Soportarías esa noticia, Marcos? —Su hermano negó agachando la cabeza—. Pues eso me pasó a mí. Yo amo a Nicolás lo que no tienes idea, pero no puedo mirarlo a la cara y pensar que estoy viendo a mi hermano, que estoy besando a mi hermano —sollozó Alison, se secó las lágrimas y su hermano la abrazó. Él sabía que su hermana tenía razón, pero también estaba seguro de que eso de ser hermanos era una mentira de sus padres. Lo único que le quedaba era averiguar por qué lo habían inventado.

Minutos después, Alison ya estaba sentada en un taxi que la llevaría al teatro. Su vida no podía pararse por cualquier cosa y debía pensar así, fría como un témpano de hielo, pues de no ser así, correría a los brazos de Nicolás y sufriría para siempre porque siempre lo vería igual, como su hermano y, aunque le doliera en el alma, tenía que olvidarlo.

Capítulo 25

En el teatro los nervios estaban a flor de piel, las bailarinas iban de un lado al otro dando vueltas sin parar y Alison las observaba desde su silla frente al espejo. Se estaba retocando y no se creía lo tranquila que se encontraba. Ya estaba completamente arreglada, vestida con el clásico tutú y el corsé de la Reina de los cisnes. Estaba preciosa. Su amiga Sophie se acercó a ella preocupada, pues la había visto un par de veces ponerse los dedos en las cienes y parecía estar mareada.

—¿Cómo te sientes? —preguntó su amiga preocupada.

—¡No empieces tú también! —respondió muy borde—. Lo siento, no quería hablarte así. Es que estoy un poco nerviosa —afirmó—. Ya sabes lo importante que es esto para mí y lo que me he preparado para este día. —Su amiga asintió y la abrazó un momento.

—Él está aquí —susurró en su oído.

—¿Quién?

—Nicolás vino a verte y está sentado muy cerca del escenario —declaró inocente, pues ella no sabía nada.

—Vale —respondió y se acercó al telón, asomó la cabeza y lo buscó con la mirada hasta que lo vio en la segunda fila.

Su pecho se comprimió y sintió cómo se apretaba sin dejarla respirar. No podía pensar con claridad, no podía verlo después de todo lo que se dijeron y no sentir las ganas de hacerle ver que todo lo que dijo era mentira, que solo

fue para alejarlo de ella. ¿Qué haría con todo lo que sentía? Su amor por él cada vez era más fuerte y no estaba segura de llegar a olvidarlo alguna vez. No entendía cómo su madre dejó escapar al hombre de su vida casándose con un hombre al que no amaba y nunca amó. No concebía cómo su madre pudo vivir así feliz. Entonces pensó que tanta desdicha fue tapada por un nuevo amor, o más bien por dos nuevos amores, sus hijos. Alison sintió unas ganas locas de llamar a su madre, la necesitaba. Necesitaba sus besos, sus abrazos tranquilizadores, sus “te quiero” antes de dormir, y en las mañanas. La necesitaba a ella, a su madre.

Seguía ensimismada en sus pensamientos, mientras continuaba con la mirada clavada en una única persona. Llegó hasta ella el profesor Murphy, este le tocó el hombro y pegó un repullo asustada, se dio la vuelta y sonrió con tristeza. Algo en ella se desquebrajó sin darse cuenta. Los recuerdos, las horribles palabras que le dijo a Nicolás y ahora verlo ahí sentado, esperando por verla después de todo. A lo mejor Nic tenía razón y no tendría que haber ido al teatro, pero ya era tarde para darse la vuelta e irse.

—¿Estás preparada? —preguntó el profesor poniendo cada mano en sus hombros—. Este es un día importante para ti. Eres mi mejor alumna y creo que todo el mundo debe saberlo. No estés nerviosa, te sabes *El lago de los cisnes* al dedillo. —Alison sonrió por las palabras de apoyo de su profesor.

—Estoy bien, muchas gracias por sus palabras, llegan en buen momento —dijo y el profesor ya tenía que irse. La función iba a comenzar, Alison tenía que salir ya.

Alison esperaba ansiosamente detrás de bastidores, se miraba los pies y calentaba a cada rato. Sentía la adrenalina y la música entrar por sus venas. Estaba nerviosa, doblemente nerviosa por presentarse. Cuando ya era su turno, ella solo se dejaba llevar y marcaba un patrón entre punta y talón al girar, su protagónico era el de la maravillosa Odette, la princesa de los cisnes. El teatro estaba lleno y eso, en cierto modo, la ponía mucho más nerviosa. Poco a poco el telón fue subiendo y ella se preparó para todas esas personas que

habían ido hasta allí para verla. El primer acto estaba a solo unos segundos de comenzar y Alison sintió cómo sus piernas flaqueaban, pero se irguió y salió al escenario.

La función comenzó con un prólogo en un bosque oscuro.

La música empezó a sonar y Alison ya no existía en este mundo, ya no estaba con nosotros, sino en el mundo fantástico del ballet. En esta escena, acompañada por la obertura, se muestra la transformación real por la que la princesa Odette es convertida por primera vez en un cisne.

Nicolás la miraba embelesado, haciéndole recordar aquel maravilloso día en el que se dio cuenta que estaba enamorado de ella, pero no era el único que la observaba. Bibiana, la madre de Alison, se había enterado de esa función de casualidad. Cuando comprobó que su hija era la protagonista, cogió el primer vuelo a París y allí estaba, viendo a su hija después de dos largos años, en los que no supo nada de ella y verla así, haciendo lo que ambas más amaban, la llenaba de orgullo.

El primer acto iba a comenzar y en este salía un compañero de Alison; el chico no había ensayado mucho, pero se lo sabía perfectamente.

Un magnífico parque ante un palacio.

El príncipe Sigfrido, el compañero de Alison, celebra su vigésimo primer cumpleaños, con su tutor, amigos y campesinos en uno de los jardines del palacio. Las diversiones son interrumpidas por la reina madre de Sigfrido y sus damas de honor, que se preocupan por el estilo de vida descuidado de su hijo. La reina le recuerda a su hijo que la noche siguiente deberá escoger una esposa durante el baile real de celebración oficial de su cumpleaños. A la fiesta estarán invitadas jóvenes, las más hermosas de la comarca, y el príncipe deberá elegir a una de ellas como futura esposa. Esto causa una gran melancolía en Sigfrido, ya que no puede casarse por amor. Su amigo Benno y su tutor tratan de levantar su estado de ánimo con problemas. Al caer la noche, Benno ve una bandada de cisnes volando por encima y sugiere una partida de caza. Sigfrido y sus amigos toman sus ballestas y parten en busca de los

cisnes.

Todo era precioso. Momentos que Alison estaba viviendo con mucho amor, pero todo acaba y en uno de los saltos que Alison da, se mareo y cae desmayada en el escenario. Todo el mundo está preocupado. Todos los espectadores gritan asombrados.

El compañero de Alison se acerca a ella con rapidez, pero es empujado por alguien. Nicolás, al verla caer, corre y sube al escenario por delante, dándole igual que los de seguridad lo echen. La coge en brazos y la saca de allí a toda prisa. Alison estaba mal, muy mal, las convulsiones estaban comenzando. Nicolás no la había visto así, jamás en su vida hubiera imaginado el gran dolor que se siente al ver a la mujer que amas, al borde de la muerte. Nicolás miró todo su cuerpo para comprobar que no estuviera herida, y entonces se dio cuenta de que la pierna derecha de Alison estaba bastante mal. En la caída sufrió daños, solo quedaba ver que no estuviera rota, porque de ser así, Alison sufriría.

—Te pondrás bien, mi cisne. Resiste, Alison —susurraba Nicolás en su oído.

La madre de Alison corrió hasta ellos, junto con Marcos. Nic se asombró al ver a Bibiana allí. Esta lloraba desconsolada, ver caer a su hija de esa manera y ahora observar que su cuerpo se tensaba y entraba en convulsiones, no era la mejor visión.

—¡Alison, por Dios! —Sollozó Bibiana.

Salieron del teatro y se montaron en el coche de Nicolás. Su madre se puso detrás, Nicolás puso a Alison con ella, dejando su cabeza reposaba en las piernas de su madre. Esta la acariciaba, mientras las lágrimas salían a borbotones. Hubo un momento en el que Alison abrió los ojos despacio y susurró:

—¿Mamá? —se quejó de dolor y volvió a cerrar los ojos.

—Sí, cariño, aquí estoy y no me iré de tu lado —respondió con un nudo en el estómago.

Marcos iba en el asiento del copiloto y no podía dejar de mirar hacia atrás para comprobar el estado de su hermana. Estaba muy preocupado y más al ver la velocidad en la que Nicolás puso el coche para llegar lo antes posible al hospital, ese del que Alison no tenía que haber salido ese día.

Nicolás estaba desesperado por llegar de una vez, pero parecía que, esa noche, todo París se había puesto de acuerdo para salir.

—¡Joder! —gritó pegándole al volante.

—Tranquilo, Nicolás —dijo Marcos.

—No puedo, no puedo verla así, no puedo ver cómo su vida está en peligro y yo no puedo hacer nada para salvarla —respondió entre lágrimas.

Bibiana lo miraba sorprendida, nunca pensó que Nicolás amara de esa manera a su hija y se sentía muy culpable por haberles mentido en lo que concernía a su parentesco, pero ya era tarde, ahora no podía decirles que era mentira, que solo lo hizo por cuidar a su hija, para que no sufriera por la muerte de él y lo que hizo fue hacerla sufrir aún más y alejarla de ella.

Minutos después estaban en el hospital, el enfermero salió a toda prisa con la camilla y Nicolás bajó del coche para coger a Alison. No quería que nadie más la tocara, solo él podía hacerlo. Tenía miedo de que le hicieran daño, tenía miedo de que un cisne tan hermoso saliera dañado y él no pudiera recomponer los pedazos.

—No pueden pasar, por favor, vayan a la sala de espera y les avisaremos cuando sepamos algo de la paciente —explicó el enfermero. Menos mal que no era el mismo que los atendió en la mañana...

Los tres asintieron y se fueron a la sala, en donde las esperas eran demasiado largas, demasiado dolorosas. Bibiana se levantó un momento y Nicolás la miró, quería saber qué haría, pues iba con el móvil en la mano. Nic no quería que llamara a su padre, no quería verlo y en realidad tampoco a Bibiana, pero estaba allí y no podía echarla, al fin y al cabo, era su madre, aunque hayan jodido su relación con Alison, por culpa de esa mentira que inventaron.

Bibiana marcó el número de Peter y este lo descolgó a los dos tonos.

—Hola, Bibiana. ¿Pudiste ver a Alison?

Bibiana estaba llorando y Peter se quedó bloqueado preguntándose a qué venían esas lágrimas. ¿Qué habría pasado? Pasó por su mente. Entonces se preocupó y comenzó a hacer preguntas, pero Bibiana no respondía.

—Dime de una vez. ¿Qué pasó?

—Es Alison, se desmayó en el teatro y está mal, muy mal. Ha tenido convulsiones y parece que tiene una pierna rota, la caída fue fatal. Ahora estamos en el hospital —explicó con la voz desgarrada de dolor.

—¿Y mi hijo? ¿Cómo está él?

—Muy mal, nunca pensé que tu hijo adorara así a mi hija y creo que lo que hicimos estuvo mal. Ahora me doy cuenta de que fue el peor error de mi vida, si después de que se entere mi hija, se aleja para siempre de mí, me lo merezco y no la buscaré nunca más.

—Aún no digas nada, espera a que esté Alison mejor, por favor. Ya sé que no lo hicimos bien, pero yo también pensaba en el sufrimiento de mi hijo y ahora creo que está sufriendo mucho más.

Estuvieron hablando por unos minutos más, hasta que colgaron. Entonces Marcos se acercó a su madre y la obligó a acompañarlo al bar del hospital para que se tomara un café o una infusión. Además de que quería hablar con ella y aclarar ciertas cosas, una de ellas era el parentesco de su hermana con el hombre que amaba, porque Marcos estaba seguro de que ahí había un gran secreto, algo que Bibiana no quería contar y tenía que averiguar por qué.

Capítulo 26

Las horas pasaban tan lentamente que Nicolás moría igual, lenta y dolorosamente. Seguían sentados ahí, en esa sala de espera, sin noticias de Alison, sin saber qué le pasaba o si estaba bien. La desesperación estaba llegando a límites insospechados y Marcos estaba a punto de entrar por esas mismas puertas por las que metieron a su hermana para ir a rescatarla. Siempre sintió que debía protegerla de todo aquel que intentase dañarla, hasta que Nicolás llegó a su vida. Ahí cambió todo, Alison ya no necesitaba a su hermano, pues ya tenía a un príncipe valiente que lucharía por ella con uñas y dientes. Marcos sabía que eso era así, que aunque pasaran mil años sin verse, tres vidas más, eso nunca cambiaría.

Bibiana, en cambio, estaba preocupada, pero también bastante asustada, en su estómago se había instalado un gran nudo que no la dejaba respirar y todo por ese maldito secreto y esa mentira que le metió a su hija en la cabeza, dándose cuenta ahora de que no le sirvió de nada. Pues con la vuelta del francés, su hija volvió a sus brazos, aunque fueran hermanos de verdad, ellos se amaban y contra el corazón no se podía hacer nada.

Tres horas habían pasado, tres malditas horas y no salía nadie. Nicolás se levantó con la intención de buscar a cualquiera que pudiera preguntarle sobre su cisne, se acercó a esa puerta que ponía “prohibido el paso” y antes de entrar, un médico vestido de verde salió. Nicolás se puso delante de él sin dejarlo pasar, le daba igual que ese doctor no fuera el que asistió a Alison, a

él mismo le preguntaría por ella. El médico frunció el ceño, pero luego comprendió que ahí pasaban demasiadas horas y que era normal esa desesperación por saber sobre sus familiares, así que, sin más, dejó que le preguntara.

—Doctor, dígame que Alison está bien, por favor —suplicó Nic.

—En primer lugar, yo no soy el médico que atendió a la señorita Morgan, pero sí sé de su estado —explicó—. Ella está fuera de peligro, es lo único que te puedo decir, muchacho. Espera unos minutos a que su médico salga, creo que ya venía a informar a los familiares.

—Muchas gracias —respondió y se acercó a Marcos, solo a él.

Nicolás no quería acercarse a Bibiana, le tenía demasiado rencor tanto a ella, como a su propio padre y no creía que eso cambiara, por lo menos no ahora. Se sentó al lado de su cuñado y le dijo lo que el doctor le había dicho, luego Marcos se levantó y se lo dijo a Bibiana.

Esos minutos pasaron y el doctor salió, llamó desde la puerta a los familiares de Alison Morgan y los tres, desesperados, se levantaron de sus asientos para ir hasta él. Estaban demasiado preocupados y no era para menos. Cuando estuvieron frente al doctor, Marcos fue el primero en hablar.

—¿Cómo está mi hermana?

—Bueno, la señorita Morgan estuvo inconsciente hasta hace menos de una hora. Le hicimos varias pruebas para saber el motivo de esas convulsiones, pero todas las pruebas salieron bien y no sabemos nada sobre eso. Creemos que el motivo puede ser nervioso y de estrés —expuso el médico y se quedaron aún más preocupados—. Ahora mismo estamos más pendiente de su pierna, tiene una fractura bastante peligrosa y probablemente tengamos que operar. La caída fue muy dura.

—¿Podemos verla? —preguntó Nicolás.

—En este momento la han sedado. Enterarse de lo de la pierna la asustó bastante y se puso muy nerviosa. —El doctor frunció el ceño—. Creemos que no podrá volver a bailar.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Bibiana.

El doctor estuvo unos segundos más con ellos y después de decirles que les avisarían para poder entrar, se fue por donde llegó. Bibiana no dejó de llorar en todo momento. Marcos se preocupó bastante por su hermana, sabiendo que esa noticia la mataría, la destrozaría para siempre y no volvería a ser la misma y Nicolás... Él estaba sentado en una silla apartada mirando por la cristalera de ese hospital, pensando qué hacer para que Alison no sufriera, pero no encontraba salida para lo que se avecinaba. Lo único que sabía era que no la iba a dejar sola nunca, ni aunque ella lo echara de su vida, no la dejaría.

En ese momento, el móvil de Nicolás comenzó a sonar. Quiso ignorarlo, ignorar todo lo que estaba ocurriendo, dejando solo su mente libre para ella, pero no podía, la persona que lo estaba llamando no paraba de insistir, así que sacó el móvil del bolsillo del pantalón y miró para ver quién era. Su padre lo estaba llamando y Nicolás se quedó con la mirada perdida en la pantalla, decidiendo si responder o no. Pasó unos minutos y volvió a sonar, ahí Nicolás tuvo que contestar.

—Hola, papá —saludó Nicolás.

—Hijo. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Qué quieres?

Las palabras de Nicolás salieron demasiado duras, pero no podía hablarle a su padre de diferente manera, no después de todo lo que estaba pasando, porque por su culpa estaba ahí, porque si él y Bibiana no le hubieran dicho a Alison que ellos eran hermanos, ella seguiría esperándolo en aquel puente, de donde no tuvo que haber salido.

—Nicolás, perdóname. Sé que estás enfadado conmigo y te comprendo, pero solo estoy preocupado por ti, por Alison.

—A ella ni la nombres... Por vuestra maldita culpa está ahora aquí, en un puto hospital. ¿Sabes que puede que no vuelva a bailar? ¿Cómo crees que se tomará eso? Cómo lo vas a saber, tú no eres su padre.

—Hijo, yo... Lo siento.

Peter estaba sufriendo y se arrepentía por todo lo que había pasado, pero las cosas salieron así y ahora no se atrevía a decirle a su hijo que todo era una mentira, una farsa para tapar el verdadero secreto. Pero ya no podía más, necesitaba decir la verdad, declarar todo, que Marcos era su hijo, el verdadero hermano de Nicolás.

—Ya es tarde para eso, papá. —Esas fueron las últimas palabras de Nicolás, después le colgó a su padre.

¿Por qué todos se empeñaban en separarlo de la mujer que amaba? Él nunca le dijo a su padre a quién amar, aun sabiendo que no quería a su madre y que en su corazón solo estaba Bibiana, nunca le dijo nada, ni siquiera lo juzgó. ¿Por qué a él sí, a ellos sí?

Nicolás esperó que el médico los llamara para entrar, en soledad. No quería cruzar ni una palabra con la madre de Alison y aunque con Marcos se llevaba bien, había algo que no dejaba que confiara en él. Minutos después, un enfermero salió y llamó a los familiares de Alison Morgan. Bibiana fue la primera que quiso entrar, pero Marcos no la dejó sabiendo que si ella era la primera persona que su hermana veía, sería peor, pues su relación con su madre aún seguía igual, así que decidió que él sería el primero en entrar. Nicolás no se opuso, pero sí sintió ganas de empujarlo y ser él el primer rostro que su amada viese, aunque no estaba seguro de que Alison quisiera verlo. Tendría que correr el riesgo, porque de ahí no se movería.

Esperó y esperó a que Marcos saliera, alejado de Bibiana, ella lo miraba desde la lejanía con ganas de acercarse a él, con ganas de aclarar algunas cosas porque, aunque Peter le dijo que no dijera nada aún, ella no podía más con esa culpa, no podía seguir mintiendo. Tenía que hablar con Nicolás de una vez, aunque de eso dependiera ganarse el odio de su hija.

Bibiana se levantó acongojada, nerviosa y no era para menos, pues ese momento era uno de los más complicados. Tener que confesar algo que separó a su hija del hombre que siempre amó no era plato de buen gusto, pero ya no podía más. Caminó despacio, casi arrastrando los pies. El miedo se apoderó

de ella, pero no podía echarse para atrás, tenía que ser una persona responsable y cargar con las consecuencias de sus actos, aunque con ello perdiera a sus hijos y su vida entera. Cuando llegó hasta donde Nicolás estaba sentado, lo miró esperando a que él se diera cuenta y poder entablar conversación. Nicolás estaba tan ensimismado en sus pensamientos que ni cuenta se dio, hasta que sintió una presencia sentándose a su lado. Miró a su derecha y bufó exasperado. No quería hablar con ella, así que dándole igual todo, se levantó, aunque Bibiana le cogió el brazo para impedir que se marchara.

—¿Qué quieres? —preguntó Nicolás de mala manera.

—Solo quiero hablar contigo, por favor —respondió en un hilo de voz.

Bibiana estaba sufriendo demasiado, cosa que ella sabía que pasaría, pero quería enmendar el error, quería que su hija fuera feliz y confesando era la única manera de conseguirlo.

—No tengo nada que hablar contigo. ¿No crees que ya nos hiciste bastante daño? —Las palabras de Nicolás sonaban muy duras y en cierto modo no quería sonar así, pero era tanto el rencor que le tenía a Bibiana y a su propio padre, que no podía tratarlos de otra manera. Les había perdido el respeto.

—Lo siento, Nicolás, de veras que lo siento, lo único que pretendo es remediar lo que hicimos, pero no...

—No quiero escuchar más —respondió soltándose de su agarre—. ¿Remediar lo que hicisteis? No me vengas con eso ahora. —La miraba fríamente y ella se dio cuenta de su odio.

Bibiana iba a responder, pero, en ese momento, llegó hasta ellos Edgar. Se acercó a Nicolás, nervioso, más de la cuenta y cuando Nic lo vio, se le nubló la mente y fue hasta él. No quería tener a ese tío cerca de su cisne.

—¡Solo faltabas tú para terminar de joderme el día! —gritó Nicolás desquiciado, mientras que lo cogía del cuello de la camisa y lo estampaba contra la pared.

Bibiana se levantó asustada, pues ver así a Nicolás era preocupante. Él

nunca fue así, siempre fue tranquilo, una persona serena y respetuosa, pero algo en esos dos años había pasado, haciéndolo cambiar del todo. Bibiana intentó agarrarlo para que no golpeará a Edgar, pero no le fue posible, Nicolás había estampado su puño en la cara del amigo de su hija y ahora estaba encima de él, dándole golpes.

—¡Eres un hijo de puta! —gritaba Nicolás.

—¡Nicolás, para, por favor! ¡Lo vas a matar! —Bibiana gritaba nerviosa, asustada, sin saber qué hacer. Todo estaba pasando demasiado deprisa y si no fuera porque salió Marcos, gracias a que escuchó los gritos, lo habría matado. Agarró a Nicolás con fuerza y lo alejó de Edgar.

Nicolás forcejeaba con él con fuerza, pero Marcos era un hombre fuerte y pudo con él. No entendía por qué se ponía así cuando veía a Edgar, debía preguntarle e intentar razonar con él, pues de no ser así, Nicolás acabaría matando a ese chico en cualquier momento y ese sería el fin para él y su hermana.

—Cálmate, joder —susurró Marcos llamando su atención—. ¿Cómo crees que se tomará mi hermana que casi matas a su amigo? Debes pensar antes las cosas, Nicolás.

—Lo siento... Es que lo veo y me ciego. El estúpido quiere a tu hermana y no voy a dejar que me la quite —respondió con miedo.

Eso es lo que le pasaba a Nicolás, tenía miedo, mucho miedo de perder lo único hermoso que la vida le había dado, a la única mujer que había amado en toda su vida y a veces sentía que la estaba perdiendo, que ella no lo quería, que lo dejaría y eso... eso era algo que él no podría soportar. El amor que Nicolás sentía por Alison era más fuerte que antes, mucho más fuerte.

—Dejaré que entres a verla si te calmas, de lo contrario, no la verás —amenazó Marcos y Nicolás asintió.

Quería verla y por ella se calmaría, por ella haría todo. Unos minutos más tarde, Marcos vio que Nicolás estaba lo suficientemente calmado como para ver a su hermana, así que lo dejó entrar a verla. Nicolás estaba nervioso, aún

seguía cabreado y con ganas de partirle la cara a Edgar que seguía allí con la intención de ver a Alison. Edgar estuvo todo el tiempo mirando a Nic, provocándolo, sabiendo que Nicolás no iba a poder parar hasta golpearlo de nuevo, pero en ese momento Nicolás solo tenía en mente una cosa: ver a la mujer que amaba y conseguir que ella volviera con él.

Capítulo 27

Nicolás se paró en la puerta de la habitación de Alison sin saber qué hacer. ¿Pasar o no hacerlo? ¿Qué hacer? Quería entrar, deseaba hacerlo, deseaba besarla, amarla, abrazarla y retenerla entre sus brazos para siempre, por el resto de sus vidas. Pero las cosas no estaban pasando por su mejor momento y no sabía cómo estaría ella. No lo soportó más y con sigilo entró, cerró la puerta despacio y la miró. Alison estaba con los ojos cerrados, su cabello negro adornaba la almohada y era lo más hermoso que podían contemplar sus azules ojos. Caminó despacio hasta ella y cuando llegó a la cama, se sentó en la silla que había justo a su lado y cogió su mano con delicadeza. No quería que se despertara y mucho menos asustarla.

—¿Sabes una cosa? —preguntó en voz baja—. Ahora mismo me siento mal, muy mal. Verte aquí acostada, ver cómo todo se fue a la mierda, me hace sufrir... Porque no te mereces todo lo que estás pasando, no te mereces siquiera derramar una lágrima y te pido perdón por ser el causante de todas tus lágrimas —declaró con un nudo en el estómago—. No sé qué haré cuando despiertes. Te necesito tanto, mi cisne. Te eché tanto de menos que... eso fue lo único que me mantuvo vivo, tu recuerdo, el saber que alguien me esperaba, pero... —No sabía cómo continuar, cómo decirle lo que le pasó. En ese momento, Alison comenzó a abrir los ojos despacio, con pesadez.

Cuando ya los tuvo abiertos del todo, miró al frente, encontrándose con los ojos que ella adoraba, con el rostro del hombre que ella amaba y también al

que no quería ver por miedo a perderse de nuevo. No podía pensar en él con deseo, pasión, amor, eso no estaba bien, Nicolás era su hermano o eso seguían creyendo ambos.

—Hola —susurró Alison—. ¿Qué haces aquí?

—Creo que sabes la respuesta a esa pregunta —dijo Nic levantándose de la silla, se acercó a ella aún más y se sentó en la cama.

Su mano aún reposaba en la de él y Alison sentía ese escalofrío que sentía cada vez que se rozaban. Nicolás, con delicadeza, se la llevó hasta sus labios y la besó. Amor era lo que sentían, lo que se demostraban. Aunque Alison quisiera taparlo, no podía, no sabía hacerlo.

—¿Qué me pasó? No recuerdo nada.

—Te desmayaste en el escenario y te caíste. Nos asustamos demasiado... Pensé que te perdía —confesó pegando su frente a la de ella.

—Nicolás, por favor. No lo hagas más difícil —suplicó ella con lágrimas en los ojos.

Sentirlo tan cerca y no poder besarlo, tocarlo y amarlo como lo amaba no facilitaba las cosas. Nicolás la miró con esos ojos claros, en donde Alison podía perderse, pensando que era un mar enorme, pero también podía ahogarse y era lo que no quería. Sus vidas no podían volver a mezclarse, ellos no podían amarse nunca más, a partir de ese momento solo serían hermanos.

—No te alejes. No hagas que te lleve conmigo lejos, porque lo haré. No permitiré que me dejes. —Sollozó y sin esperarlo, pegó sus labios a los de ella, llenando de amor ese corazón frágil y dolorido.

Alison sintió cómo su pecho se comprimía, no dejándola respirar con normalidad. Sentir sus labios unidos, llenándola de amor, demostrándole que sí, que se podía amar, era lo que en ese momento necesitaba. Pero una cosa era necesitar y otra muy distinta poder hacerlo y ellos no podían, era prohibido, su amor no era posible. Alison, con todo el dolor de su alma, se separó de él y cruzando las más duras de las miradas, le dijo:

—No vuelvas a besarme nunca más, no vuelvas a tocarme. Esto se acabó,

Nicolás, lo nuestro se acabó para siempre —sentenció.

Nicolás la miró con los ojos muy abiertos, tanto que se le saldrían de las orbitas, dándose cuenta de que lo que había pensado había pasado justo por sus narices en menos de un minuto, arrastrándolo a él en ese amargo trayecto. Alison lo rechazaba, lo dejaba para siempre y en ese momento lo único que quería era morir, desaparecer para siempre, pero no, no lo haría y no dejaría que ella consiguiera ese propósito. Alison lo amaba tanto como él a ella y es por eso por lo que Nicolás no la dejaría tan fácilmente, primero muerto que sin ella.

Alison lo miraba suplicante, implorando que se fuera al fin, pero Nicolás no se movía de allí, no la iba a dejar aunque le rogara. En ese momento, el médico que asistió a Alison entró en la habitación para hablar con ella algo importante, algo que cambiaría su vida y con lo que ella no contaba.

—Hola, Alison. ¿Cómo te sientes? —preguntó el doctor. Nicolás se iba a marchar, pero el médico no dejó que lo hiciera—. Espera, no te vayas. Quiero hablar con Alison de algo importante y prefiero que alguien cercano a ella esté aquí —explicó—. ¿Tú eres?

—Mi hermano —respondió Alison antes de que Nicolás lo hiciera y eso le dolió a él demasiado.

El hecho de que ella lo presentara como su hermano era algo que le partió el alma en dos, pero no podía reprocharle nada, no ahora, no en ese momento tan delicado. Tenía que esperar, esperar a que ella estuviera fuera de ese maldito hospital y llevarla lejos, volver a Badajoz, volver a ese puente que fue el testigo de tanto amor y en donde la convencería de que no podían enterrar el amor que sentían.

—Está bien. Alison, tu pierna derecha...

—¿Qué le pasa a mi pierna? —preguntó interrumpiendo al doctor, nerviosa.

—Déjame terminar y te explico. ¿Vale? —Ella asintió—. Cuando te caíste, tu pierna sufrió una rotura bastante grave.

—¿Cómo grave?

—Por favor, déjame acabar, así no puedo decirte nada.

—Lo siento. Estoy muy nerviosa y asustada —refirió con los ojos aguados—. No me duele y realmente es como si la tuviera dormida.

—Eso es por el sedante. Vamos a ver, tenemos que operarte la pierna, Alison. Tienes una lesión muy grave y... no sabemos cómo vas a quedar —expuso el médico.

Alison abrió los ojos y se destapó la pierna para verla. Al hacerlo, vio que tenía escayolado desde la mitad del muslo hasta el tobillo. No se había dado cuenta, ni siquiera le dolía, pero era por los sedantes que le habían suministrado. La preocupación y el miedo se instalaron en su cuerpo, pensando que no volvería a caminar, o peor, que no volvería a bailar. Su mundo, ese con el que ella soñaba, se estaba yendo por el retrete y todo por no hacer caso, por forzar demasiado. No volvería a ser la misma porque si no podía bailar, que era lo más importante para ella, todo cambiaría en su vida.

—¿No podré bailar más? —preguntó con cautela, esperando que la respuesta fuera la contraria.

—No lo sabemos con certeza, Alison, es por eso por lo que necesitaba que alguien estuviera aquí contigo... Sé lo importante que es para ti el baile, pero la salud lo es mucho más y en este momento estamos mirando eso, tu salud.

—Está bien. Muchas gracias, doctor —dijo Nicolás, pues Alison se quedó bloqueada y no estaba en ese momento con ellos. El médico se acercó a la puerta para salir de la habitación, pero antes le dijo a Nicolás que no la dejara sola, que en dos horas la recogería para llevarla a quirófano.

Después de que el doctor se marchara, Nicolás se acercó a ella y se sentó a orillas de su cama. Alison seguía sin estar en este planeta. Su mundo estaba siendo devorado y su mente estaba bloqueada, no pensaba con claridad y se sentía perdida. Él cogió sus manos para que ella reaccionara y, sin previo aviso, Alison se aferró entre sus brazos y lloró en su pecho.

Nicolás acarició su cabello y la apretó aún más a él si podía, metiéndola dentro de él, en su organismo, en su alma negra.

—Tranquila, todo pasará —susurró en su oído—. Estoy aquí contigo y no te dejaré jamás.

—No puedo con esto, Nic, no puedo soportarlo —respondió entre sollozos mientras que Nicolás besaba su frente.

Le dolía verla así, pero él no podía hacer nada. Realmente lo que le pasó fue su culpa, algo que ella debía haber controlado y sobre todo haber escuchado. Todos le dijeron que no fuera a la prueba, que descansara, pero para ella era muy importante y con ello, lo perdió todo.

—Gracias por estar aquí, Nicolás —agradeció y él besó sus labios. Alison se separó de él, con todo el dolor de su alma se separó, se alejó.

—Por favor, Alison, no te alejes de mí. Te necesito, te amo —suplicó con un nudo en el estómago.

—No puedo hacerlo, no debo hacerlo.

—Sí podemos y queremos.

—Vete, Nicolás, por favor. Necesito que te vayas —suplicó y a él no le quedó más remedio que irse y dejarla sola en ese momento, pero no se alejaría de ella, aunque se lo pidiera de rodillas.

Cuando Nicolás salió de la habitación, caminó hasta la sala de espera y Marcos, al verlo así, llorando y respirando con dificultad, como si le acabaran de arrancar el corazón del pecho, se temió lo peor y corrió hasta la habitación de su hermana preocupado. Nicolás volvió a sentarse en la misma silla que horas antes. Necesitaba estar solo, pensar en lo que haría para hacer razonar a Alison, pero eso era algo que tampoco pasaría, pues Bibiana volvió a sentarse a su lado con la esperanza de que por fin la dejara hablar y poder decirle todo, sincerarse de una vez y pedirle ayuda.

Marcos entró en la habitación de su hermana y la vio con sus manos tapando su cara. Los sollozos ahogados resonaban en todo el cubículo y su hermano no pudo hacer más que acercarse, agarrar esas manos y hacer que ella se cobijara entre sus brazos. La abrazó, consolándola, besó su cabeza como cuando eran niños. Su hermano no soportaba verla así, frágil, sufriendo. Verla llorar lo

mataba y prefería mil veces ser él la persona que sufriera, aunque él también soportaba lo suyo. El amor no jugó bien con los hermanos Morgan y ambos sufrían el desamor.

Marcos nunca le habló a su hermana de su relación con la prima de Nicolás, Laura. Con ella las cosas salieron mal, muy mal y eso era algo que a él le hizo sufrir demasiado e incluso podría decir que aún sufría por ella, por esa chica que robó su corazón para luego tirarlo a la basura. Su vida cambió tanto, que ahora estaba completamente confundido, sus sentimientos, sus gustos estaban volviéndose en su contra y lo estaban complicando todo. Marcos estaba hecho un lío, pensó que, si le contaba a su hermana lo que le pasaba, ambos podrían ayudarse y la pena de no estar con las personas que amaban podría ser más llevadera.

Capítulo 28

Bibiana y Nicolás se miraban en silencio, él no quería estar frente a ella. Todo lo que estaba pasando era culpa de ella y su padre, todo ese dolor que estaban sintiendo. Se iba a levantar para irse, alejarse de esa mujer era lo mejor que podía hacer antes de perder la cabeza por completo y cometer una locura, pero otra vez fue retenido por ella, por la madre de la mujer que amaba. ¿Qué haría? ¿La escucharía? Se sentó respondiéndose esas preguntas, la miró expectante para que hablara de una vez y así poder largarse de su lado como tanto deseaba en ese momento. Perderla de vista para siempre era lo que más ansiaba.

—¿Qué quieres, Bibiana? —preguntó de mala manera.

—Quiero confesarte algo —respondió, y Nicolás puso toda su atención—. Lo que os dijimos, eso de que sois hermanos.

—¿Qué pasa con eso? De verdad, Bibiana, no estoy para tonterías. Tu hija no quiere ni verme, no quiere siquiera que la bese en la mejilla. ¡En la puñetera mejilla! ¡Somos hermanos y eso hace que me mire de diferente manera, aunque se muera por estar conmigo! —habló desesperado.

Todo lo que estaba pasando, todo lo que sufrió en el campo de batalla, todo eso estaba acabando con la poca paciencia que le quedaba y Bibiana pagaría los platos rotos de ello.

—No sois hermanos, Nicolás —declaró e hizo que Nicolás la mirara con el ceño fruncido.

—¿Qué dijiste?

—Lo siento, solo quise quitarle el dolor a mi hija, Nicolás. Se suponía que estabas muerto —dijo y él se levantó, comenzó a dar vueltas de un lado al otro.

—¿Y era más fácil decir tremenda mentira?! ¡Con ello solo habéis provocado más dolor, Bibiana! —gritó hecho una furia.

La gente que pasaba alrededor lo miró asustada. Nicolás estaba fuera de sí, pero ¿cómo no estarlo después de eso? Les hicieron creer que eran hermanos y Alison vivió con esa pena durante dos años. Pensó que se había acostado con su hermano, que se había enamorado de alguien que no podía y eso la tenía mal, pero eso a sus padres les dio igual. Nicolás la miró con más odio aún, nunca pensó que llegaría a odiar a su padre y ahora lo odiaba más que a nadie. En ese momento, solo tenía en mente una cosa, decirle a Alison la verdad. Tenía que recuperar a la mujer que ocupaba su corazón y su alma.

—Perdóname —repitió con la voz entrecortada—. Nunca pensé que tú volverías, solo miraba por su felicidad, pero me di cuenta de que su felicidad eres tú y en eso no puedo hacer nada. Ella te ama y tú a ella...

—Ahora mismo voy a contarle todo —pronunció Nicolás sin dejarla terminar.

—¡No! —gritó Bibiana.

—¿No?

—Deja que yo lo haga, por favor. No quiero que mi hija me odie de por vida, con tu odio es suficiente para mí. Deja que yo le confiese la verdad.

—¿Por qué debería esperar?

—Nicolás... Soy su madre y ella me necesita ahora, si le dices, me echará de su vida y no podré estar con ella, por favor. Solo espera hasta que esté recuperada, solo un poco más, te lo suplico. —Las lágrimas de Bibiana y su ahogamiento por el miedo de perder a su hija hizo que Nicolás dijera que sí. No sabía si se estaba equivocando y solo esperaba que durara unos días, porque no iba a aguantar mucho tiempo así.

Después de eso, Nicolás se fue. Necesitaba aclarar sus ideas, estar solo y pensar. Sí, pensar era lo único que en ese momento podría hacer con total libertad, lo único que lo mantenía vivo. Los recuerdos de su amor y los recuerdos de aquella noche que la amó por primera vez inundaban su mente siempre, lo que hacía que se diera cuenta de que Alison y él estaban hechos el uno para el otro y nadie, nadie los iba a separar. No mientras él estuviera vivo.

Llegó a su casa, esa casa que compartía de niño con una familia feliz, una familia completamente destrozada por la muerte de su madre y el engaño de su padre. Esa familia feliz existió por un corto tiempo, pero cuando volvieron a Portugal todo se desmoronó y la muerte de su madre dolía aún más, pues la necesitaba tanto, la extrañaba tanto que, a veces, prefería haber muerto en el ejército.

Flashback

Descansaba en su habitación esa noche de verano después de haber vuelto de la fiesta que su compañero Eric hizo por su cumpleaños. La noche no había salido mal del todo e incluso consiguió una cita con Melanie, esa pelirroja de grandes pechos y labios carnosos. A Nicolás esa chica le encantaba, pero también sabía que ella era un poco suelta con los chicos y que lo único que conseguiría era buen sexo y nada más. A punto estaba de quedarse dormido, cuando su padre irrumpió en su habitación como un vendaval.

—Nicolás, Nicolás —dijo su padre al entrar en la habitación.

La desesperación con la que su padre entró lo hizo asustarse y pensar en su madre. Ella estaba enferma y llevaba días bastante mal. Esa noche fue la única de todas que Nicolás no había entrado a la habitación de sus padres para saber si su madre estaba bien y fue la peor noche de todas.

—¿Qué pasa, papá?

—*Tu madre, Nic... Está muerta.*

Solo hizo falta esa palabra, esa maldita palabra para que Nicolás muriera con ella, con la única mujer que lo quiso de verdad. Salió corriendo de su habitación al encuentro de su madre. Al entrar en la habitación y verla demacrada, sin respiración, sin vida, caminó hasta ella y se arrodilló frente a su cuerpo desplomado en la cama. Nicolás no podía creer que eso hubiera pasado, así, tan rápido. Tuvo muy poco tiempo y se culpó por no haber pasado el suficiente tiempo con ella y ahora no estaba, su madre había muerto y lo había dejado para siempre.

—*¡Mamá, por favor! ¡No te vayas ahora, te necesito!* —*Sollozó Nicolás. Su padre se acercó a él y abrazándole por la espalda, le dijo:*

—*Nicolás, hijo... Ya no se puede hacer nada.*

Ese día fue el peor de toda su vida, después de una semana en las que no salió de casa, en su mente entró una locura, algo que marcaría su vida entera, pero algo que necesitaba. Su vida cambió sin su madre y necesitaba salir de allí, necesitaba irse y olvidar. Quedándose en su casa no lo lograría.

Una semana después y sin que su padre estuviera al tanto, Nicolás decidió meterse en el ejército. Cuando se lo dijo a su padre, este se asustó mucho, pero Nicolás ya era mayor de edad y no podía impedirselo, así que, días después, se fue. Su hijo, el que tenía cerca, ese que había crecido con él, se iba y lo dejaba solo, pero no podía retenerlo. Así fue cómo Nicolás decidió meterse en ese mundo, en un mundo en el que no duermes ni de noche ni de día por miedo a una emboscada. Pero todo eso cambió cuando Nicolás conoció a su cisne, esa chica morena y de ojos marrones que dio vuelta su mundo. La amaba, claro que la amaba, pero la vida no siempre juega limpio y con ellos no lo hizo.

Los recuerdos no lo dejaban conciliar el sueño. Pensar en Alison tampoco le ayudaba demasiado y saber que todo había sido una mentira, que no eran

hermanos, y tener que seguir ocultándolo por Bibiana, era peor que creer que lo eran. Tenía miedo de perder a la mujer que robó su corazón, a la única chica que logró hacerlo sonreír después de la muerte de su madre. No podría vivir sin ella y lo único que le quedaba era volver al ejército, de donde no tenía que haber salido.

Cuando estaba en el campo de batalla, lo único que lo mantenía con vida era su recuerdo, el recuerdo de una mujer hermosa, una mujer que lo amaba y lo esperaba con los brazos abiertos, pero no pudo volver y cuando lo hizo, todos pensaban que estaba muerto y en realidad sí, allí estaba muerto.

Por un momento perdió la noción del tiempo y se quedó dormido, pero las pesadillas, esas malditas pesadillas que tenía desde que salió de Afganistán, lo atormentaban. Lo pasó mal y casi muere allí. Torturas, muertes y sangre, mucha sangre. Había sido lo peor que vivió y tenía miedo de volver, miedo a morir como estuvo a punto.

Flashback

Después de horas buscando guerrilleros, no encontraron nada y tampoco querían ir más lejos, pues podrían sufrir una emboscada. Nicolás y sus compañeros, Logan y Mark, volvieron a la base que tenían instalada en el desierto afgano. Al llegar, su capitán los obligó a volver, no podían regresar sin saber dónde encontrar a algún guerrillero. ¿Y si iban a la base? No podían correr el riesgo.

—Señor, si salimos ahí, cabe la posibilidad de que no volvamos — refirió Mark.

—Para eso están aquí. Esto no es la guardería, así que mueva su culo, coja a sus hombres y vayan a la caza de guerrilleros. ¿Entendido?

—Pero...

—¡¿Entendido?!

—Sí, señor.

Tuvieron que volver y no pudieron negarse, para eso estaban allí,

sabían a lo que iban. Los tres volvieron a montarse en el jeep y Mark condujo despacio hasta donde habían estado horas antes. Nicolás iba nervioso sabiendo que lo que estaban haciendo era una auténtica locura que les iba a costar la vida.

—¡Joder! ¿Qué mierda le pasa para mandarnos otra vez aquí? —preguntó cabreado Logan.

—No sé, pero a mí tanto silencio me asusta —refirió Nicolás.

—¿Tienes miedo, francés? —se burló Mark.

—No es eso, pero no quiero morir y aquí no sé por qué estamos en un blanco fácil —respondió—. A diferencia de ti, a mí sí me esperan en mi casa y le prometí a mi novia que volvería sano y salvo para casarme con ella. —Al decir eso, recordó el día que le pidió matrimonio antes de volver al ejército.

Nicolás estaba preocupado, expectante a cada sonido, a cada movimiento de hoja, a cada aire que daba. Parecería una locura, pero ahí tenías que tener seis ojos en vez de dos y cualquier movimiento que hicieras, podrías salir volando. Allí era morir o matar, sobrevivir, pero acabar con otras vidas para conseguirlo.

De pronto, un ruido, un pequeño ruido puso a los tres soldados alerta. Cinco guerrilleros se pusieron delante de ellos y dispararon sin ton ni son, e hirieron a Logan. Nicolás saltó por detrás del jeep y Mark se agachó como pudo, pero poco pudo hacer cuando dos de los guerrilleros caminaron hasta ellos y cogieron a Mark del brazo, sacándolo del vehículo de mala manera. Nicolás seguía escondido, pero no podía dejar que se llevaran a Mark, así que, sin más, salió. Disparó por sorpresa y mató a esos dos guerrilleros que cogieron a su compañero. Miró hasta donde yacía el cuerpo sin vida de Logan y agachó la cabeza, sufría por ello y ese pequeño tiempo que se tomó para pensar en su amigo Logan fue el que los tres guerrilleros lo cogieron sin previo aviso. Los pusieron a los dos de rodillas y le quitaron las armas. Primero dispararon en la

pierna de Mark y este cayó al suelo, desangrándose. Si no miraban esa herida, moriría allí mismo. Cuando vio que estaban a punto de dispararle a él, rezó por su vida y le pidió perdón a Alison por no cumplir su promesa, pues iba a morir. Sonó un disparo.

Se levantó de la cama y se metió en el baño, necesitaba una ducha, algo que le refrescara la mente para dejar de recordar eso. Los miedos, lo que le pasó después de aquello. No lo mataron, pero sí lo torturaron, le hirieron demasiado y Alison aún no había visto esas marcas que tenía en su espalda por las balas e incluso cuchillos. Estuvo a punto de morir, pero algo divino no lo dejó caer y la noche que casi pierde la poca esperanza que ya le quedaba, el ejército lo encontró y mataron a los guerrilleros que lo tenían cautivo.

Se arrastró por la pared de la ducha hasta quedar sentado. El agua helada caía calándole los huesos, pero nada le importaba, solo ella, solo Alison y esos malditos recuerdos. No podría borrarlos sin ella, sin ese perfecto cisne que hacía que perdiera la poca cordura que le quedaba.

Capítulo 29

Cuando Alison despertó de la operación, esperó ver sus ojos, su rostro, pero Nicolás no estaba, se fue como ella le había pedido, suplicado más bien. Se sentía como una auténtica estúpida porque lo necesitaba, lo amaba, pero las cosas no podían ser así, ella no podía amar a su hermano, a una persona que llevaba su sangre, que compartían el mismo padre, eso es algo imposible y sobre todo muy mal visto. Aunque estuviera sufriendo por no ver a Nicolás, no podía reprocharle el hecho de que no estuviera, pues ella fue la culpable de su marcha o eso pensaba.

Su hermano Marcos entró en la habitación para ver si ya había despertado. Los médicos le dijeron que la operación había salido bien, pero que no podían decir nada hasta después de unos días.

—¿Cómo te sientes? —preguntó su hermano besando su mejilla.

—¿Dónde está Nicolás? —Ignoró la pregunta de su hermano.

Este se sentó a su lado y suspiró. Sabía que ella lo había echado, sabía que lo amaba, pero que le atormentaba eso de los hermanos, eso de amar a un hermano. Aunque Nicolás se fue, le dejó dicho a Bibiana que le informara sobre Alison, pero Bibiana no lo había llamado y eso a Nicolás lo tenía preocupado.

—Se fue, Alison. Tú lo echaste.

—Lo sé, pero pensé que no me haría caso, nunca lo hace —refirió Alison—. Bueno, ya da igual, es mejor así —afirmó reprimiendo las lágrimas.

Se sintió estúpida por un momento. Lloraba por alguien que ella misma había alejado. Amaba a Nicolás con su propia vida, pero no podía y se sentía la peor mujer del mundo por estar enamorada de su hermano. Marcos se acercó a ella y secó esas lágrimas que no quisieron quedarse dentro. ¿Por qué el sufrimiento no se iba? ¿Por qué todo se complicaba? Le encantaría echar el tiempo atrás y volver a aquel sitio, ese lugar mágico en donde se sentía en paz, feliz. Le gustaría estar en ese lugar con él, con su francés. Vivir aquellos momentos de nuevo, lo mejores de toda su vida y no... esto. El sentimiento hiriente, el corazón dañado y el alma herida. No sangraba, no, pero no hacía falta porque el dolor era exacto, igual a que si te sacaran el corazón del pecho, igual que si clavaran un cuchillo en lo más hondo de su alma.

—Siento mucho que todo haya pasado así, Alison —dijo su madre.

Esta había entrado sin que sus hijos se dieran cuenta. Alison, al escucharla, levantó la mirada, esa misma mirada de hace dos años, esa llena de dolor por el engaño. La misma mentira volvía a hacer daño a su hija y ella no hacía nada, ella prefería verla así antes que sufriendo por amor. ¿Por qué? Porque ella pensaba que Nicolás la dejaría, igual que Peter hizo con ella y prefería mil veces que su hija pensara que estaba enamorada de su hermano a verla sufrir toda su vida por un amor que no volvería.

—Mamá —susurró Alison. La voz no le salía, las palabras se quedaron atrapadas en su pecho y lo único que pudo hacer fue llorar.

Su madre se acercó a ella y quiso abrazarla, pero Alison no se lo pondría tan fácil. Bibiana pensó que su hija al estar así, débil, vulnerable, frágil, ¿dejaría que se acercara? No, claro que no. Alison no quería ver a su madre, no quería estar cerca de la persona que dañó su vida, que estropeó todo su mundo, su amor. ¿Por qué lo hizo? Alison se preguntaba eso, siempre lo hizo, pero jamás encontró respuesta para aquello y tampoco le preguntaría a su madre, no, si le iba a responder con mentiras.

Alison la miraba con odio, un odio que fue creciendo en estos dos años, un odio que Bibiana no pensó que encontraría en los ojos de su hija, pero ahí

estaban y la única manera de borrarlo era decir la verdad, pero ¿estaba preparada para confesárselo a su hija? No, no lo estaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alison con despotismo.

—Alison, hija. Vine por ti... Estaba muy preocupada —respondió Bibiana en un hilo de voz.

La manera en que Alison le habló le hizo daño. Quiso acercarse un poco más, pero no podía, no ahora, no así.

—¡Prefiero que no estés aquí! ¡Quiero que te vayas! —escupió Alison.

—Alison. No le hables a mamá así —la regañó Marcos.

—¿Y cómo quieres que le hable? ¡Por su culpa estoy así, por su culpa no puedo estar con Nicolás...! ¡No puede pretender ahora venir y que yo la reciba con los brazos abiertos, como si no hubiera pasado nada, como si no me hubiera hundido la vida! Lo siento, Marcos, pero no puedo ni mirarla, así que prefiero que se vaya —sentenció y la miró—. ¡Quiero que te vayas!

Bibiana lloraba desconsoladamente, pero sabía que su hija tenía razón y se merecía todo lo que le había dicho, se merecía ese odio. Antes de irse, se acercó a ella, le dio un abrazo importándole muy poco que su hija se negara y después de unos segundos, los más dolorosos de toda su vida, se separó de ella y se fue, dejó en aquella habitación a su hija, a la niña de sus ojos, a su corazón. Al salir de la habitación, Bibiana corrió hasta la salida, estar en el hospital en ese momento la asfixiaba. Cuando ya estuvo al aire libre y lejos de todo el que pudiera verla, se permitió llorar. Las lágrimas no paraban y no podía más. ¿Qué haría para recuperar a su hija? Aunque lo pensó bien, se dio cuenta de que a su hija ya la había perdido. Hacía dos años que la perdió y no se dio cuenta hasta ahora, hasta que las palabras de su hija demostraban todo el odio que sentía por ella. Bibiana cogió un taxi y le dio la dirección del hotel donde se estaba hospedando. Se quedaría unos días más. No quería irse sin poder decirle a su hija la verdad y realmente se lo podría haber dicho antes, pero no se atrevió, así que prefirió esperar unos días a que su hija estuviera más tranquila.

Cinco días después

Los días más largos de su vida. Nicolás se moría de ganas por verla y aunque Marcos le tenía al tanto de todo, no podía dejar de pensar en ella y más de una vez, fue hasta el hospital y cuando Marcos le avisaba de que Alison dormía, entraba para contemplarla. No quería agobiarla, no quería que Alison volviera a echarlo de su vida, ver esa mirada de dolor al decirle que no podían estar juntos. Él ya sabía que no eran hermanos y se sentía cabreado con Bibiana, pues ella le prometió que le diría a Alison, pero no, aún no le decía nada.

En ese momento se encontraba en la sala de espera del hospital, esperaba la llamada de Marcos, pero ese día tardaba más de la cuenta y se preocupó.

Por otro lado, Alison esos dos días sufrió mucho. Su pierna le dolía horrores y temía no volver a caminar con normalidad. Los médicos le hicieron varias pruebas y aún no le decían nada. Se sentía frustrada y no dejaba de pensar en Nicolás, porque con él todo era más fácil, con él todo era más llevadero. Nicolás hacía que se olvidara del mundo entero, solo estando ellos dos en él. Ella sabía que Nicolás la visitaba cuando dormía, aunque en realidad no dormía y un día supo que estaba ahí porque Nicolás le habló despacio, en susurros, con amor.

Marcos aún estaba con ella, estaba loca por dormir algo, pero no le gustaba quedarse dormida mientras su hermano estaba con ella, pues no quería dejarlo solo. Marcos estuvo con Alison día y noche, ella estaba muy agradecida ya que, de no ser por él, esos días se le habrían hecho eternos sin Nicolás, el amor de su vida. Sin Sophie, su mejor amiga. Ella no pudo ir a verla aún, porque estaba muy ocupada cumpliendo su sueño. La habían cogido de bailarina y salía de viaje en una semana. Sophie estaba cumpliendo el sueño de ambas y Alison, el día que se enteró, por teléfono, lloró como nunca, pues sabía que ese sueño se había convertido en una pesadilla, de la cual aún no despertaba.

—Alison. ¿Estás cansada? —preguntó Marcos.

—Bastante.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—No quería dejarte solo —respondió con media sonrisa.

—Venga, tonta, descansa y así voy a la cafetería a comer algo. ¿Vale? — Alison asintió cerrando los ojos.

De verdad estaba demasiado cansada. Los médicos le habían puesto algo para el dolor de la pierna y eso le provocaba un sueño muy pesado. A veces se quedaba dormida y escuchaba la voz de su hermano, era como si su subconsciente siguiera despierto.

Cuando se quedó dormida, Marcos salió de la habitación y lo primero que hizo fue buscar a Nicolás. Este lo esperaba en la misma silla de días anteriores, en la misma posición. Estaba bastante nervioso, pues llevaba sin verla un día y se moría de ganas de besarla hasta el cansancio, hasta que sus labios pidieran clemencia y su pecho pidiera aliento. Marcos le hizo una señal, esa que él tanto esperaba para poder entrar a verla. Nicolás asintió y se levantó de la silla. Caminó hasta la habitación de Alison y suspiró cuatro veces antes de entrar. Abrió la puerta despacio y metió la cabeza para comprobar que sí, que estaba dormida. Cuando lo comprobó, entró despacio y caminó hasta su cama. Volvió a suspirar, aunque esta vez por verla.

La miraba embelesado, pues era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida. Verla así, tan frágil, tan delicada y a la vez tan guerrera. Su cabello negro reposaba en la almohada y se moría de ganas por verla en la suya, despertar con ella cada día, sentirla cerca, abrazado a ella, piel con piel y alma con alma. Se moría de ganas de besarla, pero no se atrevía. ¿Y si la despertaba? Bueno, eso podía significar muchas cosas porque si con un beso la despertaba, era porque ella era su princesa y esperaba al príncipe que la salvara de su amargura.

—Hola, mi cisne... Siento mucho no haber venido antes, pero no me atrevía. No quería que me echaras de nuevo de tu vida, no lo soportaría. —Suspiró cogiendo su mano con cuidado de no despertarla—. ¿Sabes las ganas que

tengo de besarte? Pero ya sé que no puedo, que no me dejarás, pero... no lo soporto más. Te necesito, mi cisne. Te amo y aunque me eches de tu vida mil veces, siempre estaré aquí. Mi corazón es tuyo desde aquella noche que te vi en la fiesta, desde el día que te vi bailar.

Mientras le hablaba, unas estúpidas lágrimas salieron de sus ojos y ahí no pudo aguantarlo más y, poco a poco, fue acercando su cara, hasta que sus labios se rozaron. Un simple roce lo llevó al cielo y era ahí donde quería permanecer, en su cielo.

—¿Te acuerdas de nuestro primer beso? Nunca te dije esto, pero yo deseaba besarte desde el primer día, pero quería hacer las cosas bien, quería ir despacio contigo. Tú no mereces una aventura, te mereces el universo entero, te mereces más de lo que yo te ofrezco y a veces pienso que no soy digno de ti... Y me siento el hombre más feliz del mundo por tener tu amor, aunque en este momento pienses que es imposible que lo sintamos.

Nicolás la vio removerse en la cama y solo le quedaban unos segundos más a su lado, antes de que despertara, así que, sin más, besó de nuevo sus labios y salió corriendo antes de que abriera los ojos y lo viera allí.

Alison abrió los ojos y lo primero que hizo fue poner los dedos en sus labios. Lo había oído todo, lo había sentido todo y en ese momento todo cobró sentido. Su amor por Nicolás era más grande, tanto que, a veces, pensaba que se le saldría el corazón del pecho.

—Yo también me acuerdo, mi francés, y también te amo.

Capítulo 30

Dos semanas después

Los días seguían pasando y con ellos la soledad se hacía más grande. Nicolás llevaba tres días sin ir a verla y estaba preocupada, sin saber cuál fue el motivo que lo llevo a no volver. Pensó que se había dado cuenta de que ella sabía de sus visitas, pero luego vio que no.

Los médicos esos días estuvieron muy pendientes de ella y hacía una semana que la pierna no le dolía tanto. No quería hacerse ilusiones, pues el doctor le dictó algunas pautas para conseguir una buena movilidad y con el tiempo, una recuperación. Quería volver a bailar, pero de momento tenía que esperar un tiempo muy largo. Tenía miedo, mucho miedo de darse cuenta de que no podría, de que la realidad le diera de lleno. Según el doctor, los huesos y músculos parecían estar mejor, aunque aún le quedaba una semana más con la escayola y después la rehabilitación.

Estaba en la habitación esperando a su hermano que iba a recogerla. En pocas horas le darían el alta y estaba como loca por salir del hospital.

De su madre no supo nada y no por falta de informante, porque su hermano todos los días intentaba hablar de ella, pero Alison no quería saber nada. Se levantó de la cama con cuidado, pues con la escayola le era complicado. Cogió la muleta y despacio, fue cojeando hasta su bolso. Sacó un vestido que le pidió a su hermano, ya que así se podría vestir mejor y después se dirigió al baño. No se llevaba bien con la muleta y casi se cae, pero en ese momento

alguien entró en la habitación y la cogió de la cintura para impedir su caída. Alison se puso nerviosa, pues aunque aún no había visto a la persona que la tenía agarrada, sabía quién era, su colonia se metió en sus fosas nasales e inundó su alma al completo. Levantó la mirada y esos ojos que tanto amaba se cruzaron con los suyos. Alison suspiró y Nicolás, sin darle tiempo a reaccionar, pegó sus labios a los de ella.

Le daba igual que después del beso lo golpeará o simplemente lo insultara. Le daba igual que después de abrazarla, con la intención de meterla en su interior, tan adentro que no pudiera salir, lo echara de nuevo de su vida. Alison sentía cómo su pecho se llenaba al igual que sus ojos se inundaban de lágrimas porque sí, deseaba ese beso, deseaba tenerlo así, apretándola con su pecho, reteniendo cada latido de su corazón, uniéndose ambos en uno solo. ¿Qué tan fácil es amar? No, no es fácil y menos si se ama con la intensidad que ellos lo hacían. ¿Qué haríais si un día os dicen que la persona de la cual estás enamorada es tu hermano? Alison no quería pensar en ello, no por ahora, pero no podía evitarlo y aunque Nicolás intentaba que ella no lo pensara, no lo conseguía del todo. Un beso no borraba esa mentira, un beso no borraba el sufrimiento que causaba el no poder tenerlo cerca como ella ansiaba.

Al separarse, Nicolás la miró y se enamoró un poquito más de ella, si podía.

—Eres preciosa —susurró haciendo que ella se sonrojara.

—Gra... gracias —respondió nerviosa.

Era absurdo cómo conseguía Nicolás derretirla de esa manera después de tanto tiempo, de tantos besos. Alison lo miraba con los ojos brillantes y en ese momento Marcos entraba en la habitación. Este, al verlos, sonrió a la misma vez que fruncía al ceño extrañado. Se suponía que Alison no quería ver a Nicolás y ahora los pillaba así.

—¿Interrumpo? —preguntó y Alison se puso roja.

—No, claro que no interrumpes —respondió Nicolás sin apartar su mirada de Alison—. Solo vine para ver cómo estaba, parece que ya le dieron el alta. ¿No es así? —preguntó y ella asintió.

Ninguno apartaba la mirada, dándole igual la presencia de Marcos, dándole igual lo que pasase a su alrededor. Era tanta la magia que había entre ambos que todo lo demás pasaba a segundo plano. Únicamente existían ellos dos. Marcos carraspeó varias veces, pero ninguno se movía de la posición en la que estaban. Nicolás rodeaba la cintura de Alison con sus brazos y sus miradas estaban conectadas. Su hermano caminó hasta ellos y tocó el hombro de Nicolás, este, al sentirlo, lo miró y sonrió. En ese momento, se sentía el hombre más feliz del mundo. Tener a Alison así para él, era toda su vida.

—Lo siento —dijo mirando de nuevo a Alison—. No me di cuenta de que aún te sostenía.

—No... no pasa nada —respondió con voz temblorosa—. Voy a vestirme. — Nicolás y Marcos asintieron y ella entró en el baño para poder arreglarse.

Cuando cerró la puerta del baño, pegó su espalda en la puerta y suspiró, expulsando todo el aire que no sabía que retenía. Estaba nerviosa, demasiado y hacía tiempo que Nicolás no le hacía sentir así. Recordó cuando lo vio por primera vez, recordó el momento en el puente el día que la vio bailar, todos los momentos vividos entraron en su mente llenando su corazón. Recreando cada frase, cada beso, cada caricia, así se vistió. Cuando terminó de arreglarse, cogió su cabello en una cola alta y después de contar hasta veinte y suspirar otras tantas, salió del baño. Nicolás estaba sentado en la silla, miraba por la ventana y ella salió sigilosa. No quería molestarlo. Se lo veía guapísimo así, pensativo. Ese momento era perfecto, Alison pudo mirarlo sin vergüenza, pudo observar cada facción de su precioso perfil y se dio cuenta de la incipiente barba que comenzaba a aparecer en su rostro. Suspiró enamorada y Nicolás se dio cuenta de que alguien lo miraba. Viró la cabeza y sonrió, consiguiendo así que Alison se derritiera al ver esa preciosa sonrisa.

Él comenzó a caminar en su dirección. Ella lo esperaba con el corazón latiendo a mil por hora. El tiempo se paró en ese momento y ninguno quería que pasara, preferían congelarlo ahí, estando juntos, aunque no pudieran estarlo, así lo sentían y así estarían.

Nic llegó hasta ella y con su mano derecha acarició su mejilla. Alison soltó un gemido lastimero por su parte, cerró los ojos y disfrutó de su tacto. Abrió los ojos y Nicolás la atrajo a su cuerpo y la abrazó, escondiendo su cabeza en el hueco de su cuello, aspirando su olor.

—No dejes que me vaya, por favor —suplicó Nicolás tembloroso.

Alison no entendió eso. ¿Por qué le pidió tal cosa? ¿Acaso Nicolás debía irse de nuevo?

—No dejaré que te vayas nunca más —susurró en su oído y él la apretó aún más. Sus cuerpos se unieron en uno solo, al igual que sus corazones.

Estaban en el aparcamiento del hospital y Nicolás esperaba que Alison eligiera irse con él, en vez de con su hermano, pero no estaba seguro de ello. Marcos llegó con el coche y lo puso justo delante de su hermana. Alison miró a Nicolás y aunque deseaba con toda su alma irse con él, no podía, no debía y eso tenían que entenderlo de una vez. Alison miró a Nicolás y se acercó a él temerosa.

—No puedo irme contigo, Nic. Ya sabes que tú y yo no podemos estar juntos y aunque nos duela es un hecho que debemos aceptar de una vez —habló con la voz entrecortada. Nicolás comenzó a negar, él sabía la verdad y se lo diría a Alison, importándole muy poco el sufrimiento de Bibiana.

—Alison... No me puedes decir eso, por favor. Yo no puedo vivir sin ti y tú tampoco sin mí —respondió—. Tú y yo estamos destinados a estar juntos y sinceramente me da igual que seamos hermanos porque para mí no lo somos y nunca lo seremos.

—Sí lo somos, Nicolás, a lo mejor para ti es algo que puedas soportar, pero yo no puedo mirarte a los ojos, no puedo besarte y no pensar que estoy con mi hermano. Lo siento, pero no puedo, Nic —dijo y antes de que él le respondiera, se metió en el coche de su hermano y este arrancó.

Nicolás se quedó bloqueado, en la misma posición de segundos antes, cuando ella entró en el coche de su hermano. La última imagen de ella fue alejándose, mirándolo desde el retrovisor del coche. Tenía el corazón en un puño y estaba harto de luchar, estaba harto de seguirla y que ella no entendiera que daba igual el parentesco, que ellos se habían enamorado sin saber esa mentira. Sin saber qué más hacer, se fue hasta su casa. Quería confesarle a Alison que tenía que volver al ejército y que ahora sí no sabía cuándo volvería.

Flashback

Tres días antes

Nicolás estaba en su casa, sin dejar de pensar en ella. Sabía que Alison estaba mejorando y que pronto le darían el alta. Ese sería el momento que elegiría para decirle la verdad y pedirle que fuera su esposa. Únicamente esperaba que ella le creyera y que dijera que sí.

Se levantó sin ganas de nada. Su padre llevaba unos días intentando hablar con él, pero no le cogió el teléfono, no quería saber nada de su padre, no quería escuchar más mentiras por su parte. En ese momento, se daba cuenta que su padre era igual que su abuelo. Este último le prohibió a Peter estar con la mujer que amaba, Bibiana, y Peter ahora se inventaba mentiras para conseguir lo mismo con su hijo.

En ese momento su teléfono comenzó a sonar y ofuscado se levantó para comprobar que no fuera su padre. Cuando vio el número, su estómago se comprimió aterrado. Solo esperaba que fuera una falsa alarma.

—¿General? —preguntó Nicolás en un hilo de voz.

—Hola, Nicolás —saludó este—. Te llamo porque necesitamos que vuelvas. Ya sabes que tu contrato no acaba hasta después de cinco meses y te fuiste de permiso. Tienes que volver cuanto antes.

—Yo... yo no puedo. Necesito más tiempo aquí, por favor. Aún no he

arreglado mi problema familiar y me tomará un poco más de tiempo. — Nicolás intentó excusarse y deseaba que el general Dwain lo entendiera y le diera algún tiempo más. No quería irse, no ahora que estaba a punto de volver con Alison, a punto de reconquistar al amor de su vida.

—Lo siento, Nicolás, pero solo puedo darte dos semanas más. Después tendrás que volver para ayudarnos con la misión.

Dicho eso, el general colgó el teléfono. Nicolás se arrastró por la pared hasta quedarse sentado en el suelo. No podía creer que solo tuviera dos semanas para poder estar con ella y le parecía muy poco tiempo para conseguir su confianza.

En ese momento lo tenía muy claro, debía ir a verla y contarle toda la verdad, debía ir y llevársela con él lo más lejos de todos, convirtiéndose en un fugitivo, pero importándole poco, mientras que ella estuviera junto a él.

Después de dos horas, Alison estaba en su habitación con la pierna en alto, sosteniéndose por un cojín que su hermano Marcos le había puesto. Este estaba preocupado por ella y no la dejaría sola, estaría al pendiente de su hermana, pues sabía que en ese momento estaba sufriendo por Nicolás.

—¿Qué voy hacer con todo esto que siento? —se preguntó Alison.

No dejaba de pensar en él y en su mirada llena de dolor al decirle que no se iba con él, que no podían estar juntos y que ella no podía besarle, abrazarlo, sin dejar de pensar en que eran hermanos. Era muy doloroso todo lo que estaba pasando y llegaría el momento en que Alison no podría más. Lo necesitaba, necesitaba estar con él, necesitaba tenerlo cerca, pero no podía y eso la estaba matando. Hubiera preferido mil veces no haberlo visto de nuevo.

Capítulo 31

Habían pasado ya cuatro días desde el último, desde que la vio montada en el coche de su hermano y cómo se alejaba de él. Fue a buscarla muchas veces, pero en todas encontró una negativa por su parte. Alison no quería verlo, él después de todo no la culpaba y la entendía, pero necesitaba verla, necesitaba decirle la verdad antes de irse, necesitaba tenerla en sus brazos por última vez, aunque después la perdiera para siempre.

El sufrimiento que estaban pasando los dos en aquel momento era enorme, pero ¿ya qué más daba? De igual manera, no volverían a verse, pues la partida de Nicolás estaba muy cerca y la única pena que tenía era no poder verla antes de eso.

Alison no salió de su casa por miedo a encontrarse con él, ya que lo creía capaz de esperarla en la puerta y eso era lo que menos quería. Sus días habían sido desastrosos y todo porque su madre también la buscó, pero ella no quería ver a nadie, no estaba preparada para volver a enfrentarse con su madre y menos después de haberla echado de su vida como lo hizo.

Después de dos días, Marcos fue a la habitación de Alison para recordarle la cita con el médico. En dos horas, tenía que ir a quitarse la escayola. Su hermano pegó en la puerta varias veces y no respondía.

—Alison, Alison, abre la puerta. Tenemos que ir al doctor para quitarte la escayola —informó Marcos.

—No pienso ir y déjame en paz, por favor —respondió cabreada. Estaba

harta de que todos los días estuvieran en su habitación intentando hacerla salir de él.

—Por favor, Ali. Tienes que ir. Hazlo por tu pierna. —Los intentos para convencerla no estaban sirviendo de nada y se estaba preocupando.

—Marcos, vete, por favor. Busca al hermano de Edgar, sal con él y ¡déjame en paz! —gritó mientras cogía del suelo un zapato y lo estampaba en la puerta bruscamente.

Marcos no pudo hacer más que irse y dejarla en paz. Tampoco iba a dejar que lo tratase mal y en ese momento su hermana no estaba siendo sutil ni mucho menos cariñosa con él. Sabía el carácter que tenía y sobre todo sabía que no era fácil de llevar cuando se cabreaba, así que no le dijo nada más, se dio la vuelta y se fue.

Tres días después

—Alison. ¿Estás ahí? —preguntó Marcos golpeando la puerta de su habitación.

Ella seguía encerrada. No comía bien, no dormía y no podía seguir así. Su hermano Marcos estaba demasiado preocupado. Alison escuchaba cómo él golpeaba la puerta, pero no le respondía.

—Alison, tienes visita, Sophie está aquí y Edgar también —declaró este.

—Diles que se vayan. No quiero ver a nadie —respondió reprimiendo las lágrimas.

En esos días, lo único que hizo fue llorar por horas hasta quedarse dormida. Se levantó de la cama, se acercó a la puerta y cerró el pestillo. Sabía que su hermano sería capaz de entrar sin permiso y no lo iba a permitir. Marcos, al ver lo que hizo, comenzó a llamarla al móvil y a mandarle mensajes. De alguna manera tenía que conseguir que su hermana reaccionase, aunque todos los intentos eran en vano. Entonces le dijo a Sophie que hablase con Alison, pues tenían que seguir intentándolo.

—Alison, cielo. ¿Estás bien? Tienes que salir, por favor, quiero verte. Te echo mucho de menos —refirió Sophie.

Esas palabras llegaron al fondo de su corazón, necesitó todos esos días escuchar palabras así, pero no llegaban en el mejor momento, ni de la persona indicada.

—Lo siento, Sophie, siento mucho lo que os estoy haciendo pasar, pero es que no quiero ver a nadie y ninguno deberíais estar aquí y perder el tiempo con alguien como yo.

Habían sido unas palabras muy duras, pero era lo que sentía. Su amiga lo entendió y no quiso decirle más, así que salió al salón. En este estaba Bibiana, Marcos y Nicolás, pero ni rastro de Edgar. Aunque al ver a Nicolás, ató cabos y supo por qué no estaba su amigo.

Bibiana quería entrar en esa habitación y hablar con su hija, ella era la única que podía conseguir que Alison reaccionara. Además, tenía que llamar a su padre, Carlos, pues este se moría de ganas de hablar con su princesa y Bibiana juraría que su hija también lo deseaba, así que sin que nadie se diera cuenta, se levantó del sofá y antes de ir a ver a su hija, se acercó a Nicolás y le dijo:

—Nicolás, quiero que te vayas —habló seriamente y Nicolás frunció el ceño mientras negaba eufórico—. Lo siento, pero necesito que no estés aquí para que mi hija me abra la puerta. Sé cómo hacerlo —declaró.

—No puedes pedirme eso. Necesito verla y decirle que me...

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Bibiana sin dejarlo terminar.

—Nada... Está bien, me iré —dijo y se dio la vuelta para irse—. Solo te pido una cosa.

—Lo que tú digas.

—Dile la verdad, por favor, y dile que la amo. —Después de esa declaración se fue y Bibiana siguió su camino.

Cuando llegó a la puerta de la habitación de su hija, suspiró nerviosa, pues sabía que conseguir que ella la dejara entrar iba a ser complicado, pero tenía que intentarlo y debía conseguirlo. Bibiana golpeó la puerta y Alison no

respondió.

—Alison, hija. Soy yo, mamá. ¿Puedo entrar?

—¿Mamá? —preguntó sorprendida—. No, no puedes pasar y por favor, déjame en paz de una vez.

—No pienso irme sin hablar contigo —afirmó su madre.

—Pues pierdes el tiempo. No te dejaré entrar.

—Está bien. Me quedaré aquí hasta que salgas, total, no tengo nada mejor que hacer —respondió y cogió una silla para sentarse en la puerta.

Pasaron las horas y Bibiana seguía ahí sentada. Intentó hablar con su hija más de una vez, pero esta no respondía y al verse acorralada, cogió su móvil, conectó los auriculares y se puso a escuchar música para así no oír más a su madre y a nadie. Bibiana no sabía que su hija había hecho eso y seguía sentada hablando sola.

Marcos estaba solo en el salón con Sophie. Esta no quería irse hasta no ver a Alison, aunque sabía que las horas iban a pasar y no la vería, pero allí estaría esperando. Mientras tanto, comenzó a hablar con Marcos y este se puso nervioso, pues Sophie era una chica muy guapa y hacía tiempo que él la miraba en la lejanía, aunque su hermana pensara que era gay, no lo era.

—¿Crees que saldrá de esa habitación? —preguntó Sophie.

—No lo sé y estoy muy preocupado. Lleva días sin comer y ya deberíamos haber ido a que le quitaran la escayola. Hace tres días tenía que ir y no salió de la habitación. —Suspiró Marcos mirando al suelo nervioso.

—No te preocupes, Alison es inteligente y de alguna forma se dará cuenta que haciendo eso no solucionará sus problemas —expresó su amiga.

Marcos la miraba encandilado y Sophie lo notó, lo que provocó que se sonrojara. Hacía tiempo que nadie la miraba así y aunque deseó por mucho tiempo que quien la mirase fuera Edgar, nunca lo consiguió y ahora se encontraba ahí, delante de Marcos y atraída por un hombre perfecto. La duda de si era gay o no estaba en el aire, pues Alison todo se lo contaba y le dijo sobre las sospechas que tenía referente a la condición sexual de su hermano,

pero ahora que lo tenía delante, no pensaba que fuera así.

Una hora después, Bibiana se cansó de hablarle a la pared y se dio por vencida. Se levantó de la silla y salió al salón. Su hijo y Sophie seguían en la misma posición de como los dejó antes y le gustó ver a Marcos sonreír de la manera en que lo hacía con esa chica. Por lo menos uno de sus hijos se veía feliz. No sabía qué hacer y estaba perdida, su hija seguía sufriendo por algo que ella hizo y de alguna manera tenía que remediarlo.

Se acercó a su hijo y se sentó en el sillón de enfrente. Marcos la miró y sonrió apenado, dándose cuenta de que si su madre estaba ahí, era porque no había conseguido nada con su hermana.

—¡Nada, no hay manera de hacerla salir de la habitación y yo, yo soy la culpable de todo, Marcos! —exclamó llorando—. Mi hija es infeliz por mi culpa y tengo que decirle la verdad.

—¿De qué verdad hablas? —preguntó Marcos confundido.

—Pues...

—Será mejor que me vaya —dijo Sophie levantándose del sofá—. Cualquiera cosa me llamas, Marcos. —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Luego se despidió de Bibiana y salió del apartamento. Madre e hijo quedaron solos.

Bibiana no sabía cómo empezar a contarle la historia a su hijo, pues él era el mayor protagonista de todos. Tenía que decirle la verdad de una vez por todas. Por lo menos así, si ella se marchaba, su hija se enteraría por su hermano, su verdadero hermano.

—¿Y bien? ¿De qué verdad hablas, mamá? ¿Acaso tiene algo que ver con Nicolás y Alison? —Sin darse cuenta le hizo tres preguntas a su madre y esta se sintió agobiada, pues eran demasiadas las respuestas que tenía que darle a su hijo y con ello tenía que enfrentarse al pasado, un pasado que quiso dejar enterrado y que el destino se había propuesto en sacarlo.

—Peter es tu padre, Marcos —declaró de sopetón—. Nicolás es tu hermano, no el de Alison.

Marcos la miró con los ojos abiertos, intentando retener esa información que su madre guardaba desde hacía muchos años, pero ¿por qué nunca se lo dijo? Enterarse así, de que tu padre realmente es otra persona y que encima tienes otro hermano, no era plato de buen gusto. Enseguida pensó en su hermana y en la mentira que le hicieron creer para separarla del amor de su vida. ¿Cuál era su intención? No entendía por qué su madre hizo eso y desde luego no la perdonaría fácilmente.

—¿Cómo se te ocurre engañar así a mi hermana? —Eso fue lo único que él pudo decirle a su madre. Alison era lo más importante que él tenía y su dolor le hacía daño.

—¿Es lo único que vas a decir?

—¿Y qué quieres que te diga, mamá? ¡Engañaste a mi hermana, le hiciste creer que el hombre del cual está enamorada era su hermano y ahora resulta que no, que es el mío! En serio, no te entiendo —dijo levantándose del sofá y caminando hasta la ventana del apartamento. Su madre se levantó para ir tras él—. ¡No te acerques a mí...! ¡Es más, quiero que te vayas y nos dejes en paz de una vez! ¡No quiero volver a verte, mamá! —sentenció y fue a la habitación de su hermana.

Su madre, al oír eso, murió en ese instante, pero se lo tenía merecido o eso pensaba ella. Se enjugó las lágrimas y echando una última mirada al apartamento de sus hijos, salió de allí dejando su alma en cada rincón. Esa sería la última vez que los vería, por lo menos hasta que ellos mismos la buscaran.

Capítulo 32

A la mañana siguiente, Marcos se levantó con la intención de sacar a su hermana de la habitación de una vez por todas. El día anterior cuando echó a su madre, lo intentó de nuevo, pero no escuchó respuesta de su hermana, así que abrió la puerta de la habitación dándose cuenta de que Alison había quitado el pestillo. Cuando entró en esta, la vio acurrucada en la cama dormida. Se acercó a ella, vio la nariz roja de Alison, estuvo llorando por horas hasta que se quedó dormida. Marcos le dio un beso en la frente y la arropó, luego la volvió a mirar y se fue a su habitación a descansar. Esos días habían sido muy pesados y estaban muy cansados.

Marcos se dirigió a la habitación de su hermana y entró. Esta aún seguía dormida, cosa que le extrañó a Marcos, pues Alison era muy madrugadora. Se sentó en la cama y cogió su mano.

—Alison, despierta —susurró acariciando su mejilla.

Alison abrió lentamente los ojos y al ver a Marcos se cabreó. La noche anterior estaba tan cansada que se le olvidó cerrar el pestillo.

—¿Qué haces aquí? Vete, por favor. No quiero ver a nadie —habló escondiendo su cabeza en la almohada.

—Alison, por favor. Tienes que ir al doctor a quitarte esa escayola, así que levántate, dúchate —refirió tapándose la nariz bromeando—. Y ponte guapa.

—¡Oye! Yo no apesto.

—Un poco sí —respondió consiguiendo que sonriera.

Verla sonreír después de una semana le alegró. Siempre fue así, siempre conseguía que, en los peores momentos, su hermana le enseñara su perfecta sonrisa. Alison le dio un beso en la mejilla y se levantó para ducharse. Cuando entró al baño, se puso una bolsa de plástico en la escayola y entró en la ducha, abrió el grifo y le cayó el agua helada, por un momento gritó, pero después lo agradeció. Después de unos minutos bajo el agua, terminó de enjuagarse y salió enrollada en una toalla grande. Su hermano seguía en la habitación, la miró y allí se quedó ante ella.

—¿Puedes irte? No quiero que me veas desnuda. —Se señaló el cuerpo reprimiendo una sonrisa.

—No saldré de aquí sin ti, así que me doy la vuelta y así no te veo.

—Marcos, por favor, no seas crio. Te prometo que sí iré a quitarme la escayola —respondió—. Además, ¿te crees que quiero tenerla para siempre? Ya estoy cansada de llevarla puesta.

—Está bien, saldré, pero te doy cinco minutos, si no sales, entraré por ti.

Alison, cuando se vio sola en la habitación, suspiró con una sonrisa en la cara. Adoraba a su hermano y la manera que tenía de hacerle sonreír hasta en los peores momentos. Recordó cuando su padre estuvo en el hospital y ella se sentía tan perdida que tuvo que salir de ese lugar para pensar. Todo pasaba demasiado deprisa. Su padre, Nicolás y su madre con Peter. En todos y cada uno de sus amargos recuerdos estaba Nicolás, pero también en los más bonitos que había tenido en toda su vida.

Se enfadó consigo misma por pensar en él otra vez. Desde que lo dejó en la puerta del hospital, no paraba de tenerlo en su mente, Nicolás no salía de su vida, no salía de su corazón y estaba harta de todo. Lo necesitaba y llegó a pensar en que daba igual que fueran hermanos, ellos se enamoraron sin serlo y con ese amor no podían hacer nada.

Cuando terminó de vestirse, salió de la habitación y se acercó a su hermano, este estaba de espaldas, lo abrazó por detrás y su hermano cogió sus manos.

—Ya pensaba que no saldrías —susurró Marcos con la voz entrecortada.

Él también estaba sufriendo y más después de saber que Carlos, ese hombre que lo crió como un hijo, que le dio todo el amor que un verdadero padre puede dar, no lo era y eso le dolía. Ahora se encontraba con un nuevo padre y un hermano.

—¿Estás llorando? —preguntó Alison y Marcos se secó las lágrimas, esas que salieron sin avisarle siquiera—. Marcos, dime que te pasa, sabes que puedes contármelo todo, ¿verdad?

—No es nada, no te preocupes —respondió dándose la vuelta—. Vamos, hay que quitarte esa escayola para que puedas caminar tú solita.

Alison no dijo nada más y con la ayuda de la muleta y su hermano, caminaron hasta la salida.

El camino en el coche fue en completo silencio, aunque Alison se moría por saber qué rondaba la cabeza de su hermano, pues desde que salieron del apartamento lo había notado muy extraño y estaba preocupada.

Por el camino, Alison pensó miles de cosas. Los recuerdos del pasado aún seguían muy presentes, su madre hizo recordar todos y cada uno de ellos. Pensó en su padre, Carlos, y se secó una pequeña lágrima que hizo de las suyas, pues desde hacía dos años no sabía nada de él y, al fin y al cabo, para ella ese hombre era su padre y siempre lo sería.

Una hora después, estaban en la sala de espera del hospital, esperando que el doctor que atendió a Alison saliera a recibirla. Alison no tenía cita, pues se le pasó por no querer salir de la habitación y ahora tenía que esperar a que el médico tuviera un hueco y pudiera atenderla.

Mientras esperaban, Alison intentó entablar conversación con su hermano, pero este siempre la evadía y hacía que su hermana se preocupara aún más. No sabía qué podía pasarle, solo que era algo grave y que seguro su madre tenía mucho que ver en eso.

—Marcos. —Alison tocó su mano y su hermano la miró—. ¿Me dirás de una vez qué te pasa? —preguntó.

—Aún no, pero te prometo que cuando esté preparado, te lo diré —

respondió.

Se sentía perdido, sin saber cómo contarle a su hermana la verdad y sabía que cuando se lo dijera se enfadaría con él por no contarle antes, pero tenía miedo a que cometiera una locura. No quería que llamara a su madre y la odiara más de lo que ya lo hacía, no quería que viviera así, llena de odio. Su hermana se merecía toda la felicidad del mundo y él lo único que deseaba es que la consiguiera de una vez y se iba a encargarse de ello.

Nicolás estaba en su casa esperando la tan ansiada llamada de Alison, pero esta no llegó y se preocupó, pues Bibiana le dijo que le diría a su hija la verdad y si ella aún no le comentó nada, solo podía significar una cosa: no lo sabía aún.

Cuando se fue del apartamento de Alison, no sabía dónde ir y casi lo daba todo por perdido, sin saber qué hacer para recuperarla de una vez. Antes de llegar a su casa, dejó el coche aparcado en un parque, caminó sin rumbo alguno, hasta que llegó a la Torre Eiffel. La miró desde abajo, ya que él quería subir con ella. Su idea era llevarla hasta allí y arriba, pedirle matrimonio. Había soñado tantas veces con ese momento y lo veía tan lejano que... ya no sabía qué hacer. Por más que pensara, por más que deseara tenerla, todo se iba por la borda.

Después de pasar toda la mañana pensando en ella, se levantó y cogió su móvil para llamar a Marcos. Quería saber cómo estaba ella y decirle que se iba en dos días. Sí, su general lo llamó ayer pidiendo que llegara antes, así que solo le quedaban dos días para poder reconciliarse con ella. No sabía cómo le iba a decir a Alison de su marcha.

Buscó el número de Marcos y le dio a llamar, este lo cogió al tercer tono. La voz de su “cuñado” sonó triste y enseguida pensó en Alison y se preocupó.

—*Marcos. ¿Pasó algo con Alison?* —preguntó Nicolás desesperado por

verla.

—No, no. *¿Por qué? Estamos en el hospital, le quitarán la escayola.*

Nicolás expulsó el aire que estaba reteniendo y se sentó de nuevo en la cama. Desde ayer no salía de su habitación y ni siquiera había comido.

—*Te noté extraño y me preocupé, pero bueno... Te llamaba para saber de ella y también para decirte algo.* —Ahora era Nicolás el que hablaba con la voz entrecortada—. *En dos días tengo que irme de nuevo, Marcos, y antes quiero verla por última vez. Necesito verla.*

“Alison Morgan”. Escuchó la voz de alguien llamando a Alison.

—*Lo siento, el médico llamó a mi hermana. Espera un segundo.*

Mientras volvía Marcos, Nicolás fue hasta la cocina y sacó de la nevera la jarra de zumo, vertió un poco en un vaso y se lo tomó. Minutos después, volvió a escuchar a Marcos.

—*Alison está dentro de la consulta. ¿Dónde te vas?* —preguntó Marcos sorprendido.

—*Tengo que volver a Afganistán y ahora no sé cuánto tiempo estaré allí.*

—Se quedó en silencio mientras suspiraba—. *Marcos, necesito verla, por favor. Dile que venga a verme o que me deje verla. Ayúdame, hermano.*

Cuando Nicolás lo llamó hermano, a Marcos algo se le quebró dentro de él. Nicolás no sabía toda la verdad, lo único que sabía era que Alison y él no eran hermanos, pero Bibiana no le contó que su verdadero hermano era Marcos.

—¿Qué dijiste? —preguntó Marcos, él solo había retenido la palabra hermano—. *¿Me llamaste hermano?*

—*Lo siento, Marcos. No quería molestarte.*

—*No, no... no es molestia, es que me extrañó oírtelo decir.*

—*Está bien, entonces... ¿Me ayudarás?*

—*Cuenta con ello, yo mismo la llevaré a tu casa, hermano.*

Después de esa conversación colgó y una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. Todavía mantenía una pequeña esperanza de recuperarla, aunque

después se fuese.

Alison salió de la consulta después de media hora. Aún se sostenía con la muleta, pero por lo menos ya podía apoyar el pie un poco en el suelo. Se sentía liberada después de todo. Su hermano la esperaba sentado en la misma silla de cuando ella entró y, al verla, se levantó y la ayudó a caminar. No quería que se hiciera daño de nuevo. Caminaron hasta la salida y cuando estuvieron en el coche, Marcos arrancó y puso camino al centro de París. Quería invitar a su hermana a comer y que mejor sitio que el bar donde ella trabajaba. Su jefe se pondría feliz de verla y sobre todo su amiga Sophie.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Alison curiosa.

—Es una sorpresa... Por cierto, ¿qué te dijo el doctor?

—Pues que tengo muy bien la pierna, pero que no puedo esforzar mucho, si no, la recuperación será más lenta y me perderé demasiadas cosas —respondió con una sonrisa.

Al llegar al bar, Alison sonrió al ver a su amiga Sophie en la puerta de este, salió del coche y su amiga corrió hasta ella para abrazarla. Llevaban muchos días sin verse y se echaban de menos. Edgar también estaba, pero lejos, no quería importunar y después de todo lo que había pasado las últimas veces, no merecía que Alison lo mirase siquiera, aunque él sabía que ella era muy buena.

—Te he echado de menos —dijo Sophie besando su mejilla.

—Yo también a ti.

Al entrar al bar, su jefe fue hasta ella y le dio un abrazo. Ese hombre había sido muy considerado con ella después de todo, había faltado al trabajo demasiado y aún no lo había perdido. Se sentaron en su mesa y Edgar la miraba desde lejos. Alison lo miró y le sonrió apenada. No quería perder su amistad, él fue el único que la ayudó cuando llegó a París y si no hubiese sido por su ayuda, no habría conseguido tantas cosas. Alison le hizo una señal y este se acercó para darle un beso y pasar con ella ese momento.

Todo en ese momento parecía ir bien, pero Alison no se esperaba la noticia

que Marcos estaba a punto de confesarle. ¿Qué pasaría cuando se enterase de la verdad? ¿Y qué pasaría cuando supiera de la partida de Nicolás?

Capítulo 33

Marcos observaba a Alison y la veía tan feliz en ese momento que contarle todo le costaba, pero había que decírselo. Ya casi tenían que volver al apartamento, pero no irían allí, en el coche le diría todo y que ella eligiera dónde ir.

Habían cenado allí, habían bebido algo y estaban muy relajados, aunque Marcos no dejaba de pensar en Nicolás y su hermana. No dejaba de pensar en la partida de su hermano y en cómo se lo iba a tomar Alison. Ella sufriría de nuevo, pues iba a recuperar y perder a su amor a la vez. ¿Cómo se vive con eso?

La noche estaba cerca y Alison se sentía cansada, demasiado, así que Marcos se levantó y se puso a su lado para poder hablarle.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Marcos en su oído y ella asintió.

—Bueno, chicos, me voy a ir ya. Estoy cansada —dijo Alison levantándose de la silla. Se despidió de Sophie y Edgar, y después de decirle adiós con la mano a su jefe, salió del bar con su hermano.

Ya en el coche, Marcos arrancó y condujo hasta el parque donde aparcó de nuevo. Alison lo miró extrañada y tocó su hombro preocupada. Ella sabía que a su hermano le pasaba algo, pero esperaba que él mismo se lo dijera. Únicamente deseaba que no fuera algo grave, porque no soportaría más una mala noticia.

Marcos la miró y suspiró antes de hablar. No sabía cómo empezar. ¿Cómo le

dices a tu hermana que todo era una mentira? Alison ya estaba cansada de esperar y le dijo:

—Dime de una vez lo que tengas que decirme porque no creo que me hayas traído aquí para ver las palomas —refirió Alison y Marcos sonrió negando.

—Verás... No sé cómo empezar a contarte —exclamó Marcos—. Nicolás y tú no sois hermanos. Todo fue una mentira de mamá y Peter para separaros. — Los ojos de Alison se abrieron en el mismo momento en el que se llenaban de lágrimas.

¿Cómo era posible que su madre le mintiera así? Pensó.

—Esto no puede estar pasando... esto no es real —decía sin parar Alison—. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¡Porque no creo que te hayas enterado hoy!

—Me lo dijo mamá antes de irse. Además, ¿cómo crees que te iba a decir esto? Tenía que pensarlo mucho para poder confesártelo —declaró Marcos y Alison se secó las lágrimas estúpidas que no paraban de salir—. Alison, eso no es lo único que debes saber.

—¿Hay más? —preguntó y su hermano asintió agachando la cabeza.

—El verdadero hermano de Nicolás soy yo.

Su hermana no daba crédito a todo lo que estaba escuchando y aunque siempre sospechó la posibilidad de que Marcos fuera hijo de Peter, nunca lo pudo comprobar, hasta hoy.

No dejaba de pensar en esa mentira que cambió su vida durante dos malditos años, pues de no haberlo sabido, ahora no estaría en París y seguiría con Nicolás. Incluso podría pensar en que se casarían como se prometieron antes de su marcha.

En ese momento, pensó que tenía que verlo, tenía que buscar a Nicolás y decirle la verdad. Ya no había nada que los separara o eso pensaba ella.

—¡No puede ser que nuestra madre nos haya ocultado todo esto tantos años! ¡Nos han tratado como críos! —exclamó Alison cabreada.

—Lo sé —respondió—. Alison, te he dicho esto antes de llegar al apartamento, para que elijas realmente dónde quieres ir. Puedo llevarte a casa

de Nicolás para despedirte... —Enseguida Marcos se dio cuenta de que había metido la pata. Alison lo miró con el ceño fruncido. ¿Qué significaba eso? ¿Tenía que despedirse de Nicolás?

—¿Qué dices?

—Nada.

—¡Habla de una vez, Marcos! ¡¿Por qué tengo que despedirme de Nicolás?! —preguntó alzando la voz.

—Ali, Nicolás tiene que volver a Afganistán. Se va pasado mañana. — Alison no podía creer que eso estuviera pasando de nuevo. No podía perderlo ahora que lo estaba recuperando.

—¡Llévame a casa de Nicolás, por favor!

Marcos sabía que su hermana le pediría eso, así que arrancó y puso camino hasta la casa de Nicolás.

Por el camino, Alison no paraba de pensar en él, no podía dejar de pensar en todo el tiempo que habían perdido por culpa de una maldita mentira y ahora que podían estar juntos de nuevo, él tenía que irse. Esto no podía estar pasando. Alison estaba mal y tenía que intentar algo, tenía que impedir que Nicolás se fuera de nuevo.

«No puedes irte, Nicolás, no ahora», pensó.

Al llegar a casa de Nicolás, Alison se bajó del coche sin ayuda de su hermano y cojeando caminó hasta la puerta de la casa. Su hermano esperó a que llegara y que Nicolás le abriera la puerta. Alison tocó el timbre y después de unos segundos que le parecieron eternos, su francés abrió la puerta quedándose boquiabierto al verla allí, ante él. Marcos arrancó y se fue. Alison, sin pensarlo, se abalanzó sobre él y besó sus labios con pasión. Nicolás la recibió con los brazos abiertos y se dejó besar hasta el cansancio. Al separarse, pegaron sus frentes y Alison ya tenía esas pequeñas lágrimas que salían rápidamente poniéndola en evidencia.

—Te amo, Nicolás, nunca dejé de hacerlo —declaró—. Ya sé toda la verdad y siento todo lo que te hice pasar. —Suspiró y Nicolás secó sus mejillas.

—No tienes que disculparte. No sabías nada —respondió—. Yo también te amo, mi cisne.

Se quedaron abrazados por una eternidad y no querían que el tiempo pasara y lo robara todo. Nicolás debía irse y, ahora que la tenía entre sus brazos, odiaba tener que hacerlo. Alison se sentía protegida con él. Pensar que solo le quedaban dos días para estar juntos, la mataba. Se separó de él y lo miró con miedo; esa mirada no pasó desapercibida para Nicolás y la llevó hasta el salón para hacer que se sentara. Tenían mucho que hablar y ella aún tenía la pierna mal. Se sentaron y Alison cogió sus manos temblorosas. Nicolás la atrajo hasta él y la besó, pegó sus labios de nuevo y aunque sabían que tenían que decirse muchas cosas, ese no era el momento. Se necesitaban demasiado, se amaban demasiado.

—No te vayas, Nic, por favor —susurró Alison entre sollozos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él secando sus lágrimas.

—Marcos me lo dijo.

—Lo siento, pero me quedan unos meses por cumplir y debo irme —explicó temeroso de su reacción.

Alison se puso a horcajadas en sus piernas y besó sus labios con dulzura, una dulzura aplastante que lo hacía volar y caer al vacío a la vez. El deseo se podía palpar con la yema de sus dedos y no podían hacer más que amarse. Eso pedían sus cuerpos, eso pedían sus corazones, amarse hasta morir, amarse hasta que el camino se acabara.

Nicolás besó desde sus mejillas mojadas por las lágrimas hasta llegar a sus pechos, por encima de la tela de la camisa que Alison llevaba, a ella se le escapó un gemido y eso fue lo que encendió a Nicolás. La cogió en brazos y, sin dejar de besarla, la recostó en el sofá, quedando él encima de su cuerpo. Poco a poco, sus ropas fueron desapareciendo. Se deseaban, se amaban y no iban a desaprovechar el momento de tener sus cuerpos unidos en uno solo, como siempre debieron estar, como siempre estarían.

—Eres la mujer más maravillosa que he conocido en toda mi vida y te voy

amar por siempre —declaró Nicolás mientras por sus mejillas rodaban algunas lágrimas traicioneras.

—No hagas de esto una despedida, porque no lo soportaré... Vamos a estar juntos por siempre, mi francés. —Y antes de que él respondiera, besó sus labios para callarlo. Lo que tuviera que decirle, se lo diría en otro momento.

Ya desnudos completamente, Nicolás la adoró y la llenó de besos. Todo su cuerpo se estremecía, a cada beso que Nicolás daba en cada rincón de su piel. Esos besos iban acompañados de lamidas e incluso de una que otra mordida. La estaba volviendo loca y lo que ella más ansiaba era que la hiciera suya de una vez por todas. Ella levantó su pelvis para incitarlo y él cogió el mensaje. De una sola estocada, entró en ella como deseaba, como necesitaba, llenándola por completo. Nicolás al principio se movía despacio, disfrutando el momento de hacerle el amor, porque eso le hacía, el amor. De pronto Alison hizo un movimiento brusco, provocándole una pequeña punzada en la pierna, pero que ignoró completamente, para quedar encima de él. Nicolás no se lo esperó, pero se dejó hacer.

Alison se movía despacio, quería volverlo loco, como él intentaba hacer con ella. Nicolás cogió sus pechos entre sus manos y se los llevó a la boca, arrancándole un gruñido desde lo más profundo de su garganta, que provocó que Alison se moviera a un ritmo frenético; así hicieron el amor por horas, pensando que quedarían satisfechos, pero no. Cada vez se deseaban más y no sería fácil la separación que estaba a punto de producirse.

A la mañana siguiente

Nicolás se despertó y miró a su lado, donde Alison dormía plácidamente. Una noche llena de amor y ese día sería lleno de dolor. Hablarían de todo y puede que todo acabara. Nicolás no quería que ese día pasara, no quería tener que irse mañana y perderla para siempre, porque esta vez sí tenía miedo y estaba seguro de que nunca más volverían a verse. ¿Qué harían a partir de

entonces? No iban a poder soportar todo lo que se avecinaba, no iban a poder soportar la lejanía que se aproximaba a ellos, como un tornado, arrancándolo todo de cuajo. El amor es fuerte, pero ¿hasta cuándo podría soportar?

De pronto notó cómo Alison se removía e inconscientemente su cuerpo se pegaba al de Nicolás, necesitado de ser abrazado. Nicolás no se hizo de rogar y posó sus brazos alrededor de su perfecto cuerpo. Alison abrió los ojos y se dio la vuelta para ver el rostro de Nicolás recién levantado, se miraron y pegaron sus labios. Él no quería llorar, no quería dañar el mejor amanecer que había tenido en toda su vida, pero simplemente no podía. No se podía tapar el sol con un solo dedo.

—¡Buenos días! —exclamó Alison al separarse.

—Buenos días, preciosa. ¿Tienes hambre? —Alison asintió y se levantaron para ir a la cocina.

El tiempo que le quedaba con ella no quería pasarlo discutiendo y mucho menos sufriendo. Estaba retrasando la conversación y eso era algo inevitable, algo que tenían que hablar sí o sí y nada haría que se olvidara.

En la cocina, Nic preparó tortitas y le sirvió a Alison zumo de naranja. Se sentaron y comenzaron a desayunar. Ella lo miraba, esperando que él le dijera algo de una vez y Nicolás hacía como que no la veía, concentrándose solo en el desayuno. Quería pasar con ella una mañana normal, quería tener con ella una vida normal.

—Nic, por favor. Tenemos que hablar y lo sabes —refirió ella.

—Lo sé, pero no quiero estropear este perfecto momento... Alison, yo, yo te amo, pero no puedo quedarme —titubeó nervioso—. Me voy mañana y solo me queda pasar este día contigo y olvidarme del resto.

—Lo siento... No quería estropearlo, pero no puedo evitar hablar de lo que ha pasado —explicó ella—. Mi hermano me dijo que tú y yo no somos hermanos, pero eso no fue lo único que me dijo. —Nicolás la miró extrañado—. Marcos es tu hermano, Nic. —Se levantó y comenzó a dar vueltas por la cocina, nervioso. No podía creer lo que Alison le decía—. Nic, Nicolás,

tranquilo —habló ella acercándose a él por atrás.

—¿Cómo quieres que esté tranquilo si nuestros padres nos mintieron durante años? ¡Tengo un hermano y me entero ahora! —refirió Nicolás reprimiendo las lágrimas.

Se dio la vuelta y se aferró a ella. Alison lo cobijó y acarició su espalda para conseguir calmarlo. Todo lo que había pasado en tan poco tiempo estaba sobrepasando los límites y ya no sabía qué hacer.

Después de desayunar, se ducharon y vistieron, pues Nicolás quería llevarla a comer, quería pasar el día con ella.

En el coche, iban en silencio. Alison no se atrevía a hablar más, no quería estropear el maravilloso día que Nicolás quería darle, pero no podía dejar de pensar que después de ese día, el siguiente sería el peor de todos, teniendo que despedirse del hombre que amaba. La llevó a un restaurante cercano a la Torre Eiffel. Las vistas eran perfectas, pero la compañía lo era más.

No volvieron a hablar del tema y Nicolás lo agradeció, pues él sabía que Alison tenía en su mente muchas cosas y que ahí no terminaba esa conversación. Quedaban muchas cosas que decir.

Capítulo 34

Caminaron por el Campo de Marte durante horas y ese momento fue el más especial que habían vivido. Con ella no hacía falta decir nada y el día se le hacía corto. Se sentaron en un banco, Alison echó su espalda en su pecho y él la abrazó, escondiendo la cabeza en su cuello, impregnándose de su aroma floral. La amaba demasiado y las horas que les quedaban juntos querían que fueran especiales. Mañana el día cambiaría y todo se iría al traste, aunque tenía la esperanza de cumplir su sueño de hacerla su esposa, para así ser feliz por siempre.

—¿En qué piensas? —preguntó Alison entrelazando sus dedos con los de él.

Nicolás suspiró e intentó borrar la tristeza que le provocaba pensar en todo lo que estaba a punto de pasar.

—No te preocupes, mi cisne. No pienso en nada —respondió apretándola en su pecho.

—Entonces, ¿por qué suspiraste? —volvió a preguntar—. Nicolás, por favor. No quiero que te vayas y te lleves dentro algo que me tengas que decir. No quiero secretos entre nosotros. —Alison viró la cabeza para mirarlo y rozó sus labios con los de él. Al separarse, Nicolás suspiró exasperado.

—Es que no quiero hablar de nada. Simplemente pienso en el momento que tenga que irme y se me encoge el corazón, porque no quiero irme.

—No te vayas.

—Ojalá fuera tan fácil. Tengo que irme, Alison, pero esta vez volveré y

estaremos juntos por el resto de nuestras vidas. Te lo prometo —declaró cogiendo su mejilla, acariciándola con amor y volviendo a besar sus labios.

La amaba tanto que a veces dolía. Era un amor tan puro que tenía miedo, un miedo enorme se metía en su pecho y no lo dejaba respirar. ¿Sería que no volverían a verse? No quería pensar en esa posibilidad.

Estaban en el mismo momento que hacía dos años cuando él tuvo que irse la primera vez. Otra vez el miedo, el amor guardado, las dudas, aunque esta vez era diferente, pues esta vez sabía que volvería y que ella lo esperaría toda la vida si hacía falta.

—Ven conmigo —exclamó cogiendo su mano.

Ambos se levantaron del banco y Nicolás tiró de ella para caminar hacia la Torre Eiffel. Alison iba nerviosa, ella nunca subió a esa torre, pues pensaba que allí solo podían subir las parejas enamoradas. Siempre esperó el momento de hacerlo, de subir con esa persona importante de su vida y hoy se cumpliría uno de sus sueños. Nicolás pagó las entradas y agarrando su mano con fuerza, subieron. Los dos iban nerviosos y no era para menos. Él lo tenía todo preparado y sería el momento perfecto para pedirle que fuera su esposa, aunque ya le había pedido matrimonio una vez, esta era diferente, esta vez se cumpliría su deseo. Llegaron arriba y de momento estaban solos. El atardecer frente a ellos, viendo París desde lo más alto y abrazada al hombre que amaba, era mágico, simplemente perfecto.

—Alison —dijo Nicolás haciendo que ella volteara a verlo. Nicolás estaba de rodillas frente a ella, con una cajita de terciopelo rojo y el corazón comenzó a bombearle frenético—. Sé que no es la primera vez que me ves así, pero también sé que esta vez es diferente.

—Nicolás, mi francés... No tienes por qué hacerlo...

—Déjame hablar, por favor —la cortó mientras suspiraba. El corazón se le saldría de la boca en cualquier momento—. Mañana me voy, eso es un hecho y aunque no quería que eso pasara de nuevo, pasó y no hay marcha atrás... Por eso quiero, te pido por favor, que me esperes, Alison. ¿Quieres ser mi esposa?

—Nicolás tenía los ojos llenos de lágrimas y Alison se puso de rodillas ante él mientras asentía con la cabeza, pues las palabras en ese momento no le salían.

—Claro que quiero casarme contigo y te esperaré toda mi vida... Hasta que el camino se acabe, ¿recuerdas? Siempre me tendrás —respondió entre sollozos.

Sus labios se pegaron y escucharon aplausos, no se habían dado cuenta que ya la gente comenzaba a subir a la preciosa torre. Se separaron y miraron a su alrededor. Alison estaba roja como un tomate y Nicolás besó su perfecta mejilla sonrojada. Siempre la vio como la chica más dulce y perfecta de todo el mundo.

Ni siquiera pensó en cuando la vio por primera vez. Se había enamorado de ella al instante, teniendo el mayor de los flechazos y comenzó a amarla en el momento que la vio bailar en aquel puente.

Echaban de menos esos momentos en aquel lugar y deseaban volver para sellar su amor allí.

Minutos después bajaron de la torre y fueron a cenar al Restaurant de la Tour. Tuvieron una velada romántica de ensueño y Alison jamás pensó que su día acabaría así, siendo la prometida de Nicolás y celebrándolo. Luego pensaba en el siguiente día y su cara cambiaba a una llena de dolor. No sabía cómo iba a afrontar la despedida de su gran y único amor, al igual que ella, Nicolás estaba destrozado por el mismo motivo.

Los dos intentaban parecer felices, en cierto modo así era, pero no podían negar lo que pasaría en pocas horas. Tendrían que decirse adiós y a saber cuándo volverían a verse. Puede que no lo hagan, puede que sea su última noche juntos, puede que todo acabe y sus vidas se separen para siempre.

Terminaron de cenar, Nicolás quería llevarla a su apartamento, pero Alison se negó en rotundo, ya que quería ser ella quién lo llevara al aeropuerto, sabiendo que la despedida allí sería más dolorosa.

—Te llevaré a tu apartamento —refirió Nicolás.

—No. ¿Por qué quieres despedirte ya? Esta noche quiero pasarla contigo, Nic. Es nuestra última noche y no quiero irme a mi habitación, encerrarme en ella y no dejar de pensar en ti. ¿Me entiendes? —preguntó y Nicolás asintió comprendiéndola, pero no quería verla llorar. Aunque el que no quería llorar era él. El que no quería sufrir era él, pues le costará la vida separarse de ella.

No podían perder tiempo y qué mejor manera que entregándose el uno al otro, amándose, prodigando su amor con cada beso y caricia...

Terminaron en la cama, después de tropezar veinte veces con cada esquina y mueble que se encontraban. Entre risas, besos y sonidos de placer. Revolviendo las sábanas, adorándose mutuamente, entretejiendo sus cuerpos hasta el punto de no saber dónde empezaba ella y acababa él.

Nicolás la llevaba al límite, límite que no era otro que las estrellas. La saboreaba a placer, concienzudamente, memorizando cada curva, cada recoveco oculto de aquel manjar que le había regalado la vida. Alison gemía, gritaba deseosa. Pidiéndole a casi sollozos que la hiciera suya. Él gustoso la llevó al cielo. En cada embestida, en cada vaivén de sus caderas le hacía perder la cordura.

A la mañana siguiente, Nicolás se despertó a las siete de la mañana, pues el avión salía a las once y aún le quedaba algunas cosas por guardar. Alison aún dormía y no quería despertarla. En realidad, le dejaría una carta y se iría. No quería que ella fuera al aeropuerto a despedirse de él, a separarse de él, sabía Dios hasta cuándo, así que, sin más, se vistió y cogió papel y boli para escribirle sus últimas palabras. Mientras escribía, un nudo en el estómago se hizo presente y sus ojos se fueron llenando de lágrimas. Precisamente eso era lo que no quería que pasara en el aeropuerto.

“Alison, mi cisne hermoso. Perdóname por no dejar que vengas conmigo

al aeropuerto, pero es que no quiero verte llorar con mi partida... Yo me siento destrozado y prefiero recordarte así, recostada en mi cama, con tu cabello abrazando mi almohada y tus mejillas sonrojadas. Esa es la imagen que quiero grabar en mi mente y la que prefiero ver.

No sé cuándo volveré, pero te prometo que lo haré, te prometo que volveremos a encontrarnos y me casaré contigo. Te amo, mi cisne, no lo olvides nunca, pues eso me llevo yo, tu amor para siempre grabado a fuego en mi pecho... No sé cómo despedirme de ti, ni mucho menos como decirte adiós, así que no te lo diré.

Hasta luego, mi cisne... Te amo. Tu francés”.

Después de escribirla se acercó a ella, besó despacio sus labios y dejó la carta en la almohada, cerca de su mano. Luego, la miró por última vez y salió de su casa en dirección al aeropuerto.

En su coche iba pensándola, deseando volver a su casa y encontrarla de nuevo allí, descansando en su cama y de donde no la dejaría salir nunca. Minutos después, llegó al aeropuerto y aún le quedaban dos horas para embarcar, así que se fue a una cafetería para desayunar algo y luego se iría.

En la casa, Alison se despertó y miró hacia ambos lados, buscando a Nicolás. No lo encontró, en cambio, vio un papel doblado encima de la almohada que decía “Para mi cisne”. Alison lo cogió con manos temblorosas y lo desdobló. Comenzó a leerlo y no podía creer que Nicolás se marchara sin decirle adiós, sin dejar que lo acompañara al aeropuerto.

Con el corazón en un puño y los ojos llenos de lágrimas, se vistió a toda prisa. Iría al aeropuerto a decirle adiós, aunque él no la quisiera ver, la vería y no iba a dejar que se marchara sin por lo menos besarla por última vez. Terminó de vestirse y bajó las escaleras, cogió su bolso y saco de este su móvil. Necesitaba que Marcos la recogiera y la llevara, pues por ahí no pasaban taxis.

—¿Alison?

—¡Marcos, necesito que vengas cagando leches a casa de Nicolás, por

favor! ¡Quiero que me lleves al aeropuerto!

—*Está bien, voy enseguida.*

Colgó y se sentó en el escalón del porche a esperar a su hermano.

La espera se hacía eterna y miraba el reloj cada cinco minutos. Nicolás estaba a punto de embarcar y no podía irse sin verlo por última vez. Minutos después, Marcos llegó, Alison corrió como pudo, pues su pierna aún estaba frágil y se montó en el lado del copiloto.

—¡Arranca! ¡Corre! —gritó poniéndose el cinturón.

—Quiero llegar vivo, ¿vale?

—¡Pues acelera o no llegarás! —amenazó su hermana haciéndolo reír—. No es momento de risas, Marcos. Nicolás se va y no lo veré más. ¡Joder! —exclamó cabreada—. ¡Francés tenía que ser! ¿Por qué cojones no me dejó acompañarlo?

—Alison, yo lo entiendo. No quiere que sufras y si vas, pasará eso, sufriréis los dos.

—Ya estoy sufriendo, Marcos. ¿Qué más da? Yo lo amo y no puedo dejar que se vaya así sin más. —Su hermano asintió y aceleró lo que pudo.

Media hora después llegaron. Alison salió del coche como alma que lleva el diablo, casi con el coche en marcha. Corrió sin importarle su pierna, corrió para verlo, estaba desesperada pues no lo encontraba. Miraba todas y cada una de las pantallas de vuelos, pero no daba con el suyo y es que realmente no sabía dónde iba primero.

Buscó por cada rincón del aeropuerto, pero dentro no la dejaban pasar a no ser que comprase un billete de avión. Pensó en hacerlo, pero sería una locura, pues ya eran cerca de las once y era seguro que Nicolás estaba sentado en el avión, esperando que este despegara y lo alejara de ella.

—Dios, ya se fue —susurró apenada. Se agachó cansada, pues ya se había dado por vencida.

Marcos llegó hasta ella y tocó su hombro. Alison lo miró y abrió los ojos como platos, al ver que su hermano le extendía un pasaje de avión a Madrid.

Se extrañó, pero lo cogió, así por lo menos entraría para buscarlo, todavía quedaban diez minutos y tenía la esperanza de encontrarlo.

—¡Gracias, grandullón! ¡Te quiero! —Lo abrazó.

—¡Anda, corre! ¡Que se te escapa el amor de tu vida! —dijo y ella asintió—. Alison, lo compré para Madrid para que vuelvas a casa. Solo tienes que decirme que te mande tus cosas y lo haré.

Su hermana no respondió y besó su mejilla antes de salir corriendo. Llegó al control policial y la dejaron pasar, pues no llevaba nada, ni equipaje, solamente llevaba su bolso.

Cuando pasó, buscó por todos lados. Miraba el reloj y faltaban cinco minutos para que el vuelo de Nicolás despegara. No podía correr más de lo que ya lo hacía. Los avisos de vuelos cada vez se escuchaban más y sobre todo de pasajeros que llegaban tarde. No podía creer que no lo encontrara, mantenía la esperanza de volver a verlo.

Alison, cansada, se sentó en una silla con los ojos llenos de lágrimas y la cabeza agachada. Ya sí lo daba todo por perdido. Su vida cambiaría a partir de ese momento y no sabría cuándo levantaría cabeza. Porque todo pasó demasiado rápido, porque su vida con Nicolás había sido una carrera a ciento cuarenta kilómetros por hora y la vida se le estaba yendo en ese instante. Entonces, sin esperarlo, escuchó cómo llamaban a Nicolás, con el vuelo M-450 con destino a Madrid y la puerta era la diez. Ella estaba en la cinco, había estado tan cerca de él. Se levantó eufórica y corrió, chocaba con todo el mundo y hubo un momento en que su pierna falló, pero le dio igual, ya estaba llegando. Cuando estaba cerca, vio a Nicolás entregado su pasaje a una azafata y entraría por la puerta en menos de dos segundos.

—¡Nicolás! —gritó—. ¡Nicolás, espera! ¡No te vayas! —Nicolás la escuchó y se dio la vuelta extrañado, pues escuchaba su voz.

Cuando la vio correr hasta él y cojeando, se sintió el peor hombre del mundo por no dejar que ella lo acompañara. Importándole muy poco que la azafata le amenazara con que perdería el vuelo, corrió hasta ella y, al alcanzarla, la

abrazó fuerte, encerrándola entre sus brazos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entre sollozos.

—Tenía que verte por última vez. No podías irte sin besarme, Nicolás... Bésame, por favor. Ámame —pidió con la voz entrecortada y Nicolás no la hizo esperar.

Pegó sus labios llenando su corazón herido de amor, besando sus labios y amándola al mismo momento, como ella le pidió. No podían estar separados y perderla ahora era morir al instante.

Se separaron, había llegado el momento de decir adiós, aunque no querían, era lo que venía ahora. Alison volvió a abrazarlo y la azafata volvió a llamar a Nicolás.

—Hasta que el camino se acabe, te amaré por siempre, mi francés —declaró con lágrimas en los ojos y él besó cada lágrima.

—Lo sé, nunca he dudado de que eso pase... Te prometo que volveré y me casaré contigo, mi amor —respondió—. Te amo, mi cisne.

—Yo te amo, mi francés. —Se separó de ella, aún tenían sus manos entrelazadas, hasta que ya la lejanía los obligó a separarlas. Cuando eso pasó, Alison gritó:

—¡Te esperaré! —Y se perdió por esas puertas que lo llevaban al avión.

Alison subió su mano a su pecho y se arrodilló llorando. No podía estar pasándole eso de nuevo, no podía dejar de pensar que era la última vez que lo vería, que en París ya nada le retenía. Se levantó y se sentó en una silla, cogió el pasaje de avión que su hermano le había comprado para volver a su hogar, pero no sabía qué hacer. ¿Cómo miraría a su madre después de todo lo que había pasado? La echaba mucho de menos y, en ese momento, la necesitaba más que nunca.

Alison no lo pensó más y se fue a la puerta de embarque, volvía a Badajoz, volvía a su hogar después de más de dos años.

Capítulo 35

Alison había llegado a Madrid y de allí tenía que coger un autobús que la llevaría a Badajoz. Aún no le dijo a su madre que volvía, es más, ya estaba en España, la llamaría cuando llegara a la estación, o incluso cogería un taxi hasta su casa, sí, eso haría.

Mientras iba en el autobús, llamó a su hermano y este cogió el teléfono enseguida.

—*¡Vaya, al fin me llamas! Pensé que te habías ido a Madrid.*

—*Eh, sí... eso hice. Estoy en Madrid, Marcos. Bueno... ya casi llegando a Badajoz.*

—*¿En serio? ¿Y por qué no me llamaste antes?*

—*Lo siento, pero en el avión no podía hacerlo y después de despedirme de Nicolás, tenía que coger mi vuelo. Perdóname y gracias.*

Su hermano frunció el ceño al oír su agradecimiento. Ella no tenía nada que agradecer y sabía que cogería ese vuelo, pues Alison necesitaba volver a recordar quién era, necesitaba estar con su familia, con su madre y ese tiempo le serviría para reencontrarse con la mujer que le dio la vida.

—*No tienes por qué. Eres mi pequeña y haría todo por ti. Te quiero, enana.*

—*Te quiero, grandullón.*

Terminó de hablar con su hermano después de decirle que le mandara todas sus cosas, ya que no tenía pensado volver a París.

Las horas habían pasado y la llegada a Badajoz cada vez era más cercana.

¿Cómo fue que se subió a ese avión? Aún no creía que lo había hecho, no sabía cómo iba a reaccionar su madre al verla, o su padre. Con él llevaba mucho tiempo sin hablar, no tenía constancia de cómo estaba su salud o cómo iría el matrimonio de ellos. No sabía nada de nada.

Cuando llegó y se bajó del autobús, caminó hasta la salida y respiró profundo, llenando sus pulmones del aire familiar que tanto echaba de menos. Había regresado a casa y era para quedarse. Caminó decidida hasta un taxi y se montó en él, le dijo al taxista la dirección y este emprendió camino. Alison estaba muy cansada y se sobaba la pierna de vez en cuando, pues le dolía horrores. Había corrido demasiado y ahora tendría que descansar por días, hasta recuperarse del todo.

El camino se hacía eterno y los campos llenos de árboles cada vez se acercaban más. La llegada estaba próxima, aunque parecía lejana o era el miedo que sentía, pues ver a sus padres después de tanto, a su padre después de más de dos años, la ponía nerviosa. Entonces algo cruzó su mente, algo que tenía que hacer antes de llegar a casa, le indicó al taxista que la llevara a un lugar y este así lo hizo. Se metió por la carretera antigua, esa que daba a las casas de campo y al bosque, cuando el taxi no podía pasar porque la carretera se perdía, paró. Alison le pagó y se bajó.

Sentía que había llegado el momento de volver a ese lugar donde se enamoró y donde esperaba día a día la llegada de su primer amor, Nicolás. Caminó despacio, la pierna no la dejaba correr, más bien, la dejó llegar, pero cojeando y cuando llegó, sus ojos se aguaron. Ahí estaba frente a ella el puente que unía España con Portugal y donde había sido feliz, pero también infeliz. Caminó hasta las escaleras y se sentó donde siempre. Su mente comenzó a volar y se llenó de recuerdos.

Flashback

Alison se movía de una forma especial. Bailaba con los ojos cerrados, se metió tanto en la música que no notó que alguien la estaba mirando.

Nicolás, desde el otro lado del puente, la miraba impactado, embobado. El corazón de Nicolás latía frenético al verla así, tan concentrada en lo que hacía, era admirable y una delicia contemplarla.

Cuando la música terminó, Alison se sentó para descansar, seguía sin ver a Nicolás. Estaba tan absorta en lo que hacía, que no se había dado cuenta de que alguien la observaba.

—Te dije anoche que a lo mejor ya había llegado a quien esperabas — susurró Nicolás acercándose a ella sin querer asustarla, pero aun así Alison, se asustó, no lo esperaba.

—Dios, me has asustado. ¿Siempre me vas a estar asustando? — preguntó divertida.

Nicolás sonrió y le dio un beso en la mejilla mientras se encogía de hombros. Alison, al recibir ese beso, un cosquilleo sintió en su estómago y sobre todo ahí, donde él había pegado sus labios.

—Lo siento, no quería interrumpirte —afirmó avergonzado.

Se puso roja al darse cuenta de que podía haberla visto bailar y le dio un poco de vergüenza.

—¿Me has visto bailar? —preguntó un poco nerviosa.

Ese recuerdo la hizo sonreír, pero después de ese, vino otro y otro, no podía dejar de pensar en todo lo que había pasado en tan corto tiempo, pero después de recordar eso y revivir hermosos momentos, llegaron los instantes que no quería. Todos los recuerdos se hicieron presentes, lo que hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas a la misma vez que su corazón se comprimía sin dejarla respirar.

Flashback

—Alison, hay algo que tengo que decirte y que no sé por dónde comenzar —dijo su madre llamando su atención. Alison se levantó y la miró con el ceño fruncido—. Es algo que no puedo seguir escondiendo y que creo que llegó el momento de que lo sepas, aunque puede que sea

algo tarde y podía habértelo dicho antes, pero tienes que entender que no es fácil para mí decirte esto, hija.

—Mamá, habla de una vez, por favor.

—Es sobre ti y Peter —susurró nerviosa Bibiana.

—¿Peter y yo? ¿Qué pasa con nosotros, mamá? —Alison preguntó sabiendo la respuesta, pero no quería pensar en que su madre le dijera eso que tanto miedo le tenía y que siempre pensó que era con su hermano Marcos y no con ella.

—Peter es tu padre, Alison —declaró su madre con lágrimas en los ojos.

En ese momento Alison se quedó bloqueada y no podía pensar con claridad, no podía creer eso, era una mentira de su madre para hacerle ver que podía olvidar a Nicolás, pues si ella era hija de Peter, ellos eran hermanos. Se levantó negando y llorando a la vez. Sentía un gran nudo en el estómago, un nudo que sabía que no se le quitaría en mucho tiempo.

—Eso es mentira. ¡Eso es mentira! Una maldita mentira vuestra —gritó desesperada y se fue de allí, huyó de su madre.

—¡Alison, espera! ¡No te vayas, por favor! —Su madre gritaba y corría tras ella, pero no la alcanzó y su hija entró en su casa y por consiguiente en su habitación, encerrándose en ella, en su mundo, en su gran dolor de sentirse engañada y utilizada por su madre y su supuesto padre.

—Hermanos, somos hermanos. Me enamoré de mi hermano —decía una y otra vez y no lo podía creer.

Dio por terminada la sesión de recuerdos y se levantó. Quería dejar enterrados todos los malos momentos que inundaron su mente y qué mejor sitio que bajo ese puente. Sacó un papel de su bolso, un bolígrafo y escribió en él. Después de eso, sacó un mechero que ni siquiera sabía cómo había llegado a su bolso y lo quemó, tirándolo al río que pasaba por debajo del puente. Ahí era donde tenían que estar sus malos recuerdos, esos que la atormentaban. En

el papel escribió: “Nicolás y yo hermanos... Peter mi padre... Eso nunca”.

Bajó las escaleras, caminó en dirección a su casa, iba despacio, cansada y en diez minutos llegó. Miró la fachada y estaba igual, intacta. El banco en el porche, la puerta de madera blanca y todo pintado de marrón oscuro. Era la casa más bonita que había visto y, en ese momento, era la mejor visión que podía tener. Cuando llegó a la puerta, no sabía qué hacer. ¿Tocaría el timbre o escaparía antes de ser vista? No quiso hacerse esperar y tocó dos veces. Escuchó pasos y su corazón latió nervioso hasta que la puerta se abrió y su madre se mostró en su campo visual.

—Alison —susurró Bibiana al ver a su hija. Se acercó a ella y la abrazó—. No puedo creer que estés aquí, cariño. Te he echado de menos, mi amor. — Sollozaba su madre.

Alison la abrazó, necesitaba de amor maternal y se metió entre sus brazos como si fuera la pequeña Alison, perdida y asustada por los monstruos de la noche, esos que su padre echaba todos los días antes de que se fuera a dormir, pues solo así conseguía conciliar el sueño.

—¿Quién es, Bibiana? —preguntó su padre acercándose hasta ellas.

Alison se separó de su madre y miró a su padre. Este, al verla, lloró como llevaba tiempo sin hacer, desde que su hija se fue, no volvió a mencionarla y la había extrañado demasiado. Su hija se había convertido en una gran mujer y estaba preciosa. Alison se agachó hasta su padre y lo abrazó entre lágrimas. Entraron en la casa, no podían creer que su hija estuviera allí. Estaban felices de verla al fin.

—Hija, ¿por qué no avisaste que venías? —preguntó su madre—. Podríamos haber ido a buscarte. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Para siempre —respondió y sus padres abrieron los ojos sorprendidos.

Entonces, sin esperarlo, alguien salió del salón y caminó en su dirección. La presencia de Peter en su casa significaba muchas cosas y verlo cerca de su padre no le gustaba. ¿Qué se había perdido en ese tiempo? ¿Qué hacía Peter allí? Este se acercó a Alison y besó su mejilla. Ese acto no le gustó y esbozó

una sonrisa falsa. No quería discutir tan pronto, ya tendría tiempo de aclararlo con su madre.

—Estoy muy cansada, mamá. Me iré a mi habitación para ducharme y dormir algo —dijo Alison.

—Claro, hija. ¿No trajiste equipaje? —preguntó su padre.

—No, Marcos me lo mandará.

Asintieron y ella subió las escaleras. Suspiró al verse alejada de Peter, todavía no lo soportaba. Llegó hasta su habitación y abrió la puerta. Al entrar, vio que nada había cambiado, que su madre la había mantenido igual, todo estaba en su lugar, cada rincón igual que cuando se fue hacía dos años. Entró en ella y lo primero que hizo fue caminar hasta la mesilla de noche, abrió el cajón y sacó las cartas que Nicolás le envió cuando se fue la primera vez. Tenía que coger la dirección para enviarle ella la primera carta. ¿Cómo Nicolás le mandaría a ella una, si no sabía que había vuelto a su casa?

Sacó su libreta del instituto y un boli para escribir esa carta. Le llegaría a Nicolás pronto, casi al mismo momento que llegara él.

“Hola, mi francés. Esta es la primera carta de muchas y quería ser la primera en hacerlo. El motivo de esta, primeramente, es para decirte que he vuelto a mi casa. Sí, sé lo que estás pensando, que me volví loca, pero lo necesitaba. No puedo vivir sin ti y, en París, no me podía quedar”.

Se miró el anillo mientras escribía. Nadie en la casa se dio cuenta y seguro su madre entraría en su habitación en cualquier momento para hablar con ella.

“Solo hace horas que te fuiste y ya te echo de menos. Menos mal que me dejaste algo para recordarte y cada vez que me miro el dedo, sonrío... Te amo, mi francés, y como te dije en el aeropuerto, te esperaré. Únicamente deseo que cumplas tu promesa y vuelvas.

Atte. Tu cisne que te ama”.

Metió la carta en un sobre y escribió la dirección para dársela al cartero al

siguiente día. Después de eso, se levantó y fue hasta el baño para ducharse. Necesitaba relajarse y descansar. Se quitó la ropa y miró su pierna, esta estaba inflamada y un poco amoratada, tendría que ir al médico para que le hicieran una radiografía, pero no había prisa, descansaría y si veía que le dolía demasiado, iría a ver qué tal estaba. Instantes después, se quitó la ropa y se metió en la ducha, abrió el grifo y el agua templada caía por sus hombros, relajando cada musculo.

Ya estaba en la cama con un pijama antiguo suyo y arropada con la sábana, cuando su madre golpeó la puerta, al escuchar el “pase” de Alison, entró con una bandeja. Alison sonrió al ver cómo su madre le llevaba algo de comer a la cama y le hacía recordar cuando ella no quería bajar por estar cabreada con su padre y su madre le subía la cena.

—Como en los viejos tiempo, ¿no? —preguntó Alison y su madre sonrió asintiendo.

—No todos los días vuelve tu hija después de tanto tiempo. —Se acercó y puso la bandeja en la mesilla de noche, luego se sentó en la cama y cogió las manos de su hija—. ¿Cómo te sientes? Ya sé que Nicolás se marchó hoy. — Alison suspiró y su madre besó sus mejillas—. No tienes por qué contarme nada si no quieres. Ya sabes que estaré cuando tú quieras hablar, ¿verdad? — Su hija asintió y Bibiana se levantó, caminó hasta la puerta y antes de salir escuchó:

—Sé toda la verdad, mamá, tienes que explicarme muchas cosas, pero hoy no. Ya tendremos tiempo de ponernos al día —refirió Alison. Su madre asintió para después irse.

Después de cenar lo que su madre le llevó, se acostó de nuevo y comenzó a dar vueltas sin parar. No podía dejar de pensar en él, en sus ojos azules, su pelo rubio y esa sonrisa que la mataba. No había mejor manera de quedarse

dormida que pensando en el hombre que amaba.

Capítulo 36

Meses después

Esos meses le habían servido a Alison para reencontrarse con sus padres, pero, sobre todo, con su madre. Con ella se sinceró y Bibiana le confesó todo lo que ocurrió en su pasado con Peter, cómo escondió el que Marcos fuera su hijo y por qué inventó que Alison y Nicolás eran hermanos. A Alison le costó perdonar a su madre, pero esos tres meses hicieron que confiara de nuevo en ella. Verla feliz con Peter hacía que dejara de mirarlo a él de la manera en que lo hacía. Cuando habló con su padre, este le explicó que él mismo fue quien le dijo a Bibiana que hiciera su vida con el hombre que siempre amó, y eso la ayudó a aceptarlo.

Una semana después de su llegada, tuvo que volver al médico para que le vieran la pierna. Esta estaba débil, pero con los medicamentos que el doctor le mandó y la rehabilitación, poco a poco, su pierna fue cogiendo fuerza y a veces volvía a bailar, aunque despacio para no lastimarse.

Todas las semanas le llegaban cartas de Nicolás, hasta que dejaron de hacerlo. Ella estaba asustada y pensaba que algo le pasaba, ya que hacía una semana que no llegaban. Alison escribió la respuesta a la última y después le mandó otra. No dejaba de leer esa que le llegó una semana atrás.

“Hola, mi precioso cisne. Me alegro de que las cosas con tu madre vayan bien. Y no te preocupes por mí, ¿vale? Soy un hombre fuerte y enamorado y

este amor es el que me hace querer vivir día a día para volver a verte. La llegada está cerca y solo quedan unos meses más para abrazarte, besarte y hacerte mía para siempre.

Te amo y te extraño demasiado. Por cierto, me encanta la foto que me has enviado, pero... ¿Has engordado? No, es broma, te ves perfecta”.

Alison sonrió al leerla y recordó el día que se hizo la foto y la imprimió para enviársela a Nicolás.

“No desesperes, mi amor, que pronto volveré junto a ti.
Atte. Tu francés enamorado y que te ama”.

Alison, después de releer esa carta, la guardó y cogió una hoja para escribirle la siguiente, dándole igual que no recibiera respuesta a la misma. Comenzó a escribir y sintió cómo su vista se nublaba. Un mareo la hizo tambalearse y caer de rodillas en el suelo, hasta que perdió el conocimiento.

Bibiana esperaba a Alison para desayunar y al ver que pasaban los minutos y su hija no bajaba, subió en su busca. Bibiana golpeó la puerta de la habitación, pero no recibió respuesta, así que abrió la puerta y encontró a Alison tirada en el suelo inconsciente. Rápidamente, se agachó para poder reanimarla.

—¡Alison...! ¡Despierta, cielo! —habló Bibiana asustada.

Le pegó varias cachetadas a su hija, hasta que, por fin, esta comenzó a abrir los ojos despacio. Bibiana soltó el aire que retenía sin darse cuenta y respiró con normalidad cuando su hija estuvo consciente del todo. La ayudó a levantarse del suelo y la llevó a la cama. Bibiana fue hasta el baño y cogió un vaso que allí tenía su hija, lo llenó de agua y se lo llevó a Alison para que bebiera, pues seguro tendría la garganta seca.

—¿Qué te pasó? —preguntó su madre.

—No sé. Solo recuerdo que estaba escribiendo y de pronto me mareé y perdí el conocimiento —explicó Alison. Bibiana se asustó, pues podría ser que le estuvieran repitiendo los ataques de epilepsia. No quería que su hija volviera a pasar por ello.

—Hay que ir al médico y no acepto un no por respuesta. ¿Queda claro? Así que levántate, que nos vamos.

—Está bien, mamá. —Se levantó, cogió su bolso y ambas salieron de la habitación.

Bibiana ayudó a su hija a bajar las escaleras, ya que iba un poco mareada. Le dijeron a Carlos que irían al doctor y este enseguida quiso acompañarlas, pero se negaron y dijeron que no era nada grave, así que, sin más, las dos salieron de casa y se montaron en el coche.

Durante el trayecto, Alison no dejaba de pensar en el desmayo, le entró pánico al pensar que podría ser lo mismo que le pasó en París. Ya hacía bastante tiempo que no se repetía y ahora que era cuando más frágil estaba, le volvían a dar. ¿Por qué todo le tenía que pasar a ella? Su madre conducía en silencio, pero era por el mismo motivo, pensaba en la posibilidad de que a su hija se le repitieran esos ataques de nuevo y no quería que se le volvieran crónicos y se repitieran más a menudo.

Cuando llegaron, salieron del coche. Bibiana volvió a coger a su hija del brazo para evitar que esta se marease o se desmayara. Caminaron y dieron los datos en el mostrador, ahora solo le quedaba esperar a que la llamaran.

—Tranquila, mamá, verás que no es nada —intentó Alison calmar a su madre, pero... ¿Quién la calmaba a ella?

Pasaron los minutos e incluso estaba a punto de pasar una hora, hasta que la enfermera la llamó y entraron a la consulta. Lo primero que el médico hizo fue pedir un análisis de sangre y orina para comprobar que todo fuera normal.

Le explicaron qué había pasado, las veces que le ocurrieron los ataques de epilepsia. También que era la primera vez que se desmayaba sin llegar a tenerlos. El doctor se quedó pensando mientras escribía en el teclado de su ordenador.

—Alison, ¿cuándo fue tu último periodo? —preguntó el doctor. Alison frunció el ceño, pues no entendía a qué venía esa pregunta.

—Pues, no lo recuerdo bien. He estado un poco distraída. —De pronto se

quedó callada, comprendiendo el porqué de la pregunta del médico y este asintió.

Alison se puso nerviosa y su madre le dio un apretón en su mano. Luego de hablar algunas cosas más con el doctor, salieron y Alison se fue al baño para coger la muestra de orina y se acercó a la enfermera para que le sacaran sangre. Terminaron y salió a la sala de espera, donde una Bibiana nerviosa esperaba. Se sentó con su madre y ahora solo quedaban los resultados.

No paraba de darle vueltas a la posibilidad que había de que estuviera embarazada de Nicolás. Y si era así, ¿qué haría? Nicolás estaba desaparecido y ni siquiera podía decirle que podría ser padre.

—Esto no puede estar pasando, no ahora —susurró Alison reprimiendo las ganas de llorar, aunque poco le faltaba.

—No te preocupes, cariño, yo estaré contigo en todo momento y si estás embarazada, te ayudaremos. No te dejaremos sola.

—Gracias, mamá, por todo —dijo y la abrazó.

—No tienes por qué darme las gracias. Soy tu madre y aunque me haya equivocado a veces, todo lo hago por ti y tu felicidad.

La espera la mataba, saber que podría ser madre la atormentaba, pues no era el mejor momento. Dos horas habían pasado y aún nadie la llamaba. Estaba harta de esperar y ya quería saber qué pasaba. Aunque estaba asustada, prefería mil veces que le dijeran que estaba embarazada a que fueran los ataques epilépticos de nuevo. De pronto, escuchó a la misma enfermera llamarla y decirle que entrase a la consulta. Alison se levantó y, temblorosa, caminó junto a su madre hasta la consulta siete que era donde el doctor la esperaba. Entraron, se sentaron y esperaron a que este hablara de una vez y le dijera qué pasaba. Estaba asustada, nerviosa, muchas cosas más que sentía y no sabía explicar.

—Alison, todo está bien y no hay riesgo de epilepsia y mis sospechas eran ciertas. Estás embarazada.

Su madre la abrazó con lágrimas en los ojos porque, aunque ese bebé venía

de sorpresa, sería abuela y eso era motivo de alegría. El médico le dio indicaciones y citas para los siguientes días. Tenían que hacer controles de embarazo y comprobar que todo estuviese bien. Después de eso, salieron de la consulta. Alison salió de allí con algo metido en su cabeza. Iba a ser madre y lucharía por ese bebé que crecía en su interior y que le regaló Nicolás antes de marcharse.

Cinco meses después

Los meses se hicieron eternos, seguía sin recibir respuesta de Nicolás, pero ella no perdía la esperanza. En todas las cartas le decía lo del embarazo por si alguna no llegaba a su destino y él no la leía. Ya casi estaba de ocho meses y ese bebé cada vez estaba más grande. Alison tendría un niño y estaba feliz, casi lo tenía todo preparado para su llegada. Habían arreglado la habitación de su hermano Marcos para que Byron, como lo llamarían, ocupara su lugar.

Esa mañana se levantó cansada y no tenía muchas ganas de salir de la habitación. La depresión llamaba a su puerta siempre, pero ella sacaba fortaleza y por su hijo salía adelante como podía, aunque en su mente siempre estuviera Nicolás y su desaparición.

—Hija, te traigo el desayuno —dijo su madre entrando en su habitación.

Desde que Alison estaba embarazada, la cuidaban mucho más y todos estaban emocionados con la llegada de ese niño que llenaría de alegría la casa y la familia. De pronto, Alison gimió de dolor y se arqueó. Le había dado una contracción. Ambas se asustaron, pues aún le quedaba más de un mes de embarazo. Luego le dio otra y así contaron hasta que vieron que las tenía cada tres minutos. Cogieron todo lo preparado y bajaron las escaleras despacio. Tenían que llevar a su hija al hospital.

—Mamá, tranquila. ¡Estoy bien! —gritó por una contracción.

—¡Serás cabezota! ¡No me digas que estás bien, cuando estás a punto de traer a mi nieto al mundo! —respondió Bibiana nerviosa.

Se subieron al coche, su madre arrancó, aceleró y salió a toda prisa de su parcela. Condujo rápido, le daba igual que los demás conductores la pitaran, ella tenía que llegar al hospital ya. Su hija sería madre y el bebé no esperaba. Solo pasaban minutos y otra contracción doblaba a Alison de dolor. Jamás pensó que eso dolería tanto y ya estaba loca porque le sacaran al niño.

Quince minutos después, llegaron al hospital y Bibiana corrió hasta los enfermeros para avisarles de que cogieran a su hija que iba de parto. Dos enfermeros la ayudaron a bajarse y se sentó en una silla de ruedas. El que la llevaba corría tanto, que estuvo a punto de atropellar a un señor que pasaba por su lado. Así, llegó a la consulta del doctor en menos de un minuto. A su madre no la dejaron pasar, pues después de que el médico la viera, la llevarían a la sala de partos.

Y dicho y hecho. Su doctor, después de comprobar que estaba dilatada y preparada para el parto, le ayudó a quitarse la ropa y ponerse el camisón del hospital y se la llevaron a la sala de partos para prepararla. Tenían que ponerle suero y algún que otro calmante. Acto seguido, llamaron a su madre para que entrara en la sala y pudiera estar con su hija.

No podía creer que llegara ese momento, que hubiera pasado tanto tiempo. Alison se desmoronó, pues echaba en falta a alguien muy importante en ese momento, el padre de su hijo, el amor de su vida. Nicolás no estaba en ese acontecimiento y no podía ser feliz del todo sin él, no la encontraría jamás.

El parto estaba siendo fácil, muy doloroso, pero con la ayuda de los médicos, enfermeros y, sobre todo, su madre, le ponían las cosas más fáciles. Las contracciones eran muy fuertes y las ganas de empujar más constantes.

—Alison, ahora tienes que empujar para que podamos sacar a tu bebé. ¿De acuerdo? —Asintió y le hizo caso al doctor.

—Así, cariño, lo estás haciendo muy bien —susurró su madre en su oído.

Apretó su mano con fuerza y volvió a empujar esta vez más fuerte y con dos empujones más, escuchó lo más maravilloso que jamás en su vida pensó que podría oír, el llanto de su primer hijo. El enfermero se lo acercó y Alison lloró

como nunca, pues ver la carita de su hijo era verlo a él, recordarlo a él. Bibiana estaba emocionada y besó a su hija en su frente, a la vez que acariciaba la manita de su primer nieto.

—Te prometo que jamás estarás solo, Byron. Mi dulce y precioso bebé — habló Alison mirando embelesada a su hijo.

Estuvieron un par de días ingresados en el hospital y luego le dieron el alta. Su hijo estaba sano y ella estaba feliz, ya que era un bebé muy bueno. Su madre la recogió y Alison no se esperaba lo que le aguardaba en su casa.

Al llegar, salieron del coche y caminaron hasta su hogar. Bibiana abrió la puerta, dejó que Alison fuera la primera en entrar, caminó hasta el salón para ver a su padre para que este, por fin, conociera a su nieto. No creía lo que veía, su hermano Marcos y Sophie estaban allí, este corrió hasta ella y la envolvió entre sus brazos, le dio un beso a su sobrino y, en ese momento, Alison se sintió más feliz.

Su familia había vuelto a ser la que era. Su padre, aunque no estaba con la mujer que amaba, al final la dejó ser feliz con el hombre que quería. Su madre era la mujer más dichosa del planeta, pues regresó con su primer y único amor, a la misma vez que recuperó al que fue su mejor amigo. Sus hijos habían conseguido la felicidad, aunque Alison no lo era del todo, pues le faltaba una parte fundamental en toda la historia. Nicolás no estaba.

No podía negar que ver a Marcos contento con su mejor amiga, Sophie, ayudaba a que su felicidad fuera un poco más grande y por fin veía la dicha en las caras de su familia. Al único que no veía del todo satisfecho era a Peter que, aunque recuperó esa vida que le fue robada, no tenía a su hijo y se sumaba a esa pequeña parte que entristecía a Alison, ya que la compartían.

Desde el umbral de la puerta del salón, los miraba feliz. Su familia sí era feliz. Alison caminó con su hijo entre sus brazos y lo llevó hasta su habitación.

Sería la primera noche que dormiría en su cuna, y no le gustó tenerlo tan lejos de ella, así que arrastró la cuna y la llevó hasta su habitación para tener a su hijo lo más cerca posible de ella.

—Eres lo más perfecto que me ha regalado el amor... Te adoro, Byron. ¡Y él, por muy lejos que esté, seguro que también lo hará! —exclamó enseñándole una foto de su padre—. Serás la luz que ilumine mis días y quien me haga olvidar el dolor que siento en este momento. —La voz salía entrecortada.

Alison no se dio cuenta de que su hermano la miraba desde el pasillo. Marcos se secó una pequeña lágrima que rodó por su mejilla y se fue para dejar a su hermana a solas con su hijo.

Y ahí, en ese preciso momento, es donde Alison se da cuenta del amor que siente por su hijo, pues es el mismo que sintió por Nicolás la primera vez que lo vio. ¿Sería que estaba destinada a perderlo siempre? No lo sabía y no quería pensar en ello. Únicamente pensaba en ese niño, de oscuros ojos como ella y pelo rubio como su padre y ver que sí podía llegar a ser feliz.

—Hasta que el camino se acabe, te amaré, Nicolás —susurró mirando la foto—. Siempre te esperaré, mi francés.

Epílogo

Años después

Ya habían pasado dos años desde que recibió su última carta y nunca pudo decirle que tenían un hijo, producto de aquella noche de amor en París. Perdió al amor de su vida que le regaló antes de marcharse a un remolino de rizos rubios llamado Byron. Era su viva imagen, salvo por los ojos que, sin duda, eran los de ella. Simplemente su principito, era perfecto.

Cuando decidió volver a Badajoz, pensó que estar con su madre era lo mejor que podía hacer. Y no se equivocó, pues de no ser por ella, no sabía qué podría haber sido de su vida. Una joven embarazada y sin recursos no podía sola. Alison era primeriza y quién mejor que su madre para ayudarla en esa nueva etapa. La vuelta a su hogar fue extraña y más el hecho de volver sola, pues su hermano se quedó en París con Sophie, la chica de la cual se había enamorado incluso, sin darse cuenta. En el momento que él le confesó sus sentimientos respecto a su amiga, casi se cayó de espaldas ya que siempre pensó que era gay.

Por desgracia, Alison nunca más volvió a bailar. Su hijo la mantenía ocupada cada rato y aunque lo echada de menos, no se arrepentía de un segundo junto a su pequeño. Echaría por tierra todo lo que tuviera solo para mantener a ese renacuajo a su lado constantemente. Ahora su vida era él, estar alerta por si su pequeñín hacía de las suyas, como la tenía acostumbrada. No paraba quieto, salvo cuando dormía.

En ese momento Alison estaba sola en casa, su madre había ido a llevar a su padre al médico. Querían intentar ponerle una prótesis en la pierna y había que hacerle varias pruebas.

Se encontraba en la cocina preparando el desayuno de Byron, mientras este miraba en la tele sus dibujos preferidos. Cuando terminó de preparar el desayuno, fue hasta el salón y se sentó al lado de su pequeño monstruito. Este besó su mejilla y comenzó a comerse la fruta que Alison le había llevado.

Desde que comenzó a caminar hacía ya dos meses, no había quién lo cogiera y si no era por Peter que lo tenía a veces controlado, más de una vez, se hubiera escapado.

En ese momento, Peter entró en la casa y fue al salón para ver a su nieto.

—¿Dónde está mi pequeño demonio? —preguntó con voz cantarina entrando a la sala.

Byron corrió hasta él para abrazarlo apretadamente. Ambos se adoraban.

—No me aprietes tanto que me harás daño. —La falsa protesta de Peter hizo reír al niño—. ¡Pero qué fuerte estás! —exclamó a la vez que le hacía cosquillas.

El niño se reía, se retorció mientras le pedía entre risas que parara. Alison los observaba embobada... y se reía de la manera de hablar de su pequeño. Casi llevaba hablando lo mismo que caminando, había cogido carrerilla en todo. Peter dejó en el suelo al niño y se sentó con Alison, después de saludarla con un beso en la mejilla. Ellos tenían muy buena relación desde que Peter se enteró que tendría un nieto de Nicolás y Alison. Ella por fin confiaba en él y entendió todo lo que él hizo, ya que lo había hecho por amor a su madre y verla feliz a ella hacía feliz a Alison.

Estaban tan absortos en su conversación, que no se dieron cuenta de que el pequeño Byron corrió hasta la puerta. Si no fuera porque Peter recordó que había dejado la puerta abierta, se hubiera escapado y no se habrían enterado.

Alison salió corriendo tras él, sintiendo cómo el corazón se le disparaba mientras iba viendo a su pequeño huracán correr.

—¡Byron, ven aquí! —gritó cabreada—. ¡No corras más!

El niño corría por el pequeño campo que había delante de la casa y cómo no, se sabía el camino que llevaba al puente. Alison lo llevaba a menudo allí para pasear.

—¡Byron, no te metas en el agua! —Su hijo estaba cerca del pequeño río que pasaba bajo el puente.

Sin que el niño se percatara, una figura masculina y corpulenta que se alzaba junto a él, lo miró en cuanto el niño apareció.

Caminó hasta él al escuchar que alguien gritaba que no se metiera en el agua. Se agachó a la altura del niño y el pequeño lo miró. En ese momento sintió cómo su corazón salía disparado, pues no podía creer lo que estaba viendo. Byron lo miró entrecerrando los ojos y tocó su mejilla, haciéndole cosquillas en su mano con la pequeña barba que le estaba creciendo.

—Papi —dijo Byron en el mismo momento en el que Alison llegaba hasta ellos.

Se quedó paralizada al verlo ahí, agachado frente a su hijo. Nicolás miraba embobado a ese pequeño que lo llamó papi. ¿Cómo era posible?

Alison caminó hasta ellos con pies temblorosos, pues parecía un espejismo producto de su imaginación. Siempre imaginaba el momento, ese momento en el que Nicolás regresaba y veía a su hijo por primera vez.

—Nicolás —susurró Alison tras él.

Este se paralizó y se dio la vuelta, se levantó al verla y cayó de rodillas ante ella. No podía creerlo, estaba vivo. ¡Nicolás estaba vivo! Alison cogió su cabeza para hacer que la mirase, pues él se había escondido entre sus manos. Ella quería ver sus ojos azules, quería comprobar que era verdad. Byron se quedó callado, aunque parecía mentira, no sabía qué estaba pasando con ellos. Solo sabía que él era su padre y todo porque Alison siempre le enseñó fotos de Nicolás, lo que hizo que el niño lo reconociera.

—¿Es mi hijo? —preguntó con la voz rota y Alison asintió.

Alison se agachó quedando a su altura y no esperó más. Pegó sus labios,

fundiéndose en ese beso tan esperado por los dos. Dos años separados, dos años sin saber de él.

Nicolás, en ese momento, era el hombre más feliz del mundo. Había vuelto, como prometió. Había recuperado al amor de su vida y esta lo esperaba con la mejor noticia que podían darle, era padre. Tenía un hijo precioso que era su viva imagen y ese fue el detonante que lo llevó a explotar y caer de rodillas ante ella. Las lágrimas que derramaban esta vez eran de felicidad, una felicidad que inundaba sus corazones de una manera descomunal. Al separarse, Nicolás cogió al pequeño y lo estrechó entre sus brazos, a los dos los estrechó entre sus brazos.

—Te amo, mi cisne, te amo como jamás pensé hacerlo y este hijo es la prueba de nuestro amor —declaró entre sollozos.

Alison secó sus lágrimas con la yema de sus dedos y besó sus mejillas, ahí donde estaban mojadas, ahí donde tenía que borrar la tristeza para dar paso a la felicidad. Por fin podían estar juntos como siempre desearon, sin obstáculos de por medio, sin tener que volver a marcharse. Nicolás había regresado y nunca más se iría. En el tiempo que estuvo en Afganistán, no dejaba de pensar en el día de volver y ese día había llegado.

Se sentía feliz. De todos los momentos vividos con Alison, este, sin duda, era el mejor, pues no solo la recuperó a ella, que era lo que más amaba en su vida, sino que ahora tenía algo más por lo que luchar, a Byron, su hijo y no cabía de felicidad al enterarse de ello.

Se levantaron y Nicolás cogió en brazos a su hijo y aferró a Alison a su cuerpo. La miró con el amor más profundo que sentía, besó sus labios con esa pasión que ella despertaba en él. Al separarse, pegó su frente a la de ella.

—Si supieras las ganas que tenía de besarte, mi cisne. —Y con esa frase, la primera que le dijo cuando la besó por primera vez, la hizo sonreír como jamás pensó hacerlo, enamorándola más, si podía.

Se prometieron amor hasta que el camino se acabase y volvieron a encontrarse dos veces... Un amor que comenzó con una guerra entre familias y

que continuaba con la felicidad absoluta.

A veces luchar por lo que uno ama no es fácil y la vida se encarga de ponerte mil piedras en el camino para que no lo logres, pero si luchas con todas tus fuerzas, sabiendo que llegarás a tu destino, ese que estaba ya escrito, todo es más fácil y la recompensa es la que esperabas.

FIN

Si te ha gustado

Ámame ahora y siempre

te recomendamos comenzar a leer

Algún día te diré que sí

de *Nadia Petru*



Capítulo 1

Repantigado en el sillón de su casa de verano, Jacob Samuel Dybron trató una vez más de concentrarse en la pantalla de su Mac. Estaba revisando el contrato de fusión de dos compañías y no podía perder detalle. Necesitaba todas las neuronas en alerta y el ruido que venía de afuera lo distraía. Cansado de intentar en vano, apartó la laptop decidido a tomarse unos minutos para descansar la vista.

—¿Qué diablos es todo ese alboroto? —se preguntó ofuscado.

Jake se acercó a la ventana para encontrar a los culpables de la interrupción. ¡Bingo! Eran sus vecinos nuevos. Una parejita gay había comprado la casa de verano de la Sra. Armstrong poco después de fallecer su marido. Jake abrió los ojos como dos platos. No podía creer lo que estos veían.

—No puede ser. ¿Qué hace besando a una mujer? —se preguntó Jake mientras seguía mirando por la ventana lo que hacían sus vecinos. No era un beso en toda regla, pero él veía a un gay apoyando los labios en los de la tipa.

El gran Jake Dybron, famoso halcón de Manhattan, sobrino nieto de un expresidente de los Estados Unidos, miembro de una de las familias más antiguas de la zona y uno de los solteros más codiciados de la gran manzana estaba, oficialmente, fisgoneando a sus vecinos. Había ido a los Hamptons a recluirse por un par de días porque estaba siendo injustamente acusado y perseguido por una furiosa exprometida que juraba y perjuraba que el bebé que llevaba en su vientre era suyo. Acusación que fácilmente podría rebatir con el correspondiente análisis de ADN pero que su exprometida se negaba a hacerse, aún. De ser necesario Jake la llevaría a una batalla legal sin cuartel.

Sarah estaba decidida a hacérselas pasar canutas. Amenazaba con filtrar historias de él a los medios. Estos estaban obsesionados con las conquistas de Jake, tanto financieras como de alcoba. El hecho de que Jake siempre haya

sido una calavera no ayudaba y los medios se alimentaban de sus andanzas. Su relación con Sarah había durado solo un par de meses. Se había apresurado con ella y el impulso le duró poco. Sarah no se tomó para bien el rompimiento del compromiso. Pero Jake sabía que casarse con Sarah era un error. Lo supo en el mismo momento en que se lo propuso. No iba a repetir el mismo error que su padre. Si llegaba a casarse, cosa que dudaba mucho, iba a elegir bien a su esposa.

Los Braghton, la familia de Sarah, y los Dybron eran familias con la misma importancia social y económica. Jake, siempre se había jactado de repeler a los miembros de la alta sociedad de la cual él, por herencia y costumbre, formaba parte. Les tenía repulsión a todos esos herederos y herederas que se dormían en los laureles ajenos y jugaban a ser filántropos con los éxitos de sus antepasados. A Jake le resultaba increíble ver cómo generaciones enteras no habían logrado superar a la generación anterior. Algunos ni siquiera lo intentaban.

Jake, no. Él siempre quiso tener su propio nombre en el mundo. Jamás permitiría que lo conocieran por los logros de otros. No en vano Dios lo bendijo con una mente brillante para los negocios y los números, a pesar de no ser un fiel creyente, no osaría decepcionarlo. También poseía carisma natural que hacía que las mujeres se derritieran a sus pies y los hombres lo emularan. Inspiraba respeto a todo el que lo conocía y poseía el don, que solo tienen algunas pocas personas, ese don que hace que cuando entran a una habitación el mundo deje de girar alrededor del sol y gire en rededor de ellos. No lo hacen a propósito, simplemente les sucede. Definitivamente, Jacob Samuel Dybron tenía ese talento. Aquella energía alfa corría por sus venas y hacía que vibrara distinta al resto de los mortales. También era tenaz, desde pequeño se propuso hacer diferencia en una familia de notables y nunca se permitió a dudar de él. Ciertamente lo logró.

Su apariencia también ayudaba para ese fin. Era alto, superaba ampliamente el 1,85 metros pero su contextura no era escuálida, tenía la musculatura bien

desarrollada. Años de deporte, entrenamientos exigidos y buena genética habían hecho un gran trabajo. La mezcla de etnias y ascendencias que en otras familias resultaba desagradable en Jacob Jake Dybron resultaba magnética. Esa era la palabra que mejor lo describía porque además de tener un porte privilegiado no había nada que lo hiciera resaltar entre la multitud. Sin embargo, el conjunto en su totalidad ejercían un magnetismo pocas veces visto. Su pelo castaño que siempre llevaba un pelín más largo de lo que dictaba la buena costumbre, combinaba a la perfección con la mirada del color brandy añejo. La nariz, recta, que en otro quedaría demasiado grande, en su rostro conjugaba armoniosamente con sus labios gruesos. Jake Dybron poseía un charme natural, como el de Clark Gable, Cary Grant o Marlon Brando, esos que sin nada tienen todo lo necesario.

Tenía 36 años y era el propietario de un emporio financiero. Nadie podría decir a ciencia cierta a qué se dedicaba Jake Dybron. El conglomerado de compañías, negocios y fideicomisos era diverso y había para todos los gustos. Nunca había tenido una relación que le durara más de tres meses. Pero, Sarah lo había encontrado con ganas de algo distinto ya se había aburrido de sus correrías. En sus planes estaba tener un hijo. No quería una familia. Quería una buena madre, responsable y cariñosa que amara a su hijo. No creía en el amor, así que en su vida no había lugar para una esposa amorosa, eso era para los tontos. Por eso pensó que en Sarah había encontrado a esa mujer que reunía las condiciones que él requería en una esposa y en una madre.

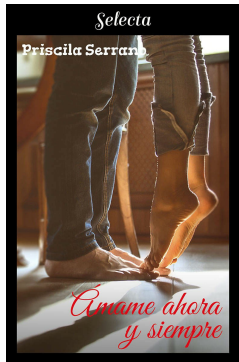
El mundo podría pensar que los tiempos habían cambiado, que la alta sociedad había dejado de ser esnob y actuaba distinto que hace doscientos años. Pero la realidad era otra. La aristocracia seguía rigiéndose por las mismas normas y leyes no escritas de siempre. Con algunos cambios que disfrazaban con un tenue velo que las normas seguían vigentes.

Sarah lo entendía, había nacido en el seno de una de esas familias. Él quería eso por comodidad, pero no estaba dispuesto a renunciar a las condiciones que debía tener la madre de su hijo. Pensó haber encontrado en Sarah la

candidata perfecta. Pero luego de poco tiempo descubrió que era tan frívola como todas las demás y que solo le importaba ella. Estaba seguro de que si tenían un hijo, Sarah estaría tachando los meses del calendario para mandarlo a un internado, como habían hecho con ella.

Un hijo era un contrato de por vida, con el hijo y con la madre. Por eso y otras actitudes había decidido romper el compromiso. Eso enfureció a Sarah, eso y también que lo había encontrado con las manos en la masa con una amiga de ella horas después de haber roto el compromiso.

Dos familias, un secreto y un camino marcado por el destino.



Bibiana, Carlos y Peter son amigos desde la infancia. Entre ellos, se tejieron muchas historias, pero un secreto marcará la vida de sus hijos.

Alison se siente atraída por Nicolás y, pese a las quejas de ambas familias, los dos comienzan una relación a escondidas. Sin embargo, él deberá revelar que es militar y a dónde lo envían. Tiempo después, tras recibir la noticia de la desaparición de Nicolás, ella decide irse a París para cumplir su sueño: el Ballet.

Los años siguen su curso y, cuando Alison y Nicolás vuelven a verse, las discusiones familiares también regresan...

Y nada será fácil para que los dos terminen juntos.

Priscila Serrano nació el día 11 de noviembre de 1985 en la ciudad de Málaga, España. Es una mujer de 33 años, casada y con un hijo al que adora. Toda su vida ha estado dando tumbos sin saber qué hacer, hasta que un día, y sin pensarlo dos veces, decidió adentrarse en el mundo de la literatura, convirtiéndose en autora de romántica y new adult.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Priscila Serrano

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-21-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Ámame ahora y siempre

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Priscila Serrano

Créditos